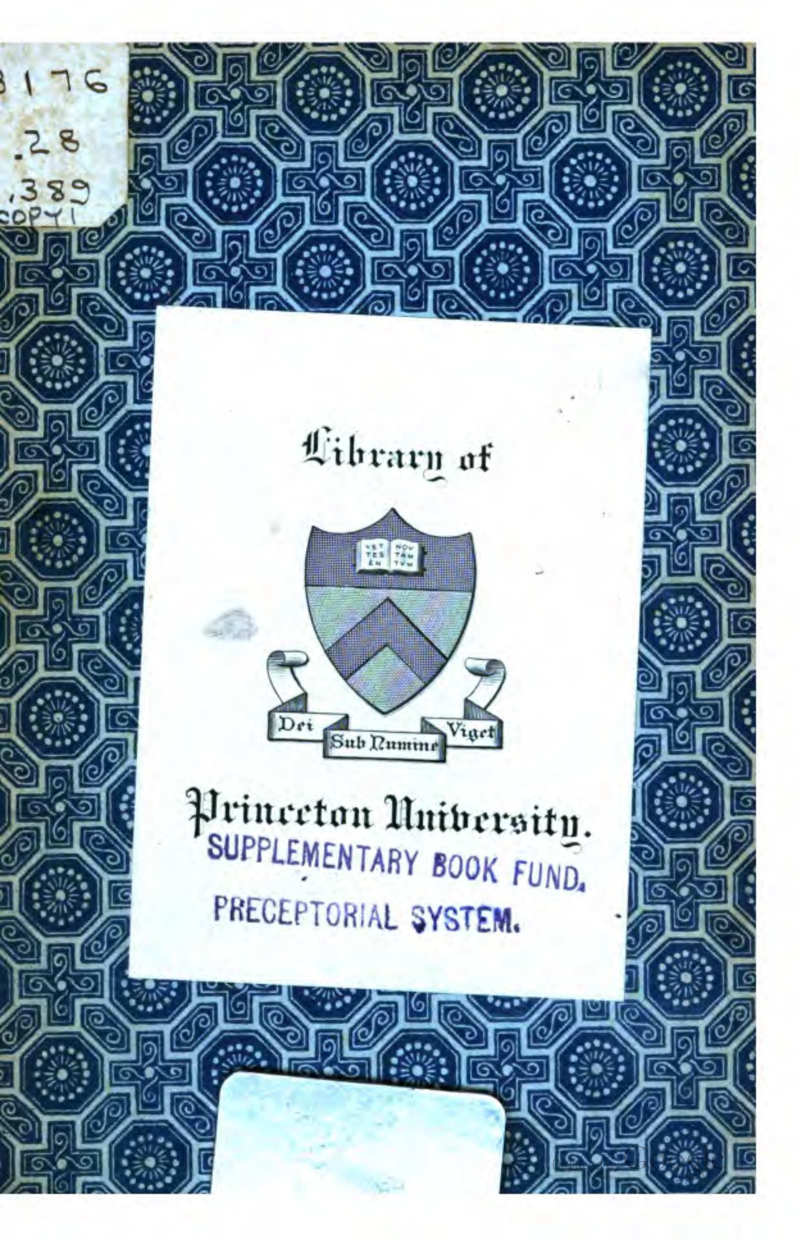

Princeton University Library
32101 063972705


3176
.28
.389
COPY 1
Library of
VET TES TAM EN
NOV TUM
Dei Sub Numine Viget
Princeton University.
SUPPLEMENTARY BOOK FUND.
PRECEPTORIAL SYSTEM.



EPISODIOS NACIONALES

LAS TORMENTAS DEL 48



B. PÉREZ GALDÓS

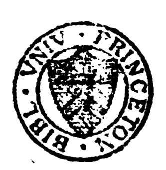
EPISODIOS NACIONALES

CUARTA SERIE

LAS TORMENTAS DEL 48

7.000





MADRID
OBRAS DE PÉREZ GALDÓS
132, Hortaleza
1902

EST. TIP. DE LA VIUDA É HIJOS DE TELLO
IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.
C. de San Francisco, 4.

LAS TORMENTAS DEL 48

I

Vive Dios que no dejo pasar este día sin poner la primera piedra del grande edificio de mis Memorias... Españoles nacidos y por nacer: sabed que de algún tiempo acá me acosa la idea de conservar empapelados, con los fáciles ingredientes de tinta y pluma, los públicos acaecimientos y los privados casos que me interesen, toda impresión de lo que veo y oigo, y hasta las propias melancolías ó las fugaces dulzuras que en la soledad balancean mi alma; sabed asimismo que, á la hora presente, idea tan saludable pasa del pensar al hacer. Antes que mi voluntad desmaye, que harto sé cuán fácilmente baja de la clara firmeza á la vaguedad perezosa, agarro el primer pedazo de papel que á mano encuentro, tiro de pluma y escribo: "Hoy 13 de Octubre de 1847, tomo tierra en esta playa de Vinaroz, orilla del Mediterráneo, después de una angustiosa y larga travesía en la urca *Pepeta*, ¡mala peste para Neptuno

y Eolo! desde el puerto de Ostia en los Estados del Papa...„

Y al son burlesco de los gavilanes que rasguean sobre el papel, me río de mi pueril vanidad. ¿Vivirán estos apuntes más que la mano que los escribe? Por sí ó por no, y contando con que ha de saltar, andando los tiempos, un erudito rebuscador ó prendero de papeles inútiles que coja estos míos, les sacuda el polvo, los lea y los aderece para servirlos en el festín de la general lectura, he de poner cuidado en que no se me escape cosa de interés, en alumbrarme y guiarme con la luz de la verdad, y en dar amenidad gustosa y picante á lo que refiera; que sin un buen condimento son estos manjares tan indigestos como desabridos.

¿Posteridad dijiste? No me vuelvo atrás; y para que la tal señora no se consuma la figura investigando mi nombre, calidad, estado y demás circunstancias, me apresuro á decirle que soy José García Fajardo, que vengo de Italia, que ya iré contando cómo y por qué fuí, y á qué motivos obedeció mi vuelta, muy desgraciada y lastimosa por cierto, pues llego exánime, calado hasta los huesos, con menos ropa de la que embarqué conmigo, y más desazones, calambres y mataduras. Peor suerte tuvo la caja de libros que me acompañaba, pues por venir sobre cubierta se divirtieron con ella las inquietas aguas, metiéndose á revolver y esponjar lo que las mal unidas tablas contenían, y el estropicio fué tan grande, que los filósofos,

historiadores y poetas llegaron como si hubieran venido á nado... Pero en fin, con vida estoy en este posadón, que no es de los peores, y lo primero que hemos hecho mis libros y yo es ponernos á secar... ¡Oh rigor de los hados! Los tomos de la *Storia d'ogni Letteratura*, del Abate Andrés, y el *Primato degli italiani*, de Gioberti, están caladitos hasta las costuras del lomo: mejor han librado Gibbon, Ugo Fóscolo, Pellico, Cesare Balbo y Cesare Cantú, con gran parte de sus hojas en remojo. Helvecio se puede torcer, y Condillac se ha reblandecido... De mí puedo decir que me voy confortando con caldos substanciosos, y con unos guisotes de pescado muy parecidos á la *Zuppa alla marinara* que sirven en los bodegones de la costa romana.

15 de Octubre.—Advierto que la fizgona Posteridad, volviendo hacia atrás la cabeza, me interroga con sus ojos penetrantes, y yo le contesto: "Se me olvidó deciros, gran señora, que tres días antes de abandonar el italiano suelo cumplí años veintidós: que mi rostro y talle, según dicen, antes me restan que me suman edad, y que mis padres me criaron con la risueña ilusión de ver en mí una gloria de la Iglesia. Cómo disloqué por natural torcedura de mi espíritu la vocación irreflexiva de mis primeros años, y cómo desengañé cruelmente á mis buenos padres, no puedo referirlo mientras no me oree, me desentumezca y me despabile.

San Mateo *19 de Octubre.*—Ayer, no re-

puesto aún del quebranto de huesos ni del romadizo que me dejó la mojadura, aproveché la salida de un tartanero y acá me vine en busca de mejor vehículo que me lleve á Teruel, desde donde fácilmente podré trasladarme á la ilustrísima ciudad de Sigüenza. Allí *rodó mi cuna,* si no de marfil y oro, de honrados mimbres con mecedoras de castaño, y allí reside desde los comienzos del siglo mi familia, cuyo fundamento y solar figuran en los anales de la histórica villa de Atienza... Adivino la curiosidad de *i posteri* por conocer los móviles que me sacaron de mi casa dos años há, llevándome casi niño á tierras distantes, y allá van mis noticias. Sepan que apenas entrado en la edad de los primeros estudios, dióme el Cielo luces tan tempranas, que mi precocidad fué confusión de los maestros antes que orgullo y esperanza de mi familia, pues declarándome *fenómeno,* creyeron mis padres que yo viviría poco, y maldecían mi ciencia como sugestión de espíritus maléficos. Pero al fin profesores y familia convinieron en que yo era un prodigio, con más intervención de las potencias celestes que de las demoniacas, y sólo se pensó en equilibrarme con buenas magras y un cuidado exquisito de mi nutrición. Ello es que á los catorce y á los diez y seis años ostentaba yo variados conocimientos en Humanidades y en Historia, y á los diez y nueve era más filósofo que los primeros que en el Seminario de San Bartolomé gozaban de esta denominación. Devoré cuan-

tos libros atesoraban aquellas henchidas bibliotecas y otros muchos que por conductos diferentes á mí llegaron; poseía el don de una memoria tan holgada, que en ella, como en inmenso archivo, cabía cuanto yo quisiera meter; poseía también la facultad de vaciarla, sacando de mis depósitos con fácil y seductora elocuencia todo lo que entraba por las lecturas, y lo mucho que daba de sí mi propio caletre. Antes de cumplir los cuatro lustros, mis adelantos eran tales, que los maestros y yo reconocimos haber llegado al *summum* del conocimiento posible en cátedras de Sigüenza, y que ni yo ni ellos podíamos saber más.

En esto, un eclesiástico de espléndida fama como teólogo y canonista, D. Matías de Rebollo, primo de mi madre, protegido de D. José del Castillo y Ayenza (que como asesor de la Embajada le llevó á Roma, dejándole después en la Rota), recaló un verano por Sigüenza, y no bien hizo mi descubrimiento, propuso á mis padres llevarme consigo á la llamada Ciudad Eterna, para que en ella diese la última mano á mis estudios y recibiera las órdenes sagradas. Por su posición y valimiento en la Corte Pontificia podía el buen señor dirigirme en la carrera sacerdotal, y empujarme hacia gloriosos destinos... Mi juvenil ciencia que á todos deslumbraba, y la dulzura de mi trato, inspiraron á D. Matías un ansia muy viva de cuidarme y protegerme; y á las dudas de mis padres, que no querían separarse de mí, con-

testaba con la brutal afirmación de llevarme aunque fuera entre alguaciles. Por fin, mi madre, que era quien más extremaba la fuerza centrípeta por ser yo el Benjamín de la familia, cedió tras largas disputas que de lo familiar subían á lo teológico, y sublimado su amor hasta el sacrificio, entregóme al reverendo canonista, pidiendo á Dios los necesarios años de vida (que no habían de ser muchos) para verme volver con mitra y capelo.

Ved aquí el por qué de mi partida para Italia. Sabed también que me instalé en Roma en Septiembre del 45, bajo el pontificado de Gregorio XVI, el cual al año siguiente pasó á mejor vida, y que aposentado en la propia casa de mi protector, fuí atacado de malaria y estuve á dos dedos de la muerte; que restablecido concurrí á las cátedras de la *Sapienza* y á otros centros de enseñanza, disponiéndome para la tonsura. De lo que en el transcurso del 46 hice, y de lo que no hice; de lo que me ocurrió por sentencia de los hados, y de lo que mi voluntad ó irresistibles instintos determinaron, hablaré otro día, pues para ello necesito prepararme de sinceridad y aun de valor... ¿Debo decirlo, debo callarlo? ¿Qué cualidad preferís en el historiador de sí mismo: la melindrosa reserva ó la honrada indiscreción?

23 de Octubre.—Molido y hambriento llego á Teruel. Uno de mis compañeros de suplicio, que con sus donosas ocurrencias amenizó el molesto viaje en la galera, me

decía, cuando avistamos la ciudad, que se comería las momias de los amantes si se las sirvieran puestas en adobo, con un buen moje picante y alioli... En la posada, un arrumbado catre es para mis pobres huesos mejor que la cama de un rey, y la olla con más oveja que vaca, manjar digno de los dioses. Mientras como y descanso, no se aparta de mi mente el compromiso en que estoy de referir los graves motivos de mi regreso á la patria. Ello es un tanto delicado; pero resuelto á perpetuar la verdad de mi vida para enseñanza y escarmiento de los venideros, lo diré todo, encerrando la vergüenza con la izquierda mano, mientras la derecha escribe; y por fin, las precauciones que tomo para que nadie me lea hasta después de mi muerte (que Dios dilate luengos años), quitan terreno á la vergüenza y se lo dan á la sinceridad, la cual debe producirse tan desahogadamente que más que Memorias sean estas páginas Confesiones.

Al relato de mi salida de Roma precederán noticias del tiempo que allí estuve. Algo y aun algos hay en esta parte de mi existencia que merece ser conocido. Mi protector era demostración viva de la flexibilidad de los castellanos en tierras extranjeras; adaptábase maravillosamente á los usos romanos, reblandeciendo la tosquedad austera del carácter español para que como cera tomase las formas de una nación y raza tan distintas de la nuestra. Desde que le ví en Roma, D. Matías me parecía otro, y su ha-

bla y sus dichos, sus maneras y hasta sus andares, no eran los del clérigo seguntino austero y grave, con menos gracia que marrullería, siempre dentro del correcto formulario de nuestra encogida sociedad eclesiástica. Desde que desembarcamos en Civitavecchia, tomó los aires del *prete* romano y la desenvoltura graciosa de un palaciego vaticanista. La severidad de que blasonaba en España, cayó de su rostro como una careta sofocante, y le ví respirando bondad, indulgencia, y preconizando en la práctica toda la libertad y toda la alegría compatibles con la virtud. Espléndida era su mesa, y extensísimo el espacio de sus amistades y relaciones, comprendidas algunas damas elegantes que frecuentaban su trato sin el menor detrimento de la honestidad. Digo esto para explicar que no aprisionara mi juventud en la estrechez de las obligaciones escolares, ni me encerrara en conventos ó seminarios de rigurosa clausura. Confiado en la sensatez que mi apocamiento le revelaba, y creyéndome exento de pasiones incompatibles con mi vocación, me instaló en su propio domicilio, fijándome horas para concurrir á las cátedras de la *Sapienza*, horas para leer y estudiar en casa, y dejándome lo restante del día en el franco uso de mi libertad. Debo indicar que ésta consistía en andar y rodear por Roma con dos muchachos de mi edad, de familia ilustre, que tenían por ayo á un modenés llamado Cicerovacchio, personaje mestizo de láico y clérigo, árcade,

mediano poeta, buen arqueólogo, reminiscencia interesante de los abates del siglo anterior.

Que fué para mí gratísima tal compañía, y muy provechosas aquellas deambulaciones por la grande y poética Roma, no hay para qué decirlo. Á los tres meses de fatigar mis piernas corriendo de uno en otro monumento, y de ruína en ruína, y al través de tantas maravillas enteras ó despedazadas, ya conocía la ciudad de las siete colinas como mi propia casa, y fuí brillante discípulo del buen Cicerovacchio en antigüedades paganas y papales, y casi su maestro en el conocimiento topográfico de la *magna urbs*, desde la Plaza del Pópolo á la Via Appia, y desde San Pedro á San Juan de Letrán. El *Campo Vaccino* fué para mí libro sabido de memoria, y los museos del Vaticano y Capitolio estamparon en mi mente la infinita variedad de sus bellezas. A los seis meses hablaba yo italiano lo mismo que mi lengua natal; los pensamientos se me salían del caletre vestidos ya de las galas del *bel parlare*, y metidos Maquiavelo y Dante, Leopardi y Manzoni dentro de mi cerebro, me enseñaban á componer verso y prosa, figurándome yo que no era más que una trompa ó caramillo por donde aquellas sublimes voces hablaban.

No quiso Dios que me durase mucho esta dulce vida, y sentenciándome tal vez á ser contrastado por pruebas dolorosas, convirtió la tolerancia de mi protector en severidades

y desconfianzas, que poniendo brusco término á mi libertad, iniciaron el incierto, novísimo rumbo de mi existencia, como diré cuando tenga ocasión y espacio en las pausas de este camino. Y por esta noche, ¡oh Posteridad que atenta me escuchas! no tendrás una palabra más, que me caigo de sueño, y con tu licencia me voy al camastro.

II

Molina de Aragón, *27 de Octubre.*— Vedme aquí alojado y asistido á cuerpo de rey, en casa de unos primos de mi padre, los Ximénez de Corduente, labradores ricos, hechos á la vida obscura y fácil de estos tristes pueblos, con las orejas enteramente insensibles á todo mundanal ruido. Para obsequiarme á sus anchas, hácenme comer cinco veces más de lo que soporta mi estómago, y como no valen protestas ni excusas contra tan desmedido agasajo, me resigno á reventar una de estas noches. Adiós Memorias, adiós Confesiones mías: ya no podré continuaros: mi fin se acerca. Muero de la enfermedad contraria al hambre... Luego, estos azarantes primos de mis pecados, curioseando de continuo en derredor de mí, me privan del sosiego necesario para escribir. Pongo punto... Quédese para mejor ocasión, si escapo con vida de estos atracones.

Anguita, *29*.—Aquí paso la noche, y en la soledad de mi alojamiento angosto y frío, me dedico á escribir lo que me dejé en los tinteros de Molina. Y ahora que estoy, por la gracia de Dios, á nueve leguas largas de los Ximénez de Corduente, y no pueden refistolear lo que escribo, voy á vengarme de los hartazgos con que me pusieron al borde de la apoplegía, y en la libertad de mis Confidencias declaro y afirmo que no hay mayores brutos en toda la redondez de la Alcarria, si alcarreña es la tierra de Molina. Respecto á los padres atenuaré la calificación, consignando que por sus prendas morales se les puede perdonar su estolidez; pero en cuanto á los hijos, no retiro nada de lo dicho: nunca he visto señoritos de pueblo más arrimados á la cola de la barbarie, ni gaznápiros más enfadosos con sus alardes de fuerza bruta y su desprecio de toda ilustración. Y no tomen esto á mala parte los demás chicos de Molina, que allí los hay tan listos y cortesanos como los mejores de cualquiera otra ciudad. Sólo contra mis primos va esta flagelación, porque son ellos raro ejemplo de incultura en su patria. Ni una chispa de conocimientos ha penetrado en tan duras molleras, y alardean de ignorantes, orgullosos de poder tirar del arado en competencia con las pujantes mulas. Mirábanme como á un bicho raro, y viendo la mezquindad de mi equipaje al volver de Italia, zaherían mi saber de latín y griego. Ellos son ricos, yo pobre. No les envidio;

deme Dios todas las desdichas antes que convertirme en mojón con figura humana, y príveme de todos los bienes materiales conservándome el pensamiento y la palabra que me distinguen de las bestias...

Y sigo con mi historia. ¿Queréis saber por qué me retiró su confianza D. Matías? Ved aquí las causas diferentes de mi desgracia: la inclinación vivísima que á las cosas paganas sentía yo sin cuidarme de disimularla; mis preferencias de poesía y arte, manifestadas con un calor y desparpajo enteramente nuevos en mí; la soltura de modales y flexibilidad de ideas que repentinamente adquirí, como se coge una enfermedad epidémica ó se inicia un cambio fisiológico en las evoluciones de la edad; mi despego de los estudios teológicos, exegéticos y patrológicos, en los cuales mi entendimiento desmentía ya su anterior capacidad; la insistencia con que volvía los cien ojos de mi atención á historiadores y filósofos vitandos, y aun á poetas que mi protector creía sensuales, frívolos y de poco fuste, pues él, por una aberración muy propia de la monomanía humanista, no quería más que clásicos latinos, sin poner pero á los que más cultivaron la sensualidad. Presumo yo que en esta displicencia del bondadoso D. Matías no tenía poca parte su grande amigo y Mecenas el Embajador de España, D. José del Castillo, el cual nunca se mostró benévolo conmigo, y opinaba por que se me sometiera á un régimen más riguroso, resueltamente eclesiástico.

Si no me quería bien D. José del Castillo y Ayenza, yo le pagaba en la moneda de mi antipatía. Aquel señor chiquitín y enteco, desapacible y regañón, consumado helenista, mas tan celoso guardador de su conocimiento que á nadie quería transmitirlo, no fué entonces ni después santo de mi devoción. Cuando llegué á Roma, examinóme de poetas griegos, y hallándome no mal instruído, pero poco fuerte en la lengua, me indicó los ejercicios que debía practicar, se jactó de la constancia de sus estudios y me cantó el *versate mane;* mas no añadió aquel día ni después ninguna advertencia ó nuevo examen por donde yo le debiera gratitud de discípulo á maestro. Tengo por seguro que él fué quien sugirió á D. Matías la idea de encerrarme, porque mi buen paisano no veía más que por los ojos del traductor de Anacreonte, ni apartarse sabía de la órbita de pensamientos que su amigo le trazaba. Ningún día dejaba Rebollo de meter sus narices en el *Palazzo di Spagna,* y ambos se entretenían en dirigir con el cocinero guisos españoles, ó en chismorrear de cuanto en el Vaticano y Quirinal ocurría. En aquellas merendonas y comistrajes de arroz con mariscos, nació sin duda la resolución de mi encierro, para lo cual se escogió el colegio de San Apolinar, regido por los frailes del inmediato convento de San Agustín. Entre uno y otro instituto, próximos á la Plaza Navona, corre la torcida *via Pinellari,* de interesante memoria para el que esto escribe.

Duro fué el paso de la relativa libertad á la prisión, y mis ojos, habituados á la plena luz, penosamente se acomodaban á la obscuridad de tan estrecha vida, con disciplina entre militar y frailesca. Debo declarar que los agustinos no eran tiranos en el régimen escolar ni en el trato de los alumnos, y entre ellos los había tan ilustrados como bondadosos. Gracias á esto, mi pobre alma pudo entrar por los caminos de la resignación. Pero mi mayor consuelo fué la amistad que desde los primeros días contraje y estreché con dos mozuelos de mi edad, reducidos á la sujeción del colegio con un fin penitenciario. Llamábase el uno Della Genga, perteneciente á la ilustre familia de León XII, antecesor del que entonces regía la Iglesia; el otro Fornasari, milanés, de una familia de ricos mercaderes. Ambos eran muy despiertos y de gentil presencia. Della Genga sentía inclinación ardiente á la política y á la poesía, dos artes que allí no rabiaban de verse juntas, y con sutil ingenio daba romántico esplendor á las ideas subversivas; Fornasari, revolucionario en música, nos repetía los alientos vigorosos de Verdi y sus guerreras estrofas, que hacían estremecer los muros viejos, como las trompetas de Jericó. Su aspiración era dedicarse á cantante de ópera, y creía poseer una voz de bajo de las más cavernosas. Pero su familia le quería clérigo, y le sentenció al internado como expiación de travesuras graves. Fogoso y sanguíneo, el milanés contrastaba

con nuestro compañero y conmigo, pues ambos éramos de complexión delicada, nerviosa y fina. Della Genga tenía semejanza con Bellini y con Silvio Pellico.

Si yo había entrado en San Apolinar con fama de inteligente y aplicado, no tardé en adquirirla de negligente y díscolo, mereciendo no pocas admoniciones de los maestros y del Rector. No había fuerza humana que me hiciera mirar con interés el estudio de la Escolástica y de la Teología, y aunque á veces, cediendo á la obligación, intentaba encasillar estos conocimientos en mi magín, salían ellos bufando, aterrados de lo que encontraban allí. Fué que, impensadamente, había yo hecho en mi cerebro una limpia ó despejo total, repoblándolo con las ideas que Roma y mis nuevas lecturas me sugirieron. Ya no tomaba tanto gusto de las Humanidades puras, ni encerraba la belleza poética dentro de los áureos linderos del griego y del latín; ya la filosofía que aprendí en Sigüenza se me salía del entendimiento en jirones deshilachados, y no sabía yo cómo podría recogerla y apelmazarla en las cavidades donde estuvo; ya las nociones primarias de la sociedad y de la política, de la vida y de los afectos, ante mí yacían rotas y olvidadas como los juguetes que nos divierten cuando niños, y de hombres nos enfadan por la ridiculez de sus formas groseras.

Los tres que nos habíamos unido en estrecho pandillaje ofensivo y defensivo leíamos á escondidas libros vitandos, y los comentá-

bamos en nuestras horas de recreo. Della Genga introdujo de contrabando las *Ideas sobre la Historia de la humanidad*, de Herder, y Fornasari guardaba bajo llave, entre su ropa, el libro de Pierre Leroux *De l'humanité, de son principe et de son avenir*. Con grandes embarazos leíamos trozos de ambas obras, que cada cual explicaba luego á los dos compañeros. El hábito de la ocultación, del misterio, nos llevó á sigilosas prácticas inspiradas en el masonismo, y no tardamos en inventar signos y fórmulas con las cuales nos entendíamos, burlando la curiosidad de nuestros compañeros. Estaban de moda entonces la masonería y el carbonarismo, y Fornasari, que era el mismo demonio y se había instruído no sé cómo en los ritos y garatusas de aquellas sectas, estableció entre nosotros un remedo de ellas, poniéndonos al tanto de los sistemas y artes de la conspiración. Nos teníamos por representantes de la *Joven Italia* dentro de aquellos muros, y con infantil inocencia creíamos que nuestra misión no había de ser enteramente ilusoria.

D. Matías, que en los comienzos de mi encierro me visitaba con frecuencia, reprendiéndome por mi desaplicación, iba después muy de tarde en tarde, y la última vez que le ví me sorprendió por la demacración de su rostro, y por el ningún caso que hacía de mis estudios. Otra particularidad muy extraña en él me causó pena y asombro: habíame hablado siempre mi buen protector en

castellano neto, sin que empañara la majestad del idioma con extranjero vocablo. Pues aquel día mascullaba un italiano callejero que era verdadera irrisión en su limpia boca española, y cortando á menudo el rápido discurso cual si su entendimiento trepidara con interrupciones rítmicas y la memoria se le escapara, decía: "*Ho perso il boccino,*„ y esto lo repetía sin cesar dando vueltas por la sala-locutorio con una inquietud impropia de su grave carácter. Despidióse bruscamente sonriendo, y en la puerta me saludó con la mano como á los niños, y se fué agitando las dos junto á su cráneo, sin dejar el estribillo *ho perso il boccino*... (se me va la cabeza).

Grandemente me alarmó la extraordinaria novedad en las maneras y lenguaje de mi protector, y en ello pensé algunos días, hasta que absorbieron mi atención sucesos que á mí y á mis caros compañeros nos afectaban profundamente. La imposición de un fuerte castigo al bravo Fornasari fué parte á que nos declarásemos en rebeldía franca. Mientras nuestro amigo gemía en estrecho calabozo, discurríamos Della Genga y yo las fechorías más audaces, sin otros móviles que el escándalo y la venganza; y por fin, adoptando y desechando diferentes planes sediciosos, concluímos por escoger el más humano y atrevido: sacar de su prisión á Fornasari y escaparnos los tres, aventura novelesca cuyos peligros nos ocultaba el entusiasmo que nos poseía y la jactanciosa con-

fianza en nosotros mismos. Lo que de fuerza física nos faltaba lo suplía la astucia, y en aquel trance me revelé yo de revolucionario y violador de cárceles, porque todo lo urdí con admirable precisión y picardía, ayudado del claro juicio de mi compañero. La suerte nos favoreció, y la Naturaleza coadyuvó al éxito de la empresa, desatando aquella noche sobre Roma una tempestad que nos hizo dueños de los tejados, pues ni aun los gatos se atrevían á andar por ellos. Amparados de la obscuridad y del ruido con que los furiosos elementos asustaban á todos los moradores de San Apolinar, violentamos la prisión de Fornasari; provistos de sogas escalamos las techumbres, y envalentonados por la libertad que de fuera nos llamaba, así como por el miedo que de dentro nos expelía, saltamos al techo de las capillas bajas, de allí á la sacristía y baptisterio anexo, y por fin á la *via Pinellari*, donde ni alma viviente podía vernos, pues hasta los buhos se guarecían en sus covachas, y el viento y la lluvia eran encubridores de nuestra juvenil empresa.

Ya teníamos concertado refugiarnos en el Trastevere y plantar allí nuestros reales, por ser aquel arrabal propicio al escondite, y además muy del caso para el vivir económico á que nos obligaba la flaqueza de nuestro peculio. Della Genga tenía algún oro, yo un poco de plata, y Fornasari piezas de cobre. Reunidos en común acervo los tres metales y nombrado yo tesorero, nos apo-

sentamos cerca de la Puerta de San Pancracio en una casa modestísima, donde fuimos recibidos con desconfianza por no llevar más ropa que la puesta. En el aprieto de nuestra fuga, que no nos permitía ninguna clase de impedimenta, harto hicimos con procurarnos el vestido seglar que había de cubrir nuestras carnes al despojarnos de la sotana. Fué primera y necesaria diligencia, apenas instalados, comprar algunas camisas, para que viesen nuestras *locandieras* que no éramos descamisados; pero no nos valió este alarde de dignidad, porque la desconfianza patronil no disminuyó, y en cambio creció nuestro miedo al reparar que nos habíamos metido en una cueva de ladrones y desalmada gentuza de ambos sexos. Salimos de allí con nuevas ansias, y rodando por la gran ciudad dimos con nuestros cuerpos en un casucho situado en la *Bocca della Verità*, donde hallamos acomodo entre gente pobrísima.

Indudablemente, nuestro destino nos llevaba á situaciones arriesgadas, pues sin pensarlo nos habíamos ido á vivir en el cráter de un volcán: debajo de nuestro aposento, en lugar obscuro y soterrado, había una logia. Lejos de contrariarnos esta peligrosa vecindad, fué para los tres motivo de contento, y Della Genga, que era tan antojadizo como tenaz, no paró hasta procurarnos entrada en aquel antro, donde podíamos satisfacer nuestro candoroso anhelo de masonismo. Lo que allí ví y escuché no corres-

pondió al concepto que de los sectarios habíamos formado los tres en nuestras íntimas conversaciones. Mi desilusión fué, sin duda, mayor que la de mis amigos. Fornasari largó una noche un discurso lleno de hinchados disparates; pero su espléndida voz triunfó de los desvaríos de su lógica, y le aplaudieron á rabiar.

Hubiera yo querido que durante el día nos ocupáramos en algo que nos trajese medios de sustento, y que destináramos las noches á cosas distintas del vagar por calles y plazuelas, ó del servir de coro trágico en la logia; pero la desmayada voluntad de Della Genga no me ayudaba en mis iniciativas, y el otro parecía encontrar en la profesión masónica el ideal de sus ambiciones. En esto sobrevino la muerte del Papa Gregorio XVI, motivo de grande emoción en Roma, y en nuestra pequeñez no pudimos sustraernos al torbellino de opiniones y conjeturas referentes á la incógnita del sucesor. Durante muchos días no hablábamos de otra cosa, y cada cual tomaba partido por éste ó el otro candidato: ¿Sería elegido Lambruschini? ¿Seríalo Gizzi? A tontas y á locas, y sin ningún conocimiento en que fundar mi presunción, yo *patrocinaba* á Mastai Ferretti: era mi candidato, y lo defendía contra toda otra probabilidad, cual si hubiera recibido secretas confidencias del Espíritu Santo. Della Genga apostaba por Lambruschini, amigo de la familia y hechura de León XII; Fornasari, oficiando de cónclave unipersonal, votaba

por Gizzi, que gozaba opinión de liberal con ribetes de masónico, como había demostrado en su gobierno de la Legación de Forli. Iba más lejos Fornasari, asegurando que Gizzi tomaría el nombre de Gregorio XVII. De mi candidato Mastai se burlaban mis compañeros, declarando el uno que el Austria no le quería, y que la Francia y la Bélgica apoyaban resueltamente á Gizzi. En estas disputas llegaron los perros... quiero decir los criados de Della Genga, á punto que entrábamos en la *trattoria* de la Plaza Cenci, á dos pasos del *Ghetto*, y ayudados de polizontes cogieron al prófugo caballerito, y poco menos que á viva fuerza se le llevaron. Escapamos Fornasari y yo corriendo como exhalaciones.

¡Cuán triste fué la pérdida, ó digamos salvación, de nuestro amigo! Aquella noche, viéndonos sin su compañía en el sucio camaranchón, lloramos como si se nos hubiera muerto un hermano. Y á la noche siguiente, hallándome yo dolorido de todo el cuerpo, salió Fornasari á comprar en la tienda cercana algunas fruslerías para nuestra nutrición, que de manjares ¡ay! muy pobres nos sustentábamos. Le esperé toda la noche, y no pareció... Para no cansar: ésta es la hora en que no he vuelto á verle; ni volvió, ni he sabido más de mi desgraciado amigo. Digo desgraciado, por no saber qué decir. Pasados tres días de ansiedad é inanición, salí de mi tugurio, no con intento de buscar al perdido, sino de alejarme de aque-

llos lugares, en que de continuo turbaba mis oídos run-run de polizontes.

Amparado de la callada noche, me fuí hacia Monte Testaccio, donde tuve la suerte de encontrar un alfarero que quiso admitirme, sin más estipendio que la comida, á las faenas de su industria, aplicándome á dar vueltas á la rueda del artefacto con que amasaba la arcilla. El primer día, ¡cosa más rara! me agradó el continuo revolver de noria, que á pensar me estimulaba. Pero pronto hube de cansarme de aquel método de raciocinio, y como el pienso no era bueno ni me daba el necesario vigor para sostener mis funciones de caballería pensante, me despedí. La vagancia, la mendicidad, el dormir en bancos al raso ó bajo pórticos del Campo Vaccino, el comer lo que me daban en porterías de hospicios ó conventos, fueron mis modos de existencia en aquellos tristes días. Harto ya de sufrir ayuno de buenos alimentos, y cubierto de andrajos, llegué al límite en que mi dignidad se reconciliaba con mis angustiosas necesidades físicas. Viendo en mí la dramática situación del *Hijo Pródigo*, me decidí á volver á la casa de mi buen D. Matías. Costóme no pocas ansiedades el resolverlo, y tan pronto caminaba hacia allá, como retrocedía, con terror de merecidas reprimendas... Por fin cerré los ojos, y llena el alma de contrición y humildad llamé á la puerta de mi salvación, en la Plaza de *San Lorenzo in Lucina*. Abrió un criado vestido de luto, que no me conoció: tan lasti-

mosa era mi facha. Insistí en que no era yo un pobre desconocido que imploraba limosna: mi voż reveló lo que ocultaban mis harapos. Al fámulo se unió la cocinera, y con fúnebre dúo de *requiem* me dijeron que mi protector había muerto. ¡Oh súbita pena, oh inanición cruel!... Mi turbada naturaleza no supo separar el noble sentimiento del brutal instinto, y llorando me abalancé á la comida que me ofrecieron.

III

Sigüenza, *Noviembre.*—Al amanecer de hoy, bajando de Barbatona, ví á la gran Sigüenza que me abría sus brazos para recibirme. ¡Oh alegría del ambiente patrio, oh encanto de las cosas inherentes á nuestra cuna! Ví la catedral de almenadas torres; ví San Bartolomé, y el apiñado caserío formando un rimero chato de tejas, en cuya cima se alza el alcázar; ví los negrillos que empezaban á desnudarse, y los chopos escuetos con todo el follaje amarillo; ví en torno el paño pardo de las tierras onduladas, como capas puestas al sol; ví por fin á mi padre que á recibirme salía con cara doble, mejor dicho, partida en dos, media cara severa, la otra media cariñosa. Salté del coche para abrazarle, y una vez en tierra, hice mi entrada á pie, llegando á la calle de Travesaña, donde está mi casa, con mediano séqui-

to de amigos, y de pobres de ambos sexos, ciegos, mancos y cojos, que sabedores de mi llegada querían darme la bienvenida... La severidad de más cuidado para mí, que era la de mi madre, se disolvió en tiernas palabras. Verdad que de mis horrendas travesuras en Roma no le habían contado sino parte mínima. Seguía, pues, creyendo con fe ciega en mi glorioso destino eclesiástico, y suponía que, al regresar á la patria, almacenadas traía en mi cerebro todas las bibliotecas de Italia. Mi hermano Ramón fué quien más displicente y jaquecoso estuvo conmigo, anunciándome que si no me determinaba á recibir las órdenes en España, aspirando á un curato de aldea, ó cuando más á una media ración en aquella Santa Catedral, la familia tendría que abandonarme, dejándome correr por los caminos más de mi gusto, ora fuesen derechos, ora torcidos... De todo esto hablaré más oportunamente, pues anhelo proseguir lo que dejé pendiente de mi romana historia.

Pego la rota hebra diciendo que el mayordomo de mi tío, Cristobal Ruiz, español italianizado que había sido fámulo en Monserrat, me informó de la dolencia y muerte del bendito Rebollo. Había sido un lamentable desarreglo de la mente, motivado, según colegí de las medias palabras de Ruiz al tratar este punto, por agrias discordias con otros clérigos de la Rota. De mis desvaríos en San Apolinar y de mi escandalosa fuga y vagancia no dieron al buen señor conocimien-

to, pues ya había perdido el suyo, y desprovisto de memoria y de juicio, su vocabulario quedó reducido al *ho perso il boccino*, que estuvo repitiendo hasta el instante de su muerte. Quién se cuidó de participar á mi familia, con el fallecimiento de Rebollo, mis atroces barrabasadas, es cosa que no he sabido con certeza; pero si no me engaña el corazón, el encargado de esta diligencia fué un secretario del Embajador Don José del Castillo. Díjome también Cristóbal Ruiz que una radical divergencia en la manera de apreciar no sé qué asunto de derecho canónico, había turbado profundamente la cordial amistad entre el representante de España y su protegido, llevando á éste al remate de su delirio. Cuando apenas se había iniciado la dolencia, hizo D. Matías testamento, nombrando ejecutor de sus disposiciones á otro de sus mejores amigos, Monseñor Jacobo Antonelli, segundo Tesorero, ó c`mo si dijéramos, Secretario de Hacienda, persona muy bien mirada en la Corte Pontificia por su talento político y su mundana ciencia. Al tal sujeto habría yo de presentarme, pues, según Ruiz, debía tener instrucciones de Rebollo referentes al cuidado de mis estudios y á la paternal tutela que conmigo ejercía.

Vacilando entre la vergüenza de presentarme á Monseñor y el estímulo de poner fin á mi desamparo, pasaron algunos días que no fueron malos para mí, pues me hallaba asistido de ropa, casa y alimento, y además

libre, con toda Roma por mía, para pasar el tiempo en amena vagancia, reanudando mis amistades de artista y de arqueólogo con tantas grandezas muertas y vivas. Los ruidosos acontecimientos de aquellos días de Junio me arrastraban á vivir en la calle, siempre con la esperanza de tropezar con mis perdidos camaradas Fornasari y Della Genga. Mientras duró el Cónclave que debía darnos nuevo Papa, me confundí con las multitudes que aguardaban ansiosas en Monte Cavallo. En la noche del 16 al 17, corrió la voz de que había sido elegido Mastai, lo que fué para mí motivo de grandísimo contento, porque el Espíritu Santo me daba la razón contra mis amigos. Al día siguiente, ví al Cardenal Camarlengo Monseñor Riario Sforza salir al balcón del Quirinal, pronunciando con viva emoción el *Papam habemus*. ¡Y era Mastai Ferretti, mi candidato, el mío, el mío, *qui sibi imposuit nomen Pium IX!* A las aclamaciones de la multitud uní todo el griterío de que eran capaces mis pulmones, y cuando el nuevo Pontífice salió á dar al pueblo romano su primera bendición, creí volverme loco de entusiasmo y alegría. Si mil años viviera, no se borraría de mi alma la impresión de aquellos solemnes instantes, ni tampoco la del 21 en San Pedro, inolvidable día de la coronación. Imposible que dé yo idea del cariño que despertó el nuevo Papa. Toda Roma le amaba, y yo, con íntima efusión que no sabía explicarme, le amaba también

y le tenía por mío, sin dejar de ver en él el amor de todos, creyendo cifradas en su persona la felicidad de Roma y de Italia.

Decidido á presentarme al famoso Antonelli, pues algún término había de tener mi vagabunda interinidad, ví aplazada de un día para otro la audiencia que solicité. Monseñor fué nombrado Ministro de Hacienda, después Cardenal. Los negocios de Estado y las atenciones sociales alejaban de su grandeza mi pequeñez. Por fin, una tarde de Julio me llamó á su casa, y fuí temblando de esperanza y emoción. Recibióme en su biblioteca, y se mostró desde el primer momento tan afectuoso que ganó mi confianza, haciéndome desear que llegase una feliz ocasión de confiarle todos mis secretos. Era un hombre alto y moreno, de mirada fulminante, de rasgada y fiera boca con carrera de dientes correctísimos, que ostentaban su blancura dando gracia singular á la palabra. El rayo de sus ojos de tal modo me confundía, que no acertaba yo á mirarle cuando me miraba. Sujetóme á un interrogatorio prolijo, y con tal arte y gancho tan sutil hacía sus preguntas, que le referí todas mis maldades, sintiéndome muy aliviado cuando no quedó en mi conciencia ninguna fealdad oculta. A mi sinceridad correspondió Su Eminencia poniendo en su admonición un cierto aroma de tolerancia, que del fondo de su pensamiento á la superficie de sus palabras severas trascendía.

Díjome entre otras cosas que procurase

fortalecer mi quebrantada vocación religiosa, redoblando mis estudios, aislándome del mundo y reedificando mi sér moral con meditaciones. Insistí yo en manifestarle que me sería muy difícil sostener mi vocación; pero que aplicaría á tan grande intento toda mi voluntad, sometiéndome á cuantos planes de conducta me señalara y sistemas educativos se sirviera proponerme. No me acobardaban los estudios penosos; pero el internado y la disciplina cuartelesca de los principales centros de enseñanza no se avenían con mi natural inquieto, ni con las osadas independencias que me habían nacido en Roma, como si al pisar aquella tierra me salieran alas. Sin duda le convencí, ¡no era flojo triunfo! porque me propuso hacer conmigo esta prueba: durante un año emprendería yo formidables estudios, conforme á un plan superior acomodado á mi primitiva vocación, y sin someterme á la esclavitud del internado. Enumerando el programa de mis tareas, señalóme el *Colegio Romano* para las ciencias eclesiásticas, la *Sapienza* para la Jurisprudencia y Filosofía, y para las lenguas sabias el colegio de la *Propaganda*, regido á la sazón por el portentoso políglota Mezzofanti. En todo convine yo, con expresiones de reconocimiento, y éste subió de punto cuando el Cardenal me manifestó que cuidaría de alojarme, si no en su propia casa, junto á personas de su familiaridad ó servidumbre, en lo cual no hacía nada extraordinario, pues D. Ma-

tías había dejado caudal suficiente para ésta como parà otras sagradas atenciones. Encantado le oí, y mayor fué mi entusiasmo cuando al despedirme me ordenó volver tres días después.

En la segunda entrevista, disponiéndose Su Eminencia á partir para Castel Gandolfo, recreo estival del Papa, me indicó que fuese á pasar las vacaciones á su quinta de Albano, donde hallaría dispuesta una estancia. Me encargaba del arreglo de su biblioteca que tenía en gran desorden, innumerables libros sin catalogar, y todos los que fueron de D. Matías metidos en cajas, esperando ser clasificados por materias y puestos en los estantes. No me dió tiempo ni á expresarle mi gratitud, porque el coche le aguardaba á la puerta. Salió para Castel Gandolfo, y yo al siguiente día para Albano, gozoso, con ilusiones frescas y ganas de vivir, creyendo que la vida es buena y que en ella hay siempre algo nuevo que ver y descubrir.

La residencia del Cardenal en Albano es arreglo de una incendiada *villa* de los Colonnas recompuesta modestamente. Elegantísima puerta del Renacimiento se da de bofetadas con ventanas vulgares. Restos de soberbia escalinata son el ingreso de la biblioteca, y en las cocinas hay un friso con bajo-relieves. La misma confusión ó engarce de riquezas muertas con vivas pobrezas se advierte en el jardín, donde permanece un trozo en setos vivos de ciprés lindando

con plantíos nuevos y cuadros de hortaliza. Hermosa es por todo extremo la situación del edificio, al Sur de la ciudad, no lejos de la Nueva Vía Appia. Desde la ventana de mi aposento veía yo el sepulcro de los Horacios y Curiacios, y los montes Albanos y los pueblecitos de Ariccia y Genzano... Tal era el desorden de la biblioteca, que empleé todo el verano en remediarlo; y absorto en faena tan grata para mí, se me iba el tiempo sin sentirlo, en dulce concordia con los habitantes de la casa, que me asistían cariñosamente y me tenían por suyo. Siete mujeres había en la *villa*, y aunque viejas en su mayor parte (dos eran niñas de catorce á quince años), gustábame su cordial trato. Entendí que eran familias de la servidumbre jubilada del Cardenal, que conservaba los criados aun en el período de su decadencia inútil. Todo aquel mujerío y dos hombres, el uno jardinero, cochero el otro, ambos con traza de bandidos, procedían de Terracina, el país de Antonelli. Las dos *ragazze*, una de las cuales era bonitilla, la otra jorobada, me ayudaban juguetonas y alegres en mis tareas de bibliófilo, y al caer de la tarde nos íbamos á dar una vuelta por las orillas del lago Albano, ó emprendíamos despacito y charlando la ascensión al Monte Cavo para gozar la vista de todo el territorio Albano y del mar, incomparable belleza de suelo y cielo, ante la cual acompañado me sentía de los antiguos dioses.

Terminadas las vacaciones, volví á Roma

con cuatro de aquellas mujeronas y la corcovadita, y empecé mis estudios, instalado en el piso alto del palacio de Su Eminencia, en el Borgo-vecchio. Comenzó para mí una vida monotona y de adelantos eficaces en mis conocimientos. Los estudios de lenguas orientales en la *Propaganda* me cautivaban; tanto allí como en la *Sapienza* hice amistades excelentes, y un día de Diciembre tuve la inefable sorpresa de encontrarme á Della Genga, que me abrazó casi llorando. Sus padres, convencidos al fin de que á la naturaleza varonil del chico se ajustaba mal la sotana, dedicáronle á la jurisprudencia y al foro. Estaba mi hombre contento, y orgulloso de su moderada libertad. Restablecida nuestra fraternal concordia, juntos estudiábamos y juntos nos permitíamos algún esparcimiento propio de la juventud. Debo declarar con toda franqueza que Della Genga me corrompió un tantico, y empañó la pureza de mi moral en aquellos días, comunicándome eficazmente, hasta cierto punto, su innata afición á la mitad más amable del género humano. Acúsome de esto, afirmando en descargo mío que mis debilidades no pasaron de la medida discreta. Y para que todo sea sinceridad, añadiré que no tuvo poca parte en mi comedimiento mi escasez de dineros, la cual vino á ser un feliz arbitrio de la Providencia para preservarme de chocar contra escollos, ó de ser arrastrado en vertiginosos remolinos.

IV

Majora canamus. — Igualábame Della Genga en la admiración al nuevo Pontífice y en creerle como enviado del Cielo para devolver á Italia su grandeza, y dar á los pueblos fecundas y libres instituciones. Toda Roma creía lo mismo. Mastai Ferretti sería como un pastor de todas las naciones, que sabría conducirlas por el camino del bien eterno y de la terrestre felicidad. Cuantas disposiciones tomaba el Santo Padre eran motivo de festejos, y las iluminaciones con que fué celebrada la amnistía repetíanse luego por motivos de menos transcendencia. Siempre que á la calle salía Pío IX, se arremolinaba la multitud junto á su carruaje, y los vivas y aclamaciones, repitiéndose en ondas, conmovían á toda la ciudad. Por cualquier suceso dichoso, y á veces sin venir á cuento, se improvisaban procesiones y cabalgatas, y las sociedades que habían sido secretas y ya se habían hecho públicas, salían con sus abigarrados pendones entonando himnos. Pasado algún tiempo de esta patriótica efervescencia, el entusiasmo empezó á degenerar en delirio, y las demostraciones en vocerío y alborotos.

Era Della Genga devotísimo de las ideas de Gioberti, y yo no le iba en zaga. Habíamos leído y releído el *Primato degli italia-*

ni, y soñábamos con la redención de Italia y su gloriosa unidad bajo la sacra bandera del Vicario de Cristo. Esto pensaba yo, y con inquebrantable fe pensándolo sigo y me creo portador de tan saludables ideas á mi querida patria. Pío IX, que en sus virtudes preclaras, en su poderoso entendimiento y hasta en su rostro plácido y expresivo, conquistador de voluntades, trae el sello de una misión divina, efectuará la restauración civil de la península itálica, inmensa obra que no ha podido ser realidad por no haberse empleado en ella el ligamento de las creencias comunes, de la enseñanza católica. Roma será, pues, la metrópoli de la Italia moral, y cabeza de la política, y creará un pueblo robusto, tan grande por la fuerza como por la fe. El báculo de San Pedro guiará en esta conquista á los italianos, enseñando á la Europa entera el camino de la fecunda libertad. De esta idea y de sus infinitas derivaciones hablábamos mi amigo y yo á todas horas, siempre que nuestra malicia ó la frivolidad propia de muchachos no nos llevaban á conversaciones menos elevadas.

Y escribíamos sobre el mismo tema político sendas parrafadas ampulosas, que nos leíamos *ore alterno* buscando el aplauso, y éste fácilmente coronaba nuestras lucubraciones. Por cierto que un día (pienso que por Febrero de este año) mi orgullo me sugirió la idea de mostrar al Cardenal una enfática disertación que escribí sobre el mag-

no asunto de la época, con el título de *Risorgimento dell' Italia una e libera*, y quedándose con mi mamotreto para leerlo en el primer rato que tuviera libre, á los ocho días me llamó para decirme que no estaba mal pensado ni escrito; pero que no robase tiempo á mis estudios para meterme á divagar sobre lo que ya habían tratado las mejores plumas italianas. Comprendiendo que ni mi discurso ni la materia de él eran de su agrado, salí de la presencia del grande hombre un tanto corrido.

Bien entrada ya la primavera, un ataquillo de malaria, que me cogió debilitado, interrumpió en mal hora mis estudios y hube de guardar cama, presentándose la calentura tan insidiosa que ni alivio ni recargo sentí en todo un mes. Por fin, el Cardenal me mandó á Subiacco, acompañado de la jorobadita y de una de las vejanconas. El puro aire de los montes Albanos me restableció en otro mes de régimen severo y de mental descanso; pero no pude asistir á exámenes ni pensar en nueva campaña escolar hasta el otoño próximo, lo que sentí de veras, porque en la *Propaganda* me iba encariñando con el hebreo y sánscrito, y en la *Sapienza* figuraba entre los más lucidos estudiantes de Patrología y de Lugares teológicos, sin olvidar la Jurisprudencia, Concilios, etc...

Y heme de nuevo, apenas apuntaron los calores de Julio, en la placentera residencia de Albano, libre y bien atendido, com-

partiendo mis horas entre los paseos por las alamedas que conducen á Castel Gandolfo, ó por la Nueva Vía Apia, y el trajín de la biblioteca, que me recibió como un viejo amigo brindándome con todo el embeleso de sus mil libros interesantes, apetitosos, llenos de erudición los unos, de amenidad los otros. ¡Oh soledad dichosa, oh dulce presidio!

De un verano á otro, había cambiado el personal de la villa, pues dos ancianos murieron, otros dos se habían ido á Terracina, y en su lugar hallé un matrimonio de edad avanzada y dos mozas muy guapas: una de ellas, á poco de estar yo allí, fué conducida á Frascati, donde veraneaba el Cardenal con una noble familia polaca. La que en casa quedó no era jovenzuela, sino propiamente mujer y aun mujerona, de más que mediana talla, esbelta, gran figura, tipo romano de lo más selecto, cabello y ojos negros, la tez caldeada, con tono de barro cocido. Su trato parecióme un poco salvaje, como recién cogida con lazo en los campos de Terracina; vestía poco, despreciando las modas y prefiriendo los trajes de su pueblo. ¿Era casada ó viuda? Nunca lo supe, pues de sus palabras á veces se colegía que el esposo había fenecido en la plenitud de sus hazañas bandoleras, á veces que se había marchado á Buenos Aires. Esta doble versión podía explicarse por el hecho de que no fuese un marido, sino dos los que ya contaba en su martirologio. No insistí yo mucho en inquirirlo,

pues noté en la buena moza marcada repugnancia de los estudios biográficos. Llamábanla Bárbara ó Barberina, nombre que le cuadraba maravillosamente, porque leía muy mal y apenas sabía escribir; mas con su natural despejo disimulaba tan graciosamente la ignorancia, que valía más su conversación que la de veinte sabios. Gustaba yo de charlar con ella, más que por la rudeza de sus dichos; por verle los blanquísimos dientes que al sonreir mostraba, y admirar el encendido color de su rostro iluminado por la elocuencia de mujer burlona.

Pero no se crea que las burlas, á que tan aficionada era, escondían un carácter avieso y malicioso, no. Era muy buena la salvaje Barberina, y á mí me tomó decididamente bajo su amparo y protección, y me cuidaba como á hermano. Viéndome tan endeblucho, se desvivía por reparar mi quebrantado organismo, dándome calditos ó infusiones entre horas, y haciéndome el plato en las comidas con propósito de llenarme el buche de cosas substanciosas y bien digeribles. Guardaba en sus bolsillos golosinas para obsequiarme, de sorpresa, cuando paseábamos junto al lago con la jorobadita y otras muchachas, y atendía también singularmente á mi descanso nocturno, evitando todo ruido en la *villa*, y alejando de mi aposento la caterva de gatos y perros que en la casa tenían su albergue.

Agradecido á tantas bondades, se me ocurrió la felicísima idea de pagarle sus bene-

ficios con otros no menos valiosos. Cualquiera, por egoísta que fuese, habría pensado lo mismo, ¿verdad? Ella cuidaba de mi corporal existencia, dándome salud y robustez; pues yo cuidaría de embellecer su espíritu, dándole el jugo de la ilustración, de que se alimentan los seres escogidos, *etcétera*... En fin, que si ella me nutría, yo la educaba, le devolvía sus obsequios perfeccionándola en la lectura y enseñándola á escribir correctamente. Cuánto se holgó Barberina de mi plan de recíproca beneficencia, no hay por qué decirlo. Al punto empezamos la campaña, brindándonos á ello el tiempo que en aquel apacible retiro nos sobraba, y el sosiego de la retirada y fresca biblioteca. La hice leer *I Promessi Sposi*, y advirtiendo su predilección por lo que más hería su sensibilidad, nos metimos con los poetas, prefiriendo los modernos, para huir del estorbo de los arcaísmos. Con tal cariño tomó estas lecturas, que al fin se me hizo largo el espacio de sus lecciones. Y yo no volvía de mi sorpresa viendo que todo lo comprendía, que ninguna delicadeza de sentimiento, ni alegórica ficción, ni gallardía de estilo se le escapaba. Y cuando nos poníamos á comentar, ¡qué candorosa sinceridad y qué claro juicio en aquella salvaje! Lloraba con las ternezas religiosas de Manzoni, se entusiasmaba con el fiero nacionalismo de Monti y de Alfieri, y Leopardi la dejaba no pocas veces silenciosa y cejijunta.

Menos afortunado era el maestro en la es-

critura, porque los dedos de la cerril discípula no conservaban la flexibilidad y sutileza de su virgen entendimiento. Gustábame guiar aquella dura y fuerte mano, tan bien modelada que parecía la mano de Minerva ó de Ceres. Pero los adelantos no correspondían á los esfuerzos de ella, acompañados de hociquitos y muecas con sus carnosos labios, ni á la paciencia y esmero que yo ponía en mis lecciones. Acababan éstas con los dedos de ambos manchados de tinta, y con la exclamación de ella lamentando su torpeza. Hecha su mano al rastrillo, al bielgo, á la pala y á otros rústicos instrumentos, se avenía mal con la pluma. Por consolar á mi educanda, decíale yo que trocaría mi buen manejo de escritura por la fuerza y la paz que da la vida del campo, y que un labrador inteligente es el primero de los sabios, que con el arado escribe en la tierra el gran libro de la felicidad humana. Pero estas pedanterías no la curaban de su desconsuelo, y á la siguiente lección volvía con más empeño á la faena.

Corriendo con lenta placidez los días, Barberina progresaba en la instrucción, y ambos en la confianza mutua, sin el menor detrimento de la honestidad. Pedíame ella que le hablase de mi familia y de mi pueblo, y que le contara cuanto de mi infancia recordaba. De la suya y de su parentela, así como de su matrimonio, nada me contaba ella, creyendo, sin duda, que su historia no podía interesarme. Cada día se in-

quietaba más por mi salud, y á sus cuidados del orden doméstico añadía discretas exhortaciones referentes á la vida moral. En sus sermones me incitaba á la pureza de costumbres, y afeaba mi ardorosa afición á las cosas paganas. De tiempo en tiempo hacía yo veloces escapadas á Roma, volviendo con algunos libros ó cualquier objeto, cuya compra, según yo decía, me precisaba. Recibíame Barberina, al regreso, con dolorida severidad, afirmando que mi salud y aun mi decoro estaban en peligro, si no me penetraba del respeto que debemos á nosotros mismos y á la sociedad. Más sutil moralista no he visto nunca. No pude menos de rendirme á tan sabios consejos, bendiciendo la boca que me amonestaba, y declarando que á cuanto me ordenase había de someterme. Todo el afán de mi amiga era preservarme de los peligros que en el mundo cercan á una juventud delicada, y yo, considerando la inmensa valía de esta tutela, me abrasaba en admiración y reconocimiento.

No disminuía con esto nuestra afición á las lecturas, y si ella leía por ejercitarse, hacíalo yo por darle el modelo de la entonación, y por entretenerla y deleitarla con útiles pasatiempos. Observé que las cosas serias la interesaban más que las jocosas, y las humanas, construídas con elementos de verdad, más que las imaginativas. Después del *Jacopo Ortis* y de las *Prisiones,* leí parte de la *Eloísa* de Rousseau, y de aquí sal-

tamos á las *Confesiones*, cuyos primeros capítulos fueron el encanto de Barberina. Burla burlando llegamos á la presentación de Juan Jacobo en la casa de Madame Warens, al carácter y figura de ésta, á la maternal protección que dispensó al joven ginebrino, y por fin, al ingenioso arbitrio de la dama para preservar á su amiguito de los riesgos que corre un jovenzuelo impresionable si se le deja solo ante el torbellino del mundo y las asechanzas del vicio. Admirable nos pareció á entrambos aquel pasaje, que Barberina alabó con vivos encarecimientos... Mi amor á la verdad me obliga á terminar este relato repitiendo el famosísimo *quel giorno più non vi leggemmo avanti*.

V

Alegría insensata y sombríos temores alternaban en mi alma desde aquel día. ¡Amor, conciencia, cuán desacordes vais comunmente en la vida humana! Amargaban la dulzura de mi juvenil triunfo sobresaltos y presentimientos tristísimos, y mi felicidad en ellos se disolvía como la sal en el agua. Perseguíame el espectro del Cardenal pronunciando la acusación y cruel sentencia que yo merecía, y en mis sueños me visitaba, y despierto le sentía próximo á mí. Seguramente no tendría yo valor para poner mi rostro pecador ante el de Su Eminencia.

El temido rayo de sus ojos me haría caer exánime; me faltaría valor aun para pedirle perdón de mi vergonzoso ultraje á la ley de hospitalidad.

Algún alivio me dió la noticia, por la propia Barberina comunicada, de que el Cardenal no parecería en mucho tiempo por Albano, ni aun de paso para Castel Gandolfo. Desde Frascati, deteniéndose en Roma sólo una noche, había pasado á Rímini, sin duda con una misión secreta de Su Santidad para el Embajador de Austria que allí veraneaba. Calculando mis huéspedes la duración de la ausencia por el equipo y servidumbre que Antonelli llevaba, presumían que iría también á Viena. No obstante estas seguridades de respiro, yo no tenía sosiego, y pedía fervorosamente á Dios que complicase los asuntos diplomáticos de la Santa Sede en términos tales, que mi protector tuviese que ir también á San Petersburgo, y de allí á Pekín, atravesando toda el Asia en camello, en elefante, ó en otro vehículo animal de los más lentos.

Por aquellos días empezaron á tomar mal cariz las cosas políticas. La popularidad del Papa era ya molesta, tirando á la confianza irrespetuosa: los entusiasmos de la plebe, dirigida por las Sociedades ó Círculos, no eran ya simples alborotos, sino motines en toda regla. Las concesiones de Su Santidad al espíritu moderno les parecían poco, y ya pedían la Luna, la Osa Mayor y el Zodiaco entero. El clamor de reformas era tan

intenso, que el adorado Mastai Ferretti se veía compelido á dar gusto al pueblo nombrando un Ministerio láico. Gustaba yo de la inquietud porque no sólo veía en ella la palpitación generatriz del ideal de Gioberti, tomando carne y forma de cosa real, sino porque el tumulto y todo aquel revolver de las ondas sociales me parecían á mí muy propios para que en ellos se escondiera mi delito y quedase ignorado, impune. *¡Ahi, come mal mi governasti, amore!*

Mas un día *¡corpo di Baco!*, anunciaron que el Cardenal estaba de vuelta en Roma, y ya no hubo para mí tranquilidad. Pasó por mi mente la idea de fugarme: comuniqué este pensamiento á Barberina, la cual me dijo que había pensado lo mismo. Propúsome que nos fuéramos á España... ¡A buena parte! dije yo. De escapar, á Nápoles para plantarnos en Egipto, ó á Génova para emigrar calladitos á Buenos Aires, donde pondríamos un café, una tienda de bebidas... no, mejor un colegio, en el cual yo abriría cátedra *de omni re scibile*. Felizmente, ninguno de estos disparates prendió en mi mente, y la irresolución, que en normales casos suele perdernos, en aquel fué mi salvación... Mientras discutíamos mi amada y yo si nos estableceríamos en Corfú ó en Alejandría, vino un recado de Antonelli, llamándome con urgencia. ¡Ay!... ¡ay!

Se me olvidó apuntar que el matrimonio anciano que regía la casa, mirábame ya como cosa perdida. Días antes, notaba yo en

sus rostros cólera, menosprecio, amenaza: cuando me vieron llamado á la presencia del amo, su actitud era compasiva, como la de los curiosos que asisten al paso del condenado á muerte, camino de la horca ó de la guillotina. Y en efecto, en mí se determinaba la insensibilidad del reo en la capilla momentos antes del suplicio. Salí de la casa sin poder ver á Bárbara; creí que se había encerrado en su habitación. Quise subir, y no me dejaron. "¡Barberina!„ grité desde abajo, y nadie me respondió... Partí con el corazón despedazado, mordiendo mi pañuelo. Luego me dijo el cochero que aquella madrugada, la buena moza, obedeciendo órdenes terminantes del Cardenal y guardando el mayor secreto, había partido para Terracina... á pie, sola... Y no había miedo de que se desviara de su ruta, ni que desobedeciera la terrible y concisa orden. Protesté, lloré, rugí, y el cochero con filosófico humor y flemático desdén me dijo: "*¡Ah, signore! questo e peggio che l' Inquisizione. Ma, non dubiti, la sconteranno sti pretacci, figli di cani.*„ Hablamos de política. Pronto comprendí que estaba el hombre cogido por las sociedades secretas.

"Un hombre, sólo hay un hombre que pueda traernos la revolución.

—¿Y quién es ese hombre?

—Mazzini...„

Mi pena no me dejó espacio para sostener la conversación. ¿Qué me importaban á mí Mazzini y toda la turbamulta de las logias?

Llegué al palacio del Cardenal con la esperanza de que sus ocupaciones no le permitirían acordarse de mí, de que no podría recibirme, de que tendría yo que aguardar horas, días quizás... Quedéme aterrado al ver que el portero, como si me esperase, me mandó pasar en cuanto bajé del coche, y luego un ujier, sin darme descanso ni respiro, me introdujo en la biblioteca, donde ví á Su Eminencia despachando con un secretario. Yo apenas respiraba: yo pensaba en Dios, como el espía, víctima de la ley de guerra, que es conducido ante el pelotón que ha de fusilarle. Más atento al despacho que á mí, el grande hombre no se dignó mirarme. Un cuarto de hora, que hubo de parecerme un cuarto de siglo, duró mi ansiedad; y cuando el secretario recogiendo papeles á marchar se disponía, yo, paralizado y mudo en el centro de la pieza, extrañaba que no me vendasen los ojos para el trance fatal.

No ví la mirada de Antonelli cuando me mandó acercarme, porque yo no podía levantar del suelo mi vista. El tono de su voz no me pareció demasiado duro. Me atreví á mirarle, y hallé en su rostro un desdén compasivo, no la cólera de Júpiter que yo esperaba. La angustia que me oprimía tuvo el primer alivio cuando Su Eminencia me preguntó por mi salud, aunque debía yo creer que era pura fórmula. Como le contestase, por decir algo, que no me encontraba bien, díjome que me propondría un remedio eficaz para la completa reparación de mi organis-

mo. Nueva sorpresa mía con su poquito de pavor. ¿Cuál era este remedio? No tardó en decírmelo: el regreso á España. Los aires natales me serían muy provechosos. Con más miedo que finura contesté que me parecía muy bien. *Ed egli à me:* "Hijo mío, bien á la vista está que tus esfuerzos para conservar la vocación religiosa son inútiles. La Naturaleza manda en tí como señora absoluta, y no sabes cultivar el espíritu robusto que debe sojuzgarla...„ Admirado de tanta sabiduría, nada supe contestar. Parecióme que aquello de sojuzgar la Naturaleza era también fórmula, y que Su Eminencia echaba mano de los tópicos que sólo sirven para aleccionar á la infancia, sin tener más que un valor pedagógico semejante al de las palmetas. *Poi ricomminicio:* "Tus facultades prodigiosas se pierden en la distracción. Tal vez has errado la vía, y debes buscar otra en que la distracción misma no sea un impedimento, sino un estímulo. Para brillar en artes ó ciencias no es necesario ser benedictino. La tutela que me delegó el buen D. Matías, yo la devuelvo á tus padres, que la ejercerán con más fruto que yo. En Italia te pierdes: gánate en España, donde empezarás por hacer efectiva tu vocación de marido... Tu familia te procurará un buen matrimonio.„

Pausa. Conmovido pronuncié al fin vagas expresiones de aquiescencia. Y como indicáse que me prepararía para el regreso á mi tierra, dijo el Cardenal: "De aquí á la noche, récogerás cuanto necesites llevar contigo,

libros y ropa; al amanecer saldrás de Ostia en un barco que se da á la vela para la costa valenciana.„ Dejóme atónito esta conminación que no admitía réplica, y con un gesto manifesté mi conformidad. Ya sabía yo con quién me las había y cómo las gastaba el caballero. Al despedirme, sólo me dijo: "En la política de tu país puedes abrirte camino ancho, que allá tienes dos especies de hombres afortunados: los tontos y los que se pasan de listos. Procura tú ser de los últimos.„ La substanciosa frase me hizo sonreir, y besándole la mano, salí para disponerme á cumplir mi sentencia. Ya no le ví más. Comí, llené de libros una caja y un cofrecillo, de ropa un baúl, y me entregué al mayordomo, encargado por Su Eminencia de ponerme en camino. La sentencia se cumplió *manu militari*, porque un agente de policía fué quien me condujo á Ostia, á poco de anochecido, no soltándome de su férrea mano hasta dejarme á bordo de la urca, libre y quito de todo gasto, bien amonestado el patrón para que pusiese cien ojos en mí mientras el barco no se diese á la vela.

¡Adiós, Italia; adiós, Roma, corazón del Paganismo, cabeza de la Iglesia; adiós, Barberina, ara de mi primera ofrenda al tirano Dios! Así como los antiguos ponían sus muertos en las constelaciones, yo quiero darte luminosa eternidad en el firmamento... Durante las noches de mi largo viaje, he clavado de continuo mis ojos *nelle vaghe stelle dell' Orsa*.

VI

Sigüenza, *Noviembre.* — Quedamos en que bauticé con el nombre de *Barberina* la estrella más brillante de la Osa Mayor, la que los astrónomos, según creo, llaman *Mizar*, y con esto puse final punto á mi historia de Albano...

Cosas y personas mueren, y la Historia es encadenamiento de vidas y sucesos, imagen de la Naturaleza, que de los despojos de una existencia hace otras, y se alimenta de la propia muerte. El continuo engendrar de unos hechos en el vientre de otros es la Historia, hija del Ayer, hermana del Hoy y madre del Mañana. Todos los hombres hacen historia inédita; todo el que vive va creando ideales volúmenes que ni se estampan ni aun se escriben. Digno será del lauro de Clío quien deje marcado de alguna manera el rastro de su existencia al pasar por el mundo, como los caracoles que van soltando sobre las piedras un hilo de baba, con que imprimen su lento andar. Eso haré yo, caracol que aún tengo largo camino por delante; y no me digan que la huella babosa que dejo no merece ser mirada por los venideros. Respondo que todo ejemplo de vida contiene enseñanza para los que vienen detrás, ya sea por fas, ya por nefas, y útil es toda noticia del vivir de un hombre, ya

ofrezca en sus relatos la diafanidad de los hechos virtuosos, ya la negrura de los feos y abominables, porque los primeros son imagen consoladora que enseñe á los malos el rostro de la perfección para imitarlo, los otros imagen terrorífica que señale á los buenos las muecas y visajes del pecado para que huyan de parecérsele. Habiendo aquí, como habrá seguramente, enseñanza para diferentes gustos, no me arrepiento del propósito de mis Memorias ó Confesiones, y allá voy ahora con mi cuerpo y mi juventud y mi buen ingenio por el anchuroso campo de la vida española.

Ya es ocasión de que os hable de mi familia. Propietario de flacas tierras en este término es mi padre: poséelas mi madre de más valor en Atienza; pero reunidos ambos patrimonios no bastaron para el sostén de familia tan numerosa, por lo cual mi señor padre ha tenido que arrimarse á la Política y á la Iglesia, y tiempo ha que desempeña la Contaduría de esta Subalterna, y es además habilitado del Clero. Gran administrador de lo suyo y de lo ajeno ha sido siempre Don José García, y en su honradez, que la opinión ha consagrado como artículo de fe, nunca puso el menor celaje la malicia. La vida metódica y sin afanes, la paz de la conciencia, el ejercicio saludable, le conservan entero y enjuto, sin achaques de los que á su edad pocos se libran, aunque es algo aprensivo, y tan friolero que anda de capa todo el año, de Agosto á Julio.

Mi madre es una santa, que hoy vive petrificada en los sentimientos elementales y en las ideas de su juventud, creyendo á pie juntillas que la inmovilidad es la forma visible de la razón. La palabra progreso carece para ella de sentido, y si en modas no ha querido pasar del año 23, cuando vinieron con Angulema los chales de crespón, rayados, en lo demás que atañe á la vida general no quiere entender de nada: ni discute novedades, ni comprende constituciones, ni se cura de opinar conforme á éstas ó las otras ideas, firme en su inquebrantable dogmatismo religioso que á lo social y político extiende... "Así lo encontramos y así lo hemos de dejar„ es su fórmula, que á todo aplica, creyendo firmemente que el mundo, por muchos tumbos que dé, vuelve siempre á lo que ella vió, conoció y sintió en su florida mocedad. Completan el retrato la dulzura y placidez de un rostro angelical, que aún parece más divino con su copete de cabellos blancos, y el mirar confiado y sereno, reflejo de un alma en que moran todas las virtudes cristianas y domésticas sin sombra de maldad. Nueve hijos nacimos de esta ejemplar señora: vivimos siete, con quienes harán conocimiento mis lectores, que algo hay en ellos digno de la posteridad. A mí me tuvo mi madre en edad extemporánea, cuando ya nadie esperaba fruto de ella, y por esto el más joven de mis hermanos me lleva ocho años. Y como coincidieran con mi tardío nacimiento una aurora boreal, un

cometa, con más otros terrestres acontecimientos, formidable crecida del Henares, y la aparición de una espléndida luz que en las noches obscuras se paseaba por el tejado y torres de la catedral, dió en creer la gente que aquellos inauditos fenómenos anunciaban mi venida al mundo como prodigioso niño, llamado á revolver toda la tierra. Mi madre se reía de estos disparates; pero confiaba siempre en que su Benjamín no habría de ser un hombre vulgar.

Mi hermano Agustín, el primogénito, que ya cumplió los cuarenta, casó en Madrid, y allá disfruta de un buen empleo arrimado á los hombres de la *moderación*. Mi hermano Vicente casó con una rica labradora de Brihuega, viuda, y está hecho un bienaventurado patán, con cinco hijos, y labranza de doce pares de mulas; Gregorio, que estudió en Madrid la carrera de abogado, también anda por allá, buscándose un acomodo en las Sociedades mineras ó de seguros; y Ramón, que es el más joven, no se ha separado de mis padres, y disfruta un sueldecito en la Subalterna. De mis hermanas, la mayor, Librada, que ahora tiene treinta y ocho años, casó en Atienza con un primo mío, ganadero de buen acomodo, y propietario de dos molinos harineros y de una fábrica de curtidos; la segunda, Catalina, que ya rebasa de los treinta, profesó en el convento de la Concepción Francisca de Guadalajara, no recuerdo en qué fecha (sólo sé que á mí me tenían aún vestidito de corto), y

luego pasó á la Latina de Madrid, donde ahora se encuentra. He aquí mi familia, mis sagrados vínculos con la Humanidad.

Vivimos en la calle de Travesaña, angosta y feísima, pero muy importante, porque en ella, según dicen aquí ampulosamente, *está todo el comercio*. La casa es de mi padre, tan antigua, que la tengo por del tiempo de la guerra de los Turdetanos con Roma, cuando Catón el Censor puso sitio á esta noble ciudad. A pesar de las restauraciones hechas en ella, mi vivienda natal, en la cual no hay techo que no se alcance con la mano, se pierde en la noche de los tiempos; y á pesar de todo, como en ella ví la primera luz, paréceme la más cómoda y bonita del mundo. En los bajos hay un local alquilado para botica, la cual creo yo que radica en aquel sitio desde que vino á España el primer boticario, traído quizás por Protógenes, obispo fundador de nuestra diócesis. Ahora la regenta un tal Cuevas, hombre muy entendido en su oficio, y es centro de reunión ó mentidero de cuantos en el pueblo discurren con más ó menos tino de la cosa pública.

Seis ó siete sujetos calificados clavan allí sus posaderas en sendas sillas toda la tarde y á prima noche, entre ellos mi padre, D. José Verdún, coronel retirado, el juez Sr. Zamorano, el canónigo de esta catedral D. Jacinto de Albentós, que entró aquí con Cabrera el año 36, mandando una partida de escopeteros, bien ajeno entonces de que

se le recompensaría su hazaña con esta prebenda, y otros que no cito por no transmitir vanos nombres á la posteridad. Cada cual lleva su periódico, que lee ó comenta: mi padre saca *El Faro,* que goza opinión de sensato; el canónigo desenvaina *La Iglesia* y *El Lábaro*, ambos de su cuerda; el coronel esgrime el *Clamor*, órgano del Progreso; otro tremola *El Heraldo*, y Cuevas, en fin, enarbola *El Tío Carcoma,* satírico y desvergonzado, pues algo hay que dar también á la risa y al honrado esparcimiento. Predomina en la botica el tinte moderado, y contra una mayoría formidable luchan gallardamente los dos únicos progresistas, el coronel y el boticario. De entre las ruidosas peloteras que allí se arman salen airadas voces aclamando el nombre sonoro del primate á quien cada cual debe su destino; y si el uno pone sobre su cabeza á Bravo Murillo, el otro no deja que toquen ni al pelo de la ropa de Seijas Lozano, de Pidal ó de Bahamonde.

Allí me enteré de sucesos que ignoraba, y que siendo ínfimos en la esfera total del humano vivir, parecían grandes á los pobres enanos que de ellos se ocupaban. Supe que habían caído los *Puritanos*, y pues yo no conocía más Puritanos que los de Bellini, pedí informes de tales sujetos, sabiendo al fin que eran como una cofradía que dentro de la *moderada* comunidad alardeaba de pureza. Supe asimismo que el Rey y la Reina andaban desavenidos, él haciendo solitaria

vida en el Pardo, ella en Madrid gozando de la cariñosa popularidad que había sabido ganarse con su gracia y desenfado; y supe que los narvaístas andaban locos por volver al Gobierno, y que los progresistas, alentados por Bullwer, embajador inglés, hacían sus pinitos por colarse en Palacio. Todo ello me importaba un bledo, como la caída del Ministerio Salamanca, sucesor de los Puritanos, para dar entrada al temido y ensalzado D. Ramón, que, según mi padre, es el único que entiende este complejo tinglado del gobierno de España.

Sigüenza, *25 de Noviembre.*—La comidilla de esta tarde en la botica ha sido la reconciliación del Rey y la Reina. Vaya, picaruelos, se os perdona, pero no volváis á poneros moños, que perturban la tranquilidad de estos reinos. ¡Ay qué cosas han dicho los tertulios, Santa Librada bendita! Que si costó más trabajo reconciliar á los Reyes que casarlos... que Serrano y Narváez se entendieron, retirándose el primero á la Capitanía General de Granada, y cogiendo el otro las riendas del poder... que ello es juego de rabadanes, y cambalache gitanesco... ¡Dios mío, cómo ponen á Serrano mi boticario y mi coronel por haber abdicado sin dejar el mango de la sartén en manos progresistas! Los motes menos injuriosos que le cuelgan son los de Judas y Don Opas. En cambio los otros échanle en cara el abuso de su poder y su falta de discreción, tacto y delicadeza. Y yo le digo al tal: "Si me viera en tu caso,

haría las cosas mejor, y si no pudiera escribir la Historia de España con la mano derecha, sabría educar y adestrar mi mano zurda.„

27 de Noviembre.— Esta tarde fuí yo quien hizo el gasto contándoles las magnificencias del rito en la Corte Papal, describiéndoles con la facundia pintoresca que me permitían mis conocimientos de las cosas romanas, los restos maravillosos del Paganismo, el esplendor de San Pedro, de Santa María Mayor y de San Juan de Letrán, el lujo y señorío de los cardenales, la opulencia artística de los Museos, las mil estatuas, fuentes y obeliscos, y no necesito decir que me oían con la boca abierta, suspensos de mi voz, y que alabaron en coro mi feliz retentiva. Mayor éxito, si cabe, tuve cuando de las cosas me llevó á las ideas el curso de mi fácil palabra, y les expliqué la misión que Dios confiere al sucesor de San Pedro en la segunda mitad del siglo que corre. *Sursum corda*, y álcense unidos el dogma cristiano y la libertad de los pueblos. Para redimir á la Italia y hacerla una y fuerte, se constituirá una federación bajo el patrocinio del Soberano Pontificio, y un sabio Estatuto, en que se amalgamen y compenetren los católicos principios con las reformas liberales, dará la felicidad á los italianos, ofreciendo á las demás naciones europeas una norma política, invariable y sagrada por traer la sanción de la Iglesia.

La polvareda que levantó en el farmacéu-

tico senado este novísimo *punto de vista*, como decía el juez, fué tremenda. Ya el señor Zamorano tenía de ello noticia por haber leído párrafos de un artículo de Balmes en la revista *El Pensamiento de la Nación*. Para los demás, el asunto era enteramente virgen. Cuevas y el coronel acogieron la misión Papal con benevolencia, afirmando que, pues las ideas de Cristo eran francamente liberales, su Vicario en la tierra debía pastorear á las naciones enarbolando en su báculo la bandera del Progreso. Oir esto el canónigo y soltar la risa estúpida, grosera y provocativa, fué todo uno. "¡Vaya, que será linda cosa un Papa progresista!... ¡La Iglesia dando el brazo á los hijos de la Viuda!... ¡Cristo entre masones... ja, ja, ja... y la Santísima Virgen bordando banderas liberales como *la* Mariana Pineda!"..... Así desembuchaba sus salvajes burlas el sacerdote bizarro que había entrado en Sigüenza once años antes, *viribus et armis*, asolando el país y llevándose cincuenta mil reales como botín de guerra. Y luego siguió: "¡Pero este Pepito, qué ruedas de molino se trae de Roma para comulgarnos! Listo eres, hijo; pero no afiles tanto, que te vemos la intención chancera. A Roma fuiste con ínfulas de sabio, que debía tragarse el mundo, y nos vuelves acá con juegos de cubilete para embaucar á estos pobres patanes. No nos creas más tontos de lo que somos, y si vas á Madrid llévate allá los chismes de titiritero, y ponte en las plazas á predicar toda esa mon-

serga del Papa liberal y de la Iglesia metida con los ateos. Aquí somos brutos, y no entendemos de fililíes romanos ni de obeliscos, ni de cardenales que visten capita corta y calzón á la rodilla; pero tenemos los sesos en su sitio, y debajo del paño pardo guardamos el discernimiento español, que da quince y raya á todo lo de extranjis.„

Respondí que no intentaba yo convencerle, porque él era como Dios le había hecho, un clérigo de caballería, de los que defienden el dogma á sablazo limpio. Contradiciéndole le puse tan desaforado y nervioso, que no hacía más que morder el cigarro, echar salivazos en el corro, y dar resoplidos como un flatulento á quien se le atraviesan en el buche los gases. Intervino Cuevas en la contienda con sus opiniones emolientes, y mi padre sacó todo el espíritu de conciliación que comunmente usa, asegurando que no hay que tomar á chacota mis ideas, pues vengo yo de donde las guisan; que él no da ni quita liberalismo al Papa, pero que si éste se liberaliza, habrá de ser siempre *moderado*. Con esto y con llegar la hora en que á cada cual le llamaban las sopas de ajo de la cena, terminó la gran disputa. Era el desvahído rumor con que llegaba á mi rústico pueblo la grave cuestión que entonces inquietaba á todos los pensadores de Italia.

30 de Noviembre.—He aquí que mi hermano Agustín, el gallito de la familia, que desde Madrid dirige nuestros asuntos encaramado en su posición política, comunicó

por carta felices nuevas de su valimiento en el Ministerio de la Gobernación, gracias al amparo que le dispensa el nuevo Ministro D. Luis Sartorius. Extranjero en mi patria, era la primera vez que oía yo tal nombre. Púsome en autos mi padre refiriéndome que este Sartorius es un mozo andaluz tan agudo y con tal don de simpatía que se lleva de calle á la gente joven. Ha brillado en el periodismo; plumeando en las columnas de *El Heraldo* se hizo fácilmente un nombre, y... periodista te vean mis ojos, que ministro como tenerlo en la mano. Con sólo este breve informe me fué muy simpático el tal Sartorius, y me entraron ganas de conocerle. Añadía mi hermano en la carta que era llegada la ocasión de colocarme, toda vez que no había para mí, después del desengaño de mi viaje á Italia, mejor arrimo que el de la Administración Pública, sin perjuicio de aplicarme á cualquier carrerita de las que en Madrid están abiertas para todo muchacho que tenga alguna sal en el caletre. Quedó, pues, determinado que para no perder tan dichosa coyuntura partiese yo á la Corte sin dilación, llevándome toda la balumba de mis libros, los cuales habían de ser mi mejor ornamento, y mi garantía más segura de que no se me volvieran humo las esperanzas cortesanas.

1.º de Diciembre.—Mi buena y santa madre, mientras estivaba con delicado esmero en el baúl mi provisión de ropa, añadiendo no pocas prendas, obra reciente de sus

hábiles manos, me dió estos consejos que así demostraban su cariño como su bendita inocencia: "Hijo mío, vas á un pueblo muy grande, donde todo cuidado será poco para precaverte de los peligros que te cercarán. Mas tú eres bueno, y tu alma paréceme que está cerrada á piedra y barro para las malas tentaciones. Pero Madrid no es Roma; en la ciudad que llaman Eterna, creo yo que no habrás visto más que ejemplos de virtud y buenas costumbres, pues otra cosa no puede ser viviendo entre tantísimo sacerdote y personas consagradas al servicio de Dios. Madrid no es lo mismo, y los ejemplos que allí encuentres serán de corrupción y escándalo así en mujeres como en hombres. Te recomiendo y encargo, hijo mío, que contra las innumerables incitaciones al pecado que has de sentir, ver y escuchar, te fortalezcas con el temor de Dios y con el recuerdo de las virtudes que habrás observado siempre en tu familia. Y no insisto sobre punto tan delicado, pues como dijo el otro, "peor es meneallo„.... Yo confío en tu buen juicio y en la limpieza de tus pensamientos.„ Respondíle muy conmovido que ya cavilaba yo en la manera de sortear esos peligros, pues conocía bastante la sociedad para distinguir el bien del mal; y que el refrán *á Roma por todo* quiere decir que allá van los hombres á enterarse de cuanto en lo humano existe, y á doctorarse en la ciencia del mundo como en todas las ciencias.

"Bien, hijo mío—dijo entonces mi madre

con dulce conformidad.—Pero hay otro peligro en el cual quiero que fijes tu atención, y es que en Madrid abundan los envidiosos; y como tú despuntas por una capacidad y sabidurías tan extraordinarias, no dejarán de caer sobre tí las malas voluntades y peores lenguas para cerrarte los caminos de la gloria. Mucho cuidado con esto, Pepe mío. No hagas alardes de ciencia, y tus razones te acrediten más de modesto que de jactancioso, para que la envidia tenga menos abrazaderas por donde cogerte... Verdad que casi está de más este consejo, pues de Roma has vuelto ocultando tu ciencia más que ostentándola sin ton ni son, como hacías cuando fuiste. Ya no te pones á recitar la retahila de cánones y decretales; ya no hablas de la *Summa* de Santo Tomás ni de lo que escribieron Aristóteles y Belarmino; ya no nos hablas en griego para mayor claridad; y como no puedo pensar que sabes ahora menos, pienso que eres más precavido y mejor guardador de tu ciencia, á fin de no dar resquemores á la envidia y vivir en paz con tanto majadero.

—Algo hay de eso, señora madre—repliqué yo;—pero el principal motivo de mi reserva del saber es que ahora sé mucho más que antes, y cuanto más se sabe más se ignora, y más miedo tenemos de incurrir en el error que de continuo nos acecha. Estudiando y aprendiendo he llegado á medir la extensión de lo que aún no ha entrado en mi entendimiento, y sabiendo cada día más

voy hacia el término á que llegó el gran filósofo que dijo: "Sólo sé que no sé nada.„ Vea usted por qué parece que sé menos sabiendo más. No compare usted, señora madre, la ciencia de un niño con la de un hombre.„

Muy complacida de mi explicación, añadió este último consejo, dándome á entender con su sonrisa que lo estimaba por muy práctico: "No te cuides, hijo de mi alma, de lucirte entre los necios, cuyo aplauso para nada ha de servirte, ni de enseñar á los ignorantes, ni de desasnar á los torpes. Para divertir y admirar á cuatro gansos no has estado tú quemándote las cejas desde que eras tamaño así. Toda Sigüenza sabe que prontitud como la tuya para el conocimiento no se ha visto jamás, pues aún estabas mamando y las primeras voces que dabas rompiendo á hablar parecía que eran en latín... Digo que te contengas, y que guardes toda tu ciencia para las buenas ocasiones, desembuchándola como un torrente cuando te halles en presencia de personas que sepan apreciarla, pongo por caso, el Sr. de Sartorius, que dicen es tan sagaz y tan buen catador de los talentos. Tengo por indudable que le deslumbrarás, y el hombre no sabrá qué hacer contigo. . Para mí, y como si lo estuviera viendo, es seguro que te pondrá en alguna de las grandes bibliotecas que hay allá, ó en la mismísima *Gaceta*, para que escribas todo lo que se ordena, manda y dispone, y hasta lo que la Reina le dice á las Cortes, ó á otros Reyes, ó al mismo Papa.„

Encantado de su *sancta simplicitas* y estimando ésta como un bien muy grande, corona de las virtudes de mi madre en su patriarcal vejez, corroboré aquellas ideas, y para fortalecer su inocencia hermosa me fingí convencido de que Madrid y Sartorius me subirían á los cuernos de la luna. Lloraba la pobrecita oyéndome, y yo, traspasado de pena, hice mental juramento de conservar siempre á mi madre en aquel ideal ensueño que aseguraba la felicidad de sus últimos días.

Partí aquella noche en el coche correo.

VII

14 de Enero del 48.—Carguen con Madrid y su vecindario todos los demonios, y permita Dios que sobre esta villa, emporio de la confusión y maestra de los enredos, caigan todas las plagas faraónicas, y algunas más. Rayos arroje el Cielo contra Madrid, pestes la tierra, y queden pronto hechas polvo casas y personas. Hágase luego gigante el enano Manzanares, para que con revueltas aguas borre hasta el último vestigio de la capital, y quede el suelo de ésta convertido en inmenso charco donde se establezca un pueblo de ranas que cante noche y día el himno de la garrulería...

No tuvo la Villa y Corte mis simpatías

cuando en ella entré: parecióme un hormiguero, sus calles estrechas y sucias, su gente bulliciosa, entrometida y charlatana; los señores ignorantes, el pueblo desmandado; las casas feísimas y con olor de pobreza. Pero no proviene de esto el odio que hoy siento, sino de positivas desdichas que en esta Babilonia de cuarta clase me ocurrieron á poco de mi llegada. Dos familias, la de mi hermano Agustín y la de mi hermano Gregorio, se disputaron desde el primer momento la honra de albergarme, y ésta tiraba de mí por un brazo, aquélla por otro, y en poco estuvo que me descuartizaran. De una parte á otra iban mis baúles y maletas. Por la mañana se decidía que mi casa fuera la de Gregorio; por la tarde venía la mujer de Agustín, cargaba con mi ropa, y era forzoso meterlo todo á puñados en los baúles. Tres días estuve de mazo en calabazo, comiendo en una casa, cenando en otra, y á lo mejor me hallaba sin corbata, que se había quedado allá, ó me faltaba la levita, el sombrero, los guantes... Y cuando tras tantas fatigas, triunfante Gregorio, me ví definitivamente instalado en casa de éste, ¡oh inmensa desventura! eché de ver que en los trasiegos de mi persona y de mis cosas entre una y otra vivienda, se había perdido el manuscrito de mis *Memorias*, todo lo que escribí desde Vinaroz á Sigüenza, mi vida en Italia... ¿Hay mayor desdicha, ni más estúpido contratiempo? En vano lo he buscado en las dos casas, preguntando á los aturdi-

dos amos y á las cerriles criadas. Nadie lo ha visto, nadie da razón de aquellas hojas en que vertí la verdad de mis sentimientos y los secretos más graves... Y la idea de que mis apuntes hayan ido á parar á indiscretas manos me vuelve loco. ¡Escriba usted confesiones con el fin de deleitar é instruir á la juventud, ponga usted en ellas toda su alma, para que caigan en manos de un zafio que haga de ellas chacota, ó de una maritornes que las emplee para encender la lumbre!

Aunque las diversas personas á quienes pregunté por mis papeles me negaban con notoria ingenuidad haberlos visto, yo sospechaba de mi cuñada, la mujer de Agustín, sin que pudiera decir en qué fundaba mi sospecha, pues con la mayor serenidad me ayudaba á buscar el tesoro perdido y lamentábase con desconsuelo verdadero ó falso de la inutilidad de mis investigaciones. Y hoy, cuando ya he perdido la esperanza de recobrar mi tesoro, persisto en creer que ella lo guarda como un feliz hallazgo, sin duda con la idea de variar los nombres de personas, alterar algún incidente, y publicarlo como novela de su invención. Porque ha de saberse que mi cuñada Sofía es lo que llamamos politicómana, con sus perfiles de literata, pues aunque alardea modestamente de no escribir, presume de buen gusto y promulga juicios sentenciosos sobre toda obra poética ó narrativa que cae en sus manos. Comunmente le sorbe los sesos la batalladora política más que las pacíficas letras, y toda

la mañana la veis en su cuarto, con bata encarnada y una cofia en la cabeza, devorando periódicos. ¡Y la casa sin barrer! ¡Y la señora no se peina hasta media tarde!

Permitid que me ensañe en ella, pues le tengo odio y mala voluntad desde que se me metió en la cabeza que es ladrona de mi manuscrito. Si mi hermano le supera en discreción, ella le gana en edad; no tiene hijos, pero sí un bigotillo con más lozano vello que el que á su sexo corresponde. Por las mañanas, á la hora en que se halla en todo el furor de su loco entretenimiento, las greñas se le salen por debajo de la cofia, las uñas guardan todavía luto, y las manos le huelen á tinta de periódico; su gordura fofa se escapa por uno y otro lado, evadiéndose del presidio de un destartalado corsé, cuyas ballenas no son más que un andamiaje en ruínas.

Y también digo que á zalamera y engañadora no le gana nadie. Se precia de quererme mucho y de tratarme como á un hijo. Me riñe con suavidad cariñosa, si es menester, y me colma de elogios cuando á su parecer lo merezco. Ella fué quien me notificó, á los ocho días de mi llegada, mi nombramiento para una plaza en la *Gaceta*. Este era el *veni vidi vici*, y pocos podrían alabarse de tanta prontitud en el logro de sus esperanzas. "Como ahora no se nos niega nada—me dijo azotándome la cara con el número de *El Clamor*,—te hemos sacado ese destinito con ocho mil reales, que no es mal

principio de carrera. Luego se verá. Me ha dicho Agustín que no tendrás nada que hacer en la *Gaceta*, y que te recomendará al director para que te perdone la asistencia á la oficina los más de los días.„ A ella y á mi hermano dí las gracias, añadiendo que no me conformo con tan denigrante ociosidad, que pediría trabajo si no me lo diesen, para devolver á la Nación en honrado servicio la pitanza modesta que pone en mi boca. Y éste no fué ciertamente un vano propósito, pues al tomar posesión de mi destino, hube de protestar contra la holganza, á lo que me contestó el director, hombre amabilísimo, y el más zalamero, creo yo, que existe en el mundo: "Ya sé por su hermano que es usted un prodigio de talento y erudición. Sería imperdonable que por exigirle á usted la debida puntualidad en esta oficina, le apartara yo de sus profundos estudios, privándole de consagrar las más de sus horas á revolver libros y compulsar códices en las bibliotecas públicas.„ Creía, en conciencia, servir al Estado y al país declarándome vagabundo erudito. Afortunadamente, la *Gaceta* tenía personal de sobra, y muchos iban allí á escribir comedias ó á componer sonetos de pie forzado. No insistí. ¡Delicioso jefe, fantástica oficina, sabrosa y dulce nómina!

12 de Enero.—En cuanto llegó á Sigüenza la noticia de mi nombramiento, me escribió mi buena madre vertiendo en las cláusulas de su epístola todo el cariño y la ino-

cencia de su alma seráfica. Conocía yo la magnitud de su alborozo por el temblor de su nada correcta escritura. Todo había resultado tal como ella lo pensara: llegar yo un viernes á Madrid, y al siguiente viernes, ¡pum! el destino. Estas brevas no caen más que para los hombres escogidos, en cuyas molleras ha puesto el divino Criador toda su sal y pimienta... Ya le había contado á ella un pajarito que el Sr. Sartorius me recibió poco menos que con palio, y que yo me puse muy colorado con las alabanzas que tanto el señor Ministro como los otros señores presentes habían echado por aquellas bocas... "Nadie me ha dicho esto—añadía con candorosa persuasión,—pero lo sé. No puede haber sucedido de otro modo... Al mandarte á la *Gaceta*, claro es que se ha fijado Su Excelencia en que el desempeño de aquellas plazas exige las cabezas mejores, y allá vas tú para poner en buena consonancia de frase todo lo del Procomún y demás cosas que en tales hojas se estampan. Ya, ya saben esos señores á qué árbol se arriman... Te recomiendo, hijo mío, que no trabajes demasiado. Ya estoy viendo que muchos de tus compañeros se aliviarán de su faena recargando la tuya, fiados en que para tu entendimiento grandísimo son juguete de chico las dificultades que á ellos les agobian. No seas tan bonachón como sueles, ni tengas lástima de holgazanes y torpes, que de esos se compone, según me dicen, la turbamulta de las oficinas... Por aquí se corre que

has empezado á escribir una magnífica obra sobre el *Papado y...* no sé qué otras cosas, la cual no tendrá menos de quince tomos. Date prisa, no vaya yo á morirme sin poder leer aunque sea sólo el título. Dime si es verdad esto, y cuántos pliegos llevas escritos ya... Adiós, Pepe mío: cuídate mucho, abrígate, y que en esos trajines no se te olvide la obligación de tus oraciones de mañana y noche. Siempre que puedas, oye misa toditos los días. Yo no ceso de pedir al Señor que te ilumine y no te deje de su mano. Recibe todos los pensamientos, el alma toda, y la bendición de tu madre.—*Librada*.„

En mi contestación, todas las ternezas me parecieron pocas, y poniendo especial cuidado en no ajar sus ilusiones, le dije cuanto pudiera conservarla en aquel sonrosado cielo donde su espíritu encontraba la felicidad. Su vida era un dulce sueño. Antes muriera yo que despertarla.

28 de Enero.—Dejo pasar muchas noches sin añadir una línea á la Segunda Parte de mis Memorias, porque el desconsuelo de haber perdido la Primera enfría mis entusiasmos de cronista y biógrafo, llenándome de crueles dudas respecto al futuro destino de lo que escribo. ¿Quién me asegura que mis confidencias salvarán el largo espacio que desde la hora presente de mi vida se extiende hasta el reino obscuro de lo que llamamos Posteridad, la vida y sucesos de los que aún no han nacido, ó están todavía mamando? Para que estos renglones lleguen á su des-

tino, hago firme propósito de resguardarlos de curiosas miradas, y de trazarles un caminito subterráneo por donde lleguen salvos á manos de un discreto historiador del próximo siglo, que los acoja, los ordene y utilice de ellos lo que bien le parezca.

Voy á contarte ahora, oh tú, mi futuro compilador, la vida y milagros de mi hermano Gregorio, con quien vivo, y verás que si por el talle y rostro se distingue de mi hermano Agustín, mayor diferencia has de encontrar entre uno y otro por los hábitos, gustos y ambiciones. El primogénito es alto, airoso, elegante, de seductor trato, y cifra toda su existencia presente y futura en la política; Gregorio es de mediana estatura, achaparrado, de mal color, aunque de complexión recia; y desengañado de la poca substancia que se saca del trajín de la cosa pública, adulando á poderosos sin ningún valor, ó sentando plaza en el bullicioso escuadrón de majaderos ó malvados, ha querido llevar su existencia por mejores rumbos.

Si diferentes son mis buenos hermanos, mayor desemejanza hay entre sus respectivas mujeres, pues la de Gregorio no es politicastra, ni bigotuda, ni gordinflona, sino muy bella y elegante, aunque, dicho sea en secreto, un poquito retocada con sutiles afeites; sabe cumplir con su casa y con la sociedad, gobernando muy bien la primera, y atendiendo á las buenas relaciones, tan necesarias al género de vida que hoy lleva su activo esposo. Si Sofía estanca á su marido en

la charca pantanosa del politiqueo, Segismunda dirige los pasos del suyo por caminos penosos y difíciles, pero de sólido piso, y que pueden conducir á las zonas más fructíferas de la existencia. A poco de tratar á esta segunda cuñada mía, la tuve por mujer de entendimiento y de voluntad firme. En vez de afligirse ante las necesidades, busca medios seguros de atender á ellas, y mirando al porvenir tanto como al presente, fijo el pensamiento en sus dos hijos y en los que aún pudiera tener, lanza valerosa y cruelmente á su marido á un trabajo rudo, no de gabinete, sino de actividad febril, mañana, tarde y noche, por las anchuras y estrecheces de Madrid.

Y ella por su lado y en su femenil esfera, trabaja también ayudando al hombre, suavizándole asperezas ó allanándole obstáculos. Viste bien, recibe y paga visitas, aparenta holgada posición, no deja traslucir al exterior las ascéticas economías que practica en su vivienda. Sonríe cuando por dentro le andan terribles procesiones; en su pintado rostro bonito se revela la mujer audaz y codiciosa que desea la buena vida para sí y para los suyos, y sabiendo dónde lo hay, pone en juego todos los recursos para traerlo á casa. Anda el pobre Gregorio todo el día como un azacán, y á marcadas horas recibe mucha gente en su despacho: señores y aun damas entran y salen sin cesar. Algunos días veo traslucir el contento tras de la fatiga: los negocios van bien, y el hombre

saca de su cansancio nuevas fuerzas para seguir en tan terrible zarandeo. Ama tiernamente á su mujer, que ha sido, según puedo colegir, su musa, su Minerva, y ella también le ama, viéndole realizar con gallardo tesón cuantos pensamientos ha sabido sugerirle.

Una tarde que estaba yo en el comedor jugando con los chiquillos, Segismunda se lamentaba de que Gregorio no hubiera tenido aquel día un rato libre para comer con sosiego. "Pero no hay más remedio—me dijo,—y en este vértigo hemos de vivir hasta que llegue el descanso. Seremos ricos, Pepe, tú lo has de ver, y nuestra posición desahogada la debemos á nosotros mismos, es decir, Gregorio me la debe á mí... Te contaré: al año de casarme ví yo bien clarito que lo de la política es una guasa indecente. Tres meses ó seis con un mezquino sueldo, y luego cesantías largas, angustiosas. "Esto no puede ser, me dije yo, y buen tonto será el que lo sufra„. Gregorio no tenía las necesarias agallas para lanzarse á los negocios; yo discurría por él; concluímos por discurrir los dos, y al fin, el hombre se penetró bien de mis ideas, y... ¡á trabajar!... ¡Qué comienzos tan penosos, hijo! Yo me consumía, y Gregorio se despernaba. Pero al fin empezó la suerte á ponerse á nuestro lado. Cuando él quería achicarse, yo me engrandecía, haciendo papeles superiores á nuestros medios. Esto precisamente, la figuración bien sostenida, nos acrecentaba la buena suerte, y al

fin, ya ves... vamos prosperando, y ya no hay desaliento, sino esperanza: los asuntos marchan á pedir de boca...„

Aquí cerró el pico. Más poderosa mi discreción que mi curiosidad, no me atreví á pedirle explicación clara de tan estupenda granjería.

VIII

6 de Febrero.—Debo consagrar una de estas hojas, ó un par de ellas, á las reuniones que da cada martes y cada viernes mi cuñada Sofía, bajo un régimen de confianza que excluye toda etiqueta enfadosa, y que tiene por norma: amenidad, buen gusto y versificación. Suelen concurrir los compañeros de oficina de mi hermano, con señora y niñas el que las tiene. De hombres importantes no he visto á ninguno de los que hoy dan que hacer á la fama. Ni Pastor Díaz, ni Donoso, ni González Brabo, han pisado hasta hoy aquellos salones. De literatos he visto á Rubí, sólo una noche, y varias á Navarrete, á Larrañaga, Antonio Flores, Ariza y el gracioso Villergas. Con arte y rigores de corsé consigue Sofía meter en cintura su deslavazado cuerpo, y tener á raya las exuberancias que por las mañanas hemos visto salidas de madre. Esto, y el esmerado lavatorio de sus manos y pescuezo, y la compostura

de la carátula, con algún retoque de colorete y abundantes polvos, le dan cierta dignidad majestuosa, que ella sabe realzar con su trato fino y amable. Es justo decir que en sociedad tiene Sofía el tacto de olvidar sus mañas de marisabidilla, evitando así la ridiculez que caería seguramente sobre ella. Limítase á exigir de los jóvenes concurrentes que lean versos tristes ó declamen alguna llorona leyenda en prosa, sobre asunto caballeresco. Alaba desmesuradamente toda poesía de moco y baba, ó narración *fatídica,* vaticinando á sus autores que eclipsarán las glorias de Zorrilla ó de *Tula* (con este familiar laconismo suele designar á la señora Avellaneda), y luego toca la vez á las señoritas de piano y solfa: rara es la noche que no tenemos *Fantasía sobre motivos...* y Cavatina de *Beatrice di Tenda* ó de *María di Rudenz.*

Pero nada me divierte tanto á mí como el *rincón de personas serias* que dignifica la tertulia de mi hermano, cotarro que tiene su asiento en un gabinetillo próximo á la sala, y del cual son figuras principales D. José del Milagro, Ferrer del Río, D. Gabino Tejado, un muchacho muy listo llamado Santa Ana, un viejo de la tanda del año 23, llamado Muñoz, un D. Basilio Andrés de la Caña, á quien solemos llamar *el sesudo* por la gravedad de sus juicios, y otros cuyos nombres no recuerdo ahora. Ante aquel discreto senado quiere Agustín hacer gala de suficiencia, y de hallarse muy al tanto de

las ideas que en la actualidad *agitan á los pensadores europeos*, y como la *idea del día* es el liberalismo papal y la filosofía histórica de Gioberti y de Balbo, viene á mí por las tardes, un poquito antes de comer, á pedirme que en cuatro palotadas le dé una *tintura* de estas sabias doctrinas. No me cuesta trabajo complacerle. Llega la hora de la tertulia y cae mi hermano en el corro de las personas serias como un pedrisco de erudición. La lección que le dí, y que lleva pegada con saliva, se produce en deshilvanados conceptos que van saliendo en tropel de la memoria, como avecillas prisioneras á las que se abre la jaula.

Sin dejar meter baza á nadie, Agustín desembucha: "Según expone Gioberti en su *Primato*, el redentor, el jefe, el príncipe de la nación italiana, en la esfera del pensamiento, debe ser el Papa, cabeza visible de la Iglesia católica„... "Tengan ustedes por cierto que se formará una confederación ó liga de todos los pueblos y soberanos de Italia bajo la presidencia del gran Pío IX.„ Y recordando luego, no sin fatigas, lo más intrincado y sutil de la lección, dice: "Contra dos *elementos* tiene que luchar Gioberti para implantar su *tesis*. El primero es el filosofismo que niega la revelación cristiana, y por eso veis que truena contra Descartes y toda la tropa de filósofos alemanes. El segundo *elemento* enemigo es la intransigencia de los que niegan la libertad, la ciencia y el progreso humano, y por eso le

veis revolverse contra los jesuitas. Entre la filosofía racionalista y la intolerancia inquisitorial está el término prudente y conciliador en que ha de fundarse la sana doctrina de la Libertad por el Pontificado, término que *nuestro autor* explana admirablemente en su *Introducción al estudio de la filosofía*...„ Y cuando á mi hermano se le acaba la cuerda, van entrando en juego los demás, cada cual con su *tesis*, y oímos opiniones muy originales. Ninguno me hace tanta gracia como el *sesudo*, que luce su marrullero escepticismo cerrando las discusiones, al fin de la tertulia, con esta frase: "Y por último, señores, que lo veamos, que lo veamos... Yo voy más allá que Santo Tomás, y digo: ¿Papa liberal? Cuando lo vea... no lo creeré.„

8 de Febrero.—Palabras sueltas que al vuelo cogí de un reservado coloquio entre Agustín y el *sesudo*, algo más que oí en el café de los *Dos Amigos*, arrojaron súbita y esplendente luz sobre la misteriosa granjería del hermano con quien vivo. Yo no sabía nada, y todo de improviso lo supe, penetrando con mirada sintética en la negra y pavorosa mina que explota Gregorio. Allí le ve mi pensamiento arrancando en mal alumbradas cavernas el rico filón, bajo el látigo de su esposa inflexible, y me tiemblan las carnes sintiéndome tan cerca de la región de dolor y tinieblas. Consisten estos negocios en agenciar préstamos con usura, sencillísimo y elemental arbitrio en todo

país pobre, donde se disputan la vida dos fuerzas negativas: la holganza y la vanidad.

Al desilusionarse de la política, ocupóse mi bendito hermano en la colocación de pequeñas cantidades á rédito subidísimo; no tardó en tomar el gusto á la carne, y poniéndose en relación con personas adineradas, trabajó en los préstamos con tal celo, finura de trato, y con tan escrupulosa puntualidad y honradez, relativa si se quiere, que en corto tiempo tuvo una clientela formidable de necesitados, y otra no menos fuerte de poderosos que sin quemarse las pestañas querían aumentar su peculio... En la red que Gregorio tiende han venido á caer propietarios y labradores de poco seso, señoritos de familia ilustre, que liquidan el pasado histórico entregando sus vestigios á una mesocracia insaciable; industriales y mercaderes demasiado atrevidos, viudas y huérfanos predestinados á la mendicidad, y otros infelices á quienes habría que calificar entre la necedad y la locura, ó en ambas á la vez.

A la fecha en que esto escribo, y trayendo á la memoria dichos y hechos del que antes no comprendía y ahora sí, tengo por cierto que mi hermano, sin dejar el manejo de capitales de incógnitos vampiros, opera también con dinero propio, ganado en tres años de jugadas pingües. Ahora me explico el sentido de un diálogo breve, á medias palabras, que oí á Segismunda y Gregorio á los pocos días de mi llegada. Mi hermano, cuyo corazón y buenos sentimientos no han

acabado de atrofiarse, suele tener reblandecimientos de la voluntad, remusguillos de compasión. Si le dejara su mujer, alguna de sus víctimas le vería desmayar en el rigor usurario. Pero así como el intrépido caudillo, al ver los primeros síntomas de cobardía ó desmoralización en el soldado, cae sobre él y á empujones ó sablazos le endereza, le vigoriza y le restituye á la disciplina y al honor, del mismo modo la fiera Segismunda, de acerado temple, cae sobre el tímido logrero, y con iracundas voces le pone ante la vista el porvenir de sus niños nacidos y por nacer, engendrados y por engendrar; le pinta con brillantes colores el desquiciamiento que puede sobrevenir en la familia con tales flaquezas, y asienta dos grandes principios: que la suprema caridad es la que sobre nosotros mismos ejercemos, y que el verdadero prójimo es la familia: todos los demás prójimos son fraudulentos, apócrifos y mixtificados.

Mutatis mutandis acabó diciéndole: "¿A qué vienen esas blanduras sabiendo que nadie las tendría contigo si en igual caso te vieras? Bueno que se dé una limosna ó se haga un favor; pero siempre que no nos perjudiquemos, porque si ahora te enterneces, todos querrán lo mismo, y adiós tu negocio y nuestro porvenir. Ya te he dicho que el mundo que habitamos es como un gran campo de batalla, en que todos luchan por el pan, por la vida. Entre tantos que aquí combatimos, hay cobardes y menguados de

una parte, valientes de otra. Aquéllos se contentan con un pedazo de pan: dignos de la victoria son los que van tras el pan de hoy y el de mañana, tras el bienestar, las comodidades y todo lo que constituye el decoro de nuestra existencia. El tesón ennoblece; la sensiblería degrada. ¿Qué vale más, comer ó ser comido? Hay que optar entre estos dos papeles: el del cocinero, ó el del pobre animal que cae en la cazuela.„ Esto dijo, y yo, sin variar á sus ideas ni un ápice, condimento la frase para quitarle su bárbara crudeza.

Esta tarde se reprodujo la cuestión que acabo de referir, y los términos del diálogo fueron aún más vivos. Oí desde mi cuarto el rumor de la disputa, y pasado un gran rato, cuando me llamaron á la mesa, ví á Segismunda que acababa de engalanarse para ir al teatro después de la comida; contemplé su belleza y la expresión dura de su rostro, qne parecía verdaderamente trágico cuando mostraba de perfil sus líneas helénicas; me pareció una euménide, ó la propia cabeza de Medusa con serpientes por cabellos.

16 de Febrero.—Ved aquí la lista de mis amigos: Bruno Carrasco, más joven que yo, aficionadísimo á Historia y Literatura, que encuentra en mí una viviente enciclopedia, y no me deja á sol ni á sombra; Donato Sarmiento, sobrino de mi cuñada Sofía, buen chico, ávido siempre de pasatiempos y muy descuidado en el estudio; Pascual Uhagón, bilbaíno, que estudia para ingeniero; un

hermano de Segismunda, que se llama Leovigildo (en esa familia todos llevan nombres germánicos); un Bringas, un Pez, un Caballero, un Trujillo, un Arnáiz, un Moreno Isla, un Trastamara, un Aransis, y otros que irán saliendo en el curso de estas Memorias. Inmensamente vario es el jardín de mis amistades, y yo me trato con muchachos de todas las jerarquías. La confusión de clases, característica de España, tiene su principal fundamento en la fraternidad de las generaciones tiernas. Amigos tengo de familias del comercio, de familias vinculadas en la Administración Pública, de familias aristocráticas. Ricos y pobres alternan conmigo, y tontos y discretos; jóvenes estudiosos, de gran porvenir, y zotes que no sirven para nada. En mis preferencias no brilla una lógica sana: es común verme á distancia de los chicos aplicados, que como yo devoraron muchos libros; algunos que presumen de sabios porque ganaron laureles en las aulas, me son antipáticos; otros que hacen vida irregular y nocturna, con gracioso desenfado de galanes de comedia, me atraen y seducen; los hay reservaditos y juiciosos, aspirantes á empleados ó catedráticos, que á mí se me sientan en la boca del estómago. Me agradan más los que brillan con luces naturales que los que las han adquirido en forzados estudios, y ejercen mayor influencia sobre mí los aristócratas, á quienes me gusta imitar, seducido por el no sé qué de sus modales y de su conducta.

Gracias á Segismunda, que con toda su dureza de euménide, es una gran administradora y cuida de vestirme y engalanarme dignamente, poseo un fraquecito azul con botón dorado, obra de un buen sastre, y todas las demás prendas accesorias. Hablando con la Posteridad, que está tan lejos y no puede ni contradecirme ni burlarse de mí, me atrevo á consignar que mi figura es buena, que no desagrado al bello sexo... que algunos me toman por diplomático, y otros me lo llaman en broma sin saber que la cuchufleta encierra un elogio. Mis amigos me cuentan maravillas de los bailes de máscaras en Villahermosa, y yo que no he podido asistir á ninguno por carecer de ropa elegante, ahora que la tengo no veo las santas horas de meter mis narices en aquella diversión, pues entiendo que el juego de máscaras es cifra de la poesía social.

IX

18 de Febrero.—¡Ay, ay, ay!... Esto no es quejido lastimero, sino el lenguaje del asombro y confusión que desde anoche llevo en mi alma, sin que haya podido atenuarlos con el sueño matutino ni con el paseo de la tarde. ¿Estoy demente, ó qué me pasa? De veras digo que si llevaran rótulo los capítulos ó tratados de estas Confesiones, el pre-

sente debía ser encabezado así: *De la singular y nunca imaginada aventura que le salió al caballero Fajardo en el baile de Villahermosa con el inaudito encuentro de una misteriosa máscara.*

Las diez serían cuando Aransis, Donato, Bringas y yo subíamos por la escalera de Villahermosa, que con tener espacio y anchuras grandes, le venía muy corta al tropel de personas, con careta ó sin ella, que intentábamos franquearla. En la puerta que abría paso á la antesala y guardarropa, las apreturas de la multitud impaciente producían gemidos de asfixia, alguna imprecación seca, y desperfectos de ropa, principalmente en las delgadas telas de algunos disfraces. Entramos al fin: nos despedimos de nuestros abrigos con cierta desconfianza de volver á ponérnoslos, y nos lanzamos en el barullo ardiente, revoltijo de mil colores, ondulaciones de cuerpos que parecen nadar en el líquido tibio y perfumado de una redoma... Tal fué mi aturdimiento en los primeros instantes que tardé en sentirme gozoso. Se me iba la cabeza, no sabía para dónde volverme: mis amigos se reían de verme tan provinciano, y me llevaban de un lado para otro, señalándome las máscaras bonitas, las extravagantes, las que tenían cariz y sello aristocráticos. A la media hora de navegar en aquel océano, ya recobré la serenidad; había vencido el mareo: era un mediano navegante y me permitía dirigir la palabra á las mascaritas que junto á mí pa-

saban, ó respondía sin cortedad á cuantas bromas venían dirigidas al grupo de mis amigos, reforzado con otros que allí se nos unieron.

Fuera de Aransis y Trujillo, que iban á tiro hecho, en amorosa connivencia con determinada mascarita, novia, *compromiso*, ó sabe Dios qué, todos los de la partida íbamos á lo que saltara, algunos con esperanzas de fáciles conquistas, cegados por la vanidad, los más sin otro móvil que pasar agradablemente el tiempo, recogiendo una dulce impresión, alguna hoja desprendida de la flor del misterio. Y era yo ciertamente de los que menos podían esperar, porque escasos eran mis conocimientos en la Corte, y además carecía del arranque necesario para lanzarme en busca de la aventura si ésta no quería venir á mí. A medida que pasaba el tiempo sin la emergencia de *un encuentro fatal*, principio del enredo de amores (ilusión corriente en todo mozalbete), iba creciendo mi timidez hasta llegar á una sosería que á mí mismo me daba de cara. A las doce empecé á creer que me aburría; á las doce y media confesé y reconocí mi soberano aburrimiento; y cerca de la una declaré que aquel inmenso hastío era incompatible con mi dignidad de caballero. Mi persona y mi facha, tan semejantes á las de un diplomático, naufragaban en un mar de ridiculez. Esto pensaba al filo de la una, y ya encariñéndome iba con la resolución de marcharme, cuando el Cielo, que hasta en

los bailes de máscaras cuida de organizar las tangencias de cosas y personas para que la armónica ley se cumpla, me puso ante dos máscaras... Mejor será decir que el Cielo las trajo hacia mí, pues yo estaba quieto y como alelado, y ellas avanzaban con paso vivo, cual si me hubieran buscado y en aquel punto me encontraran.

Vestían traje popular italiano las dos mujeres, desiguales en estatura y empaque, y la más alta de ellas clavó en mí sus ojos... Al través de los agujeros de la careta los ví, negros, fulgurantes, y temblé... No me quedó gota de sangre en las venas cuando la máscara, tocándome en el hombro, no por cierto con suavidad, me dijo: "*Sono Barberina*...„ Y sin darme tiempo á expresar mi admiración, me soltó una retahila de apóstrofes italianos, de los que suelen usar las mujeres del pueblo en casos de pasión ó de ira, dejándome absolutamente confuso, lelo y turulato.

¡Barberina! En el barullo mental á que me llevó tan gran sorpresa, ví en aquella mujer á la propia Barberina de Albano... La seguí como un loco. Su estatura y talle, el aire, el andamento eran los mismos... ¡Pues digo, los ojos...! La voz, aun con el disimulo de timbre que se imponen las máscaras, también me parecía la suya... En italiano le hablé sin poder obtener más que la repetición de los dicterios, y cruelísimas apreciaciones de mi conducta. *Siete un povero pazzo... Vi sprezzo... bruto villaco...*

Avete obeditto al geloso pretaccio come un eunuco, come un cane... Non sapete aprezzare l' amore d' una donna passionata...

Debió durar poco en mí la persuasión de que me hablaba la Barberina de mi albanesa historia; pero duró, sí, un espacio de tiempo que ahora no puedo precisar, y mientras subsistió aquel engaño, díjele cuantas necedades se me ocurrieron en son de disculpa, y mezclando las explicaciones con el galanteo. Observé la autenticidad del traje de *ciociara:* podía jurar que era el mismo que Barberina guardaba en su arca y que se puso un día para que yo lo viese. En cambio, el vestido de la acompañante á la legua revelaba la confección casera y carnavalesca, hecho con retazos mal cortados y peor zurcidos para una noche. También advertí que la segunda máscara, con todas las trazas de criada ó confidente, no pronunciaba una sílaba en lengua italiana. Barberina, que así tengo que llamarla, me permitió que la acompañase á dar una vuelta por los salones; pero se negó resueltamente á bailar. Yo no merecía, según ella, más que odio y desprecio. No me perdonaba mi abandono, y había venido á España con el solo propósito de vengarse. Fuérame, pues, preparando yo á recibir el golpe súbito de la más terrible *vendetta* que en dramas y novelas se ha visto.

Cuando á este punto de nuestro coloquio llegaba mi mascarita, ya se había disipado en mi mente el primer engaño, y la clari-

dad envolvía mi aventura. Tan Barberina era ella como yo el Papa; era, sí, una dama ó mujer... no, no, dama sin duda, á cuyas manos por ignorados senderos había llegado el manuscrito de mis Confesiones de Italia. Lo había leído y quería embromarme con gracia. Díjele así: "Máscara de mis pecados, si no quieres que yo me vuelva loco, abandona la farsa ingeniosa de hacerte pasar por Barberina, y dime cómo y cuándo llegó á tu poder un manuscrito mío en que digo y cuento... lo que sabes. Dos fines aparecen en mi existencia desde esta noche feliz: amarte con pasión, con locura, con frenesí, y recobrar mis papeles. Te diré todo lo que ordenan los poetas: eres ya el ángel de mis sueños; muéstrame tu faz para que pueda adorar tu belleza.„ Rompió en sonoras risas, diciéndome en italiano inseguro que yo era tonto, y que así como soñaba con una belleza que no existía, soñaba también con un libro que no había sabido escribir.

"Ya es inútil que sostengas la farsa—le dije.—Ni tú eres romana, ni sabes de aquella lengua más que algunos dicharachos comunes. Tu linda boca te ha vendido dejando escapar frases en el castellano más correcto. Seamos amigos. ¿No quieres mi amor? Pues recíbelo como amistad, y descúbrete, ó sin descubrirte, dime dónde y en qué lugar debo recoger mi manuscrito.„

Riendo con más gana, repitió dos ó tres veces la frase morbosa del buen D. Matías, que me hizo un efecto terrible pronunciada

en medio de la febril alegría del baile: *ho perso il boccino*. Por fin reducirla pude á que me hablara en castellano. Y oí de sus labios estas palabras dulces, afectuosas, como reprimenda de hermana mayor: "Eres un chiquillo inocente, y corres en el mundo inmenso peligro si no caes en manos piadosas que te guíen.

—Pues sean esas manos las tuyas, máscara... ¿Quieres que te llame *hurí?* Te llamaré mi ideal, mi sueño, ó el oriente de mi dicha.

—No empalagues con merengues poéticos.

—¿Te gusta la prosa?

—Sí, la prosa correcta y clara.

—Pues te amo, ¿es esto claro? Quítate la careta, y á renglón seguido... te propondré casarme contigo.

—¡Ay, qué prisita! ¿Y si yo no aceptara?

—Al romper el alba me pegaría un tiro.

—Eso no.

—¿Para qué quiero vivir?

—Pues para seguir escribiendo las *Confesiones*.

—Dame la *Primera Parte*.

—No la tengo.

—Eso no es verdad.

—Cortada en pedacitos, fué convertida en papel para tirabuzones.

—Pues dame los papeles con pelo y todo, que si es tuyo me parecerá cabello de ángel.

—No, que empalaga...

—Tú tienes las *Confesiones:* devuélvemelas.

—No me da la gana.

—Te recompensaré poniéndote á tí en la *Segunda Parte*.

—Si tú me conocieras, yo te tendría miedo; pero soy un arcano para tí. Escribe todo lo que quieras de una máscara vestida de *ciociara*.

—Tú no eres italiana, pero has estado en Roma. Tú eres amiga de mi cuñada Sofía, de mi cuñada Segismunda.

—Sonsaca, sonsaca, pobre tonto.

—Tú eres persona principal...

—Principal con entresuelo: de modo que soy más alta de lo que creías.

—Yo he de conocerte. Revolveré la tierra por descubrirte, porque, ya lo habrás conocido, ardo... ardo en amoroso incendio.

—No veo más que el humo.

—Yo me muero, si ese maldito antifaz continúa ocultándome el sol.

—Más vale así: podría deslumbrarte.

—No veo más que tus ojos... Déjame que los mire: en el fondo de esas pupilas negras como la noche, veo mi escritura, veo mis *Confesiones*. Tú me has leído. Divinos ojos, á vosotros pertenecí por algunos instantes, y mientras me leíais, yo me paseaba por el alma que está tras de vosotros.

—Entraste en el alma como el burro que se mete en un jardín...

—Me comí una flor... ¿No lo habías notado? ¿No echaste de menos alguna?

—Donde hay tantas, ¿qué significa una de menos?... Dime: ¿qué estimas por lo mejor de tus Memorias?

—Lo de... *Juan Jacobo fu il libro e chi lo scrisse.*

—No: lo más bonito es aquel pasaje tierno... cuando el Cardenal te manda embarcar, escoltadito por la policía.

—La policía me empujó hacia España, y una mujer enmascarada me atraía, como el imán al acero.

—El imán era yo. Benditos seamos los imanes.

—Ya que no me enseñas tu rostro ni me das el manuscrito, ¿querrás decirme la primera letra de tu nombre?

—Es la I... Imán.

—Puede que en broma me hayas dicho la verdad. ¿De veras empieza con *i?*

—Pero ahora me acuerdo: es con *h*... Hi...

—No será Higinia.

—Hombre, ¿y porque fuera Higinia habías de perder la ilusión?

—Ya que no quieres enseñarme toda la cara, descúbreme siquiera un poco de la barbilla... el piquito de la boca... Me está diciendo el corazón que debajito de él tienes un lunar.

—El lunar no está sino encimita. Pero no lo verás, á fe de Higinia.

—¿Pero de veras es tu nombre?

—Sí, hombre; y para más señas te diré que soy de Puentedeume.

—Esa no cuela: tu acento es de purísima tierra castellana.

—Porque me he criado en Tordehumos.

—¡Ay qué mentira más gorda!... En fin,

he llegado al último paroxismo de la desesperación. Sultana, yo te amo.

—Abencerraje, tu frenesí no llega á embriagarme. No toques más la guzla, y lárgate de mi lado.

—Serás responsable de mi fin tétrico... Dame siquiera una esperanza. ¿Vendrás al baile del domingo?

—Vendré con otro disfraz para que no me conozcas.

—¿Te veré en sociedad; sabré de tí? ¿No quedará pendiente esta noche un hilo, por donde yo pueda...?„

Ya iba á contestarme cuando avanzó hacia nuestro grupo una máscara procerosa, cubierta más que vestida con dominó negro guarnecido de picos verdes, horrorosa estantigua que hubo de parecerme funcionario de la Inquisición ó del mismo Infierno cuando la ví gesticular ante mi desconocida y hablarle en tono displicente como de superior á inferior. "Sí, sí—dijo la que llamaré Barberina mientras no pueda darle otro nombre:—son las dos. ¡Qué tarde, Dios mío! Vámonos.„ Y el inexorable tagarote que con descompuestos modos cortaba rudamente la interesante ansiedad de mi aventura, se permitió apartarme con un gesto poco urbano. Por los ademanes le entendía yo más que por las voces, pues hablaba una endemoniada lengua de mí jamás comprendida. ¡Vascuence, Señor! La confusión de idiomas dominante en mi aventura, bien pudo hacerme creer que estaba en la torre de Babel. Y

otra cosa me confundía más. Aquel desaforado vestiglo que me arrebataba mi ilusión, ¿era criado, mayordomo, amigo ó qué demonios era? Obedeciéronle las mascaritas, y sin volver la cabeza para mirarme, rompieron por entre la muchedumbre.

"¿Qué haces que no la sigues, tonto?—me dijo Arnáiz, que en la última parte de mi aventura había cortejado á la máscara chica. Y viéndome como lelo, me sacudió con fuerte brazo. Estalló mi voluntad, lanzándome por el camino que ellas seguían, y me abrí paso á codazo limpio, guiado por la cabezota del vestiglo, que entre mil cabezas fluctuaba de salón en salón. "Se nos escaparán—dijo Arnáiz,—porque ellas no se detienen en el guardarropa y nosotros sí. Tendrán criados en la escalera que les darán los abrigos.

—Salgamos sin abrigos—dije sin apartar mi vista de la cabezota, que más parecía boya arrastrada por la resaca. Así lo hicimos, y al precipitarnos por la escalera, observamos que otro mascarón ponía sendos chales de cachemira sobre los hombros de nuestras damas, pues por tales sin ninguna duda las teníamos ya. En la calle nos escurrimos en su seguimiento, mientras iban en busca del coche, situado muy lejos, más allá del portal de Medinaceli. Las vimos subir á un carruaje anticuado, alquilón, de los más feos que nos han transmitido las generaciones pasadas, del cual tiraban dos caballotes angulosos, pero de bastante poder, que arrancaron veloces des-

empedrando el suelo por la calle del Prado arriba. Buscó Arnáiz un simón con idea de salir dando caza al armatoste; mas no lo halló tan pronto como fuera preciso. Emprender á la carrera la cacería habría sido inútil locura... Y en esto, un polizonte se cuadró delante de nosotros y en tono socarrón nos dijo: "Caballeritos, vuélvanse al baile, y busquen allí otro enredo, que lo que es éste se les ha destripado.„ Parecióle á Arnáiz juicioso el consejo; á mí no, y en poco estuvo que lo contestara con un par de mojicones.

Volvimos á Villahermosa, donde ví que la diversión llegaba al período vertiginoso y candente: sentíme agobiado por infinita tristeza, sin voluntad, sin resolución, y me entregué á un loco devaneo, arrastrado por mis alegres amigotes. Bailé, dí vueltas como una peonza, perdí toda formalidad y discreción, salieron de mi boca cuantas garrulerías vanas pueden imaginarse. Para remate de fiesta, caímos á la hora última en el *ambigú*, y allí, prestándome á la imitación de lo que veía, metí en mi cuerpo todo el *champagne* que me ofrecieron, y me puse tan perdido, que renació en mí la erudición que con el tráfago vital se había ido desvaneciendo. Improvisé versos sáficos, imitando los de Anacreonte; canté el Amor en prosa poética, y el vino y los placeres; hablé en latín y en griego, y recité casi todo el *Ultimo canto di Saffo*, de Leopardi: *Placida notte, e verecondo raggio—della cadènte lu-*

na... añadiendo en diversidad de lenguas extravagantes desatinos, que mis amigos aplaudían á rabiar. De día entré en mi casa, más triste que loco, y más enfermo que borracho.

X

26 de Febrero.—Señora Posteridad, mi amiga y dueño: La turbación de mi ánimo en estos días me ha privado del gusto de escribir á usted. Ya comprenderá que no estoy para bromas después de la que me dió la máscara de negros ojos, y que bastante ocupación han tenido mis sesos devanándose á todas horas para desentrañar aquel arcano, sin haber logrado hasta la presente la claridad que ansío... Más de una vez he preguntado á mi cuñada Sofía si conoce á una dama llamada Higinia, y á todo el ardid capcioso con que trato de descubrir su pensamiento contesta con risotadas. La única adquisición que he podido hacer en ésta mi contienda con lo desconocido es la certidumbre de que fué Sofía quien me robó mis *Confesiones*. No me lo ha dicho claramente; pero su familiar risa picaresca me declara el delito, al cual parece dar el carácter de travesura inocente.

Hoy está fuera de sí con las noticias que corren de una revolución en Francia. Cree

Sofía que si las terribles nuevas se confirman, tendremos aquí grave trapatiesta, y cuando le digo yo que de ello me holgara mucho, se pone hecha un basilisco. "¿Te parece bien que ahora, por seguir aquí el ejemplo de Francia, se nos cuelen en el poder los progresistas, que después de tantos años de oposición deben de traer hambre atrasada? Pues como levanten la cabeza Olózaga y *Don Juan y Medio*, Sancho y Madoz, con toda la taifa nueva de los *democratistas*, ya podemos recoger los bártulos... Bien dije yo que con este idilio del *Papa liberal* se habían trastornado los caletres de los políticos españoles. Vino Espartero de Inglaterra, y no supo D. Ramón qué hacer para festejarle. A Olózaga le levantan el destierro, y hasta le dan indulto al pícaro Godoy. ¿Qué resulta de estas blanduras? Que los progresistas no agradecen el favor, y que al calorcillo de tanta liberalidad la gusanera carlista ó montemolinista revive, y ya tenemos á nuestras tropas dando caza á los Tristanys, á Tintoret de Igualada y al Tuerto de la Ratera... Todo ello es por haber tomado en serio ese poema católico y político del Papado al frente del liberalismo, y de la unidad de la Italia, que en rigor nos importa un comino... Pues ahora, si se confirma el topetazo que anuncian de *allende el Pirineo*, no sé por dónde van á salir nuestros *hombres públicos*... Las últimas noticias comunicadas por las torres telegráficas son que en París está el trono patas arriba, y

que Luis Felipe salió con las manos en la cabeza...„

Respondí yo, para hacerla rabiar, que de todo lo que en Francia sucedía me alegraba, y que vería con gusto que, no ya los progresistas, sino los *demócratas* (que así se dice y no *democratistas)*, cogieran la sartén por el mango; que me quitaran mi destino, y que á los vagos como Agustín y otros les dejaran cesantes; que se decretara el socialismo y el comunismo y los falansterios, con lo cual quedábamos todos de un color, en el seno de la más perfecta igualdad. Quimerista y disputadora por naturaleza, tomaba muy á pechos mis desahogos, y queriendo defender la razón, el justo medio y el buen sentido, despotricaba más disparatadamente que yo. Sorprendidos por mi hermano en agria querella, suspendimos las hostilidades para oir las nuevas que traía. Estas no podían ser peores. En Francia se había proclamado la República ó andaban en ello. "Pero qué hace Odilon Barrot?—decía mi cuñada, roja como un tomate.—Si nos saldrá también *grilla,* como Guizot y *ese* Thiers...„ La cara de Agustín revelaba una gran consternación. ¿Qué iba á pasar aquí? Ya estaba viendo el tricornio del Duque entrando por la Puerta de Alcalá. ¡Y que vendría el hombre con pocas ganas de gresca!... Sería forzoso apechugar de nuevo con la Milicia Nacional y soportar los desmanes de *las turbas*. "Ya en Francia no se dice las *turbas*—indicó Sofía, —sino las *masas,* nombre nuevo del popu-

lacho, y me parece que también por acá vamos á tener *masas*, que es lo único que nos faltaba.„ Dejéles comentando á su antojo los sucesos de París, y á mi casa me vine, donde encontré una carta de mi madre, que abrí con presteza para saborear el consuelo que siempre me trae el vivir ilusorio de la santa señora. Ved aquí el sabroso mentir de las estrellas:

“¿Pero tan engolfado estás, hijo mío, en tu ciencia y en la lectura de impresos y manuscritos, y tan metido en el trajín de archivos y bibliotecas que no te queda un rato para llegarte al convento de la Concepción Francisca, por otro nombre *La Latina*, y visitar á tu querida hermana, á quien no has visto desde que estás en la Corte? Aquí supiste que mi reverenda hija fué á las *Concepcionistas Calzadas* de Talavera acompañando á una señora monja enferma, de notable virtud y santidad, á quien recetaron los doctores aquellos aires. De Talavera pasó Catalina á Torrelaguna, siempre en compañía de la venerada religiosa, y ya la tienes otra vez en Madrid. No te disculpes con que no lo sabías, pues tu hermana me escribe que con mucho interés preguntó á Sofía por tí cuando ésta la visitó en el convento. Discúlpate con tus atracones de lectura, y te perdonaré, sí, te perdono, con tal que al recibo de ésta des de mano á los cánones y á las historias de romanos y griegos, y te vayas corriendito á ver á Catalina.

„El pajarito que me cuenta tus pasos me

dice que renegaste de toda diversión en los malditos carnavales, huyendo del barullo de las llamadas máscaras, y prefiriendo el goce de tus libros á ese torbellino indecente de bailes y comilonas. Pequen otros todo lo que quieran emborrachándose y dando bromas, y consérvate tú en tu celestial pureza, dedicado á las ciencias de Dios. Sé también que si algún tiempo has robado á los estudios, ha sido para consagrarlo á devotos ejercicios en la iglesia... Lo sé, y no venga tu modestia diciéndome que no... No se me cocerá el pan hasta que me digas que has visto á tu hermana y me cuentes lo que habéis hablado, que ello ha de ser muy substancioso, y tocante á las cosas de tejas arriba. Porque por estas bajezas, hijo mío, todo es vanidad, mentira, y afanes inútiles que no conducen más que á la perdición. Me imagino que tratará de encaminarte por los senderos que pisabas cuando eras niño. Vuelve, vuelve, Pepe querido, á esos divinos campos. Haz caso de tu hermana que ya está en salvo, y quiere verte salvado con ella... Me figuro también que por Catalina trabarás conocimiento con esa bendita monja, su compañera, de quien la fama refiere tales maravillas que hasta se susurra ya que hace alguno que otro milagro. Los hará muy sonados cuando menos se piense. Dará gusto oiros á los dos platicando de cosas divinas, pues la santidad y la ciencia frente á frente ya tendrán qué decirse. Lástima que no pudieran escribirse por máquina ó cosa tal vuestros

tada. Más de una vez pregunté á mi madre por qué era monja Catalina, y me respondía lacónica y evasivamente que porque Dios así lo dispuso... En aquel plantón que precedió á la visita, mi memoria refrescaba los días pasados en que mi hermana vivía con nosotros en Sigüenza y en Atienza; después hice mental cálculo de su edad: debía estar ya en los treinta y dos cumplidos.

El súbito descorrer de la cortina me sacó de mis remembranzas; temblé, ví el rostro de mi hermana desvahído en las tinieblas como la imagen de un ensueño. "Gracias á Dios, hombre—fué lo primero que dijo;—gracias á Dios que te dejas ver.„ Se sentó junto á la reja, y llevándose á los ojos sus blancos dedos lloró un ratito. Díle las necesarias disculpas de mi tardanza, con no poca turbación, porque también á mí se me saltaron las lágrimas y no sabía qué decir. Serenados ambos, y hechos mis ojos á la obscuridad, observé á Catalina y no me pareció tan decaída su belleza como me habían dicho. Fuera del descuido de la dentadura, que afeaba un tanto la boca, no hallé su rostro descompuesto: su blancura era como el mármol, y sus negros ojos conservaban el encanto de otros tiempos. La voz se había hecho un poco gangosa y desapacible, por el hábito de hablar compungidamente. "Ya sé—dijo contestando á mis disculpas,—que te has lanzado al vivir como las mariposas á la luz; pero esto no hay que decírselo á madre, porque se moriría de pena. Como

hermana mayor y como religiosa, yo tengo que advertirte los peligros que corres, Pepe. No trataré de renovar en tí una vocación que ya me parece ha volado para siempre; pero he de procurar que en ese remolino del mundo te trastornes lo menos posible, y que no te apartes demasiado de la ley de Dios....„

Le dí gracias por su benevolencia, y luego prosiguió así: “Pero, hijo, has dado un cambiazo tan grande en tu carácter, que no conozco en tí al muchacho formalito, apocado y estudioso que dejé en casa cuando Dios me llamó á esta vida. Roma, que para otros es medicina y confortamiento del espíritu, para el tuyo ha debido de ser veneno, pues allí, como las serpientes mudan la piel, soltaste todas las virtudes y te vestiste de todos los vicios... Y sabe Dios hasta dónde llegaste, hermano, que el pajarito que á mí me cuenta todo, no me habrá dicho sino una parte de la verdad.

—¿Qué te ha contado ese pícaro?—pregunté viéndola venir;—porque ya no dudo de que andan por ahí gorriones que van de oreja en oreja desacreditándome...

—No, lo que es el mío no me engaña. Pienso que se habrá quedado corto en contarme tu libertinaje de Roma. No quiero decirte los azotes que yo te hubiera dado si te cojo en el momento de descolgarte, con aquel par de mequetrefes, de los techos de San Apolinar... ¿Pues qué te habría hecho si te veo entrar en la infernal caverna masónica?

—Querida hermana, tú has leído mis *Confesiones*...

—Yo no he leído nada. ¿Necesito yo leer para enterarme? Aquí sabemos todos los pasos buenos y malos de las personas que nos interesan.

—Entonces... ¿Sofía te ha contado...?

—Yo estoy aquí para interrogar, no para que me interrogues tú, mocoso, á quien he saltado en mis brazos, á quien he dado la papilla, y luego las sopitas...„

Y pegando su rostro á la reja interior, y ordenándome que á la de fuera me aproximase, me miró bien, y orgullosa y risueña me dijo: “Pues estás guapo de veras. En figura el cambiazo no es menos notorio que en lo demás... Bueno: siéntate y escúchame con atención. No quiero hablar del grandísimo pecado... ¡Jesús, Jesús! Fué tan horrible que mi boca no puede mentarlo. Pero ya tu conciencia sabe á qué pecado me refiero, al horrendo delito que no deberías recordar sin que se te cayera la cara de vergüenza.

—Se me cae la cara, sí .. ¿pero cuándo y cómo has leído...?

—Cállate la boca, y déjame seguir. Digo que no quiero hablar de ese pecado, porque repugna á mi conciencia, porque mancha mi boca... Pero de su conocimiento y del horror que me causa partiré para la grande obra de tu redención; porque yo quiero redimirte, hermano querido, apartándote de los peligros que corre una naturaleza ya dañada y que se dañará más cada día; quiero

formarte una vida nueva, como jaula segura de la que no puedas escaparte... ¿no me entiendes?

—Querida hermana, si pretendes llevarme á una vida para la que no siento inclinación, desde hoy te digo que pierdes el tiempo.

—No es vida eclesiástica la que te propongo, pues ni tú la mereces ya, ni la divinidad de esa vida corresponde á tu naturaleza impura. Quiero echar cadenas á tu libertad para que no acabes de perderte; pero la esclavitud que te preparo no es la esclavitud de perfección, aunque también has de ver en ella carácter sagrado.

—Por Dios, que ya te voy entendiendo, hermana. Has de decirme qué pajarito te ha traído esa idea.

—¡Ah! un pajarito precioso...

—Ruiseñor tal vez.

—No; su belleza no consiste en el canto, sino en el color de sus plumas: es todo encarnado.

—Será entonces Cardenal.

—Justo... y tú le conoces. Á mí ha venido y habló en mi oreja, diciéndome lo que ya te había dicho á tí.

—A mí no me hablan nunca los pájaros.

—Sí, Pepe, sí... Hay en Roma un alto personaje, el hombre de confianza del Sumo Pontífice, un sabio y prudente ministro que al verte huérfano de Don Matías, te amparó en su propia casa, y extendió sobre tí el manto de su noble protección. Cómo correspondiste á su hospitalidad y agasajos,

mejor lo dirá tu conciencia que mi boca: no hablemos de eso... Pero recordarás que al despedirte para España con severidad dulce de gran señor, levísima pena de tu delito, te dijo éstas ó parecidas palabras: "Tienes. vocación de marido... Que tu familia te procure un buen matrimonio.„ Consejo más sabio no ha salido de humana boca. Ese remedio, esa medicina recetada por el hombre más sabio de la Europa, yo te la proporcionaré. Déjame ser tu boticaria...„

No puedo seguir... Al reproducir en mi mente aquel coloquio interesante, mis nervios se disparan, y ved aquí los temblorosos garabatos que traza mi pluma... Intenso dolor de cabeza detiene el curso de la función mental, literaria... No puedo, no. Hasta mañana.

XI

¡Casarme! ¡Dios! Inaudita sorpresa... De cuanto en el mundo existe pensé que me hablaría mi hermana menos de matrimonio. ¡Casarme! ¿Y con quién? ¿Será con la incógnita dama del baile? Esta sospecha elevó al máximo grado el inmenso desvarío que la extraña declaración de Catalina produjo en mi mente. Bueno, señor; que me la traigan, en su verídica forma y rostro, pues yo no puedo comprometerme á ser esposo de una máscara.

"Está bien—dije á mi hermana...—¿Y puedo saber con quién me caso?

—¿Quieres callarte, chiquillo?—replicó ella, con infantil enojo.—Apenas se te habla de boda, ya estás pensando en melindres. Conténtate por ahora con saber que me ocupo en curarte, conforme á la receta del prudentísimo Cardenal, y espera mis acuerdos con todo el recogimiento y la honestidad que el caso pide.

—Pero, hermana querida, ¿por qué has de ver malos pensamientos en este deseo mío, tan natural, tan humano, de saber qué persona...? ¿Acaso no lo sabes tú todavía?

—Lo sé; pero no quiero decírtelo... Empezarías á calentarte la cabeza, á mirar por el lado de la liviandad cosa tan grave y santa como el matrimonio. No me repliques: con lo que hoy te digo debe bastarte. Y ponte muy contento, Pepe .. da gracias á Dios por haberme inspirado esta idea de tu regeneración por la esclavitud.„

Diciendo esto se levantó. Al verla yo en pie, lanzando sobre mí por los huecos de la doble reja su mirada fulgurante, fuí asaltado de un pensamiento audacísimo. Quise rechazarlo, y como un rayo atravesó de nuevo mi mente. Dios me lo perdone. Ví tal semejanza entre la mirada de Catalina al través de los hierros y la de la mascarita por los agujeros de su careta, que creí que monja y máscara eran una misma persona. Vuelvo á decir que me lo perdone Dios, porque sin duda tal pensamiento fué de los más ruínes,

Que seas sumiso y bueno. Escribiré á madre que has venido á verme, y se pondrá muy contenta la pobre... Retírate ya... El Señor te acompañe...„

Salí de La Latina con tanta confusión y alboroto en mi cabeza, que en todo el resto del día no fuí dueño de mis pensamientos. Las alusiones al manuscrito, la propuesta de casorio, la sospecha de que mi hermana y la máscara no eran personas distintas, y por fin las vagas apreciaciones políticas que oí de sus labios al despedirme, tantas emociones y sorpresas en el breve espacio de una visita que apenas duró media hora, eran para volverme tarumba, si no tuviese yo un cerebro muy bien organizado, gracias á Dios. Por fin, al anochecer empecé á ver claro, y entendí que la protección de Sor Catalina de los Desposorios (¡vaya que el nombre tiene miga!) era de un carácter positivo, como fundada en el cariño fraternal. Debía yo, pues, esperar á que se fueran aclarando las nieblas que envolvían el pensamiento de mi bendita y muy amada hermana.

3 de Marzo.—Las noticias de Francia son cada día más interesantes, y en ellas palpita el drama político, tan del gusto de estos pueblos imaginativos y apasionados. La fuga del Rey, las escenas teatrales de la Duquesa de Orleans en las Cámaras, con sus niñitos de la mano; las barricadas, la proclamación de la República llegan aquí como páginas epilogales del sangriento poema del 93. Es muy comentada, con evidente

exaltación de la susceptibilidad española, la noticia de que la Infanta Luisa Fernanda, Duquesa de Montpensier, quedó abandonada en las Tullerías al huir toda la familia Real: en aflictiva soledad estuvo la pobre niña un mediano rato, oyendo el rugido de las turbas, hasta que se salvó, nadie sabe cómo, pero ello fué por arte milagroso.

Con estas cosas, y lo que aquí se presume y teme, tenemos el cerebro de Sofía en espantosa ebullición: su voz no cesa de explanar las causas de la catástrofe, y la precisión en que estamos de poner una aduana de ideas en la frontera para que no pase acá la dolencia revolucionaria, ni se nos cuelen en España esas malditas *utopias*. "Aquí no queremos *utopias*—repite con un flujo de amplificación que acaba por ser insoportable,—pues bastante guerra nos han dado las que introdujeron los caballeros de la emigración.„ Lo único que la consuela del detestable cariz que toman los asuntos europeos, es que al frente de la República francesa aparezca la interesante figura de un poeta, el dulce y tiernísimo Lamartine, que ahora debe aplicar al arte político las sonrosadas imágenes, las opalinas nieblas y los reflejos lacustres de sus admirables versos. Habla Sofía del poeta que hoy preside los destinos de Francia como si fuera uno de los más puntuales asistentes á su tertulia. Le alaba y glorifica, recita ó manda recitar fragmentos traducidos de las *Meditaciones*, y pone los ojos en blanco cuando

llega un pasaje de azucarada ternura ó rosadas ensoñaciones. "Hay que reconocernos dijo anoche,—que Francia nos lleva ventaja en lo de enaltecer á los hombres eminentes de la literatura. Miren qué pronto han puesto en la cumbre política á uno de sus primeros poetas. Aquí, por mucho que adelantemos, no se hará jamás otro tanto. Ni nos cabe en la cabeza que un día, al tener que cubrir la vacante de Jefe del Estado, cojamos á Pepe Zorrilla y de golpe y porrazo lo nombremos Presidente ó como quiera llamársele. Lamartine al frente de la República francesa es como si aquí, hallándonos sin Reina constitucional, nombrásemos á *Tula* para este cargo... Si cada cual estuviese en su sitio, ¿quién duda que Don Juan Nicasio Gallego sería Arzobispo Primado, y que otros ocuparían puestos altísimos correspondientes á su categoría?„ Todos convinimos en que cuanto decía la ilustrada señora estaba muy puesto en razón.

6 de Marzo.—Escribo esta noche sin otro objeto que consignar la trastada que me ha hecho mi jefe, el nuevo director de *La Gaceta*, á quien aquí saco á la vergüenza pública para que la Posteridad le vitupere y maldiga. Apenas tomó posesión el tal de su altísimo cargo, le enteró la envidia de que su antecesor me había dispensado de ir á la oficina, con excepción de los días de la sacra nómina, y al punto mandó un recadito á mi hermano ordenando que me presentase en mi puesto, pues había pendiente

gran balumba de trabajo que exigía las inmediatas funciones de todo el personal de la dependencia. Acudí al cumplimiento de mi deber, con la idea de que me encargarían alguna faena delicada, propia de mi grande erudición, como traducir discursos ó memorias del italiano y del francés. Pero no fueron estas ramas del saber las que encomendó el jefe á mi cuidado, sino otras que no sé si clasificar en el orden de la Partida Doble ó de la Estadística, ciencias que requieren entendimientos privilegiados para su cultivo. Pues, señor: todo el santo día me han tenido sacando el duplicado y triplicado de la nota de líneas compuestas por cada cajista, operación no exenta de aparato, porque las tales listas van en pliegos de marquilla de lo más fino, y se me exige un esmero y limpieza de trazos que me ponen en grande apuro. Mi inmediato jefe, que es uno de los mayores gaznápiros que comen el pienso de la Administración, no aprueba mis prolijos estados sin fruncimiento de cejas, prolongaciones de hocico, y reparos necios por si eché un rasgo para abajo en vez de echarlo para arriba, ó por si mis cincos parecen ochos, deformación que de no sufrir ejemplar correctivo, traería la catástrofe de todo el mundo aritmético. Esta tarde apuró tanto mi paciencia aquel prototipo de la imbecilidad, que mi mano estuvo á muy poca distancia de su calva asquerosa, y poco faltó para que su nariz y toda su jeta se aplastaran contra el pupitre y los papeles

que examinaba. Me contuve; pero salí de la oficina con la certidumbre de que si mañana se repite tan estúpido vilipendio, no sabré reprimirme. Dígolo porque de algún tiempo acá siento en mí estímulos de orgullo y extremado concepto de mi personalidad. No me rebajo fácilmente á nadie, y menos á un ínfimo, que sólo es mi superior en el brutal escalafón administrativo... Las once dan, yo me duermo...

7 de Marzo.—¿Sabes, oh Posteridad, que resultó lo que yo me temía? Pudo más la rabia de verme humillado que la paciencia y abnegación propias de un funcionario de corto sueldo, y viendo gesticular ante mí las patas delanteras de mi jefe, protesté en la más desabrida forma. Irguióse él sobre los cuartos traseros, y me dijo que inmediatamente daría parte al director de mi falta de respeto, y yo le contesté que lo mismo á él que á nuestro director me los pasaba por las narices; que yo no había nacido para hacer listines de imprenta, y que antes que á esto á barrer la casa me prestaría. Replicó entonces con grosería chabacana: "¡pues no tiene el hombre pocos humos!„ y yo fuí tan dueño de mí en aquel supremo instante que no le vacié el tintero en la calva, conforme á mi primera intención, y me contenté con decirle: "me voy, por no romperle á usted el alma, so mamarracho.„ Cogiendo mi sombrero, salí por entre los compañeros mudos de asombro.

Vedme aquí, pues, cesante, pues no ten-

go duda de que mi arrebato es motivo suficiente para que la señora Administración me ponga de patitas en la calle. Tendrán que oir mi hermano Agustín y mi cuñada Sofía cuando se enteren del suceso. Pero no me importa. He dado gusto á mi dignidad ofendida, y no me pesa, no, esta arrogancia que el trato social de Madrid va despertando en mí. Sabed, *¡o posteri!*, que practico el *nosce te ipsum;* que por las noches, una vez cumplida la obligación de emborronar papel, examino mi interior, y hago cómputo y análisis de mis pensamientos y mis acciones. Pues bien: declaro que me siento altanero; atribuyo este fenómeno al efecto del ambiente en que vivo, y á mi fácil asimilación de caracteres y costumbres. Cuando los años me den mayor experiencia haré la crítica de esta nueva evolución mía, ahondando bien en sus causas: hoy por hoy me limito á consignar el caso, y echo la culpa al tiempo, á la atmósfera, como hacemos comunmente en el primer diagnóstico de nuestras dolencias. Añado á lo dicho que entre mis numerosos amigos, de varia educación, origen y clase, doy la preferencia á los aristócratas; siento que mi naturaleza se asemeja y adapta cada día más á la de los que nacieron en elevada cuna y enaltecen su voluntad sobre las voluntades ajenas. Nacido yo en esfera humilde, aunque no de las más bajas, ¿por qué me siento noble? Privado de bienes de fortuna, viviendo al amparo de mis hermanos con sólo un triste

sueldo para ropa y gastos menudos, ¿por qué me atrae y seduce la compañía de los ricos? No lo sé; pero como es así, así lo digo, sin comprender bien la razón de esta sinrazón.

Entre mis amigos, como dije en otra confesión, los hay de todas las categorías y para todos los gustos. Bringas y Arnáiz, ambos hijos de comerciantes, no me inspiran el mismo afecto; Caballero, hijo de un pastor, me da lecciones de cultura social; Donato es un tarambana muy divertido, pero que no ahondará en mi corazón; á Leovigildo, la peor cabeza de Madrid, desordenado y voluntarioso hasta lo increíble, le tengo yo mucho cariño. De los dos aristócratas que figuran en mi trinca, Trastamara no es santo de mi devoción; en cambio Guillermo Aransis forma conmigo una pareja indisoluble. ¿Qué parentesco moral, étnico, fisiológico, iguala nuestros gustos y unifica nuestros pensamientos? No entiendo este *gemelismo* (excusad la palabra), siendo él rico, yo pobre; él de raza histórica, yo de cepa plebeya. Verdad que físicamente tenemos gran semejanza, y mayor aún en el temperamento. Nos asimilamos el uno al otro con pasmosa rapidez. Absorbe él mis ideas apenas yo las expreso; me apropio yo sus modos elegantes apenas los indica. Naturalmente, dada la situación social de cada uno, no le arrastro yo á él, sino él á mí; Aransis me lleva á su esfera, sin que yo me dé cuenta de ello, por graduales movimientos, tirando de mí; me introduce en el cam-

po de las aficiones, de los hábitos, ¿y por qué no decirlo? de los vicios aristocráticos. A mí nada me asusta en el medio de vida á que mi amigo me conduce: no me asusta la disipación, ni el convencionalismo, ni el vértigo de las alturas.

XII

12 de Marzo.—Llevado al mundo por Aransis, gracioso diablillo que no me deja de su mano, héme metido en casas de las clases alta y media, y en ellas me han salido conocimientos y relaciones que en mucho estimo y han de serme de no poca utilidad. Algunos días he pasado en grande aturdimiento, sin fijarme en nada, más deslumbrado que sorprendido, confundiendo cosas y personas... Pero el mundo nunca es un páramo, y si lo fuera, la juventud que va por él haría salir flores del suelo con sólo pisarlo. Eso me ha pasado á mí. Sentíame yo un tantico aburrido andando sobre tan diferentes alfombras, cuando una noche, inopinadamente, en una casa de medio tono, modestita y al propio tiempo distinguidita, ví surgir ante mí flores risueñas y fragantes... Verde y con asa, dirán los que esto lean: ya tenemos enamorado al confesor de sí mismo. Poco á poco: necesito explicar...

¡Ay, Dios mío!... se me olvidó un caso in-

teresantísimo, cuya preterición podría traer grave obscuridad á este relato. No tengo más remedio que volver un poquito atrás con permiso de los que dentro del siglo me lean, y si por acaso no les pareciere bien retroceder conmigo, espérenme aquí, que pronto vuelvo.

¿No dije, al referir mi querella con el jefe de la oficina, que el cataclismo era inevitable, y que se decretaría una fuerte pena, quizás la cesantía? Pues así sucedió á los pocos días del dramático lance; pero ello fué muy distinto de como yo lo esperaba y temía. Excuso decir que no he vuelto á parecer por la *Gaceta*, y que me doy por expulsado ignominiosamente. Pues ved lo que pasó, y asombraos conmigo. Acababa yo de almorzar, cuando me anunciaron que un señor viejo deseaba verme. Aunque se me dijo que era de traza humilde y que sin duda venía con propósito mendicante, mandé que le pasaran á la sala. Imaginad mi sorpresa cuando me vi ante D. Faustino Cuadrado, mi superior inmediato en la oficina, al cual ultrajé de palabra más que de obra. Mi estupefacción llegó á lo terrible cuando el desdichado sujeto, elevando hacia el techo sus trémulas palmas, exclamó con luctuoso acento: "¡Cesante!

—Yo...—dije extrañando mucho que llorara para darme la noticia. Y él replicó:

—No: usted no... ¡Yo... yo... cesante yo...!

—Pues no lo entiendo, señor mío. Usted cumplió con su deber. Yo no creía compati-

ble mi dignidad con el deber de usted..., y...

—En buena lógica, á usted le correspondía el castigo. ¿A mí por qué?.. ¿Qué hice yo, desdichado de mí, que llevo veinte años con diez mil cochinos reales; yo, que fuí de los que en las Cabezas de San Juan se unieron á Riego; yo que serví lealmente con seis mil al Gobierno del Sr. Zea Bermúdez; yo que en tiempo de la Gobernadora retrocedí á cinco mil, y luego fué menester que por mí sacara el Cristo el Sr. de Istúriz para recobrar los seis?... yo que serví con Mendizábal, y juntos trabajamos en el decretito aquél de las campanas; yo, casado y con seis de familia, que por llevar á casa unos tristes garbanzos he apechugado con lo más contrario á mis convicciones, sirviendo con el mismo celo á Espartero y á Narváez, á González Brabo y á Olózaga, á los Puritanos y á los Ayacuchos y al demonio coronado; yo que en tantísimos años no he faltado un solo día á mi obligación, ni tengo la más insignificante nota desfavorable; yo que con nadie me meto; yo, Faustino Cuadrado, cesante... cesante! ¿Y por qué, Señor, por qué? Sea usted imparcial, caballero, y diga, ante Dios y los hombres, si yo le he faltado...

—Yo falté á usted, lo reconozco—dije noblemente, sintiéndome confuso, lastimado por tanta injusticia,—y de todo corazón tengo que inclinarme ante su desgracia, y pedirle que me perdone aquel arrebato.

—¡Cesante... mis hijos sin pan, yo trastornado, pues no sé á qué santo encomen-

darme, ni á quién volverme, ni en qué árbol ahorcarme!

—¿Está usted bien seguro de que la causa de su cesantía fué la cuestión aquélla...?

—¡Cristo me valga! Pues si el director, cuando me leyó la sentencia me lo dijo bien clarito: "Por haber faltado al respeto al señor de Fajardo...„ Y luego me salió con que es usted un sabio... un sabio de reputación europea... que nos está escribiendo la Historia del Papado... ¡Pues por qué no me lo advirtió, rabo y uñas de Satanás! ¿Por qué al darme prisa para los listines, y encargarme que no le tuviera á usted ocioso, no me dijo: "guarda que es podenco, guarda que es sabio, guarda que ha escrito la vida del Santo Padre, que para mí ha sido la vida de Judas Iscariote„?... La culpa la tiene el señor director, que no me puso en autos... Sin duda estaba tan enterado como yo de la dichosa sabiduría... Y se me figura que también á él le han acusado las cuarenta, porque cuando me dió el escopetazo, se rascaba la barba y decía: "Debieran los sabios llevar chapa en el sombrero, para que los conociese todo el mundo.„

Como yo afirmase con toda sinceridad que no se me alcanzaba de dónde podía venir el tremendo golpe, puso cara fatídica, y alzando el dedo índice cual si quisiera horadar el techo, repitió: "De arriba, Sr. de Fajardo, de arriba.

—Creo que padece usted una alucinación.

Yo puedo asegurarle que á nadie he dicho nada, ni aun á mi hermano...

—¡De arriba, de arriba!... Imposible, señor de Fajardo, que usted no lo haya dicho. Por las once mil Vírgenes, haga memoria.

—De veras: nadie sabe que nos peleamos, que abandoné la oficina...

—Haga memoria, por los clavos de Cristo.

—Recordando estoy... Tan sólo á una persona...

—¿Lo ve? ¡Cuando digo...!

—Tan sólo lo he contado á mi hermana, á una hermana mía, monja.

—¿Monja? ¡Dios uno y trino, como si lo viera! ¿Con que monjita? ¿Y en qué convento?„

Cuando le dije que en La Latina, cayó el hombre desplomado en un sofá, y llevándose ambas manos á la cabeza, apoyados los codos en las rodillas, quedó un rato como estatua de la consternación, sin otra señal de vida que un mugido cadencioso. Confuso yo de verle en tan extraña actitud, no hacía más que contemplar su espaciosa calva granulosa, aquella calva sobre la cual, días antes, había pensado vaciar el tintero.

"Como si lo viera, como si lo viera...—murmuró incorporándose.—¿No dije que de arriba, de muy arriba?... ¡Ay, qué mundo, qué país!... ¿Verdad que es divertido nacer español?

—No es muy divertido que digamos, principalmente para los que no nacen ricos.

—Ó hijos de frailes... ó hermanos de monjas.

—¿Pero usted cree...?

—Sr. de Fajardo—dijo entre suspiros,—viniendo de donde viene el rayo que me ha partido, ya no tengo compostura como no salga usted mismo en mi defensa. Pida á su señora hermana mi reposición.

—Sí que lo haré. Mi hermana es buena.

—Será una santa. Diga: ¿y tiene llagas?

—Hombre, no sé...

—¿Siquiera postemas?... En fin, bendita sea si me socorre. Para usted propio no necesita pedirle nada, pues á estas horas ya le habrán ascendido. Bueno es nacer de pie, caballerito; pero aún es mejor nacer á caballo. Y ya que va usted tan á gusto en el machito, lléveme á la grupa. Pido bien poco: la reposición, á no ser que usted y la reverenda monja, considerando que fuí yo el ofendido, me consigan el ascenso á diez mil. No habría nada más justo.„

Dicho esto, se despidió el infeliz hombre, no sin arrancarme formal promesa de interceder en su favor. Le consolé y alenté con toda mi alma, y desde aquel punto y hora, la compasión me hizo su amigo y mi conciencia su protector, comprendiendo que no es el buen Cuadrado tan tonto como yo creía. Dejóme aquella visita una impresión extraña, no sé si de asombro, no sé si de miedo... ¡Mi hermana... La Latina! Por hoy no digo más.

13 de Marzo.—Ya estoy aquí otra vez. Per-

dónenme el plantón los que no quisieron volver atrás conmigo. Quedamos, si no recuerdo mal, en que mis futuros leyentes, podrían decir: "Ya tenemos enamorado al confesor de sí mismo„. Pues no hay aún motivo para suposición tan grave como la de que ardo en amores. Es tan sólo una dulce ilusión, un regocijo estético. Y al emplear este calificativo, no vacilo en asegurar que las dos señoritas de Socobio, Virginia y Valeriana (á la que llaman Valeria), conocidas por mí en los salones, más bien sala y gabinetes de D. Serafín de Socobio, no son prodigios de belleza. Nadie que las vea con ojos de crítica, encontrará en las diferentes partes de rostro y cuerpo la necesaria armonía y proporciones de que resulta la hermosura; pero también digo que todo el que las mire, las oiga y trate, sentirá un agrado que bien puede subir á los espacios del amor. Son delgaditas, muy derechas, torneaditas en donde es debido, esbeltas y flexibles. De cara se parecen y no se parecen. No sé qué las iguala, qué las distingue.

Por el sentimiento se meten Virginia y Valeria en el corazón de sus amigos; por su picardía decente y bien sazonada de ingenio los esclavizan y confunden. Yo paso junto á ellas mis ratos más divertidos, y las vuelvo locas con las mil niñerías chispeantes que les digo y cuento. Ambas son muy inteligentes; tienen alguna cultura y anhelan más. En justicia declaro que no las divierto yo á ellas menos que ellas á mí. For-

mamos un trío delicioso, en el cual no falta gorjeo de amores, sin formalidad por ahora. Si se me permite mostrarme en toda la fatuidad que voy adquiriendo, diré que las dos me quieren: á solas conmigo me pregunto: "¿Es verdadero amor lo que sienten por mí?„ Y no pudiendo ser igual, con exacta medida, el afecto de una y otra, pregunto también: "¿Cuál de las dos me quiere más?„

No debiendo por hoy consagrar á la interesante pareja de señoritas desmedido lugar en mis Confesiones, paso á mejor asunto, que aún no he hablado sino de una parte mínima de las flores que van brotando en mi camino. Doy la preferencia á la que ahora os presento para que la admiréis como yo la admiro. Hará cinco noches que ví en casa de Socobio á una gallarda mujer de tez morena, pelo y ojos muy negros, el talle reducido al mínimo volumen, el seno al máximo, todo ello sin menoscabo de la buena armonía. La señora de Socobio me presentó á ella designándola como de la familia: era también esposa de un Socobio, y su nombre, Eufrasia, quedó grabado en mi memoria. Pero tan ceremoniosa estuvo conmigo, y encontré en ella tal desvío y reserva, siempre que intentaba yo pegar la hebra de una galante conversación, que me retiré á mis tiendas, reduciéndome á mirarla todo lo posible con un interés que no dependía exclusivamente de su belleza un tanto moruna. A la noche siguiente mis queridas niñas hablaron de la dama con más respeto que cariño. Supe que

Eufrasia se había casado en Roma con un tío de ellas, D. Saturnino del Socobio; mas no supieron ó no quisieron decirme por qué casó en Italia y no en España. ¿Es por ventura italiana? A esta duda respondió Valeria diciéndome: "No, Pepito: es manchega.„ Y agregó Virginia que el padre de Eufrasia es un progresistón de los que figuran en el grupo sensato de Mendizábal, Cortina, Infante y Madoz. Según esto, la mujer morena es hermana de mi íntimo amigo Bruno Carrasco.„

Con éstas y otras noticias que iban llegando á mi conocimiento, aumentaba el interés que por la manchega dama sentía yo, y éste subió de pronto anteanoche, viéndola menos esquiva y casi casi gustosa de mi conversación. Aprovechando la feliz coyuntura de encontrarnos lejos de la masa de tertuliantes, díjele que habiendo yo pasado en Roma días críticos de mi vida, gozaba mucho hablando de aquella gloriosa ciudad con cuantas personas la hubieran visitado.

Agregué á este exordio calurosa declaración de la amistad que tengo con su hermano, y protestas de lo mucho que le admiro por su bondad y talento, y no fué preciso más: entré, entramos en un diálogo vivo. "Ya me han dicho las niñas que estaba usted en Roma cuando la elección de Pío IX.„ Y ella: "Sí, y aquéllos fueron para mí días muy felices.„ Y yo: "Para mí no tanto.„ Y ella: "Lo supongo: perdió usted á su protector el Sr. D. Matías de Rebollo.„ Y yo, sin mani-

festar sorpresa de oirle nombrar á mi amigo: "Perdí mi sostén, mi guía, mi amparo.„ Y ella: "Pero luego no le faltaron á usted amigos... y amigas...„ Diciendo esto, se echó á reir de un modo tan franco, que me sentí como invitado á mayores franquezas. "Yo creí —le dije,—que se llamaba usted Higinia, y que era natural de Puentedeume.„ "Cállese la boca—replicó,—y no me haga reir más, que ya estamos llamando la atención.„

Aproximáronse dos damas y hube de suspender mi indagatoria; pero media hora después, cuando volvíamos del comedor dándola yo el brazo, abordé la cuestión y me fuí derecho al bulto, conforme á los sabios consejos y reglas de vida que me había dado Aransis. "Ya es inútil—le dije,—que usted finja más tiempo conmigo.

—Si yo no finjo, ni hay para qué. Trátase de una broma inocente, de la que no tengo por qué avergonzarme.

—Así, así me gusta...

—Pues sí, señor mío, yo soy la máscara. ¿Qué tal?

—Me volvió usted loco.„

Y como siguiera yo expresando con cierta exaltación mi deseo de mayores explicaciones, dejó de reir y gravemente me dijo: "No hablemos una palabra más de aquella tontería sin importancia. Aquí, hábleme usted de la función de anoche, de la nueva moda que ha venido para el peinado en *bandós*, ó de política si le gusta; á mí no. Y de aquella broma, punto en boca. Si quiere usted

saber más, lo sabrá en mi casa. Desde la semana próxima recibiré á los amigos los miércoles. Mi marido le invitará á usted. Debo advertirle que mis explicaciones serán breves, y que no ha de encontrar en ellas ni sombra de malicia, ni el menor asomo de aventura.„ No tuve tiempo más que para decirle con cierta ansiedad: "Por Dios, no se olvide usted de advertir á su esposo...„

—Sí, sí... vendrá usted á casa, ó, como ahora se dice, *será usted de los nuestros*.

XIII

14 de Marzo.—Sin aguardar á que me llamase mi hermana, he ido á verla; tanto me aprieta el afán de reparar la injusticia cometida con el pobre Cuadrado. Aunque la espera no fué larga, aburríame el plantón en la penumbra fría del locutorio, aspirando el singular tufo de convento, mezcla de olorcillos de humedad, de incienso, de ropas de lana en continuo uso. Para colmo de hastío, no había en la estancia ninguna obra de arte con que entretenerme, pues un San Francisco recibiendo la impresión de las llagas, pintura nefanda, con el lienzo podrido á trozos y el marco apolillado, más causaba miedo que admiración. Llegó Sor Catalina presurosa quejándose de que mi visita no anunciada la distraía de ocupa-

ciones apremiantes; pedíle perdón por la inoportunidad, y al punto explané el caso de Cuadrado y mi disgusto por la absurda situación en que nos veíamos: él, inocente, castigado; yo, culpable, impune.

Sin mostrarse sorprendida de que yo acudiese á ella para tal negocio, negó su influencia y puso muy en duda la posibilidad de servirme; pero bien se le conocía el discreto fingimiento, porque ni aguzaba las razones ni extremaba el sonsonete gangoso y aflautado. El argumento de más eficacia que esgrimí fué éste: "Querida hermana, si tú no hallas la manera de reponer á Cuadrado en su destino, me presento yo al Ministro, y le suplico que dé al otro mi plaza y á mí la cesantía.„ La abnegación gallarda de este propósito hizo efecto en Catalina, que muy satisfecha me dijo: "¡Cuánto me place ver tan al descubierto tu buen corazón! Así, así quiero yo á mi hermano. Si pudiera yo influir en que se quiten y den destinos, muy pronto quedaríais complacidos los dos. Pero... en fin, yo veré si puedo... No sé á quién podría recomendar...„ Aplicando á estas formulillas hipócritas la clave monjil, las interpreté como un lenguaje parabólico para decirme que todo se arreglaría, y que la reparación del grave yerro corría de su cuenta.

Repetía yo con cierta pesadez mi petición para que quedara fija en su ánimo, cuando entró una señora en el locutorio. Catalina se alegró de verla. Era la tal peque-

ñita, ya entrada en años, vivaracha, de semblante risueño y simpático, y no se contentó con mirarme una vez, sino que en mí ponía sus ojos con fijeza, como si quisiera tomarme la filiación. "Es mi hermano," le dijo Catalina; y oyéndolo la viejecita me saludó muy afectuosa, obsequiándome con estas finuras: "Ya decía yo... la cara no miente. ¡Y qué guapo es! Sor Catalina, bien puede usted estar orgullosa... Ya, ya le conocía yo á usted, caballerito, por lo que cuenta la fama...," Dábale yo las gracias por su amabilidad, y ella, ocupándose más de mi hermana que de mí, introdujo por la reja estas palabritas: "Eufrasia no puede venir: tiene hoy la casa llena de mueblistas, tapiceros y doradores... Es tan grande el barullo que...," No acabó el concepto, porque aparecieron tras de los hierros otras monjas: ví que eran dos, y oí una gangosa y compungida voz que claramente dijo: "¡Oh, Cristeta... qué cara te vendes!," Mi hermana me indicó por señas que debía retirarme, y así lo hice: salí á la calle atando cabos, encasillando rostros y casos en mi memoria con el debido método, en previsión de acontecimientos futuros.

20 de Marzo.—Conforme al gracioso anuncio que oí de labios de su esposa, el Sr. D. Saturnino del Socobio me invitó á sus reuniones, y con esto queda expresada la diligencia con que yo acudí á la casa de aquel buen señor, en la cual pude advertir que todo era nuevo, allegadizo, dispuesto

por la mano inteligente de la dama moruna. Allí encontré mucha y buena gente, aunque no la mejor de Madrid, pues había un poquito de entredicho social contra el tal matrimonio, por lo que yo supe aquella misma noche y contaré después para la más ordenada composición de mi relato. Amable con todos la dueña de la casa, lo estuvo conmigo singularmente, más que por lo que me dijo, por lo que con cautelosas y bien medidas razones me dió á entender. He aquí la muestra: "Tengo que advertirle, señor mío, que procure no desentonar en sus opiniones políticas cuando tenga ocasión de manifestarlas. Hace poco le hablaban á usted mi marido y sus amigos del liberalismo de Pío IX... y, como es natural, lo condenaban... porque esas son sus ideas. Cuando el Sr. de Clonard dijo que el Papa actual es un *Robespierre con tiara*, y que preside las logias masónicas, usted se indignó, puso el grito en el Cielo y... ya recuerda lo demás. Pues es preciso que varíe de táctica, y que acomode sus opiniones á las de mi gente, si no quiere que con suavidad y finura le cierre yo las puertas de mi casa.„

Segunda muestra: "Óigame, Fajardo: no se le ocurra á usted elogiar otra vez al Paganismo. Siempre que se trate de griegos ó romanos, llámelos *gentiles* ó *idólatras*, como á usted le parezca, y póngalos que no haya por donde cogerlos. Volviendo á lo de la máscara, no pretenda saber más de lo que ya

sabe. Yo fuí al baile con el consentimiento de mi marido, sin más objeto que el inocentísimo de pasar un rato y ver la gente. No iba con propósito de ver á usted ni mucho menos. Que se le quite eso de la cabeza. Por mi hermano conocía yo personalmente á usted: una noche, en el Príncipe, hallándonos en un palco, me enseñó un grupo en que estaban varios de sus amigos, designándolos por sus nombres... Al encontrármele á usted en Villahermosa, perdido en el salón grande como un palomino atontado, me dije: "Ya tengo á quién dar una broma que ha de ser muy divertida.„ Y como el día antes había leído las *Confesiones*, ya ve... todavía me estoy riendo... Y no me pregunte más... Cierre el pico y tenga paciencia.„

Tercera muestra, la segunda noche, invitado á comer: "Otra vez tengo que reñirle. Por las llagas de Cristo, no hable usted mal de los que antes abominaron de la desamortización y ahora compran los bienes raíces que fueron de frailes y monjas. Mire usted que los amigos de casa adquieren todo lo que sale, y mi marido anda ahora en tratos con la Hacienda para quedarse con una gran finca que fué de los Jerónimos en la provincia de Cáceres. ¿Qué le importa á usted que compren ó que no compren? Sea usted cauto y hágase al ambiente. Respecto á sus *Confesiones*, diré que Sofía las llevó á una monja de La Latina, que no debo nombrar. No se incomode usted con su cuñada, que el abuso de confianza no significa en ella más que

una grande admiración hacia usted, y el deseo de que todos participen de esa admiración. La monjita que disfrutó esa historia por primera vez después de Sofía, y que es algo literata y no muy intransigente con lo mundano, me la dió á leer á mí: somos grandes amigas, paisanas, y á sus buenos consejos debo yo el haber salido bien de ciertas borrascas que en su día sabrá. Pues de mis manos pasó el cartapacio á otras: no se asuste. A estas horas lo ha leído medio Madrid, y tiene usted una celebridad reservada, que no sale en papeles públicos, mas no por eso menos extendida. Diréle que después de dar la vuelta, tornó el manuscrito al convento, y luego ha vuelto á salir. Estuvo en poder de Sartorius, que leyó un poquito, y por cierto lo alabó grandemente; de las manos de Sartorius pasó á perfumadas manos, y ahora está... esto sí que no puedo decírselo.

—Me sumergirá usted en un mar de confusiones si no me lo dice.

—Pues está en una casa muy grande.

—En casa de Montijo.

—No: allí ya estuvo. Eugenia lo ha ponderado muchísimo. La casa donde ahora está es más grande.

—¿La de Altamira, la de Osuna?

—No: es mayor, mucho mayor.

—Ya...

—No me pregunte usted más.

—Dígame usted sólo una cosa... el sexo de la persona que me ha leído en esa casa grande.

—¡Ah! le habrán leído personas de ambos sexos.

—Quiero decir, la persona que pidió mi manuscrito.

—Mucho quiere usted saber. Cierre el pico y agradézcame las franquezas que tengo con usted. Si no corresponde á mi confianza con su discreción, no cuente ya conmigo para nada.„

¿Qué tal, señores de la Posteridad? ¿Tengo ó no motivos para estar estos días nervioso, distraído, inquieto, como si en torno mío zumbaran avispas?

26 de Marzo.—Mi amigo Aransis, para quien no tengo secretos, me aconseja que no retrase el declararme á Eufrasia con las demostraciones más apasionadas, cuidando, eso sí, de hacerle comprender que sabré emplear la delicadeza más exquisita para no comprometerla. No necesitaba yo de estos estímulos para lanzarme, y en la primera ocasión propicia, el miércoles último, le mostré mi corazón lacerado y el trastorno inmenso que han traído á mi alma las gracias de su persona. Estimando más interesante que mi declaración la respuesta de la dama, doy aquí preferente lugar á los retazos más bonitos de la admirable tela que tejió con sus palabras:

"¿Querrá usted callar? Por Dios, Pepe, ¿se ha vuelto usted loco? Pues á mí no me enloquecerá usted, yo se lo aseguro, que por naturaleza tengo la cabeza bien firme, y además las desgracias me la han claveteado y

endurecido. Calma, amigo mío; tenga calma y juicio. Aun cuando yo creyera que es verdad todo lo que usted acaba de decirme, tendría que darle un *no* como esta casa, ó como otra casa más grande. Es usted un chiquillo, y yo, si en años le aventajo más de lo que parece, en experiencia, ¡ay! lo que es en experiencia, Pepe, le doblo la edad, créame...... No quisiera yo hablar de esto: usted me obliga á recordar mis amarguras... he vivido, he padecido lo que usted no puede imaginar... sé lo que son los diferentes suplicios á que nos condena nuestra condición; conozco la esperanza hoy viva, mañana moribunda; conozco la ansiedad, la desesperación, la dignidad herida; conozco los ultrajes, la cólera propia y ajena; conozco todo... hasta la vergüenza...„

Llevóse la mano al rostro. La pausa que entonces se produjo llenéla yo con frases vacías, porque no se me ocurrieron otras. Luego siguió: "Yo he sido muy desgraciada. Me sería muy fácil demostrárselo contándole algunos pasos de mi vida; pero no hay para qué... Algo habrá quizás que usted sepa; algo que no ha de saber si yo no se lo cuento. Pero ni lo uno ni lo otro le contaré: no quiero entristecerme. He sido muy, muy, pero muy desgraciada. Ahora, válgame la verdad, ahora no tengo la felicidad, esa felicidad con que se sueña á los veinte años... ya ve usted qué cosas le digo... No tengo la felicidad; pero tengo el sosiego, la paz; y esta paz y este sosiego no los tira-

ré por la ventana... Sé lo que son pasiones de hombres, y como lo sé, no cambio por ninguna de ellas mi paz...„

Tomando en seguida un tonillo jovial, y antes de que yo desembuchara los conceptos que se me habían ocurrido, prosiguió: "Engolosinado usted, amigo mío, con su aventurilla de Italia y con alguna otra que habrá tenido por acá, de esas fáciles y para un rato, ha llegado á creer que todo el monte es orégano. Me coge usted vieja, si no de años, de picardía y conocimiento del mundo; me coge usted, se lo diré claro, muy escarmentada... Déjese usted de locuras, y seamos buenos amigos... y nadita más, Pepe... Una cosa en que yo le aventajo á usted, ¿á que no sabe lo que es? Pues es el don de conocer y apreciar lo muchísimo que vale la amistad. Y ésta tiene sus goces, sus incertidumbres, también sus penitas, dulzuras no digamos, que se avaloran más con la pureza... En fin, mi amigo, haga caso de mí, y no se le ocurra volver á decirme lo que me ha dicho. ¿Estamos en ello?

—Estaremos en ello y en todo lo que pueda sobrevenir—respondí.—Claro es que mi primera obligación con usted es la obediencia. Y yo le aseguro que no tendrá queja de mí... Pero advierta, mi dulce amiga y dueño, advierta que manda usted en mis actos, no en mi corazón.

—También en su corazón... ¡Pues no faltaría más sino que á ese loquillo le dejáramos hacer de las suyas! Es un niño, créame

usted, y á los niños se les educa, se les guía, y también se les da una buena solfa cuando es menester.

—Niño será, como usted supone. El niño es comunmente revoltoso, y aunque se le castigue, con sus gracias y zalamerías acaba por ser el amo de la casa. Todos le riñen si es travieso; todos tiemblan cuando le ven malito. Y la idea de que pueda morirse conturba más que el cataclismo universal. Este chiquillo que yo tengo en mi pecho, pertenece á usted... No me le castigue, por Dios; déjele vivir á su gusto... Yo le respondo de que será obediente, juicioso, calladito... Vivirá en la adoración de usted...

—Déjese usted de adoraciones, por Dios.

—En la idolatría, en un culto mudo, escondido á todas las miradas...

—¿Catacumbas tenemos?

—Catacumbas.

—¡Ay, no! que son muy tristes. Crea usted que he tomado aborrecimiento á todo lo que sea obscuridad, ocultación, misterio, vivir con el temor de que me descubran... Prefiero la vida en plena luz, con sólo un bienestar tranquilo...

—Yo no le pido á usted que se meta bajo tierra, ni que viva en el misterio. El que andará escondido seré yo, porque así me lo impone la que ha venido á ser mi dueño absoluto. No le ocasionaré la menor inquietud. Amor y abnegación son hermanos gemelos... Tan difícil será que yo altere la paz de usted como dejar de amarla, porque mi amor es

toda mi alma, y nada puedo contra él, como no se puede nada contra Dios. Es este amor mi suplicio y mi encanto, Eufrasia. Déjeme usted que en silencio me arregle yo en mi cenáculo escondido. Aquí tengo mi altar, y en el altar mi divinidad.

—¡Divinidad yo!... ¿Ahora salimos con eso?

—Divinidad, á quien adoro más porque ha sido mártir... porque ha padecido... Ahora me toca á mí el padecimiento.

—No le compadezco si se empeña en ser tonto.

—Así somos llamados los que adoramos un ideal, los que por ese ideal vivimos, los que por él estamos dispuestos á morir...

—¿Con que ideal?... ¿yo ideal?... *No me jaga uté reir, Joselito.*

XIV

28 de Marzo.—Leído lo último que escribí, me han dado intenciones de borrarlo, pues si los conceptos de Eufrasia me resultan hermosos y sinceros, como producto inmediato de la realidad, los míos se me antojan artificiosos y de poco fuste, pues todo aquello de la divinidad, del ideal y del altarito, pertenece al manoseado repertorio de los amantes que por primera vez en su vida abordan tan grave cuestión. Muy santo y

muy bueno que con una inocente ó novata de amor emplease yo tales pamplinas; pero con mujer que ha corrido ya temporales duros en el océano de la pasión, estimo que debí emplear otro lenguaje y método. Sea como quiera, no borraré nada del texto escrito, porque ante todo ha de prevalecer la verdad en estas *Confesiones;* y si estuve tonto, que tonto me vean los que han de leerme, y yo de ello me consuelo con la esperanza de ser en otra ocasión más agudo.

No creo frustrada mi conquista, por más que la moruna Eufrasia se mantiene en el firme terreno de la amistad, donde yo le propongo levantar una tienda para platicar juntos y solos sobre las inmensas dulzuras de ese sentimiento, que tanto ennoblece á los humanos. Ella no quiere nada de tienda, temerosa del recogimiento y soledad que este mueble trae consigo, y prefiere que no tengamos más abrigo que la anchura de la casa y del mundo, sin escondrijo, ni misterio, ni arrumacos de ninguna clase. A pesar de esto, voy creyendo que mi aventura no lleva mal giro. Por cierto que á la consolidación de mi creencia no contribuye poco la misma Eufrasia *sentando las bases,* como ahora se dice, de nuestro pacto de amistad, y va teniendo ésta tal extensión que se nos impone el secreto en diversidad de momentos y casos; amistad muy bonita y amena, con frecuentes consultas de una parte y otra, consejitos, protección moral y otras cosas dulces. Mejor que por mis refe-

rencias, lo comprenderán mis lectores por la fiel copia de algún fragmento de los sabios discursos que la dama me endilga:

"Ha seguido usted mis consejos, menos uno, y en él tengo que insistir. Es forzoso que en el teatro suprima usted el mirar constante con gemelos ó sin ellos. ¿Pero no se hace cargo todavía de que no sólo es inconveniente, sino de mal gusto? Tome ejemplo de mí, criatura, que todo lo veo sin parecer que miro nada. Sin clavarle los ojos, le he visto tan acaramelado que me daba risa.... Ya notaría usted que la noche de *Borrascas del corazón*, me puse en la cintura el ramito de verbenas, que son las flores más de su gusto, y lo hice para obtener de usted ahora la reducción de sus visitas á casa, que no deben pasar de tres por semana... Y á propósito de *Borrascas del corazón:* ¿le gusta á usted esa obra? A mí no: tanta melosidad me fastidia, como el arrope de mi tierra, que me empalaga, y además me sabe á botica... Pues siguiendo con mis advertencias, diré á usted que sí, sí, está muy bien que sea expresivo con mis sobrinas Virginia y Valeria; pero no tanto, caballerito, no tanto, porque son muy tiernas, demasiado sensibles, y podrían las chiquillas alborotarse más de la cuenta. Su madre es tonta y nada de esto ve: yo lo veo todo. No me cansaré de recomendarle que al ser amable con ellas, no haga diferencia entre las dos y las iguale siempre en sus demostraciones, para que ninguna se crea con derecho á tenerle por novio.

Mírelas como gemelas en su amistad, ó como aquellas hermanas que estaban unidas por el estómago, por el costado, ó no sé por dónde. Así no habrá peligro.„

Para muestra basta lo copiado. Debo decir que el entredicho en que tiene la buena sociedad á Eufrasia no lleva trazas de concluir. A su casa no acuden señoras de alto copete, ni otras que, nacidas y criadas en las zonas medias, son extremadamente melindrosas en la moral casera y pública. Verdad que mi amiga se defiende valerosa, y con su talento, amabilidad y exquisito tacto va ganando cada día más voluntades y atrayendo gente; pero aún le falta mucho para llegar á la rehabilitación que anhela. El motivo de su aislamiento me lo explicó Ramón Navarrete, hombre de grande erudición social, y á la sazón mi segundo jefe en la *Gaceta*. Después del ruidoso tropiezo de la señorita de Carrasco, bajo el poder de Terry, aventura de que se enteró todo Madrid, anduvo la infeliz por senderos torcidos, amparándose contra la opinión en las tinieblas del incógnito. De su existencia en aquellos terribles días poco se sabe, algo se sospecha, y mucho quizás se miente. Y así como el río de su patria manchega se mete bajo tierra cuando le parece bien, y luego vuelve á salir á flor del suelo, del mismo modo, pasado algún tiempo en subterráneo curso, volvió afuera la dama y el mundo la vió llevada de la mano por un hombre benéfico, D. Saturnino del Socobio.

Recatábase Eufrasia en aquel tiempo de toda relación social, y hasta de su propio padre y familia, y como su protector tuviese que emprender un largo viaje á Roma (que en negocio de capellanías y colaciones tenía no pocos entuertos que enderezar allá), pidióle ella el extremo favor de acompañarle, movida no tan sólo del cariño, sino también del deseo de cuidarle y asistirle (que no carecía de achaques el buen señor); resistióse D. Saturno temiendo el qué dirán de su familia, así en Madrid como en Italia; pero con su labia y embelecos de lo más fino salió adelante la hembra con su gusto, que algunos creyeron capricho y ganitas de ver mundo.

Roma fué para los dos dichosa tierra, porque D. Saturno mejoró notablemente de sus alifafes, y ella se reconstituyó físicamente, y se puso tan lozana que daba gozo. Vieron y admiraron cuanto encierra la metrópoli del Paganismo y de la Cristiandad; él se esponjó y se hizo más sociable; ella aprendió un poco de italiano y de literatura dantesca y petrarquina. Por dicha de Eufrasia les precedió en el viaje á Roma Don Vicente de Socobio y Suazo, canónigo patrimonial de Vitoria, nombrado para ocupar la plaza vacante por defunción de mi protector D. Matías de Rebollo, y una de las cosas en que puso el venerable varón más empeño fué reducir á buen orden cristiano las relaciones de D. Saturno con la manchega. Ésta, que por casarse bebía los vien-

tos, desplegó todo su talento y trastienda para cautivar el ánimo del clérigo, hombre sencillo y bondadoso que fácilmente vió en la buena moza una Hija Pródiga que en gran desolación tornaba al hogar paterno, y debía ser recibida y perdonada.

Conociendo á Eufrasia como la conozco, no necesito que nadie me cuente las sutiles artes que desplegaría su ingenio en aquella crítica ocasión de su vida. Sin duda, viendo que su señor y el D. Vicente intimaban mucho con los Padres del *Colegio Romano*, con los *Observantes* de *Santa María de Araceli*, con las monjas de *Santa Clara en Quirinal*, elevó al grado máximo de intensidad sus devociones, aficionándose al besuqueo de imágenes, aprendiéndose de memoria trozos de literatura mística, con todo lo demás que creía pertinente á la grande empresa de su redención. Resistíase D. Saturno á dar su consentimiento, atento siempre al qué dirán probable, y temiendo los escrúpulos de la familia más que los suyos propios. Pero D. Vicente y otros clérigos que á la santa obra arrimaban el hombro, decíanle que por encima de la familia estaba el deber, y por encima de la Sociedad, Dios; que en Eufrasia eran infalibles las señales de arrepentimiento, y que por fin, su protector ó cortejo que con llama inextinguible la amaba, debía santificar aquellos criminales lazos, y limpiar su conciencia y la de ella en las aguas purísimas del Matrimonio.

Libre ya de pasiones y de juveniles devaneos, Eufrasia quería sobre todas las cosas humanas una posición, y en ello puso las dotes singulares de su espíritu. Como Dios al fin y al cabo protege á los tenaces y agudos contra los romos y debilitados de voluntad, la manchega vió colmadas sus ansias, y recibió franco pasaporte para el mundo moral. En la española iglesia de Santiago (plaza Navona), no lejos del esquinazo en que está la famosa efigie de *Pasquino*, se casaron D. Saturno y Eufrasia, precisamente en los días de mi segunda *villeggiattura* en Albano. *¡O tempora, o mores!* Naturalmente, la primera noticia del casorio levantó en la familia de Madrid gran polvareda, y cuando el matrimonio llegó acá, manteniendo en los primeros días una reserva parecida al incógnito, para sofocar hasta los más leves rumores de escándalo, no faltaron disgustos, rozamientos, y aun dicharachos ruines. Mas de todo ello fué triunfando poquito á poco la diplomacia de la manchega, que con sus astutas carantoñas pudo atraer uno tras otro á los enojados parientes, y hacerse querer de los que antes la aborrecían. Doña Cristeta, que había sido la más intransigente, olvidando su amistad con Doña Leandra, se rindió más pronto que ninguna á la sutil táctica de la dama moruna, recibiendo de ésta cantidad de preciosas reliquias, huesecillos de santos, acompañados del diploma que acreditaba su autenticidad, y sin fin de rosarios, medallas, indulgen-

cias y demás cositas interesantes á los buenos corazones cristianos.

He referido sin ningún recelo lo que sé de la señora de Socobio, juntando las noticias que me dió Navarrete con las que yo por directo modo he sacado de la fuente histórica, y puedo escribirlo sin temor de que mis indiscreciones lastimen á nadie, pues estas páginas quedarán ocultas, y nadie ha de leerlas hasta que la señora y yo, y los demás que me veo precisado á citar, hayamos entregado nuestros huesos á la madre tierra.

30 de Marzo.—¡Cómo está mi cabeza, señores! ¿Creerán que con la golosina de estas vanas crónicas mujeriles se me ha olvidado escribir que hace días tuvimos aquí una revolución? Ello fué de harta resonancia, pero de resultado nulo, como obra de unos locos, cuyos nombres oí y ya se me fueron de la memoria. Corren voces de que se repetirá: los progresistas exaltados y los demócratas no descansan, ávidos de ocupar las poltronas, y más que en los elementos revolucionarios de aquí confían en el apoyo que les darán los de Francia. La novísima República establecida en aquel país tiene á nuestros moderados con el alma en un hilo. Por mi parte, declaro que no me quitan el sueño las políticas inquietudes, ni los problemas que, según dicen, señalarán el presente año como uno de los más agitados del siglo, porque he decretado mi absoluta independencia del organismo general, creando un sistemita

planetario para mi exclusivo uso, y de él no me sacan atracciones públicas de ningún género. Y creed que no me interesa nada ya la cuestión del Papado liberal, en la que puse tanta vehemencia y gasté tanta saliva. Gioberti y Balbo en Italia, y aquí Balmes y Donoso Cortés, valen para mí, con todas sus retóricas elocuentes, tanto como un comino, y el buen Pío IX, á quien de veras quise y admiré, ya no me embarga el ánimo con el supuesto carácter de pastor de los pueblos y patrono de la regeneración itálica. Vivo ahora de mi propio jugo, y todas mis empresas son absolutamente mías, principio y fin de mis ideas y sentimientos. También digo que la Democracia que en forma de virgen en paños menores se nos aparece salvando el Pirineo, me encuentra insensible á sus encantos. Ya no me embelesan lecturas de Lamennais ó Ledru Rollin, y me resigno á que la humanidad se regenere sin mi auxilio: ya iré á verla cuando esté regenerada, y á festejarla y aplaudirla. En tanto consagro mis horas á proporcionarme todos los gustos posibles, eliminando sinsabores y rehuyendo penas.

¿Queréis que os hable de los que para mí son capitales acontecimientos? Pues sabed que de la noche á la mañana me ví trasladado á la Secretaría de Gobernación con doce mil reales, sin que yo á ciencia cierta entendiese de dónde me había caído breva tan substanciosa, pues mi hermano Agustín me declaró que no era cosa suya. En cambio, al

pobre Cuadrado se le contentó con la promesa de reponerle, y volvió el hombre á mí afligidísimo, diciendo que ya se había proporcionado una pistola para poner fin á sus días si no se le daba pronto la debida reparación. Yo le consolé, y avivé sus esperanzas, socorriéndole de mi bolsillo para que mantuviera con sopas ó potajes á la estenuada familia, mientras el remedio de su triste situación llegaba. Hablé nuevamente del caso á mi hermana, y la oí condolerse del pobre cesante con el registro más gangoso de su voz, para venir á parar en la negación de su influencia. "¿Qué más quisiera yo que enjugar todas las lágrimas que veo derramar? Pero ¡ay! no puedo hacer más que pedir á Dios que ilumine á los que dispensan esta clase de favores, y Dios me oirá, Pepe, Dios me oirá: con tanto fervor se lo pido."

XV

1.º de Abril.—Las confesiones de hoy son un poco amargas; pero allá van para que todo, conducta y conciencia, quede guardado en el archivo de estas hojas.

Cierto que mi ascenso á doce mil es un felicísimo suceso que cualquiera, en caso normal, estimaría como don extraordinario de la Providencia, ó premio gordo de Lotería. Pero en mi caso, por distintos concep-

tos irregular, ni los doce mil, ni el doble, si doble fuera mi estipendio, me bastan para la vida que me doy, y el pie de disipación en que me he puesto. Ya se habrán maravillado los que leyeron las anteriores páginas de cómo logro sostenerme en una sociedad tan superior á mis escasos medios. Pero hasta hoy, lo digo sinceramente, no he caído en la cuenta de que voy andando á ciegas por los caminos más arduos de la vida; y lo peor es que no puedo retroceder, ni me siento con el suficiente brío de voluntad para detenerme, porque me atraen metas muy seductoras, y corro tras ideales muy lindos, que embriagan mi mente y adormecen mi razón. Hablo con desnuda verdad de este desequilibrio en que se desliza mi existencia, y afirmo que, aun hospedado y mantenido por mi hermano Gregorio, con el sueldo no tiene mi agitada vida para empezar. Sin contar más capítulo que el de ropa (y no sé dónde pararía si en otros capítulos ó renglones me metiera), digo que necesitaré dos años de sueldo para pagar los trapos que en un solo mes he encargado á mi sastre, cuyo elogio se hace con decir que es el más caro de esta Corte. Incapaz de contener los estímulos de mi presunción, quiero surtirme de toda la rica variedad de levitas y fraques impuesta por la moda. En chalecos poseo maravillas, y París tiene poca inventiva para colmar mi gusto. De corbatas no hablemos. En perfumería y accesorios de tocador no me pongo tasa. Ahora, supla la fantasía

del pío lector los innumerables motivos de dispendio inherentes á este lujo del vestir.

Añado que mis hermanos me riñen; que se asusta Sofía, vaticinándome que acabaré en un Hospicio; que Gregorio pone el grito en el Cielo. Únicamente mi cuñada Segismunda, la Medusa que tiene culebras por cabellos, no extrema sus reparos, y aun se permite opinar con cierto dejo sibilino que yo, lanzándome locamente por las trochas y desfiladeros sociales, llegaré á los más envidiados puestos. El mundo, según ella, es de los atrevidos, no de los cuitados; es de los que corren, no de los que miden encogidamente sus pasos. Esta opinión me consuela de los achuchones que me da mi familia cuando entra en casa sombrero nuevo, antes de que su antecesor envejezca, ó cuando á la puerta llama el oficial del sastre con rimeros de ropa elegantísima.

Añado también, aunque me cueste alguna vergüenza el declararlo, que hace dos meses me hizo probar mi amigo Aransis las emociones del juego, y que desde el punto y hora en que de aquel fuerte licor gusté, ya no he sabido vencer el anhelo de catarlo cada día, ya por la espera de una ganancia que engorde mi flaco bolsillo, ya por la simple maña de hacerle cosquillas á la fortuna, y ver si me sonríe placentera. No debo quejarme del azar, que me ha sido propicio más de una vez permitiéndome dar algunos toques á las apariencias de mi vida fastuosa. Sólo en los últimos días me ha torcido el gesto la

deidad voluble, y héme visto obligado á contraer deudas, algunas muy enfadosas. Pero espero y busco un glorioso desquite.

2 de Abril.—Sepa la Posteridad, y sépalo con satisfacción, que el dèsquite es un hecho. Mas no he podido sofocar el tumulto de mis deudas, porque si algunas reduje ó rematé, me han nacido otras por inevitable exigencia de los compromisos sociales y de nuevas aventuras que sin saber cómo me salen de debajo de las piedras. Me consuela el ver que Aransis se halla en mayores apreturas, y en él son más aterradores los efectos por ser de superior gravedad las causas, pues mantiene caballos, disfruta coches, gasta bailarinas y figurantas del Circo, y se permite otras formas de opulencia propias de un aristócrata. Días pasados, cuando después de hacerme horripilante descripción de sus ahogos, me anunció mi amigo su propósito de levantar un empréstito, echéme á temblar, y al temblor siguió sudor frío cuando me dijo que nadie como mi hermano pòdría encargarse de ello. Fué para mí como un tiro su indicación de que yo hablase á Gregorio... ¡Ay! mucho quería yo á Guillermo, y por servirle y ayudarle aceptaría cualquier sacrificio; pero que no pusiese en mis labios semejante cáliz. Atento á mis razonadas excusas, y sin ofenderse por mi negativa, buscó entre sus conocidos otros amañadores de tales negocios, y al fin (el lunes lo supe casualmente) el empréstito de Guillermo ha venido á parar á mi casa. Hoy me dijo

Gregorio con punzante burla: "¡Vaya con tu amiguito! ¡Dios tenga piedad de la casa de Aransis! Al paso que lleva ese mequetrefe, pronto empeñará los pararrayos... Y como los que le den dinero no cobrarán hasta que muera su abuelita la señora Marquesa, que aún está de buen año, entienda don Guillermo que le harán pagar caro el plantón."

Informado por Aransis, día por día, de la marcha de su asunto, supe que tardaba en efectuarse más de lo que él quisiera... Surgían temores, dificultades; la cuantía del préstamo era objeto de meditaciones aritméticas por parte de los que habían de aflojar la mosca... En mi casa, sin hacer la menor pregunta á mi hermano ni á los dependientes, yo inquiría y olfateaba, con la mira de comunicar á Guillermo cuanto pudiese averiguar. Pero nada en limpio saqué de la contemplación de aquellas esfinges. Yo veía entrar y salir gente; pero iban á otros degüellos: unos salían conformes, cadavéricos otros y con el mal de San Vito. Oía yo el rechinar de dientes, y el estertor de las víctimas en el momento agónico; pero nada pude pescar que á los intereses de mi amigo se refiriese. Sin duda no se había encontrado el vampiro, y mi hermano y otros andaban en su busca y descubrimiento. Por fin, en estas obscuridades, ví aparecer súbitamente una luz, primero lívida, despues resplandeciente, y ello fué en el salón de la dama moruna.

Aprovechó Eufrasia un oportuno ratito para decirme: "¿No sabe usted nada del em-

préstito de su amigo Aransis? Trabajillo ha costado á Gregorio encontrar quien cargue con ese mochuelo; pero al fin veo que... vamos, que parecieron los cuartos... No me pregunte quién los dará. Ni lo sé ni se lo diría aunque lo supiera, que esas cosas son muy reservadas. Lo que sí le digo y le ruego es que use usted de toda la influencia que tiene con su amigo para irle quitando de la cabeza esa vanidad estúpida, pues si no se enmienda, pronto dará en tierra con esa casa, un día tan poderosa, hoy resquebrajada y tambaleándose como los borrachos. Y todo lo que he dicho de Aransis, aplíqueselo usted, que también va por malos caminos, y no tiene casa grande que devorar. Modere usted á su amigo, y modérese á sí propio, si no quiere que yo le retire mi amistad, y le deje solo y desamparado en el mundo.

Contestéle agradecido, agregando la promesa de sermonear á Guillermo y de sermonearme también á mí propio, aunque no era menester, porque ella lo hacía ya con notoria eficacia. Y la dama siguió así: "Hágase cargo de lo que pasa en esta sociedad. La aristocracia, que no sabe administrar su riqueza, ni cuidar sus fincas, se va quedando en los huesos. Toda la carne viene á poder de los del estado llano, que cada día afilan más las uñas, y acabarán por ser poderosos... ¡Como que también están afanando lo que fué de frailes y monjas!... Claro que luego volverán las aguas á su nivel; los

que vivan mucho verán cómo se forma una nueva aristocracia de la cepa de esos ricachos, y cómo recobrará el clero lo suyo, no sé por qué medios, pero ello ha de ser. El mundo da vueltas, y al cabo de cada una de ellas se encuentra donde antes estuvo. Por esto digo yo que andando hacia adelante, andamos hacia atrás.„

Oíala yo encantado de su donaire. A más de los saludables consejos, saqué en limpio de aquel coloquio dos cosas: la noticia de que es un hecho la estrangulación de Aransis, y la casi certidumbre de que el ejecutor es mi amigo D. Saturnino del Socobio, el cual no pierde ripio cuando le cae un pájaro de esta calidad.

8 de Abril.—Consagro la confesión de esta noche, oh amigos venideros, al que se precia de serlo mío en la hora presente, el esposo de Eufrasia, por ésta comunmente llamado Saturno. Comprenderéis esta preferencia cuando sepáis que anoche fué grandísimo estorbo para mi palique con la señora, llevándome á un apartado sitio de la sala para charlar conmigo... Vean primero el hombre. Aunque no ha llegado á los cincuenta, parece haber traspuesto esa línea, porque su naturaleza viene arruinada, de años atrás, por achaques de que se defiende hoy con un método riguroso impuesto por su mujer. De cuerpo menos que mediano, escaso de carnes y de pelo, fatigoso en el habla, todo su sér se condensa en la viveza de los ojos y en la movilidad de los brazos

cuando pone el paño al púlpito. Gasta bigote recortado y triangular, lo que más le asemeja á Espartero que á Zumalacarregui, y unas cortas patillas cuyo trazado le he visto variar en pocos meses. Viste bien; come con grandes remilgos higiénicos, desechando hoy lo que ayer le gustaba; habla con elocuencia reposada y construcción castiza; discurre con tino, en su cuerda, esquivando la paradoja y la hipérbole; es en su trato cortés, en todo lo social correctísimo. Gusta de la política, y creería faltar á un deber profesional si no hiciera cada noche un resumen claro y juicioso, á su modo, de los sucesos del día. Habla despacio, y es de los que se escuchan. Conocedor yo de su debilidad por el éxito oratorio, pongo exquisito cuidado en escucharle también con todo mi oído, ya que no con toda mi alma. Oidle conmigo:

"¿Me preguntan si acepto el sistema parlamentario con todas sus consecuencias? Lo acepto como ensayo, sin asegurar que pueda caber dentro de ese molde la vida de la Nación. Es régimen de garantía siempre que en él se diga: "fiscalicemos.„ Pero es régimen de barullo cuando sea preciso decir: "gobernemos.„ Yo, ya lo saben todos mis amigos, no hago un misterio de mi procedencia, ni reniego de mis antecedentes. Tengo á gala el haber influído con Maroto para llevarle al convenio de Vergara. Serví honradamente á D. Carlos... fuí bastante leal para decirle: "Señor, esto es imposi-

ble...„ El 38, cuando la Corte y el ejército llegaron á las puertas de Madrid, tuve una fuerte agarrada con González Moreno, en Arganda, y me separé del partido para siempre. Mis hermanos luchaban en uno de los campos, yo en otro: vimos clara la inútil inhumanidad de semejante lucha, nos abrazamos, y aquí estoy... ¿No convienen ustedes conmigo en que los tiempos cambian, y en que su variar continuado trae la evolución?... Pues la evolución es como la conciencia de la sociedad. Yo evoluciono, luego existo.„

Mis noticias son que D. Saturno fué el representante de la familia en el campo carlista, mientras otros acá la representaban, atentos al recíproco auxilio, y á mirar por todos cuando Marte decidiera entre Isabel y Carlos. Sé también que arrimado á los Socobios que venían mangoneando en Gracia y Justicia desde el tiempo de Calomarde, D. Saturno aumentó considerablemente su peculio, gestionando asuntos eclesiásticos. Heredó luego de su primera esposa un buen caudal. Arregladísimo en todo, menos en un aspecto muy importante de la vida humana, el hombre cuerdo y sesudo para los negocios y la política, para las relaciones varias del organismo social, no era un modelo en la vida doméstica, ni practicaba con rigor los buenos principios que rigen y gobiernan las costumbres. Mutilaba y subvertía la ley moral, dejando á salvo, con no poca sofistería, sus religiosas creencias. De él se ha di-

cho que es un valiente campeón católico que ha reformado el Catecismo, reduciendo á seis los pecados capitales.

Siguió diciendo: "¿Convienen ustedes conmigo en que es preciso transigir, amoldarse á las circunstancias, á los hechos? Lo digo sin rebozo. Yo acepto el parlamentarismo y el liberalismo siempre que se encierren dentro de los límites de la mayor moderación, poniendo por encima de todo el principio de autoridad y la fe religiosa. Sin estas dos grandes columnas no hay edificio social que se mantenga en pie... Alguien me ha dicho que debiera yo predicar con el ejemplo más que con la palabra: á eso respondo yo que no me tengo por hombre impecable. Al contrario: pecador he sido, y pecador reincidente. Lo reconozco, lo confieso. ¿Qué más quieren? Mi temperamento ha podido en otros días más que mi razón... Esta y la edad me han traído la enmienda. A muchos conozco y conocemos todos que no podrán decir lo mismo. ¿Es verdad ó no es verdad?„

Yo supe que á su definitiva enmienda le habían traído los alifafes más que la razón. Padecía D. Saturno de sorderas periódicas, de inflamación de los oídos, de irritaciones gástricas, de dolores en la osamenta, gajes ¡ay! de sus formidables campañas... Su última pasión fué la hija de Don Bruno Carrasco, y si en ella gastó al principio lo que le restaba de salud y padeció ansiedades y disgustos, luego Dios le deparó en aquel

mismo pecado su salvación, trayéndole por los trámites de ley á la honrada paz que ahora disfruta. Adelante.

Tres amigos fumadores escuchábamos con benevolencia de estómagos agradecidos las campanudas estolideces que Socobio nos endilgaba. Uno de aquéllos, de traza muy respetable, aparecía por vez primera en la tertulia, y desde que fuí presentado á él por D. Saturno puso en mí toda su atención. En los respiros que nos daba el orador (á quien afligían ciertas intermitencias del resuello), el Sr. de Emparán (que así se llamaba aquel sujeto) mirábame con fijeza inquisitiva y me hacía preguntas algo extrañas acerca de mis ocupaciones, de mis placeres, de mis estudios... ¡Estudios á mí! Aquel buen señor soñaba despierto: era quizás de los que me tenían por sabio, y quería obtener informes directos y personales de mi prodigiosa ciencia. Tentado estuve de devolverle curiosidad por curiosidad, preguntándole á mi vez: "¿Y usted quién es, en qué se ocupa? ¿A qué debo el honor de ese prolijo interés por mi humilde persona? ¿Qué idea le mueve á querer penetrar en el segundo fondo de mi existencia?„ Pero mi buena crianza me libró de cometer tal grosería con un señor que me triplicaba la edad, y que al interrogarme disimulaba su impertinencia con la urbanidad más exquisita. De pronto, una frase del investigador arrojó alguna claridad sobre la confusión de mi mente. "Sr. de Fajardo—dijo,—con su señora hermana, Sor Catalina

de los Desposorios, sostenemos mi familia y yo amistad cariñosa, y aunque de tanto oir hablar de usted casi casi llegábamos á conocerle como si le hubiéramos tratado, he querido yo tener este careo, y no me pesa, no me pesa...„

Acercóse más á nosotros el dueño de la casa, y dándome palmaditas dijo á su amigo: "Aquí le tiene usted, Sr. D. Feliciano. Es buen chico, aunque un poquillo desordenado y calavera. Pero si bien se le mira, en su fondo no hay malicia, y será lo que se quiera hacer de él.„ ¡Y yo sin comprender lo que oía, ni atreverme á pedir categóricas explicaciones! Levantóse el Sr. de Emparán para despedirse, y después de ofrecerme su casa y de rogarme que la honrara, me apretó la mano con fuerte sacudida, diciéndome: "Su señora hermana me ha indicado esta tarde que desea verle á usted pronto por allá... No tarde, D. José, que, según yo pienso, tiene que decirle alguna cosa... que no es baladí; ciertamente no es baladí.„

Al verle salir acompañado de Socobio, empecé á descifrar el enigma y poco despues lo ví completamente claro en los ojos negros de Eufrasia.

XVI

12 de Abril. -Hace días deserté de la casa y reunión de D. Saturno, prefiriendo las

de su hermano D. Serafín. He querido probar el juego desdeñoso, y no sé por qué pienso que ha de marrarme. Allá lo veremos... Continúan las dos chiquillas Virginia y Valeria embelesándome con sus donaires, que ahora van trocando en agudísimas y á veces mortificantes burlas. Con tal confianza me tratan ya que hasta me tutean, sin que yo me atreva á rebajarles el tratamiento. Oígalas el que esto lea: "¡Ay, Pepito, qué lástima te tenemos!... Aunque ahora nos veas reir, puedes creer que por tí hemos llorado...„ "Vaya, que no tienen mal fin tus picardías... Ya no más revoloteos, gavilancito. Ahora te ponen una calza como á los pollos, y te meten en un corral con las bardas muy altas, para que no puedas escabullirte...„ "Esas bardas son la casa de los Emparanes. No te pongas afligido, Pepe, que la novia que te han buscado es tan buena que no te la mereces. A talento podrán ganarle otras, pero á hermosura no...„ "Tiene una nariz muy mona, encorvadita sobre el labio como si quisiera averiguar lo que hay dentro de la boca...„ "Y antes que ver los dientes, ve las encías. El talle, eso sí, es tan bien torneadito como el globo terráqueo, y lo mismo se redondea para los lados que de abajo arriba...„ "Su habla es graciosa, sobre todo cuando tartamudea; pero esto no es todos los días, sino cuando hay viento de Toledo...„ "Los ataques le suelen dar los días en que se saca ánima.„ "¡Ay, Pepito, qué feliz vas á ser, con una esposa lánguida aunque no sin car-

nes, con una esposa que tendrás que mecer en tus brazos cuando se te desmaye! Pero tú te harás la cuenta de que no la cargas á ella, sino á sus talegas...„ "Anda, pícaro, y qué bien rebozada en millones te la dan... Tajadas como esa no pasan de otro modo.„

Yo me reía, queriendo seguir la broma. Oigan lo que les contesté: "¿Pero qué desatinos están ustedes diciendo ahí? ¿Y qué novia es esa que no conozco ni quiero conocer?... Yo no me caso más que con ustedes, con mis amiguitas Virginia y Valeria, con las dos, porque á las dos las quiero por igual, y ellas á mí me quieren lo mismo la una que la otra... Con las dos, con las dos, que ahora se reformará la ley de matrimonio, para que un hombre tenga dos mujeres.

—¡Ay qué pillo, y qué poca vergüenza! ¡Vaya con las indecencias que dice! ¡Casarse con dos!

—Con una ya es mucho apechugar, cuanto más con dos.

—¡Si es un pilluelo de la calle! Si pudiéramos, le clavaríamos cada una un alfiler de los gordos para oirle chillar.

—Si le cogiéramos á solas, le daríamos una broma pesada: ofrecerle una yema llena de polvos de escribir, ó echarle tinta del tintero en la taza de café.

—Nos vengaremos hablando pestes de él y sacándole los colores á la cara, ya que no podamos sacarle los ojos.„

Río yo y me distraigo con estas burlas donosas; pero la procesión me anda por den-

tro. Lo diré sin ninguna reserva: Eufrasia me trae loco, respondiendo á mi juego de desdenes con una frialdad y displicencia que revelan la perfección de su histrionismo. Anoche no pude cambiar con ella dos palabras: dióme con la puerta de su mal humor en los hocicos. Ya ni amigo siquiera. Y esa dulce amistad me hace ahora más falta que nunca, pues necesito consultar con la morisca dama puntos delicadísimos de conducta y aun de conciencia. Su marido, en cambio, me asedia con oficiosas amabilidades y una protección que me enfada sobremanera. Hoy me le encontré en casa del General Fulgosio, y se permitió reñirme con tonillo paternal. "Es muy extraño, Pepe—me dijo,—que no haya usted visitado á los Emparanes... ¿Apostamos á que tampoco ha ido usted á ver á su señora hermana? Vaya pronto, que algo tendrá que decirle Sor Catalina de los Desposorios; y luego prepárese á ir á vistas... Cada día que pasa está usted más en falta. Hoy me ha dicho mi esposa que usted no sabe apreciar el bien que se le hace, y con ello viene á demostrar que no lo merece.„

Contesté con lugares comunes, sin pedir mayor claridad, porque la claridad en aquel asunto me causaba miedo, y llevé la conversación á la política, buscando los efectos emolientes y narcóticos. D. Saturno me dijo que si Narváez no mostraba más coraje, se le vendría encima todo el Progreso avanzado, con los demócratas, que conspiran descara-

damente, protegidos por Bullwer, Embajador de Inglaterra. "Yo no sé en qué está pensando Lord Palmerston, no lo sé, no lo sé...„ Yo tampoco sabía en qué estaba pensando Lord Palmerston, ni me importaba.

14 de Abril.—Continúo indiferente á lo que piense ó deje de pensar Lord Palmerston. Y eso que esta noche, en casa de Alvear, he sido presentado á Bullwer, Ministro inglés, el cual no se ha cuidado de saber lo que opino de su cacareado metimiento en los asuntos de España. Me ha tomado por aristócrata, engañado de las apariencias, y de ello me huelgo muy mucho. Mañana iré por primera vez á casa de Montijo con Aransis. Anteanoche estuve en el Príncipe y ví dos actos de *La Rueda de la Fortuna*... Yo esperaba verla allí; pero no fué: *brillaba por su ausencia*, como dice Ramón Navarrete. A medida que avanza la estación, resplandece en los teatros de un modo fatídico el vacío de las señoras ausentes... He querido hacer una figura, y no me sale. Es que estoy tonto; así quiero hacerlo constar aquí, dejando correr desde la mente al papel el inagotable chorro de mis necedades; la tristeza que me consume agrava mi tontería y la hace insufrible. Soy un necio afligido y un fúnebre mentecato. Mas ahora caigo en que contra estado tan lastimoso hay un remedio, que es la divina sinceridad, medicina segura de las turbaciones del historiador. Salga, pues, de mi corazón ese bálsamo, y váyanse al demonio todos los

reparos y las sofisterías del amor propio.

Sí, señores del venidero siglo: vedme restablecido en mi sér por la eficacia de las verdades que á revelaros voy. Mis murrias provienen del diferente y contrapuesto enfado que me causan dos hembras: la una, después de negarme su amor, resignada ó convencida, no lo sé, me retira también la opaca dicha de su amistad; la otra se enciende en tan loca pasión por mí, y de tal modo me asedia y mortifica, que llega, ¡vive Dios!, á serme intolerable. Dos grandes anhelos llenan hoy mi alma: atar lazos de amor con la una, desatarlos con la otra... ¿Y esta otra quién es? Porque de ésta, si mal no recuerdo, no he dicho aún palabra, y ello ha sido por haber clasificado el presente enredillo entre los de puro pasatiempo, llamados á un facilísimo desenlace sin dejar rastro en la vida. Pero en su breve curso tomó inopinadamente tal vuelo, y dió margen á tales enojos míos, que es forzoso historiarlo... ¿Pero quién es? dirán los señores y amigos cuando esto lean (ya habrá llovido para entonces). Pues una mujer del pueblo, una *demócrata*, que así debo llamarla por ser de lo más selecto y fino dentro del tipo plebeyo. Llámase Antoñita, y pertenece á una familia de cordoneros subdividida hoy en diferentes tiendas y portales de calles próximas á la Plaza Mayor. Añado que es muy guapa y graciosa, el más delicado ejemplar de manola que puede imaginarse, y que tiene por esposo á un tal Trujillo, abomi-

nable truhán de Madrid, hijo de una honrada familia de comerciantes en peletería, hoy apartado de sus padres y de su mujer, viviendo en obscuros garitos y revolcándose en el más bajo cieno social.

Vino á mí la preciosa Antoñita por conquista de unas cuantas horas, realizada con jactancia y perfidia. Bringas la cortejaba y la tenía por suya; yo se la quité en los rápidos galanteos de una tarde. Cambió la esclava de dueño como si con unas cuantas monedas la comprara yo en un mercado de Oriente, y desde el primer instante se arrebató en tan loca pasión, que el cansancio mío hubo de venir más pronto de lo que pareciera justo, dadas la belleza y donaire de tal mujer. Era su amor tan absorbente que no dejaba respiro, y de un egoísmo tan bárbaro que en constante suplicio vivía por ella el objeto amado. Y no me han valido las ganas y la determinación de ruptura, pues apenas me separaba, venía la desolada mujer con tales asedios, persecuciones, súplicas y lloriqueos, que de nuevo me dejaba encadenar, compadecido de aquella violentísima fiebre, y de aquel amor inextinguible que para su defensa se amparaba del cielo y la tierra.

Y en otro orden muy distinto (todo se ha de decir), llévame Antoñita con el vértigo de su pasión á un cruel sacrificio, porque si ella no es en verdad un juguete caro, y sabe practicar el *contigo pan y cebolla*, en torno de ella viene contra mi peculio su insacia-

ble familia, asediándome con brutalidad famélica. Un día es la pobre abuelita; otro la hermana perlática; sigue el primo que tiene taller de cordonería, y como padre de diez hijos se ve en fuertes apuros; arremete también contra mí la tía, que está medio ciega, y anda tras de que la operen; y por fin se presenta con infalible periodicidad el degradado esposo, que al despertar de sus borracheras viene á cobrar el alquiler, canon, peaje... ó no sé cómo llamarlo. Estos repetidos golpes y socaliñas me traen á una situación pecuniaria de grande ahogo, porque no sé negarme al gemido del pobre, y aun cedo á las cobranzas de Sotero (que así se llama el vil marido), por evitar algún grave estropicio en la persona de Antoñita.

Quiero zafarme y no puedo, porque para ello tendría que obsequiar caballerosamente á toda la taifa postulante con una gorda suma de que no dispongo. Entre tanto, mis recursos bajan, mis deudas crecen como la espuma, y yo voy cayendo en sorda desesperación. Huyo de Antoñita, y ella va tras de mí; me la encuentro en la puerta de la Embajada inglesa cuando salgo, y su tétrica faz y ademanes de loca me infunden lástima; ó bien me escribe lacrimosas cartas despidiéndose hasta el valle de *Josafaz*. Vienen á contarme que la han sorprendido encerrada en compañía de un braserillo de carbón, ó tratando una pistola en casa del armero... En fin, no sigo, porque escribiendo esta desastrada historia me pongo malo, y

huye de mí la alegría del vivir, que ha sido en días más venturosos mi sostén y mi encanto.

17 de Abril.—Esta noche os doy cuenta de un caso extraordinario. ¿Cómo y por qué conductos ha llegado este romántico sainete á conocimiento de la sin par Eufrasia? No lo sé, ni ella me lo ha dicho al arrojarme á la cara el caso de *Antoñita la cordonera* con todos sus incidentes y perfiles. Pues sí: ayer, después de largo paréntesis en nuestra amistad, hablamos largamente. Me la encontré en la calle, saliendo ella de San Ginés en compañía de su amiga Rafaela Milagro, ambas en pergenio de devociones, vestidas modestísimamente. Ignoro si venían de confesar, ó de alguna Novena ó Manifiesto. Las detuve un instante, y obtenido permiso para acompañarlas, fuí con ellas á la casa de Rafaela, esposa de mi amigo D. Federico Nieto, *alias Don Frenético*. La sequedad de la manchega, efectivo trasunto del hielo de su alma para conmigo, ó un acabado modelo de simulación, me llevó á mayor abatimiento.

Hablamos extensamente delante de Rafaela, mejor dicho, habló la morisca dama todo lo que quiso, y yo la oí, defendiéndome en breves conceptos de las acusaciones que me dirigió, más en tono de maestro inflexible que de amiga. Díjome que sabedora de mis desvaríos, había decidido privarme del apoyo de sus consejos; pero que á tal punto llegaban ya mis locuras, que á salvar-

me acudía, no por mí, sino por mi madre y hermanos, pues ya miraba próxima la catástrofe. Contóme ce por be todo lo de Antonia y los ataques de su hambrienta familia, y me preguntó si había yo perdido en absoluto la vergüenza y el instinto de conservación. Como un pobre estudiante, cogido en graves deslices, le contesté que no son las rupturas de amores tan fáciles como ella supone, pues lo que en conversación de personas indiferentes se tiene por muy hacedero, en la realidad y en la situación particularísima de los interesados presenta dificultades y peligros enormes. A esto dijo que ella me propondría un plan de conducta enérgica, para conseguir en breve tiempo la liberación que me devolvería el honor y la paz. A no estar presente Rafaela, hubiérale espetado allí mismo nueva y más ardiente declaración de amor, echándole la culpa de mis desastres por causa del abandono en que me tiene.

Continuó la dama, en el resto del coloquio, tan frigorífica como en la primera parte: ni una sola vez ví la sonrisa en sus labios, ni en su faz morena el encendido tono que al acalorarse le daba singular encanto; sus negros ojos parecían haberse impuesto la obligación de atenuar la mirada con el amparo de sus admirables pestañas, y aquel rayo que herirme solía, á mí llegaba sin la acerada punta, tibio y ceniciento. Desdeñosa siguió fustigándome: "Está usted de algún tiempo acá tan desatinado, que sin darse

cuenta de ello, comete las mayores inconveniencias. Al demonio se le ocurre dejar en casa, para que yo las lea, esas novelas de los Balzaques, Suéses y Souliéses. ¿Pero está usted soñando? Ya creo haberle dicho que aunque traje de Roma licencia para leer obras prohibidas, no quiero hacer uso de ella, por conformarme con los gustos de mi esposo y no chocar con su familia y amigos. Yo no leo nada de eso, Pepe, bien lo sabe usted, pues en una casa como la mía no pueden entrar libros estimados como peligrosos por la moral depravada que encierran.„

Tomando en este punto la palabra Rafaelita *la Frenética*, que hasta entonces poco menos que muda había permanecido, me dijo: “Yo no tengo licencia; pero si la tuviese, tampoco la usaría, porque de esos libros no se saca más que barullo en la cabeza y cosquillas en el corazón... Cuando una llega á cierta edad y ha encontrado su oasis, buena tonta sería si no se sentara á la sombra de las palmeras de Dios, esperando allí á ver pasar las caravanas... A mí me gusta ver pasar las caravanas, y me alegro de no ir en ellas.

—¡Dichosa usted que tiene oasis!—le respondí.—Dígame dónde está el mío, si lo sabe, para irme corriendo á él.

—El oasis de usted yo sé dónde está—me dijo Eufrasia,—y usted también lo sabe; sólo que como es un pillo, se hace el distraído y el desmemoriado, porque le gusta más andar por el desierto, de Zeca en Meca... comiendo dátiles podridos...„

XVII

18 de Abril.—Muerto de sueño, no pude terminar anoche la substanciosa conversación que tuvimos Eufrasia y yo en casa de Rafaela Milagro. Sigo en el punto en que la dejé, ó sea en lo de que yo me alimentaba con dátiles podridos á mi paso por el desierto. Nada quise responder sobre aquella supuesta putrefacción del fruto de las palmeras, y abordé valeroso el tema que mi amiga me proponía para seguir peleándonos. Precisamente, allí quería yo verla y escuchar lo que pensaba de un problema de mi vida sobre el cual no había querido darme opinión. No he necesitado decir que en la famosa noche de mi conocimiento con Emparán, relacioné las enigmáticas preguntas que éste me hizo con el plan casamentero de mi hermana sin consultar para nada mi voluntad, como si yo fuera un objeto insensible y de poco precio, que se regala, ó de mucho precio y que se vende. Más sorprendido que indignado, y mirando por el lado de las burlas aquel mercantilismo matrimonial, corrí á llevarle el cuento á Eufrasia. Al punto advertí en sus ojos una gran estupefacción, después un rayo de cólera que me colmó de alegría. Sus palabras, pasada la impresión primera, y echados rápidamente los frenos

del disimulo, no correspondieron al lenguaje anímico de los ojos.

"Está usted divertido—me dijo echándose á reir.—Quieren llevarle al matrimonio como se lleva al colegio un chiquillo mal criado para domarle. Es usted un ángel de Dios, Pepe. Deben conocerle bien los que así disponen de su corazón y de su mano. Veo que usted lo toma á broma, y ello prueba una pachorra... tan fenomenal... vamos, que si la pachorra fuera motivo de canonización, ya estaría usted subidito en los altares con una vela á cada lado...„ Por más que en mi respuesta me mostré irritadísimo ante aquel menosprecio que se hacía de mi voluntad, no logré que cambiara el tonillo sarcástico por otro más conforme con mis sentimientos. Repitió las burlas, llevándolas hasta un extremo que jamás ví en ella, y desde aquella noche levantó delante de mí el muro de hielo que mis atenciones y mi cariño no han podido escalar, ni menos romper, como he consignado en las confesiones de los últimos días.

Y ahora, planteada de nuevo la cuestión, le digo: "Estoy esperando, amiga mía, su pensamiento acerca de eso que llama mi oasis.„ Y ella, más glacial que nunca: "En otra ocasión pude reirme de que le quisieran á usted... para mejorar la yeguada de los Emparanes. Ahora, conociéndole mejor, veo que los que así disponen de usted, saben lo que se hacen. Y estará loco si no cierra los ojos y se presta... al cruzamiento... antes

hoy que mañana. Si así no lo hace usted, está perdido. Nada, Pepe: ahora mismo escriba usted á Catalina dándole prisa para que lo arregle todo prontito. Le ha venido Dios á ver con esa boda. Ni usted merece más, ni podría esperar solución más acertada de los conflictos de su existencia... Más le digo: ¿quiere usted que volvamos á ser amigos?

—Es mi mayor anhelo.

—Pues vaya, Pepe, vaya pronto á esas vistas que le proponía mi marido; vea y examine el bien que Dios le ha deparado, y cuando usted salga de aquella casa, comuníqueme sus impresiones... Entonces, cuando yo me entere del estado de su ánimo, le indicaré la forma y manera más dignas de dar ese *sí* que tanto se desea.

—Déjese usted de síes y noes, que no tienen sentido común. ¿Será usted mi amiga, me aconsejará?

—Aconsejándole estoy ahora.

—¿De modo que usted cree...?

—Ya lo he dicho: cierre usted los ojos... y ¡adentro!

—Como quien toma una medicina muy amarga.

—Exactamente—dijo tapándose la boca con el libro de rezos para ocultarme su risa.

Creí observar que el muro de hielo, con aquel reir gracioso se agrietaba; pero ella prontamente acudió á repararlo, revistiéndose de gravedad severa... Entraron otras dos señoras que también de la iglesia ve-

nían; tras ellas un sacerdote... Eufrasia me indicó que debía retirarme, y así lo hice, desdoblando lentamente, en el descenso por los escalones, mis inquietudes y tristezas.

29 de Abril.—Tanto tengo que referir esta noche que no sé por dónde empezar. Con las fatigas de estos días y la tardanza en recogerme (que casi con las primeras luces de la mañana entro en mi casa), me han faltado tiempo y gusto para escribir. Procuraré ganar lo perdido, y presentaros con el posible método y precisión los acontecimientos de este capítulo de mi historia. Lo primero que debo decir es que Sotero Trujillo, marido de Antonia, se personó un día en mi casa, proponiéndome un negocio, en el cual me daría participación si yo le anticipaba la cantidad necesaria para plantearlo. ¡Vaya una minita que era el tal negocio! Con él se ganaría el dinero á espuertas... *Tocante al secreto*, á nadie lo revelaría. Fué mi única contestación agarrarle por un brazo y llevármele como á rastras hacia la puerta. Ya fuera de ella, quiso el hombre revolverse contra mí; pero mi fuerza nerviosa, que á falta de la muscular me asiste en casos tales, pudo más que su impetuosa rabia... De un empujón bajó Sotero rodando el primer tramo de la escalera. Sangraba por frente y narices, escupía maldiciones, y si no intervienen los porteros que al escándalo acudieron, sigo tras él y le lanzo á nueva carrera por el segundo tramo. Hacia la calle le precipitaron los porteros y un polizonte, y no volví á

saber de él en todo el día. Mi hermano y Segismunda me riñeron por el escándalo, echándome en cara que á casa llegasen tan ignominiosas visitas, por la desigual vida que yo llevo entre las personas más altas y las más bajas.

Siguió á este ruidoso acontecimiento, en la serie de aquel día, otro no inferior en importancia, pero sumamente grato para mí; y fué que aquella tarde, hallándome, diré que por casualidad, en mi oficina (á la cual yo no voy más que á fumar cigarrillos y á escribir mi correspondencia), tuve el honor de ser llamado por Sartorius á su despacho, y recibido por él con delicada llaneza. Su Excelencia había oído hablar de mí y deseaba conocerme. La rápida lectura de las primeras hojas de un manuscrito mío le había revelado disposiciones literarias no comunes, y como protector de las letras y de sus cultivadores, me incitaba bondadosamente á poner más atención en los trabajos de pluma que en el tumulto de la vida social elegante. Debía yo, pues, probar fortuna en el Teatro ó en la Novela, género muy desmedrado entonces en España, y mejor aún en la Historia nutrida y amena. Nos hacen mucha falta, según Sartorius, buenos escritores que aprendan y cultiven el arte de la amenidad, y nos libren de esas investigaciones pesadas y macizas sobre cosas de la Edad Media, que no hay cristiano que las trague; y convendría también que los de literatura entretenida abandonasen la cuerda

sentimental, que ya empalaga, reanudando la tradición de la prosa humorística, española, expresión de la vida real...

Representa Sartorius cuarenta años; es de buena presencia, el rostro expresivo, el bigote corto y rubio, la mirada sagaz, modales y conversación de exquisita urbanidad. En él veo un raro ejemplo de aristócratas espontáneos, como yo, es decir, hombres que sin haber nacido en dorada cuna, parecen destinados por Dios á ser fundamento de la nueva nobleza que ha de levantarse sobre las ruínas de la antigua... Terminó Su Excelencia con una indicación que fué signo de interés y simpatía por mi humilde persona. "A usted —me dijo,—le convendría entrar en la carrera diplomática, para la cual parece cortado, no sólo por su ilustración y su conocimiento de lenguas extranjeras, sino por su buena figura. Podría ir de agregado á París ó á Roma, y en ello habría para usted dos ventajas: la de abrirse una brillante carrera, y la de ausentarse de Madrid... que no le vendrá á usted mal, según entiendo.„ Comprendí que mi hermano Agustín había sugerido al señor Ministro la idea de echarme de aquí, como el único medio práctico de cortar de un tajo los innumerables enredos en que aprisionada está mi pobre existencia. Agradeciendo la noble intención, me despedí, no sin protestar en mi interior del destierro que me preparaban, pues la vida ésta en que sufrimientos y goces se confunden con dramático enlace, me cautiva, me

embriaga, y como los borrachos, amo el licor que endulza y alegra mis horas.

Observando un puntual orden cronológico, refiero que aquella noche fuí á la tertulia de Montijo. Nada de extraordinario me ocurrió en el palacio de la Plaza del Angel, pues no lo fué que la menor de las hijas de la Condesa, Eugenia, lindísima criatura, de una belleza espiritual cuando está seria, picaresca cuando ríe (y no escasea la risa), me dijese que pues yo poseía el italiano, habláramos un ratito en esta lengua, que ella con mucho gusto estudia... Gramaticalmente la domina ya, y desea soltarse... Hablamos, no tanto como yo quisiera, y pude recrearme en la gracia, en el ingenio y donosura de esta sin par mujer; pero de mis ejercicios italianos hubieron de arrebatármela, con los españoles, Bermúdez de Castro y Rosa de Togores, que andaban locos tras ella, pretendientes más tenaces cuanto menos favorecidos. Eugenia se divierte con ellos, como con otros, como conmigo, y á todos da cuerda, mas no esperanzas... En el rincón de los políticos presencié una viva disputa entre Borrego y Salamanca, del cual se dice que ha vuelto la espalda á Narváez y á la misma Reina, lastimado del alevoso puntapié que aplicaron á su Ministerio, no más sólido que una estatua de escayola, como todo figurón que no tiene por ánima, dentro del yeso, una espada formidable. Aburrióme la disputa, en la cual no se oían más que los comunes tópicos, y me fuí al olor de

las damas, que no pocas allí había de mi conocimiento, y algunas á quienes yo solía cortejar con la audacia propia de galanes españoles, maestros en dar formas finísimas á la grosería. Detúveme un mediano rato con la de Torrefirme, casi cuarentona, que me mostraba singular deferencia ya tocante en la inclinación, y como advirtiese yo aquella noche que la caída hacia mí se acentuaba locamente, excediendo en desnivel á la torre de Pisa, miné y destruí su cimiento todo lo que pude para que se derrumbase pronto, como en efecto... Pero de esto no debo decir más ahora.

Esclavo de la escrupulosa cronología, digo que á la mañana siguiente me despabilaron dos visitas harto funestas: el pobre Cuadrado, que iba al olor de socorros y esperanzas, y la prima de Antonia, prendera, que me dió la noticia de hallarse ésta enferma y poco menos que moribunda. Para recibir y contentar á los dos visitantes derroché tesoros de filosofía. Ni sorpresa ni alarma me causaron los suspiros y lamentos con que la prendera me llevó su embajada, porque ya estaba yo hecho á noticiones de aquel calibre y á las actitudes sentimentales; no obstante, sentí lástima de la cordonera, á quien no había visto en luengos días, y sospeché que padeciese hambre ó que le dieran tormento los infinitos diablos que componen su familia. Con promesa de pasar por allá despedí á la llorona mensajera; á Cuadrado le dí todo el contenido de mi

bolsa, que no era mucho, y por consuelo le dije que ya había hablado de su asunto con el propio Ministro. Esto no era verdad, porque en mi entrevista con Sartorius, de todo me acordé menos del infeliz cesante; pero al soltarle la fábula, hice mental propósito de enmendar pronto mi negligencia. "Váyase tranquilo, amigo Cuadrado, que no pasará esta semana sin que usted reciba la reposición: corre de mi cuenta.„ Y él: "Como no se den prisa, puede que antes de reponerme esté todo el Gobierno en medio del arroyo. Oiga usted á los progresistas y entérese... Cuentan con la Inglaterra, que ha mandado ya para acá sin fin de cajas llenas de libras esterlinas...

—¿Usted las ha visto?

—¿Cómo he de verlas, si todavía no han llegado? Ahora vienen por la travesía de mar. Pero vendrán, y las veremos todos, que buena falta nos hace. Esto está perdido; en Castilla y Extremadura habrá mala cosecha, y como siga el *espadón,* tendremos hambre pública... Pues digo: cuentan con la Inglaterra; cuentan con diez ó doce batallones... ya comprometidos, y cuentan con gente de mucho dinero, que no tengo por qué nombrar.„

Preguntéle si conspiraba, y con viva efusión, iluminado el rostro por llamaradas de alegría, me contestó que sí. Conspiraba porque se lo pedía el cuerpo, porque el conspirar era olvido de las penas, venganza de la injusticia y fuente de risueñas esperanzas;

conspiraba también por patriotismo, para que la Nación saliera pronto de tantas desventuras. Como no tenía ocupaciones de oficina ni de nada, se pasaba el día charlando de la conspiración con sus amigos viejos, ó con los nuevos que en el campo democrático le habían salido. El rincón de un café, el cuchitril de una portería, ó las negras estancias de una mala imprenta eran sus logias, y cuando no se terciaba el arrimo á cualquier tertulia revolucionaria, satisfacía su anhelo en los corrillos de la Puerta del Sol, conventículo habitual de cesantes. Díjome que si sus hijos fueran mayores, á todos pondría un trabuquito en la mano para defender la primera barricada que se levante. Él y otro amigo no menos enamorado de las trifulcas, y que con ellas soñaba dormido y despierto, había recorrido todo Madrid, barrio por barrio, estudiando sobre el terreno los puntos más estratégicos para emplazar barricadas, con el menor riesgo de sus defensores y mayor desamparo de la tropa que tomarlas quisiese. Las enfilaciones de las calles, la orientación de los edificios, todito lo tenían bien observado, medido y presupuesto para el caso muy próximo de *dar el grito* contra Narváez. No era puro platonismo y *ojalatería*, que también, según dió á entender, andaba en pasos de *pronunciar* á cabos y sargentos, sirviendo de auxiliar á otros dos, ya muy duchos en este arte. Despedíle al fin, incitándole á perseverar en su trabajo, pues aunque yo creía firmemente que se le repondría, debíamos

prepararnos para toda contingencia desfavorable, y si la gran injusticia no se remediaba, echar á rodar todo lo rodable, Gobierno, Constitución y el Trono mismo.

Comí con presteza y me eché á la calle, movido de la absoluta precisión de buscar dinero, pues el cesante había limpiado mis bolsillos: visité á tres usureros, arreglándome al fin con el más cruel y de más arrebatada fantasía para elevar hasta el cielo los intereses y remontar mis deudas. Me reparé de mi necesidad, y aunque me acosaban tristes presentimientos del abismo á que yo corría, bien pronto el torbellino vital, el encadenamiento rápido de las obligaciones con los goces, y de los apetitos con los nuevos deseos, las ambiciones soñadas sucediendo á las satisfechas, me volvían al normal abandono y á no pensar más que en el momento presente... Sigo contando.

Con dinero fresco, corrí á casa de Antonia, un piso tercero en la Plaza Mayor, y mi sorpresa fué terrible ante el desastre que mis atónitos ojos contemplaron al entrar en la estancia. Trujillo, según me explicó la prendera, allí presente, había cargado con todos los muebles para empeñarlos ó venderlos, no perdonando más que la cama en que Antonia yacía con altísima fiebre y angustias del ánimo, que se disiparon al verme. El miserable se había llevado hasta los clavos, haciendo tabla rasa de cortinas y alfombras, con lo que la casa se había convertido en nevera. Nada de esto me había dicho

en mi casa Margarita, que así se llama la prima de Antonia, porque lo ignoraba: el villano despojo fué perpetrado de once á una por el Sotero y dos compinches. Mientras acudía yo á reanimar con palabras afectuosas á la pobre Antoñita, hizo la otra una visita de inspección á los aposentos interiores, y volvió con las manos en la cabeza, diciendo: "Han afanado también toda tu ropa, hija, no dejándote más que cuatro pingos. ¡Habrá infames, habrá trastos!... En la salita queda un espejo chico, el lavabo viejo, y unas mantas y almohadas... ¡Jesús, Jesús!..."

Sonriendo, y sin quitar de mí sus ojos, nos contó la enferma que al partir Sotero con el ajuar de la casa le dijo: "Ahí quedan unas cosas. No vayas á creer que te las dejo. Volveré por ellas esta tarde."

Yo no tenía más arma que un bastón de estoque. Ya estaba yo viendo el hierro traspasando de parte á parte al ladrón, si volvía mientras yo estuviese allí... Pero no había que perder el tiempo en quejas y apóstrofes vanos, pues Antoñita necesitaba con premura cuidados, alimento, medicinas. Llamada por la prendera una chiquilla de la vecindad que todos conocíamos, muy amable y vivaracha, de nombre Encarna, empezamos á reparar el gran desavío causado por aquellos bergantes, y acudiendo algunas vecinas, entró en la casa lo más necesario en aquel conflicto: caldo, pan, agua caliente, carbón, leche, velas... Bajando y subiendo Encar-

na con ratonil prontitud las escaleras, trajo de las tiendas próximas todo lo que el dinero podía facilitar de momento; y al ver el trajín que unos y otros traíamos, Antoñita reía y daba palmadas, no sé si delirando, ó por efecto del extremado gozo que mi presencia le causaba, el cual parecía tener virtud bastante para sofocar las mayores tribulaciones. Procuré hacer á su lado la calma: dispuse que todo el mujerío se retirase al comedor y cocina, dí á Margarita cuanto necesitaba para completar la provisión de lo más indispensable, ordené que fuese llamado un médico. y quedéme solo con la infeliz mujer, arropándola cuidadosamente para que no se enfriara, y sosegando su ánimo con dulces acentos de amistad y compasión. Pero si logré que guardara bien los brazos bajo el rebozo, no pude poner freno á su desmandada locuacidad.

XVIII

"¿Qué me importa que ese gandumbas indecente me haya llevado todo lo que había en casa, trebejos, trapos y chirimbolos, si te tengo á tí? Por la puerta por donde salieron los trastos entraste tú. Bendita sea la puerta. Estoy contenta; no me cambio por nadie... Bueno. Que Sotero se ha llevado lo que no era suyo: vaya bendito de Dios... pero si da en robarme también á mí, que soy lo

menos suyo de todo lo que había en la casa... ¡ay! si da en robarme, entonces sí que la hacemos buena... ja, ja... No, *Chinito*, no me digas que me calle después de haber estado quince días ó quince siglos sin verte... No, no: todo el palabreo que se me ha quedado dentro de la boca en tantos días, ahora tiene que salir... ¡Si estoy hablando como una fuente! ¿Callarme yo? Aunque quisiera, *Chinito*, no podría. Déjame que despotrique, y si me sube la calèntura, que suba hasta el Cielo, y si por hablar he de morirme, muérame con la última palabra cogida en la boca como un cigarro puro... Ayer dije entre mí: "Voy á figurar que estoy mala, para forzarle á venir. Me meteré en la cama, y estaré un día sin comer para ponerme languiducha, y tomaré la yerba que dicen enciende calentura, para que el timo sea completo.„ Esto pensé, y de tanto pensarlo, *Chinito*, caí mala de verdad... Ayer vino Sotero y me contó que le habías echado por las escaleras... Hiciste mal en incomodarte, pues todo el negocio, es un suponer, no llevaba otra malicia que sacarte doce ó catorce reales; y se habría ido tan contento... En venganza de tí y de mí, porque ayer le dije: "apártate, asqueroso, que tu olor á vinazo me tumba„, ha venido hoy con dos granujas para desbalijarme... Es un pillo, un borracho, un gandul y un sinvergüenza; y si yo no le aborrezco todo lo que debiera, ¿sabes por qué es? Porque sé que te quiere... No, no te rías. Sotero te quiere. Me ha dicho que

eres bueno, y que si alguien te tocara al pelo de la ropa, ya se vería con él... No es vengativo, ni picajoso; casi, casi es un poquito noble... no te rías. Como te le encuentres por ahí, no le temas, que nunca fué traicionero. Le sueltas un duro, y verás qué contento se pone...

„No callo, no me da la gana de callarme... Yo creo que estoy mala por el aquel de tantos días sin hablar, y es que se me han podrido dentro las palabras, y de la pudrición del vocablo ha venido esta calentura... Pues no me callo, que parloteando se me despeja la cabeza... Vuelvo á decirte, *Chinito*, que no me importa que Sotero se haya llevado los ajuares. Déjale que se remedie el pobre, y que mire por su vicio. ¿Y para qué quiero yo muebles, para qué nos hacen falta sillas, cómodas ni espejos, si ahora nos vámos tú y yo á vivir á un monte? Tú me lo has dicho cuando entrastes á verme, y ya no puedes volverte atrás... ¿Que no me lo has dicho? ¡Ay, qué mentiroso!... No te hago caso. Quieres divertirte conmigo. Sí que me lo dijiste... Nos vamos á un monte... y pronto, mañana por la mañana, y viviremos en una choza, solitos... Ni tú verás más mujer que yo, ni yo veré más hombre que tú... Y que nos entren moscas. Nos vestiremos á lo salvaje con unos pedazos de pellejos en donde sea más preciso, y no tendremos que averiguar lo que es moda y lo que no es moda, para vestirnos... Mira, *Chinito:* no te vuelvas atrás, que me lo has

dicho... tú me lo has dicho, y yo te pregunté que cuándo nos íbamos, y me respondiste que mañana... Bueno: pues ya que estamos conformes, sigo... Para nada necesitamos allí mesas de noche ni mesas de día, ni más batería de cocina que unos pucheritos... Sobre tres piedras pondré yo la olla con que guisaré nuestra comida. Iremos juntos á recoger leña, y cuando nos paseemos por el monte, no veremos más que algún conejo que pasa, y las maricas que volarán delante de nosotros, las abubillas, y algún lagarto que nos mire y se escurra... Pero no veremos lo que acá llaman personas, ni señores con fraque, ni mujeres con zapatitos... Yo iré descalza y tú también, luciendo la bella patita, y por sombrero nuestras greñas, que nos peinaremos, yo á tí, tú á mí... ¡Cuánto me alegro de que Sotero se haya llevado los trastajos!... Así no veré más la cómoda, ni el lavabo, ni las rinconeras... Allá, nuestra choza, con paredes de piedra y techo de paja, es más bonita que todos estos cuartos segundos y terceros con entresuelo, y tantísima escalera que bajar y subir... Y nuestra choza no tendrá campanilla para llamar cuando entremos, porque visitas no habrá más que la de alguna comadreja, ó quizás de algún galápago que entre despacito sin dar los buenos días. ¡Ay qué felicidad! Yo contigo, sin ver gente, sin tener celos de marquesas y condesas... Porque allá ¿qué marquesas ha de haber? Ninguna: ¿verdad que no habrá ninguna?... Tampoco tendre-

mos allá papeles públicos, ni libros, ni nada de eso, y así no se quemará mi *gitano* las cejas averiguando lo que piensan en Francia, ó lo que guisan en Constantinopla... Y con esta vida ¿cuánto viviremos? Yo creo que doscientos años, es un suponer, y nos moriremos el mismo día y á la misma hora: ¿verdad, *Chinito* mío? Y en esos doscientos ó más años no nos aburriremos ni un solo ratito, porque tú mirarás mis ojos verdes, yo los tuyos garzos... ¡ay, qué bonitos!... y cuando se nos abran goteras en el tejado, tú subirás á componerlo mientras yo lavo nuestros camisolines y nuestras pieles en el arroyo que va corriendo al pie de la cabaña... Y otra cosa: allí, lejos de este mundo maldito, *desaprenderemos* todo lo que hemos aprendido, para que se nos olvide hasta el nombre de tanta miseria y tanta porquería... Y hasta el alma hemos de cambiar, sacando de nuestras cabezas un habla nueva, de poquitas palabras, lo preciso para decir cuánto nos queremos, y nombrar las tres ó cuatro cosas que usamos; y esa habla pienso yo que ha de ser á modo de poesía, ó al modo de música... ¿verdad, *gitano*, que tendrá cancamurria de canción ó de verso?...„

Esta charla delirante, á la que ningún freno podían poner mis cariñosas incitaciones á la quietud y al mutismo, fué interrumpida por el médico, desconocido para mí, hombre tan pequeño que mis ojos turbados le vieron liliputiense, que no levantaba una cuarta del suelo. Era un viejecillo

de acicalado rostro, el bigote á lo Espartero, pintado; su sonrisa mostraba una mala dentadura postiza; su cabeza forrada en un peluquín negro tirando á rucio; capita corta; las manos con guantes, de cuyos dedos sobraba la mitad. Suelo yo incurrir en la alucinación de que la realidad no engendra el arte, sino el arte la realidad. Ví en aquel mediquillo un sér creado por el prodigioso dibujante Alenza.

Con amable ademán, que inspiraba confianza, examinó á la enferma, interrogándonos sobre la iniciación de su malestar. Dió mejores explicaciones que yo la prima de Antonia, parroquiana antigua del doctorcillo, el cual era especialista en partos, y muy acreditado como tal entre las vecinas de aquel barrio. Ya llevaba Antonia cuatro días de indisposición, cayendo y levantándose. No se recataba del frío, y sin comer, ardiente su cabeza del cavilar continuo, lanzábase á la calle, ansiosa de buscarme las vueltas y de salirme al encuentro. Comía tarde alimentos fríos, indigestos; dormía de día, velaba de noche... Con el pecho al aire poníase á lavar la ropa en la cocina, frente á una ventana por donde entraba todo el frío que arroja sobre Madrid el Guadarrama... Total, que había cogido un dolor de costado, ó un pasmo de todo el órgano de la respiración... Hecho el examen de pulso y lengua, nos dijo el doctor que era pronto para precisar el mal; mas por el momento había que poner á la enferma un vejigatorio en el vacío izquierdo, y

arroparla y cuidar de que conservase el calor. Recetó una pócima que se le daría en determinados espacios de tiempo, y se despidió hasta la siguiente mañana. Acariciando las mejillas de Antonia, le dijo que por picaruela se veía en aquel mal paso; que á los hombres hay que dejarlos, y no correr tras ellos, pues mejor sistema que perseguirlos es hacerles rabiar huyendo de ellos; que él tenía de estas cosas no poca experiencia por haber sido muy galanteador y pizpireto en sus mocedades, y que también le habían perseguido casadas y aun doncellas; añadió luego que él tenía muy buena mano para las enfermas bonitas, y no se le moría ninguna, ninguna, siempre que hicieran con gracia y paciencia lo que él mandaba, y durante la enfermedad pensaran en el médico antes que en los novios ó querindangos que las traían á mal traer... Al despedirse de mí en la puerta díjome que el mal parecía de cuidado, y que se presentaba con cariz de pulmonía del izquierdo... Al siguiente día nos lo diría claramente. Salió, y al verle yo coronar su cabeza con el desmedido sombrero que usaba, adquirió proporciones humanas su menguada estatura.

Después de la visita del médico, advertimos en Antonia sedación y tranquilidad. Hablaba menos y se conformaba con la prisión entre las sábanas, con tal que la dejara yo tener una de mis manos entre las suyas. A media noche, viéndola dormida, resolví marcharme, pues aquélla mi larga

ausencia de los amigos y de mis entretenimientos nocturnos ya pesaba en mi ánimo. Prometí á Margarita que antes de retirarme á mi casa volvería, y allí se quedó ella de guardiana y enfermera al cuidado de todo. No salí á la calle sin alguna inquietud, pensando en la posibilidad de tropezar con el bestia de Sotero á la vuelta de la primera esquina, y anduve cuidadoso, requiriendo mi bastón y la fácil salida del estoque, con el propósito de acometerle antes de ser acometido; pero por mi ventura y la suya, llegué á donde iba sin que fuese menester sacar el hierro de la caña, donde dormía su inutilidad como el otro duerme sus monas.

30 de Abril.—Por indiscutible derecho de lógica primacía, corresponde este lugar á la carta de mi madre, recibida hoy, y cuyos párrafos culminantes copiaré para mi vergüenza, y edificación de los que me leyeren: "Hijo mío, no sabré expresarte mi gozo al tener noticia de tu ascenso, que sin duda ha sido motivado por tus méritos hoy reconocidos y aclamados por grandes y chicos; y ésta mi creencia quedó confirmada con lo que me escribió Agustinito de las ganas que el Sr. de Sartorius tenía de conocerte, y tanta era su curiosidad que no se le coció el pan hasta que te llamó á su bufete y estuvo platicando contigo larguísimo rato. ¡Vamos, que no se quedaría el buen señor poco asombrado de tu saber!... ¡Y cómo se le caería la baba!... ¡Ay! á mí sí que se me cae, considerando que es hijo mío el que tanto da que

hablar por su sabiduría y aplicación... De veras te digo que si no supiera yo cuán gran pecado es el orgullo, me llenaría de soberbia y vanagloria pensando en tí noche y día, y no hablando de otra cosa más que de tu superior inteligencia. Pero yo me contengo en mi entusiasmo, y doy gracias á Dios por el beneficio que me concede.

„Hijo de mi alma, por el pajarito que me cuenta todo, sé que vives muy retirado, y que eres Alejandro en puño por la moderación y el tino de tus gastos. Sírvate ahora el aumento de sueldo para que ahorres y vayas juntando con qué hacerte dos trenes de ropita decente, negra por supuesto, que tú llamado estás á ser siempre persona grave, aun siendo joven, por la seriedad de tus estudios y tus modos reservaditos. Y como, según me asegura el pajarillo una y otra vez, huyes del trato de mujeres y mujeronas, y te pones colorado en cuanto te ves en presencia de alguna hembra, no hagas por quebrantar ese tu honesto y recomendable encogimiento, aunque algunos bergantes te ridiculicen. No te metas, pues, en gastos de chalecos vistosos, ni de corbatas de colorines, ni para nada tienes que usar pantalones claros ajustadicos, que eso, digan lo que quieran, es cosa fea, impropia de un varón digno... Presumo que de tu sueldo no ha de sobrarte gran cosa si, como te encargué, haces en las fiestas y días de santo regalillos delicados á Segismunda, con quien vives, y á Sofía, que tanto mira por tí. Con cajitas

de dulces, algún juguete para los chiquillos de Gregorio, y para tus cuñadas cualquier alhajita de poco precio, jabón fino, paquetes de polvos ó cosa tal, cumples, hijo. Pensando siempre en esto, y con la mira de que quedes bien, deseo ayudarte, y allá te mando con el ordinario de Molina ochenta reales, ahorrados por mí cuarto á cuarto para que los emplees en algún esparcimiento decoroso, como ir á la función de teatro, un domingo, si dan algún drama del género heróico, como el *Munuza* que yo ví el año 23, ó una comedia moral, como *El Delincuente honrado*, que tu padre y yo vimos en Guadalajara; por cierto que toda la función estuve llorando, creyendo que cuanto allí pasaba era verdad.

„Además de los ochenta reales en un doblón de á cuatro, dentro de un paquetito donde he metido la oración de Santa Librada y unos papeles de perfumería, mando un mediano lío con chorizos, de los que hicimos este año. Van envueltos en una lona cosida por mí con mucho esmero, y bien rotulado por tu hermano Ramón, como conocerás por la letra. Los chorizos son de calidad tan superior que no se hallará en Madrid género igual. Los mando por el ordinario de Molina, porque éste va más pronto que el de acá, que se duerme en las largas estancias de Alcalá y Meco. Vete al parador denominado del Peine, en la calle de las Postas, y pregunta por Quiterio... Me parece que tú le conoces. Te encargo que hagas este recado

tú mismo, y que no te fíes de criados, no vayan á cambiarnos los chorizos por otros de los que se compran en las tiendas. Tú mismo recoges el dinero y el paquete grande, y ten mucho cuidado en repartir los chorizos por partes iguales entre las dos casas. No vayan á ponerte hocicos por si la una ó la otra llevó menos parte.

„No me cuentas nada, picarillo, de la obra que sobre el Papado estás escribiendo. Si no me hubiera dicho el pajarito que llevas ya lo menos cuarenta capítulos, nada sabría de tu trabajo. Imagino que estarán los libreros y todo el personal de sabios esperando que sueltes el primer tomo para caer sobre él como lobos hambrientos. Tratarás del Papado completo, de la cruz á la fecha, empezando por San Pedro y no parando hasta el Santísimo Pío IX. Materia más interesante no puede haberla. No sabiendo yo qué leer en estas largas horas de la tarde y la noche, pedí á D. Julián, chantre de la catedral y profesor del Seminario, que me trajera algún libro que yo comprendiese, y que conteniendo buena doctrina, tuviera también recreo para personas legas, y me trajo la *Historia de los Concilios*, que estoy leyendo con muchísimo gusto. Ya llevo lo menos treinta hojas, y todavía no he sentido cansancio, sino más bien un gran interés, admirando las virtudes de tantos Santos Padres y esperando á saber en qué para tan larga historia. Tú, que todo esto te lo sabes como el Padrenuestro, te reirás de mí. Me

ha dicho D. Julián que esa obra que estás plumeando será muy larga, y que tú lo has tomado tan á pechos que no se te queda por registrar ninguna biblioteca profana de las que hay en Madrid, y que en todas te metes, así en las públicas como en las privadas, pasando en ellas largas horas de la noche. Hijo querido, trabaja con calma y prudencia: no consumas tus facultades abusando de ellas; no te calientes el entendimiento; modera, hijo, modera, y pon en todo pulso y medida. No desoigas este consejo dictado por mi cariño; recíbelo, con la bendición de tu amante madre—*Librada*.„

XIX

31 de Abril.—La carta que anoche agregué á mis Confesiones removió en mi conciencia la turbación que en ella mora, unas veces adormilada, otras en profundo sueño. Pero los afanes de cada día, que en la mundana corriente van creciendo y encrespándose como un oleaje furioso, han ahogado aquel sentimiento trayéndome á inquietudes inmediatas y más positivas. Parte del día he pasado en la casa de Antonia disponiendo sustituir lo más indispensable del ajuar robado por Sotero, y en ello se me fué todo lo que no hace mucho me entregó con enorme usura el prestamista. ¡Aciaga tarde

la de hoy, en la cual he llegado á creer razonables los delirios de la cordonera, pues no habría para mí mejor solución que abrazar la vida de ermitaño, con ermitaña ó sin ella, en un solitario y agreste yermo, comiendo raíces y vistiéndome de lampazos! Cuando vió la enferma que la casa se iba reparando de su desnudez, empezó á curarse de la manía del salvajismo, y aunque siempre tiraba al monte, no lo hacía con tanta vehemencia. A sus parientes míseros, que acudieron maldiciendo su suerte y bendiciendo mi caridad, tuve que socorrer hasta quedarme sin un maravedí. Por la calle Mayor adelante, pensaba yo que no poseía en aquel momento más peculio que el dobloncito de mi madre, aún no recogido del ordinario, y antes que se me olvidara fuí al parador, donde puntualmente me entregaron moneda y chorizos, todo lo cual llevé á mi casa con gran respeto, como si llevara el Viático, y después de partir con religiosa equidad entre las dos familias los embutidos, miré y acaricié y escondí mi doblón bajo llave, precaviendo de este modo la probable ignominia de ponerlo á una carta.

1.º de Mayo.—Con endiablado afán de probar la suerte, por irresistible instinto de mejora, me pasé la noche dando tremendos estirones á las orejas de Jorge, mas con tan loco desacierto en cuanto apuntaba, que ni un instante me sonrió la fortuna. La terrible deidad me asestaba golpe tras golpe, como si fuese yo un excomulgado de la dia-

bólica secta que tiene por biblia los naipes malditos. Concluí en el mayor desastre, debiendo á mis amigos sumas que mi abrasada mente imaginaba fabulosas. Para pagarlas érame forzoso pedir á la usura nuevos auxilios, que más bien serían dogales con que pronto habría yo de llegar á mi definitiva estrangulación. Abrasado mi cerebro, dormí con pesadillas parte de la mañana, y al despertar entráronme una carta de Sor Catalina en que me afea destempladamente, no sin razón, mi grosero descuido en la prometida visita á los Emparanes. ¡Dichosos Emparanes! No vacilo más, y vencida mi repugnancia, me dispongo á cumplir. Almuerzo tarde, me visto, espero la hora oficial de visitas de etiqueta, y tomo pausadamente el caminito de la plazuela de Navalón, leyendo en las rayas del embaldosado de las calles cifras misteriosas de mi destino.

La casa es antigua reformada, grandona, irregular, revocada de amarillo con rayas que figuran el ajuste de ilusorias piedras, la puerta de berroqueña con un escudo pintado de blanco, los balcones con palomillas de hierro, y en ellos las descoloridas palmas de Domingo de Ramos, con los trenzados en hilachas y los lazos ya desteñidos por la lluvia. En todo esto reparé antes de entrar, así como en el aspecto del portal, de una limpieza rara en Madrid. El portero, viejo y medio cegato, limpio también como la casa, ostentando chaleco rojo y gorra galonada, me acogió con marcado respeto, y oído mi

nombre, díjome con el acento más satisfactorio que *los señores estaban*, y me franqueó la entrada de la escalera, lóbrega, sin más adorno que unos faroles de navío y cuadros viejos, cuyo asunto se pierde en la obscuridad de la ennegrecida tela.

Un portero de estrado, viejo también y con chaleco rojo, me introdujo en el salón, que examiné con rápido golpe de vista á la escasa luz que por los entornados huecos de los balcones entraba. Ví retratos de personajes del pasado siglo, consejeros de Castilla y de Indias, almirantes, generales, todos con el peluquín de ala de pichón, los rostros amarillos y sin relieve, detestables pinturas en su mayor parte; ví santos y frailes de diferentes Órdenes, de mano de Orbaneja; ví por fin retratos de Papas, en los cuales me fijé singularmente. Aquí Mauro Capellari (Gregorio XVI), de aspecto achaparrado; allí Della Genga (León XII), de noble rostro; á la otra parte las finas facciones de Chiaramonti (Pío VII). Como pintura, estos retratos merecen el fuego, salvando sus espléndidos marcos. Mil otras obras de inferior y menguado arte ví en el salón: pinturas milagreras, relicarios con más riqueza que gusto, autógrafos de monjas en cuadros de plata, dos ó tres arquetas de indudable mérito, y una disforme y amazacotada araña de cristal. Contrastaban con estas antiguallas los muebles construídos en estilo modernizante, los sillones y canapés de raso anaranjado, los chinescos ja-

rrones, las consolas de caoba con adorno de bronce dorado, algún espejo de marco á la griega, y los candelabros encerrados en fanales. Movido de no sé qué fanatismo suspicaz, creí ver dentro de aquellos vidrios las velas verdes de la Inquisición. En todo reparé fugazmente, maravillándome así de la muchedumbre de objetos que respiraban devoción, como de la perfectísima limpieza que en lo antiguo y lo nuevo resplandecía, cual si muchas manos escrupulosas diariamente persiguieran el polvo, la mugre y toda suciedad por menuda que fuese.

No acabé mi examen, porque un criado me rogó que pasase al próximo gabinete, donde salió á mi encuentro el Sr. D. Feliciano de Emparán con luengo levitón que rápidamente se abrochaba, como si acabara de ponérselo para recibirme; y estrechándome las manos muy afectuoso, me hizo sentar en un blando sofá, sobre el cual ostentaba su dulce rostro, en marco flamante de cornucopia, la imagen de Mastai Ferretti, á quien yo amaba desde que fué mi preferido y victorioso candidato á la sucesión de San Pedro. Daba yo á D. Feliciano noticias de mi salud, que con muy vivo interés me pedía, cuando entró la señora de Emparán, Doña Visitación de Baraona, en bata morada con encajes, y sus primeras palabras, después de oir mis cumplidos, fueron para redoblar las interrogaciones acerca de mi salud. "Ayer nos dijo Sor Catalina que ya estaba usted en plena convalecencia y po-

día salir á la calle.„ Yo asentí, comprendiendo que mi hermana había disculpado la tardanza de mi visita con un inocente embuste. "En seguida vendrá María Ignacia—añadió Doña Visita,—que ya está concluyendo la lección de piano. La pobre no oculta su alegría, porque, á pesar del mal tiempo que tenemos, se va recobrando de sus alifafes nerviosos.„

Sobre estos alifafes hablábamos, declarando yo su escasa importancia en el organismo, cuando llegó otra señora mayor, Doña Rita, hermana de D. Feliciano, en traje de merino negro, con escofieta blanca; y no había yo concluído de saludarla, cuando ví aparecer la tercera señora mayor, valdría más decir máxima, Doña Josefa Baraona, tía de Doña Visita, también uniformada de negro, viejísima, desdentada, pero no falta de viveza y agilidad. "Ya tenía yo el gusto de conocerle—me dijo cuando le ofrecí mis respetos.—Le ví una mañana en el locutorio de La Latina.„ Y yo miraba á la puerta esperando que acabara de salir el coro de Emparanas y Baraonas mayores, pues me habían dicho mis amiguitas Valeria y Virginia que no bajaba de seis la cifra de venerables matronas que habitaban allí. Oyendo el remoto cascabeleo de un piano, esperé ansioso la presencia de María Ignacia, la señorita con quien querían casarme, tierna paloma que todas aquellas cornejas agasajaban entre sus plumas.

Debo declarar, poniendo la verdad por

encima de mis antipatías, que las cuatro personas mayores eran de trato muy fino y de exquisita educación, á la antigua española. Sosteniendo con ellas un coloquio de pura fórmula, pensaba yo para mis adentros en los artificios de que ha debido valerse mi hermana Catalina para conquistar el ánimo de aquella familia, y qué grande ascendiente ha podido adquirir sobre todos para meter en sus duras cabezas, y darle allí fuerza dogmática, la peregrina idea de que yo soy el hombre designado por Dios para realizar los grandes fines de la sucesión *Emparánica*. Sin género de duda, es mi hermana mujer de extraordinario entendimiento, y de una travesura que bien puedo llamar política, pues en esa cualidad estriba el dominio de las gentes y la generación de los grandes sucesos públicos y privados. Ello es que Catalina, sorbiéndoles el seso, trata de realizar con firme voluntad la filosofía del gran Antonelli, condensada en esta fórmula: "Tu familia te procurará un buen casamiento."

Impaciente Doña Visita por lo mucho que su niña se entretenía en los musicales ejercicios, fué en su busca, y á poco la trajo de la mano, diciéndome al presentarla: "Dispénsela usted. Quería mudarse de vestido; pero como usted es de confianza, puede verla en el trajecito de casa." Hago acopio de toda mi sinceridad y rectitud para declarar que la primera impresión que en mí produjo la niña de Emparán fué atrozmente des-

agradable. ¡Válgame Dios qué niña! Y aunque en el breve espacio de una visita sólo podía yo juzgar el sér físico, éste y el espiritual, representados en un solo sér, pareciéronme de lo más desgraciado que Dios ha puesto en el mundo. Es Mariquita Ignacia lo más contrario al tipo de muchachas que comunmente vemos en todas las clases sociales, pues no hay ninguna que en la florida sazón de los diez y ocho no tenga en su persona, siquier sea la misma fealdad, algún rasgo de gracia y donaire, algún tono de frescura y de seductora juventud. El cuerpo es un mentís de su edad, que en ella parece un fraude. Rara vez se revisten los verdes años de aquella gordura desatentada, contraria á todo sentimiento de proporción, pelmazos de carne distribuídos sin ninguna lógica en las partes de un defectuoso esqueleto. Abulta el seno enormemente, saliéndose del círculo natural de la doncellez, y para acabar de arreglarlo, la cintura y vientre con aquella otra zona quieren confundirse, rompiendo la esclavitud del corsé y arrollando las filas de ballenas que martirizan el pobre cuerpo. Son los brazos chicos, el cuello corto, gordezuelas y bonitas las manos, única nota bella en que puede recrearse la vista. Ella lo sabe y habla más con las manos que con la boca.

Hice un mental esfuerzo por descubrir en el rostro de María Ignacia algo que despertar pudiese admiración ó agrado, y no lo encontré, bien sabe Dios que no lo encontré.

En la estricta verdad me inspiro al firmar que la señorita de Emparán nació desfavorecida de todas las hadas. Deseando conceder algo, sostengo que es aceptable su rostro cuando la niña permanece con la boca cerrada; pero en cuanto descorre la cortinilla de sus labios, aparece el rojo escándalo de sus encías que todo lo afean; los dientes son desiguales, colocados anárquicamente, sin más atractivo que una limpieza tan esmerada como la de toda la casa de Emparán. Bien sabe la niña que su boca es la negación de la juventud, de la alegría y del amor, y no cesa de hacer hociquitos y muecas para tenerla siempre tapada. Hay que ver sus apuros cuando, en los incidentes de la conversación, forzada se ve á la risa franca: de aquí proviene la seriedad que la hace más desapacible. Rubios tirando á bermejos son sus cabellos, peinados con arte, y sus ojos claros, sin viveza, miran medrosos reclamando la compasión más que la simpatía. ¡Pobre María Ignacia! Yo sentía lástima de ella y de sus padres y familia, que en tan infeliz persona concentran todos sus afectos y aspiraciones.

Del trato, revelador seguro de las dotes de ingenio, poco puedo decir todavía, porque María Ignacia no pronunció en la visita más que cortadas y tímidas expresiones: su condición huraña, nacida de la conciencia de su fealdad, y el mimo que le daba toda la familia, reducían su vocabulario á la mínima expresión: las ideas no se manifestaban

en ella más que en forma rudimentaria, y su palabra torpe y balbuciente no hacía nada por sacarlas á luz. Llevaron los padres y las señoras mayores la conversación al terreno más propio para que la niña pudiera lucirse un poco, el terreno de la vida mundana, paseos, teatros, modas, la esclavitud que traen tantas vanidades; pero ni por esas... Tuve yo que hacer el gasto, y con facilidad suma traté la cuestión. Las personas mayores oíanme admiradas; y la pobre niña, que desde que entró hasta que me fuí no quitó de mí sus claros ojos, escuchaba mi acento con una fijeza que al éxtasis se me parecía. Apunto esto sin vanidad, mirando á la exactitud de los hechos, y sin que mi relato signifique alabanzas de mí mismo, pues nada dije que no fuese de lo más común. Ante cualquier otro joven de mi edad habría pasado lo mismo... Por fin llegó el momento en que yo no podía prolongar la visita sin incurrir en falta de urbanidad, y me despedí. Invitóme á comer la señora de Emparán para día fijo, á lo que accedí porque no podía eximirme de ello; señalóme además ciertas noches de la semana en que los amigos van á jugar al tresillo y á pasar un rato en amenas charlas, y prometiendo acudir alguna vez, les expresé mis gratitudes, y él y ellas me dieron las suyas en la forma más expansiva. María Ignacia, al decirme adiós, bajó los ojos como avergonzada.

Salí de la casa de Emparán con simpatías hacia la familia, mas también con el

firme propósito de oponer un inquebrantable *non possumus* á los planes de mi hermana. Sin duda el dominio moral de Catalina sobre aquella gente se fundaba en algo de autoridad religiosa: los Emparanes debían mirarla como á sér superior, que llevaba dentro el Espíritu Santo. Pero si la bendita monja se había hecho absoluta señora del corazón de la ilustre familia, no podría por ningún medio hacerme esposo de la desgraciada, de la imposible María Ignacia.

XX

2 de Mayo.—No he querido que pase el día de hoy sin comunicar á mi hermana mi decidida protesta contra sus planes de matrimonio. Pero como, si le manifiesto de palabra mi negativa, es fácil que su carácter despótico caiga con abrumadora grandeza sobre mi pobre voluntad y acabe por aplastarla, he preferido escribirle. Al convento mandé esta tarde mi carta, en la cual vengo á decir con corteses y limpias expresiones, que no aceptaré la mano de la niña de Emparán aunque me den con ella todas las riquezas que el mundo atesora. Se casa uno con una mujer, á la cual no estorban sus talegas si está de buenas y bellas cualidades adornada; pero no se casa nadie con un ca-

pital personificado en una criatura que carece hasta de los atractivos más elementales. Esto sería venderse, no casarse... En fin, bien hilada va la epístola, y no sé por qué lógicos vericuetos echará para contestarla Sor Catalina de los benditos Desposorios.

Hablando de otro asunto, dos cosas me afligen esta noche: Antoñita en mayor gravedad, y mis bolsillos en absoluta limpieza. He tenido que apurar á los usureros y porfiar con ellos en la forma más humillante, para reblandecer estas rocas de la desconfianza y el egoísmo. Por fin logro extraer de sus arcas alguna cantidad en condiciones horrendas, y con ello puedo atender á una de las deudas contraídas la noche de mi catástrofe de juego. Pero aún me falta el compromiso más apremiante, por tratarse de compinches de timba, que me han fijado improrrogable plazo para cumplir. Acudo á Guillermo Aransis, que se encuentra en situación no menos ahogada que la mía, y acudo á todas las potencias infernales para que me saquen del pantano. Ni del cielo ni de la tierra viene auxilio para este infeliz. He pasado una tarde horrible y una noche peor, apretándome los sesos para que de ellos salga la chispa de una resolución salvadora. Si no estoy loco ya, poco me falta.

Mis pobres sesos dan por fin una luz, resplandor muy lejano, que indica inciertas probabilidades de éxito: ello consiste en recurrir á mi hermano Gregorio. Me armo de valor, hago acopio de argumentos adereza-

dos con sensiblería, y por fin, esta noche abordo la cuestión ante Segismunda, pues el directo trato con mi hermano en este asunto es empresa superior á mi audacia... ¡Santo fuerte, Santo inmortal, cómo se puso mi cuñada apenas formulé mi petición! Ni me dejó concluir la frase angustiosa, trémula y antigramatical... Creí ver enroscarse las serpientes que tiene por cabellos, y su boca griega, volviéndose cuadrada como las de una máscara de tragedia, vomitó sobre mi pena injurias que sonaban á sordidez furiosa y á egoísmo de parientes desnaturalizados. No podré reproducir aquí sus brutales anatemas. Que cómo y con qué respondo del cumplimiento de mis obligaciones... que si creo posible hacer vida de señorito de la Grandeza sin más patrimonio que el día y la noche... que estoy deshonrando á la familia, y que he perdido la vergüenza, y acabaré en el Hospicio, si no voy á parar á la cárcel... que si no hago enmienda total trayendo á casa el dinero de los Emparanes, no espere socorro de la familia, sino desprecios y maldiciones.

Al discorde ruido que la condenada mujer hacía, no tardó en acudir Gregorio, el cual, adivinando la cuestión por la lividez de mi rostro y los apóstrofes crudos de Segismunda, prosiguió la filípica con no menos ira en los denuestos. Atrevíme yo á replicarle, y trabados los tres en furibunda querella, llegamos al desconcierto más escandaloso. Como dijese mi hermano que era gran-

de enojo para él tenerme en su casa, por el continuo jubileo de acreedores que á la puerta venían con atrasadas cuentas ó recibos, sin que hubiera ya palabras con que aplacarles ó persuadirles á la paciencia, estalló Segismunda en nuevas iras, abominando de los ilícitos enredos que estorbaban el casamiento patrocinado por la monja; amosquéme yo más de lo que estaba, y subido el tono y coraje de todos hasta el punto de la ronquera, corté la disputa con la resolución de renunciar á su hospitalidad y dejarles tranquilos. Nada dijo Gregorio para contenerme, ni mi designio sirvió de agua mansa para templar sus arrebatos: antes bien, parecían contentos de que yo tomara el portante. Recogí lo que podía llevar conmigo, guardé mi ropa en maletas para que fácilmente pudieran llevármela á mi nuevo domicilio, y me vine á la casa de Antoñita, donde doy testimonio de mi existencia escribiendo junto al lecho de esta pobre mujer páginas amarguísimas de mis Confesiones... ¡Dos de Mayo! La fecha no puede ser más lúgubre. ¡Quiera Dios que no sea trágica!

3 de Mayo.—Llena está mi alma de presagios siniestros, pues me siento rodeado de sombras por todas partes, y cerca y lejos de mí veo los espectáculos más tristes que ofrece la humana vida: á mi lado la muerte, á distancia la deshonra posible, la probable miseria. Escribo por la mañana, tras largo insomnio, y noto que el acto de trasladar al

papel mis dolorosas impresiones amansa mis penas y las hace tolerables. Parece que hay alguien que á soportarlas me ayuda, ó que mis propios escritos, transmitidos á una Posteridad lejana, me dicen que la vida es larga y que en ella nó pueden ser duraderos los infortunios como no lo son las dichas. Tras unos días vienen otros, y la naturaleza rehuye la uniformidad de las cosas... Vienen á mi pensamiento estas candorosas filosofías velando el sueño inquieto de Antonia, que ha entrado en un período de suma gravedad, según me ha dicho el médico enano... Si bien lo miro, no sé si estoy aquí porque debo estar, ó porque no puedo estar en otra parte. Sobre esto me interrogo y, la verdad, no sé responderme categóricamente.

Avanzado el día, entran en esta casa algunas niñas de la vecindad que andan en el divertido juego de pedir para la Cruz de Mayo. Vestiditas de limpio, con su pañuelo de talle cruzado á la cintura, y flores en la cabeza, se disponen á la persecución y despojo de los transeuntes. Entre ellas, una muy linda que no tendrá más de cinco años, me hace mil carantoñas, se sube á mis rodillas, no se contenta con un cuarto ni con dos, y metiendo su manecita en mi bolsillo, me saca la única peseta que hay en él. Me resigno á tan dolorosa expoliación, y la despido con besos. Ella me dice: “caballero, usted me estrena„, y se va ondulando el cuerpo con meneos graciosos. Salen tras ella las demás, después de aligerarme del cobre que

poseo, y sus risotadas se pierden en la escalera. ¡Dichosa edad!

Vuelvo á coger la pluma después de un largo rato de tedioso paseo en la estancia. La pobre Antonia está muy caída de espíritu y en gran debilidad de cuerpo; pero en sus ratos de lucidez, que son pocos, no ceja en su manía proyectista: muchas ideas la atormentan, menos la de la muerte. El hecho de haber yo trasladado á su casa mi vivienda, por el deseo y el deber de cuidarla, según cree y dice, enciende en su pobre alma vivísima gratitud, y el ardor de este sentimiento, brotando del corazón á la piel, entiendo yo que es ayuda y estímulo de la naturaleza en su lucha contra la fiebre.

No pudiendo apartar mi pensamiento de otros conflictos, de intensa gravedad para mí, escribo á Guillermo llamándole á mi lado para que vea mi anómala situación, y me ayude por cualquier arbitrio extraordinario á salir del compromiso en que estoy, por la deuda de juego no saldada. Contéstame Aransis á las dos horas que se ocupa de mi asunto, y que espera resolverlo á prima noche; que de diez á once me espera en el Casino, y me encarece con vivas instancias que no falte á la cita, pase lo que pase, pues tenemos que hablar. La carta de mi amigo me hace recobrar la esperanza, y para mayor consuelo, el médico liliputiense no hace malos augurios en su visita de la noche. Puedo sin cuidado alejarme, y en posesión de mi ropa, que al mediodía me trajeron

sin otra merma que un par de corbatas, un chaleco de alepín, y alguna prenda interior, me visto y salgo, dejando á Margarita bien aleccionada, y con la advertencia de que volveré pronto, infalible ardid para que esté muy alerta en su obligación.

4 de Mayo.—Déjame, déjame, oh ignoto público de la Posteridad, si en efecto existes y me lees; déjame que tome respiro y ataje los vuelos de mi pluma en esta parte de mis Memorias, pues tantas desdichas en ella se reúnen, que me será difícil transcribirlas con orden para que aparezcan en la serie aterradora con que me las há deparado el Destino. Me río, pueden creérmelo, con risa que es una mixtura increíble de rabia y gozo, al sentir sobre mi cabeza esta ingente acumulación de males. ¿Son obra lógica de mi propia conducta, ó fatal embestida de un espíritu diabólico que se entretiene castigando á los inocentes? ¿Quién dispone esta convergencia de todos los dolores en un solo punto?... No lo sé; pero doy en pensar que lo que llamamos Casualidad es un desconocido método de las cosas invisibles y el superior ordenamiento de las causas.

Aunque gusto más de filosofar sobre mis penas que referirlas, dejo á un lado las metafísicas y me voy á la relación de los hechos, empezando por decir que me personé en el Casino á la hora marcada por Aransis y que éste no tardó en llegar. Con lenguaje precipitado y ansioso me participó el arreglo de mi asunto, aprovechando una

extrañísima coyuntura favorable que la casualidad le había deparado. Dióle su abuela el encargo de llevar una cantidad de consideración á su primo el Conde de Tarfe, y él ¿qué hizo? diferir para mañana la entrega, destinando la mayor parte del dinero á sacarme del compromiso, y guardando lo demás. Era, pues, indispensable que los dos revolviéramos el mundo para reponer la suma en el fatal plazo. Mucho agradecí á Guillermo el apurado socorro que me traía; pero con el reconocimiento se confundió el terror del nuevo y mayor aprieto que para el día siguiente se nos preparaba. A lo hecho pecho: tomé el dinero; pagué incontinenti, excusándome de la tardanza con el aquel de tener en casa un enfermo grave, y mi amigo Caballero, que era mi acreedor, dejó de serlo y volvimos á encontrarnos en afectuosas relaciones ante la sociedad y ante el vicio.

Cuestionando con Aransis acerca de la responsabilidad del día próximo, propúsome mi amigo que con el dinero restante probásemos á obtener del azar lo que nos hacía falta. Fuera miedo; buscáramos nuestra solución en el desquite, pues bien podía la suerte mostrarse benigna después de tantos desdenes. Yo creí lo mismo, que si no hay bien eterno, no hay mal que cien años dure. Jugamos, y el demonio de amarillos ojos cuando uno pierde, de pupilas rojas cuando uno gana, se divirtió en balancearnos de las ansiedades pavorosas á las hon-

das alegrías. A la una estaba yo boyante; pero quise más, y á las dos lo había perdido todo. Busqué á Guillermo con angustiados ojos para que me favoreciera, y advertí que había desaparecido de la criminal sala. Agencié un empréstito, hice nuevas cucamonas á la fortuna, y ésta siguió tratándome como á un perro. A las tres de la mañana, apartándome de la mesa de juego, halléme sin saber cómo en un grupo compuesto de caras amigas y otras simplemente conocidas, no todas simpáticas. Entre estas caras destacóse la de un hombre de mediana edad, señalado en la trinca nuestra por su índole maleante, sus dichos á veces graciosos, groseros á veces, el cual riendo con desenfado me dijo estas palabras: "Si quiere dinero, yo tengo para usted cuanto necesite.„ El valor gramatical de las palabras era tan distinto del tono con que fueron dichas, que me sentí ofendido, y respondí en el mismo tono: "Gracias: no juego más. Celebro verle á usted tan generoso.„ Y él con disparada lengua: "Lo soy con los que como usted ofrecen garantía segura, con los que cultivan mujeres ricas que les pagan las deudas.„

Tenía yo, al oir esto, apoyada mi mano derecha en el respaldo de una silla. Ciego enarbolé la silla, apuntando á la cabeza del insolente; mas interpuestos los amigos, ni la silla fué á estrellarse donde yo quería, ni pude saciar mi furor con las manos. El tumulto fué ruidoso; se arremolinaron los amigos y conocidos, unos allá, otros acá, para se-

pararnos y agrandar la distancia, y entre tantas voces oí la de aquel bruto que alejándose á la fuerza, chillaba: "¡Dejarme á ese *Don Líquido, Catacaldos...!*„

Llámase el tal Jiménez de Andrade, y goza fama de temerón y perdonavidas. Es de Ecija ó de Marchena, no recuerdo bien; ha derrochado dos fortunas; entiende de caballos más que de política, y en ésta quiere señalarse ahora, ahuecando la voz entre los progresistas exaltados y los demócratas. Frecuenta el trato de militares, jactándose de seducirles para la revolución; es, en suma, un bárbaro, que no busca más que el ruido y el escándalo para sacar su persona de la obscura vulgaridad á que pertenece... No necesito indicar que al instante determiné lavar con sangre el oprobio que aquel bestia arrojó sobre mí; yo quería matarle ó que él me matara. Mis amigos hicieron suya mi causa, y como alguno expresara su inquietud por la desigualdad de la lucha entre un hombre diestro en las diferentes armas y otro que apenas manejarlas sabe, afirmé yo que tal desigualdad tendrá para mí la ventaja de proporcionarme una muerte muy expeditiva. "Estoy cansado de vivir—les dije. —Acabemos de una vez.„

Yo deliraba. Mis amigos procuraron sosegarme, y á ellos me confié para que cuidasen conmigo de poner en salvo mi honor. Quise nombrar padrino al Marqués de Bedmar, amigo mío que me distingue y considera; pero no habiendo podido encontrar-

le á tan avanzada hora, elegí á Bermúdez de Castro y á Guillermo Aransis. Dos horas estuvieron mis amigos buscando á éste, y en casa de unas famosas *cucas* le encontraron á las tres y media de la madrugada. En el propio Casino intentaron mis apoderados un arreglo amistoso, fundados en que Andrade estaba ebrio en el momento del insulto, y creyendo que gallardamente daría explicaciones al despejársele la cabeza. Pero ya porque ésta no se despejara, ya porque su razón nada pudiera contra su brutalidad, no hubo arreglo, y Andrade insistió en que tendría el gusto de mandarme al otro mundo...

Asomaba la aurora por los balcones y ventanas del madrileño horizonte, cuando mis amigos me trajeron á esta casa, dejándome en el recogimiento que necesito para la meditación y el descanso. Las vivas emociones, el insomnio de las noches pasadas habíanme traído á tan gran quebranto de la naturaleza, que caí en el camastro como en un pozo, y dormí con sueño parecido á la embriaguez. Mediodía era por filo cuando me despertó Aransis para decirme que los padrinos del contrario son dos andaluces, Sánchez Silva y Nicolás María Rivero. A éste le conozco: es muchacho de mérito, áspero, cetrino, ceceoso en el hablar. Añade que no se ha podido conseguir de Andrade un honroso acomodamiento, el cual habría de fundarse en una satisfacción hidalga por parte de él. Digo yo que me alegro de que no haya componendas artificiosas y cobardes. Me infor-

ma Guillermo de que á pistola será el lance, y no le dejo seguir cuando quiere puntualizar las condiciones, tantos pasos, avance gradual... Las condiciones, que poco me importan, las conoceré mañana. Me basta con saber la hora, ocho en punto, y el lugar, la huerta de Moreno-Isla, cerca de la Fuente del Berro. Insiste con grande interés mi amigo en que dedique la tarde y parte de la noche á ejercitarme en el tiro de pistola, á lo cual me niego resueltamente, pues con lo que sé me bastará para matarle si los hados me favorecen, y lo que aprender pueda en tan poco tiempo no impedirá mi muerte si está ya escrita y decretada en el *fatídico* libro de los Sucesos... Vase Aransis, y al quedarme solo, siento lo fatídico en torno mío... y se me enfría todo el cuerpo. Me dejo abrigar por Margarita en un pesado mantón suyo.

XXI

No tardé en advertir que mi estoicismo era un tanto figurado, histriónico, y con esfuerzos de la razón me puse en el verdadero punto psicológico que los hechos imponían, ni medroso ni arrogante, fiado en que me ampare Dios, y desechando la insana idea de que deseo morir, fraudulento recurso

teatral, cuya procedencia descubro en los afectados versos de la época. Que yo no estaba en mis cabales cuando Guillermo me habló del lugar y hora del duelo, lo demuestra que olvidé preguntarle si había resuelto el conflicto pecuniario que para hoy nos reserva el cruel Destino. Mañana me lo dirá, si estoy en disposición de oirlo... También podría suceder que me fuese á la Eternidad sin saberlo, ni importárseme un ardite de las menudencias que aquí se nos hacen montañas. Yo pregunto cuáles serán las estrellas que se vendrán abajo porque traigamos á nuestros bolsillos el dinero que á Guillermo entregó su abuelita... ya no me acuerdo para qué.

Vuelvo á tomar la pluma, ya anochecido, y como mis cavilaciones no me hacen perder la noción del método, escribo que la pobre Antoñita va de mal en peor, y que ella será motivo de que el Destino se ensañe más en mí, prolongando indefinidamente la serie angustiosa de sus furibundas estocadas. Esta tarde nos vimos y nos deseamos Margarita y yo para sujetarla cuando se arrojó del lecho, pidiendo que la vistiéramos. Quería irse conmigo á la verbena de San Antonio. "¡Si no es hoy la verbena, tonta!—le dijo su amiga.—Es mañana, que ahora andan trabucados los meses, y el 12 de Junio por la tarde viene á caer mañana, que así lo dispuso el Padre Santo, por ser el año cuatro veces bisiesto...„ Tan ardiente era la calentura que su rostro quemaba, y brillaban sus

ojos como luceros. Logré calmarla, prometiéndole que iríamos juntos á la verbena, y recostado en su propio lecho sobre las mantas, para con mis brazos aprisionar los suyos, oí sus expresiones amorosas, más que nunca impregnadas de ternura. Díjome que yo le pertenecía, que juntos estaríamos hasta que nos muriésemos, y que viviríamos un sin fin de años, pues así lo había ordenado el Papa. Desde la tarde anterior intervenía en su atroz delirio la figurada persona del Sumo Pontífice, eclipsando con su grandeza las demás figuras que poblaban la mente trastornada de la pobre mujer. ¿Quién puede fijar de dónde le vienen las ideas al que enloquece? Vienen quizás de pensamientos sedimentados antes de incurrir en la demencia.

"El santo Papa—dijo Antonia dejándose arrullar,—me aseguró ayer tarde, cuando vino vestidito de paisano y con ramo de azucenas, que me descasaría de Sotero para casarme contigo, y yo me alegré tanto que... se me saltaron las lágrimas. Bien puedes estar con cuidado para abrir la puerta en cuanto llame, que esta tarde ha de volver, revestido de todos los pontificales, con capa colorada. Vendrán con él siete cardenales; no te descuides, que como la visita es motivada de las ganas que tiene de conocerte y alternar contigo, es justo que tú seas fino con él, verbigracia, y correspondas, *gitano* mío...„ Cortó su locuacidad la tremenda sacudida de aquel toser que parecía partir el

tórax en mil pedazos. El silbido del aire en las cavernas de su seno causaba espanto. ¡Pobre Antoñilla! ¿Por qué Dios no había de salvarla? Esto me preguntaba yo, entendiendo cada vez menos el misterioso ordenamiento de muertes y vidas.

Las primeras horas de la noche transcurren amargas, disponiendo nuevas tomas de drogas prescritas por el médico chico, y más vejigatorios, que acabarán de desollar aquel pobre cuerpo martirizado... La enferma cae al fin en dulce desvanecimiento. Atacado de un furioso pesimismo, pienso en su muerte y en la mía, por bien diferentes modos de morir... Me paseo por la estancia, de un ángulo á otro, rodeando la mesilla donde están la luz y los potingues, y en este cadencioso movimiento de fiera enjaulada transcurre no sé cuánto tiempo. Por fin, me siento á escribir, apartando las medicinas que me estorban; y apenas cojo la pluma, oigo que da la hora el reloj de la Casa Panadería. Cuento las doce campanadas para cerciorarme de que paso del hoy al mañana, ó de que el mañana se pone las insignias del hoy, y empiezo por consignar la fecha:

Cinque Maggio.—Lo escribo en italiano porque la fecha trae á mi memoria la muerte de Napoleón y la célebre oda de Manzoni. ¡Vaya, que no es floja honrilla morir el mismo día que el primer Capitán del siglo! Con cierto humorismo me aplico los viriles acentos del poeta:

Ei fu. Siccome immóbile
dato il postrer sospiro...

Trato de penetrar el arcano de los acontecimientos que mi *Cinco de Mayo* me guarda en el preñado vientre de la entidad diurna. ¿Qué sucederá?... Pienso después en que habito un mundo apartado de la ordinaria esfera de mi vida. Ninguna persona de mi familia ha parecido por aquí. Ó ignoran dónde estoy, ó soy para ellos como un ausente, como un difunto. Hasta la presente hora no había sentido desconsuelo por este alejamiento de los míos. Mi hermano Agustín ¿por qué no viene á verme? Y mi cuñada Sofía ¿cómo no deja asomar por aquí sus voluminosas ubres, ya que no por afecto hacia mí, siquiera por curiosear en estos desórdenes de mi existencia? No es mala la politicómana, y alguna pena tendrá de mis infortunios. Aun Segismunda y Gregorio vienen á mi memoria despojados ya de la siniestra antipatía que nos puso frente á frente en aquella memorable tarde. Me figuro que uno y otra deploran ya los arrebatos que me obligaron á salir de su casa. De mis caros sobrinitos, que sin duda confusos y tristes preguntarán por mí, también me acuerdo, y á todos desde esta mansión de dolor envío mis ternuras...

Divagando por los espacios del mundo que dejé, me propongo estos temas de adivinación: ¿Sabrá Eufrasia lo que ocurre y dónde estoy?... Y mis amiguitas Virginia y

Valeria ¿tendrán noticia de que vivo en el seno de las tempestades?... Sin duda la dama moruna lo ignora todo, porque de lo contrario no me habría faltado un recadito, carta ó mensaje discreto, que bien podría ser gozándose irónicamente en mis desdichas y cantándome el *trágala*... Corre después mi pensamiento á La Latina, y veo á mi hermana inquietísima por lo que me sucede. A estas horas la bendita monja ó reniega de mí para siempre, ó pone velas á los santos de su predilección para que me saquen de estos malos pasos. Estoy viendo las velas, las imágenes, y á Sor Catalina de los Desposorios de rodillas en devota oración. Por estos espirituales caminos voy hacia mi buena madre, y al llegar á ella, la exaltación de mis sentimientos no me deja escribir...

A la madrugada, después de dar las medicinas á la enferma, cuidando de no despertar á Margarita, que rendida de cansancio duerme en un sillón, vuelvo á coger la pluma. Paseando se me ha ocurrido escribir una carta á mi madre, para que Guillermo se la envíe, en caso de que mi contrario se salga con la suya... No sé qué me pasa. Hace un rato veía la carta bien clara y completa, cual si escrita la tuviese delante de mis ojos, y ahora nada veo. Todas las ideas se me han ido con vuelo rápido, como aves, como sombras, como humo, y ya no sé con qué palabras empezar ni con cuáles concluir... Mejor será que no escriba nada. ¿Para qué,

si Andrade no ha de poder más que yo? Me herirá tal vez... pero matarme, nunca. Rarísimas son hoy las muertes en desafío... Protesto contra la idea de mi muerte, y el duelo sería la más estúpida de las instituciones si no se concretara á un simple alarde de valor convencional entre caballeros... Y pensando siempre en mi madre, lo que me importa, si salgo en bien de estas trapisondas, es impedir por todos los medios que á conocimiento suyo lleguen referencias de mi conducta y desarreglada vida; que ningún nacido le lleve el desengaño que habría de matarla; y el villano que lò llevare, sea mil veces maldito entre los hombres, y condenado en el Infierno por veraz á mayor suplicio que el que sufren los mentirosos.

Ya amanece. Dormiré un poquito, pues hasta las siete no vendrá Guillermo á buscarme. ¿Qué quieres que te diga, Posteridad, al despedirme de tí?... ¿Me atreveré á decir: "hasta mañana„...? Sí que me atrevo, y si en ello miento, mándame tus quejas á la Eternidad.

XXII

6 de Mayo.—Amigos míos del tiempo futuro, sabed que no me mató Andrade. Imagino vuestra inquietud y la impaciencia con que aguardáis el resultado del *temido cho-*

que, y me apresuro á tranquilizaros, declarando que vuelvo incólume á mi guarida, sin un rasguño, sin el menor desperfecto en ningúna de las partes de mi interesante persona... En cambio, mi enemigo...

Pero no quiero precipitar los sucesos, y proponiéndome que estas relaciones remeden en lo posible los procederes de la grave Historia, dejadme que refiera con pausa y método mi lance de honor, con todos sus preámbulos y secuencias.

Pues cuando llegó Aransis, serían las siete, me dispuse á salir con él, tratando de escabullirme sin que Antonia se enterase. Ni ésta debía verme, ni Margarita conocer los motivos de mi salida en hora tan temprana. Mas no me valieron mis precauciones, porque la enferma, que con sagaz atención de oreja me había sentido vestirme en la estancia próxima, me llamó con las voces más fuertes que pudo articular, y á su lecho corrí, prodigándole caricias é inventando excusas. "*Gitano*—me dijo,—¿para qué andas en tapujos con tu *gitana?* Ya sé á dónde vas. Hoy llega de Sigüenza tu madre, y vas á recibirla... La galera de Padriz, que trae los viajeros de Sigüenza, para en la calle de San Miguel... No te descuides, *Chinito*... Has hecho bien en ponerte levita y sombrero *góndola*, porque con tu madre viene el Obispo... Mira, yo que tú, á esta casa les traería, pues si tu madre viene por las ganas que tiene de conocerme, es un suponer, véame pronto, ¡caramba! Yo estaré vestida y peina-

da cuando vengáis... Y que no sobra tiempo... ¡Margara...!„ Cuantos disparates dijo la pobre mujer, fueron por mí confirmados, para que su delirio no me estorbara la salida indispensable, y prometiéndole volver muy pronto, nos fuimos Guillermo y yo á nuestra fatal obligación.

El coche que en la puerta nos esperaba llevónos á recoger á Bermúdez de Castro en su casa; de allí nos fuimos á la huerta que había de ser teatro del lance, y por el camino me explicaron mis amigos los concertados trámites y condiciones. El aire fresco de la mañana dióme serenidad y una confianza saludable, que me permitió afrontar la situación con grande entereza, ni encogido ni arrogante, en el exacto punto de la dignidad conforme á la ley de caballería. Casi al mismo tiempo que nosotros llegaron los dos médicos, y minutos después Andrade con sus padrinos. Conferenciaron aparte los amigos de uno y otro campeón, nos preparamos, se marcó el terreno de la lucha, fuimos colocados en la fatal línea, se nos dió á cada uno nuestra arma; se nos advirtió el orden de los disparos, los pasos que debíamos dar, y... ¡á matarse, caballeros! Esto no lo dijo nadie; lo dije yo en mi interior, pensando que si deplorable sería que yo matase al hombre que me había ofendido, más triste y lastimoso sería que él me matase á mí, ó me hiriese, añadiendo á la injuria el daño material. Sentíame yo muy sereno y despejado, sin rencor hacia mi contrario, y sobre

todas mis ideas, dominaba la de conservar mi dignidad en el curso del lance cualesquiera que fuesen sus accidentes... Dieron la señal, disparé yo apuntando muy alto, disparó él... sentí pasar la bala silbando junto á mi oído... Avanzamos los pasos designados... ví en el rostro adusto de Andrade no sé qué hostil designio... apunté menos alto... disparé, pensando que me sería más sensible morir que dar muerte, y á mi disparo hizo Andrade un rápido movimiento llevándose la izquierda mano al otro brazo sin soltar la pistola. Estaba herido: dióse la voz de alto; acudieron sus amigos...

Había terminado el juicio de Dios, declarándolo así los jueces del campo. Andrade y yo resultábamos igualmente caballeros, igualmente coronados de honor y dignidad, con la diferencia de que yo estaba ileso y él tenía una bala dentro de los tejidos del antebrazo... Llegó el momento de las paces por tan guerreros caminos traídas, y fuí á saludar al que ya debía ser mi amigo. Antes de que sus padrinos y su médico le desnudasen el brazo derecho, Andrade me estrechó con efusión la mano diciéndome: "Ya puedo asegurarle que pronuncié aquellas palabras teniéndole á usted por otro... por otro, no sé por quién. Yo me había bebido media botella de champagne, y confundía nombres y caras de personas... Pronto conocí mi error; pero en estos casos, si uno se desdice le toman por cobarde; no tenía yo más remedio que sostenerme en lo dicho y

aceptar el reto...„ Con emoción sincera le contesté que sentía en el alma grandísima pena de haberle herido, y que debíamos atribuirlo á la fatalidad, no á mi intención...

Ya no había que pensar más que en retirarnos todos, rodeando al herido de los cuidados más exquisitos hasta dejarle en su casa. Dijeron los dos médicos que el hueso no estaba interesado, y que la bala podía ser extraída fácilmente. Hablé con el médico de Andrade, un joven muy simpático llamado Corral; y como yo expresara mi anhelo de tener prontas noticias del herido, brindóse Nicolás Rivero, que médico es también, á llevármelas en el curso del día, pues á Corral no le era esto fácil, imposibilitado del tráfago incesante de sus visitas. Emparejados vinieron nuestros coches hasta más acá de la Cibeles, esquina á la calle del Barquillo, donde nos separamos por diferentes rumbos, y no eran las diez cuando volví á esta casa. Al quedarme solo con Aransis, despedidos de Salvador Bermúdez, le pregunté por el temido asunto que tras la solución del duelo recobraba el primer lugar en nuestros afanes, y no me dió respuesta categórica, pues aún estaba en tramitación, con esperanzas de un dichoso resultado. Prometió volver, y en la puerta nos separamos. Yo subí á esta jaula donde tengo mi encierro, y no pude saborear el término feliz del desafío, porque encontré á mi pobre Antoñita en tristísimo estado, sin conocimiento, á Margarita llorosa, al mediquín aturdido y

rebuscando las expresiones menos aflictivas para pronosticar la catástrofe.

Con revulsivos enérgicos devolvimos á la pobrecita cordonera una premiosa vida, y en aquel regateo doloroso ayudaba yo la resurrección con las palabras más tiernas que se me ocurrían, administrándoselas en el oído para que con la virtud de ellas reviviese más pronto. Volviendo por un instante á ser sombra ó remedo de lo que fué, Antonia me dijo: "El Obispo es el causante de que yo no haya podido ver á mi Doña Librada.„ Con disparates parecidos á los suyos teníamos que procurar su sosiego, pues las expresiones lógicas la excitaban más. Díjome el médico al salir que pues era tan apretada la situación, y la ciencia se declararía pronto impotente, dejando su puesto á la fe, debíamos preparar á la enferma para que como buena cristiana se entendiese con Dios.

Esta inhibición de la ciencia pronunciándose en retirada, me colmó de amargura; yo no sabía qué hacer, ni con qué fórmulas piadosas abordar á los que deben disponerse para el trance último. Consultada Margarita sobre el particular, puso fin á mis dudas diciéndome que en la vecindad hay un clérigo que suele asistir á los moribundos pobres. Llámase el tal D. Martín, y vive en el Callejón del Infierno. Margarita le conoce y Antonia también. Propúsome la prendera preparar el ánimo de su infeliz amiga con un caritativo embuste, para que conceptuase natural la visita del clérigo, y

así lo ha hecho esta tarde; véase cómo: "Querida, ¿no sabes á quién me encontré en la plaza hace un ratito, cuando bajé? Pues á D. Martín, que me preguntó por tí con muchísimo interés. Díjele yo que subiera á verte, y él dijo, dice: "Ahora no; cuando esté mejor. No quiero molestarla.„ Y yo dije, digo: "Pues mejor está, gracias á Dios y á San José bendito. Bien puede subir cuando quiera.„ Calló Margarita esperando el efecto de su ficción en el turbado cerebro de Antonia, y ésta, tras larga pausa, respondió: "Me alegraré que suba pronto D. Martín, para que me descase de Sotero, pues ya me pesa este vejigatorio de hombre pegado á mí... ¡Y cómo apesta á vinazo!„ Determinamos llamar al cura, y discutiendo estábamos Margarita y yo la ocasión de esta visita, cuando llamaron á la puerta, y entró Leovigildo, sobrino de Segismunda. Al fin mi cara familia se acordaba de mí, y me enviaba por embajador aquel chico simpático, mala cabeza con excelente corazón y salidas de lenguaje muy oportunas. Por él supe que allá tenían noticia del duelo, ¿cómo no, si todo Madrid lo sabía?, y se alegraban de que yo no hubiese tenido ni un rasguño. Se hablaba mucho de mi valor en el lance, de mi arrogancia serena, y era motivo de general alegría que yo le hubiese roto un hueso al Sr. Andrade, que presumía de comerse los niños crudos.

Díjome también que en el café de los *Dos Amigos* y en el de *Amato* ha corrido esta tar-

de la voz de que Andrade está dando las boqueadas, y que yo soy el héroe del día en Madrid. Contóme además las historias que acerca de los orígenes del lance corrían, y en ellas he visto cuán locamente levanta el vuelo la fantasía del público. La versión más corriente era que Andrade había insultado á unas damas, y que yo, sin conocer á éstas, salí á su defensa, con exaltación de andante caballero y de paladín del sexo débil. Eterna loa merezco yo por tal conducta y también por mi generosidad, pues habría podido matar á mi contrario con sólo quererlo, como que es mi puntería tan certera que donde pongo el ojo pongo la bala, ¡anda morena!... pero me contenté con romperle el brazo derecho. Por fin entregóme Leovigildo una carta que habían llevado á casa. Era de la benditísima Sor Catalina de los Desposorios, contestación á la que le escribí negándome por conocimiento propio, *ex visu et auditu*, á tragar la píldora matrimonial que propinarme quería. No se mostraba iracunda mi hermana en su respuesta, sino burlona y algo maleante, tratándome como á un chiquillo, y asegurando que no tendría yo más remedio que someterme á cuanto ella y otras personas dispusieran acerca de mí. Guapezas de monja no me afectaban mayormente: no hice caso, y con mi amigo hablé de toros, á que él era muy aficionado, y de teatros, mi predilecta afición.

En ello estábamos cuando entró Nicolás Rivero, que si bien no disipó la inquietud

que yo sentía por Andrade, deshizo en un instante el embuste contado por Leovigildo: el herido no estaba peor, y el pronóstico no era malo. La bala, adherida al húmero, sería pronto y fácilmente extraída. En esto pasó Leovigildo á ver á Antonia, á quien conocía, por ser hombre muy bien relacionado en la sociedad de manolas, y Rivero me habló un poco de política, que á la verdad no despertaba en mí gran interés. A la curiosidad que en otro orden de ideas me manifestó, hube de responder explicándole por qué concatenación de circunstancias anómalas me encuentro aposentado en esta casa; y al saber que hay en ella un caso grave de pulmonía, invocó mi amistad y su título de médico para que le permitiese verlo y darme una opinión. Accedí gustoso, y cuando volvimos á la sala, después de pulsada la enferma, y prolijamente examinada de rostro y pecho, díjome que la encontraba mal, y que hiciésemos la última prueba dándole á beber Jerez superior, á ver si pega un bote la naturaleza, ya tan caída, y se levanta. Como buen vitalista, cree inútil combatir los síntomas y aun el trastorno general que los produce. La medicina no es más que el arte de ayudar á la vida, y lo que no haga ésta defendiéndose como una leona, no lo harán la Terapéutica y la Farmacia. Si ésta teoría es la única eficaz en el cuerpo humano, no lo es menos en el cuerpo social... ¿Qué son las revoluciones más que pura teoría vitalista? Estas generalidades le llevaron á un

nuevo despotrique político, asegurando que España está cataléptica y necesita de grandes sacudimientos que la despabilen... ¡Reformas, reformas! Es Rivero un talento viril, algo difuso, que fácilmente salta de cima en cima, con más brillantez que método... Oí con gusto su lengua ceceosa, que al despedirse me dijo: "Ya ze verá si dezpertamo al dormido y rezuzitamo al muerto... Quédeze con Dios, y hazta que noz veamo por el mundo... ó en el valle de Jozafá."

En la puerta se cruzó Rivero con un sacerdote que entraba. Saludó el andaluz, el clérigo no, y entró en mi casa como en la suya, diciéndome con fría confianza y sin ningún preámbulo de urbanidad: "¿Se muere esa niña ó no se muere?..." Metióse adentro, y yo tras él, asombrado de sus extraños modos. En la desmantelada salita donde escribo nos hallamos frente á frente, y él, sin quitarse la teja, cogió un botón de mi levita y me dijo: "Aquí me tiene á la disposición de esa enferma y de usted. Yo me llamo Martín Merino, soy riojano, y no gasto cumplidos. Como tengo pocos quehaceres, volveré si ahora no es oportuno... Ya sabe Margarita dónde estoy: que me llamen á cualquier hora de la noche. Yo no duermo... quiero decir, duermo muy poco... ¿Y usted está bueno? Lo celebro... Con este tiempo variable andan los cuerpos trastornados, y las cabezas más, más las cabezas."

XXIII

8 de Mayo.—La precipitada serie de acontecimientos que cayeron sobre mí con ruido y azote de pedrisco pavoroso, me han impedido tomar la pluma. Hoy tengo que recoger y archivar todo lo que vino con abundancia no proporcionada á la brevedad del tiempo, y he de andar despacio y atento para que me asista mi buena memoria en la reproducción exacta de tanto dolor y sorpresas tantas, así como en el orden que traían.

Enlazo este relato con el último hilo del antecedente, diciendo que aquel clérigo buscado por Margarita para la espiritual asistencia de Antonia, me pareció muy extravagante. Pasó á ver á la enferma, y hallándola dormida tornó á la sala, y como yo le invitase á tomar alguna cosa (de lo que mandé traer para reparo de mi cuerpo desfallecido), contestóme: "Gracias, señor: yo no como... quiero decir, como muy poco.„ Habléle yo de las dificultades y sinsabores de su ministerio, y me dijo que él es pobre y que vive con gran estrechez. Como yo le indicase que debía proporcionarse una prebenda, respondió que aunque le sobraban amigos poderosos, ni pretendía nada, ni eran de su gusto las altas posiciones eclesiásticas. *Odivi ecclesiam malignantium*—me dijo con fácil expresión latina,—*et cum impiis no*

sedebo; ó más claro: aborrezco la congregación de los malignos, y entre impíos no he de sentarme.„ Otros muchos latines hubo de soltar en el transcurso del diálogo, y explicó su erudición con estas palabras: "Perdone usted que le hable así: me sé de memoria los Salmos del ritual, y sin quererlo, todo lo digo por boca del Rey de David.„

En esto entró Aransis, cuya visita deseaba yo como agua de Mayo, y D. Martín se fué á la alcoba llamado por Margarita. Antes que yo le preguntara, me dió mi amigo el notición de que había resuelto el conflicto pecuniario del modo más ingenioso. ¿Cómo? Le dejo hablar, y así será más fácil la explanación del caso. "Pues me sacó del compromiso nuestra amiga *Doña Manolita la Cuca.* Cuando estalló en el Casino tu cuestión con Andrade, yo no estaba allí: ya lo recordarás. Me había ido á probar fortuna en casa de las *Cucas;* allí encontré á las dos *pájaras* de Mora, á Doña Berenguela, á las *piculinas;* estaban también Pepe Cruz y otros amigos: hallé todo lo de costumbre; pero no á la Fortuna, que aquella noche no quería cuentas conmigo... En mi rabia, tuve una inspiración, y cogiendo á Doña Manolita, me la llevé al gabinete amarillo, ya sabes, donde está el retrato del que dice fué su padre, el caballerizo de Carlos IV, y las vistas de los Reales Sitios; y tales discursos le eché y tan elocuente estuve, jurando que me pegaría un tiro si no me amparaba, que la conmoví, chico, figúrate, y empezó á echar

suspiros y á despintarse las ojeras con el pañuelo. Díjome que no podía darme un maravedí, que lo siente en el alma, *etcétera, etcétera*. En fin, ayer al mediodía, después del duelo, volví allá con mi cantinela, y tales extremos hice, que la señora *Cuca* se arrancó con un rasgo de bondad heróica y me dijo: "No tengo el dinero; pero ahora mismo voy á pedirlo. Si me lo dán, en tus manos estará esta tarde, Guillermito de mis entrañas... ¿Pues sabes á quién pidió el dinero y quién se lo dió?... No adivinas: tu hermano Gregorio... mejor dicho, no fué él, sino Segismunda, quien nos ha favorecido. Por supuesto, no sabe que es para nosotros. Segismunda suele dar sus ahorros á *la Cuca*, que se los devuelve muy aumentados casi siempre... Bueno: para no cansarte, Doña Manolita, guardándonos el secreto, nos exige que le firmemos un documento, obligándonos á devolverle los cuartos el día 20, y aquí traigo el papel para que pongas tu firma junto á la mía. Con que... De aquí al 20 ya tenemos un buen respiro, y si no pudiéramos cumplir con la *Cuca*, ya nos esperará, y si no, que se la lleven los demonios.„

Parecióme la solución muy feliz, porque en catorce días bien pueden venir infinidad de contingencias favorables, que nos caiga la lotería, que encontremos un tesoro, ó que lluevan doblones. Luego me contó Aransis que en la tertulia de las *Cucas* había oído rumores de tormenta, es decir,

de revolución próxima. Suelen ir al cenáculo de la cuquería progresistas de los más inquietos; aquella noche estaban presentes dos tan sólo, y la gravedad de los futuros acontecimientos se colige de lo que aquéllos dijeron, y más aún de la ausencia significativa de los que faltaban. "Doña Manolita—dijo por fin Aransis,—me aseguró, al soltarme la mosca, que están en puerta los progresistas, porque las tropas que ahora se subleven no se pararán en pelillos, y obligarán á Su Majestad á poner en la calle á Narváez. No lo siento más que por mi abuela, que cuando Narváez no está en el poder, cree en el fin del mundo, y se pone de un humor tan endiablado, que sacarle dinero es más difícil que extraer aceite de un ladrillo.„

Reapareció el clérigo, que había echado un parrafito con Antonia, y me dijo: "No está la pobre en disposición de confesarse; pero arriba, arriba se confesará. *Revela Domino viam tuam, et spera in eo.*„

Mirábale atentamente Guillermo, examinando su cara lívida, pomulosa, sus ojos ratoniles; midióle de pies á cabeza con sagaz mirada, y al fin, evocando recuerdos, llegó á la filiación incompleta del estrafalario sacerdote. "Perdone, señor cura. ¿No he tenido yo el gusto de verle en casa de Don José de Olózaga? ¿No es su nombre...?

—Martín Merino—respondió el clérigo inclinándose,—y en casa de Pepe Olózaga me habrá usted visto... el gusto es mío: allá suelo ir algunos ratos... También conozco á

Salustiano, aunque no le trato como á Pepe. Riojanos somos: ellos de Ocón, y se criaron en Arnedo, que es mi pueblo para servirles.

—Pues dígale usted á su amigo y paisano que ahora se armará de veras... Aunque él puede que lo sepa mejor que nosotros, porque estará en el ajo...

—En el ajo están todos los que miran á las cosas pequeñas y no á las grandes.

—¿Cree usted que triunfará el Progreso?

—Yo no creo nada... Y el Progreso ¿qué es? Lo que yo creo es que el mundo será de los pacíficos... *Mansueti autem hæreditabunt terram, et delectabuntur in multitudine pacis.*

—Pues usted es de los mansos que triunfarán y gozarán la paz, como uno de los pocos progresistas que visten sotana. No será mala canongía la que le darán á usted los Olózagas cuando venga la revolución.

—¿A mí?... No me hará daño. *Verba oris ejus iniquitas et dolus...*

—¿Pero de veras no es progresista?

—Yo nada soy.

—¿Ni siquiera masón?

—*Nihil.*

—¿No cree usted que la Reina dará pronto el poder á los progresistas?

—¿Yo qué sé de eso? Y pregunto... ¿quién es la Reina? En los Estados no me pongan monarca con faldas, sino Rey macho. Yo hablo siempre del Rey.

—Entonces es usted carlista.

—Yo no... Creo en un soberano.

—Y de ese soberano ¿qué opina?

—Poca cosa. *Iniquitatem meditatus est in cubili suo: astitit omni viæ non bonæ*... "En su cama medita iniquidades... anda en malos pasos.„

—¿Es eso salmo? ¿Y qué tiene que ver con lo que hablamos?

—Nada. Por eso lo he dicho. Sabrán ustedes que yo no hablo, quiero decir, que hablo poco.

—Y usted mismo no se entiende. ¿Está seguro, Sr. Merino, de tener la cabeza buena?„

Esto le preguntó Aransis, y él vacilaba en la contestación, rezongando al fin: "Buena ó mala, no tengo otra.„

Callamos. Acudí á mi pobre Antonia, que me llamaba. Prometíle que de ella no me separaría, y me repitió sus protestas de eterno amor en tono y estilo de niño quejumbroso. Aseguraba que ya no le dolía el pecho, y que durmiendo acabaría de curarse; tomaba aliento á cada dos palabras, en las cuales el acento infantil, de truncados términos y sílabas primarias, se iba marcando como si los minutos que transcurrían le quitasen años y días, tornándola á la edad más tierna. Cuando calló, cerrando los ojos, volví á la sala, y encontré solo á Guillermo. El cura se había ido, prometiendo volver á la tarde.

Solo y en tenebrosa tristeza estuve en la tarde del 6, pues la compañía del presbítero D. Martín no era la más propia para mitigar con dulces coloquios mi pena. Hablába-

le yo de su ministerio, procuraba sondearle y descubrir qué clase de espíritu bajo tan extravagantes formas y estilo se escondía, y á todo me contestaba con versículos de Salmos, no siempre aplicados con oportunidad á lo que decíamos... Tan marcados ví en la pobre Antonia los signos de su próximo acabamiento, que deseché hasta las últimas esperanzas que en mi alma querían entrar. ¿A qué esperanzas, si no había remedio, como no fuera la cristiana resignación? Largo tiempo estuve á su lado, recogiendo con avaro afán cuanto me decía en fugaces, desconcertadas, infantiles expresiones: "*Tero agua... tero mimir... daca mano tuya...*„ Con modulaciones sólo por mí entendidas decíame que le limpiara la boca del agua que bebía, la frente del sudor, y que no quitase de su cuello el brazo mío que le servía de almohada. Serían las cuatro cuando me dijo: "*No veo á tí, gitano... tae luz... ¿Por qué tanto oscuro?...*„ La besé una y otra vez, y ella intentaba contestarme del mismo modo... Sus labios no podían ya besarme. Cayó en profundo sopor de agonía. No había nada que hacer, más que contemplar con dolor callado su muerte. Traspasado de aflicción apoyé mi rostro en el lecho; mas D. Martín me sacudió la cabeza diciéndome: "Atienda, señor: ya concluye.„ Atención puse, y en unos segundos de suprema ansiedad recogí el último aliento de la pobre Antonia. El cura, de rodillas, encomendaba en alta voz el alma, y Margarita lloraba sin consuelo. El tiempo

flotaba silencioso entre las cuatro y las cinco de la tarde.

Mi tribulación y desconsuelo eran grandes, pues ya no podía ver las desazones y enojos que por aquella mujer sufrí, y tan sólo veía el generoso ardor de su corazón amante, su ingenua, inquebrantable devoción de mi persona, que más bien era un culto idolátrico. La lloré con el alma por el amor que me tuvo, y del cual seguramente era yo indigno. Las incongruencias sociales, contra las cuales nada podemos, fueron las causas de que aquel amor no tuviese en mí la debida correspondencia, y de que su sér y el mío no llegaran á la soberana fusión para la que sin duda habíamos nacido. ¡Pobre Antonia! Error suyo fué amarme; mayor dislate mío dar alientos á su afición. Yo no merezco piedad del Cielo por esta falta, y si aquí tienen proporcionado castigo nuestros errores, no me faltará en la vida que me resta mi parte de Infierno.

Partió el clérigo; acomodamos Margarita y yo en su lecho á la pobre muerta, la cabeza sobre mullidas almohadas, el martirizado y ya insensible cuerpo extendido y envuelto en sábanas limpias, y aun no sabíamos como amortajarla, porque el vil marido, entre los efectos que sustrajo se había llevado el traje negro, medias y zapatos, y las mejores prendas de ropa que la infortunada mujer poseía. Acordamos al fin que para vestirla traería la prendera ropa blanca de la suya, y lo necesario para calzarla decorosa-

mente, y que luego le pondríamos el hábito del Carmen, por ser esta advocación de la Virgen la más firme devoción de Antonia. Las seis serían cuando salió Margarita en busca de la fúnebre vestimenta y de las velas que habíamos de encender junto al cadáver; yo, solo en la casa, quedéme sentado junto al lecho mortuorio, contemplando la marchita belleza, que aún conservaba sus lindas facciones sin la menor descomposición de líneas, como vaciadas en transparente cera. Tardó mucho Margarita en su diligencia; llamaron al fin á la puerta, y seguro de quién era, salí y abrí... ¡Dios mío, qué estupor!

La sorpresa dejóme paralizado, mudo. Era Eufrasia la que ante mí apareció en traje muy sencillo, como de ir á la iglesia, con el libro de rezos en la mano. "Supe que no puede usted salir de aquí—me dijo trémula,—por... vamos... esa mujer enferma... he querido saber de usted... informarme... Alguien ha dicho que estaba usted herido..„ Le señalé el paso, la conduje á la salita, y ella entró con recelo, temerosa de miradas impertinentes. En mi rostro debió leer mi consternación. "¿De veras no resulta cierto lo de la herida?—me preguntó ya en la sala, negándose á aceptar el sillón que le ofrecí.—Gracias: no me siento. ¡Si me voy ahora mismo! He salido al rosario. Acabo de rezarlo en Santa Cruz, y... Por Rafaela, que todo lo sabe, supe anoche el número de esta casa, el piso, y he subido...

Subo un momento con el único fin de... Me dijeron que esa señora está muy malita, en peligro de muerte, y naturalmente, la situación de usted en esta leonera es poco agradable. Los buenos amigos deben prestarle su apoyo, ver si en algo pueden servirle... No se asombre usted tanto de verme aquí: sé que es una imprudencia, un desatino... pero antes que mandarle un recado, he querido venir en persona... ¿Y es de veras que está usted solo, enteramente solo con la enferma...?„

Díjele que estaba solo con la muerta, y por la puerta de cristales que con la alcoba comunicaba le mostré el lecho, del cual se veía la parte de los pies, y el bulto de los de Antonia cubiertos por la sábana. Grande impresión hizo en Eufrasia el ver en la penumbra los pies de la yacente estatua, como incipiente escultura en el bloque de mármol, y sin expresar su consternación más que con un ¡ay!, dejóse caer en el sillón próximo, cerró los ojos, y se llevó á la frente el libro de rezos, como si con él quisiera persignarse. "Mi dolor no lo comprenderán muchos—le dije;—usted sí lo comprenderá. Antonia me amaba... No era su amor de los que se amoldan á los respetos y se someten al artificio social; era un amor que llamaríamos loco, revolucionario, que no reconoce más ley que la de sí mismo. Fué mi suplicio cuando ella vivía, y ahora que la he visto morir, es mi remordimiento. Yo no era digno de un cariño tan hondo, tan puro,

tan superior á todo interés y á las conveniencias humanas. ¿Verdad que no lo merecía yo? ¿No piensa usted lo mismo?

—Ciertamente, no era usted digno...—respondió la dama morisca, echando atrás la cabeza y dejando caer sus dos brazos sobre los del sillón.—Nadie que viva en sociedad es digno... de eso... Ni esas pasiones tan á lo primitivo caben en los moldes de nuestra vida...„

En esto llegó Margarita con velas y ropas. Eufrasia turbóse un poco al verla: yo la tranquilicé, asegurándole la discreción y delicadeza de la que había sido mi auxiliar en aquellas tribulaciones. Mostró la prendera el hermoso hábito del Carmen que había comprado, y Eufrasia, con un arranque de valor y piedad, que fué mayor brillo de su belleza, se levantó y me dijo: "Viva no la ví nunca... quiero verla ahora...„ Antes que yo me decidiese á ser acompañante de su curiosidad, Margarita le franqueó el camino, andando delante de ella. Entraron en la alcoba. Yo ví á Eufrasia desde la sala, fijando sus miradas en el rostro marchito, cuando la otra con pausa y respeto cariñoso levantó el blanco lienzo que lo cubría... Durante un corto rato, las dos mujeres no estuvieron mudas. Sus cuchicheos lo mismo podían ser comentario de admiración que afligidos rezos... Volvió á mí la manchega con el rostro mojado por las lágrimas que de sus ojos corrían; dejó el devocionario en la mesa donde yo escribo, se quitó los guantes y la manti-

lla, y me dijo: "Hermosa fué sin duda, y aun muerta está guapísima... ¡Pobre corazón amante! Por amar con tanta independencia y con tanta fe, despreciando el mundo y toda vanidad, merece mi simpatía... Usted y esta buena señora me permitirán... No se asombre, Pepe. Quiero amortajarla.„

XXIV

Mientras Eufrasia y la prendera, se consagraban sin descanso á su piadosa obra, entró Aransis que venía á traerme dinero, tan necesario para mí en los días fúnebres como en los alegres días. "Márchate ahora mismo—le dije,—que hay aquí una señora, mi amiga, á quien no gustará que la veas.„ Invocó él nuestra amistad, que no admitía secretos entre los dos, para que yo abriese un poco la mano en la confianza; mas no accedí á ello, y que quieras que no, le expulsé con recomendación enérgica de no atisbar en la calle la salida de la dama... Terminado el acto de vestir á la pobre muerta, Eufrasia volvió á ponerse mantilla y guantes. Su palidez intensa declaraba su grande emoción. "Está guapísima—me dijo,—y la toca blanca da á su rostro una expresión enteramente mística. Nunca, por mucho que viva, olvidaré esa cara, que tan muerta y callada me ha dicho cosas muy bellas... Yo también le he

dicho á ella... algo que sólo se dice á los que no pueden oir... con los oídos naturales." Encargóme luego, camino de la puerta, que en cuanto volviese yo á la vida regular fuese á verla, pues tenía que hablarme de cosa urgente: hablaríamos en mejor ocasión y lugar. Prometíle ponerme á sus órdenes muy pronto, y con ella bajé, pues no quería que en escalera tan bulliciosa tuviese encuentros de gente grosera y de chiquillos importunos. En el portal nos despedimos, reiterando yo mi gratitud por su visita, y ella los honores de su amistad, que en aquel día por especial gracia éranme de nuevo concedidos.

Al subir, sentí pasos detrás de mí. Volvíme y encaré con Sotero, que llevándose un pañuelo á los ojos, me dijo: "D. José, lo supe hace un rato... por el bruto del cerero... ¡ay Jesús! que vendió á Margarita las velas.

—Sí, hombre: la pobre Antonia, cansada de sufrir, se nos ha ido á otro mundo mejor...

—¿Y á usted le *costa* que es mejor? Yo no lo sé, ni lo sabe nadie, como se dice. En fin, yo he sido malo, y la última que hice no me la perdonó Toña.

—Sí, hombre: te perdonó. No llores por eso... ¿Necesitas algo?

—No quiero cansarle ahora. Subiré, si me necesita. De usted para mí, le digo que es mi deber velarla.

—Hombre, no; te fatigarás. Más que para velar estás tú para que te velen. Tienes cara de no haber comido desde anteayer.

—Así es, D. José; pero yo nada le pido en esta circunstancia, Dios me libre... Si me apetece subir es por velarla: que yo seré todo lo perro que quieran, pero tocante á buen cristiano lo soy como el primero.

—Eso te honra, Sotero—le dije dándole para comer.—Pero atiende antes á la necesidad de vivir... No tendría gracia que también tú te murieras ahora... Come y bebe esta noche; duermes los garbanzos, y de madrugada vienes á velar á la pobrecita Antonia... Así alternamos: yo descansaré cuando amanezca, y á fe que estoy rendido.„

Tomó lo que le dí, y prometiendo volver á las altas horas de la noche se despidió con una caballerosa manifestación, la mano en el pecho, los ojos húmedos, la palabra balbuciente: “Sé cumplir el cometido de mi deber. Velaré esta noche, y mañana la llevaré hasta el propio cementerio, como se dice, camposanto, que ésta es mi obligación, D. José de mi alma, como marido que soy del cadáver.„

A poco de esto, cuando ya teníamos á la pobre Antoñita enteramente ataviada de muerte, en un lujoso ataúd, llegaron otros parientes, y lloráronla todos y compadecieron su temprano fin. Era un dolor verla partir en la edad florida y dichosa. Trajeron algunas flores naturales muy lindas, con que la adornamos, poniendo en ello un cuidado y esmero tan grandes como si adornáramos á un vivo. “Aquí hacen mejor las violetas... Las rosas coloradas entre las manos...

Con las rosas blancas formemos un cerquillo en derredor de la cara.„

Pasada media noche, volvió Aransis. El y yo, en el desmantelado comedor, cenamos algo, buenos fiambres que trajo un criado suyo, y bebimos de un rico Burdeos. El reparo de mi desfallecimiento me produjo un sopor intensísimo: no ví salir á Guillermo, no ví nada, porque me quedé dormido en la silla, recostando mi cabeza en el ruedo que hacían mis brazos sobre la mesa... Fué mi sueño como indigestión cerebral de las imágenes que en aquel día y los precedentes habían pasado ante mis ojos. Y como entre estas imágenes descollaba la yacente figura lastimosa de mi pobre Antoñita, vestida del hábito del Carmen y de cirios humeantes rodeada, esta visión no me abandonó en todo el espacio de mi sueño, harto parecido á la embriaguez cebándose en el cansancio. Ví el cuerpo de mi amada en un alto y aparatoso túmulo á la romana; las velas se trocaron en antorchas, y el religioso traje en túnica de vestal. Ví que todo ello se alzaba sobre un monumento de formas ondulantes y cartilaginosas, en nada parecidas á las clásicas formas de arquitectura; ví un conjunto armónico de tallos y miembros vegetales, con flores muy abiertas de monstruosa sencillez. "¿Será esto—me dije yo soñando,—el tipo de un arte que, andando los siglos, vendrá potente á derrocar los tipos y módulos que hoy componen nuestra arquitectura y nuestras artes decorativas?...„

Seguramente, los funerales que en torno de este gran túmulo se hacían á la pobre cordonera eran espléndidos, con asistencia de innumerables sacerdotes de no sé qué religión, y de un gentío inmenso, cuyas voces turbaban mis oídos. Era un estruendo parecido al del mar bravo, que va y viene, azotando las rocas y plegándose con espumante ira sobre sí mismo. No podía yo entender lo que decían aquellas voces, ni supe si eran himno, plegaria, ó quejumbrosa oración fúnebre... Y luego sonaron salvas, que á mí me parecieron el más natural ornamento de aquel acto. Oí un disparo, luego dos, en seguida muchos, sucediéndose y acelerándose como las notas de una tocata que empieza en *adagio* y acaba en *presto*, *prestísimo*... ¡Vaya un traqueteo y estallido de ingenios de guerra! En las tinieblas de mi sueño empezaba yo á sorprenderme de que las lucidas exequias se celebraran con función pirotécnica ó juego de pólvora. ¿Sería esto también un arte funerario del porvenir, llamado á reformar los actuales modos de honrar á los muertos?... No sé cuánto tiempo duraron estas impresiones y ruidos disparatados... Ello es que yo iba despertando, y mis sentidos se mecían entre el sueño y la realidad sin que cesaran los disparos, ó al menos sin que dejase yo de oirlos. Una mano vigorosa sacudía mi hombro, y lo primero que oí claramente fué la voz de Margarita que decía: "No le despiertes, ganso.„

El que me despertaba era un sér de pesa-

dilla, odioso y repugnante. Tardé un rato en reconocer al maldito Sotero, esposo de la difunta. Era él, él mismo, desfigurado por una corbata de luto mal liada á su pescuezo, las greñas en desorden, la cara sin lavar en tres días, el cuerpo en mangas de camisa, con un chaleco negro que por la holgura parecía de otra persona. Con tabernaria voz graznaba: "Despierte, despierte, D. José, que hay revolución.„

"¡Revolución!„ Yo me erguí en un desperezo total, queriendo sobreponerme á mi cansancio. Ví la claridad del día. No creía nada de lo que en torno de mí se hablaba. Mujeres medrosas decían: "¡Ay, señor, qué Infierno en la plaza!...„ "Venga al balcón y verá...„ "La tropa sublevada por aquí, y enfrente, asomando por el arco de la calle de Toledo, la tropa del Gobierno...„ "Que no salga al balcón; no le suelten un tiro.„ Como el tumulto que de la plaza venía no cesaba, tuve que rendirme á la evidencia. Soñoliento me asomé al balcón, y en la plaza ví un hormiguero de soldados y paisanos que parapetados tras montones de piedras hacían fuego contra otros que en el arco les atacaban. El tiroteo era tan vivo, que hube de cerrar á escape... "Por Dios, señor—dijo una mujer,—no se asome: cierre vidrios y maderas, que á un vecino del 7, que se asomó á guluzmear, le han dejadó seco.„

Mandé cerrar á piedra y barro, y esperamos... ¿En qué pararía toda aquella gresca? Los parientes de Antonia y otras vecinas

aquí congregadas, se complacían en ilustrarme acerca de aquel hecho político, que pronto había de ser histórico. Lo que quiere ahora el Progreso es poner la República y quitar á la Reina, pues la República no es otra cosa que un Gobierno *todo de hombres,* sin Rey ni Reina, ni cosa ninguna de Majestad... Según afirmó un vejete que entre las mujeres rebullía, el propio Narváez mandaba la fuerza que abrasaba á los patriotas... Estos se defendían sin coraje, por no contar con toda la tropa comprometida, y ello acabaría mal, fusilando á medio Madrid y cargando de cadenas al otro medio... También se dijo que estas marimorenas no son de nuestra invención, y que todo viene armado de fuera, de la Europa, y de las naciones extranjeras que están toditas revolucionadas y dadas á los demonios. El Reino de Nápoles arde; el mismo Papa no ha tenido más remedio que largar una constitucioncita para sosegar á los masones; otro Rey italiano, D. Carlos Alberto, va contra el Austria, para quitarle unas provincias que ya son italianas, ya tudescas; y un país que se llama la *Hunguería,* porque de él vienen los húngaros, anda también muy revuelto con un demonio de hombre, de apellido *Cosuto* (Kossuth), el cual predica la libertad, la religión libre y otras monsergas libres. La *Hunguería* y *la tierra de los austriacos* no son lo mismo, pues la una linda con las Américas, y la otra es propiamente como una familia Real, por lo cual, nombrando á

nuestros Reyes de antaño, se dice *la casa de Austria*...

A todos los presentes prohibí que abriesen las tres ventanas de la casa, y en la sala nos quedamos en fúnebre penumbra, mortecina claridad de los cirios, que ya gastados se derretían en gruesos cuajarones. La faz hermosa de Antoñita se descomponía de hora en hora, tiñéndose de una lividez tristísima. La contemplé largo rato, recogí sobre el rostro la plegada toca, añadí flores en derredor, y al volverme dí de manos á boca contra Sotero, que mostrándome su atavío, me dijo: "Vea, D. José, que así no estoy decente, y que me van á criticar por no presentarme como requiere la defunción. Pedí á Dimas, el tabernero, que me prestase ropa negra, y no ha podido encontrar más que este pingo de chaleco y la corbata... Yo se lo digo al Sr. D. José para que vea el ridículo... mi ridículo ante la vecindad y ante la comitiva del féretro. A usted no le ha de gustar que me vean así... Soy, como se dice, el esposo de la finada, y si no estoy todo puesto de luto riguroso, pero muy riguroso, ¿qué dirán, D. José, qué dirán?...

—Bueno, hombre, ya lo arreglaremos. Déjame ahora.

—Mi parecer es que debemos apañarnos como Dios manda, para que no tengan que criticar.. Yo sé de un sastre que alquila ropa de entierros, y allí se puede vestir uno para toda la pompa enlutada que se ofrezca. Con que si quiere, allá me voy... y pido precios...

—Está bien. Irás cuando se concluya la gresca en la plaza. Ahora no se puede salir... ¿Y cómo va eso?

—Parece que van ganando los de Narváez. Ya no atacan tan sólo por la Sal y por Atocha, sino también por los Portales de Bringas. En una casa de la calle Mayor con balcones que caen á la Plaza, junto á la Panadería, metieron tropa, y ya están largando tiros desde el piso segundo... Oiga, Don José: yo he traído mi pistola y pólvora. Si quiere que dispare desde el balcón contra los republicanistas, verá qué pronto pongo á dos ó tres patas al aire.

—No, no; aquí somos neutrales. Vencerá el Gobierno. No tomemos partido ni por la revolución ni por el orden.

—Yo estoy siempre con el orden, y por esto hay en la vecindad más de cuatro que no me tragan. En la taberna de la calle Imperial oí ayer tarde run-runes, y así como latines masónicos... Me dió en la nariz olor de chamusquina, y me traje la pistola por lo que pudiera tronar.„

Entreabierto el balcón, noté gran desorden en la plaza y que el tiroteo era menos vivo. Ví grupos que huían por la calle de Botoneras, próxima á esta casa... Pasado un rato, hallábame en expectativa de nuevos incidentes y sorpresas, cuando Margarita muy asustada vino á decirme que un señor había preguntado por mí en la puerta, y que sin esperar á que se le mandara pasar, habíase colado muy resuelto en el pasillo. Salí

al instante, y me encontré con Nicolás Rivero, bastante desordenado de ropa, que sin ningún preámbulo, ni la menor alteración en su rostro cetrino y ceñudo, me dijo: "¿Puedo ezconderme aquí, Pepito? Me ha dicho eza zeñora que á la otra zeñora la tenemoz de cuerpo prezente. Lo ziento... Pero no podía yo zoñar mejor ezcondite.„

Ofrecíle todo mi amparo con la mayor cordialidad, y me le llevé al comedor, donde podíamos hablar sin testigos: "Ezto ze acabó... Adioz mundo amargo.

—Es la primera revolución que veo en Madrid, y la verdad, me ha parecido una fiesta de pólvora. ¿Es siempre así?

—Ziempre azí... tropa contra tropa... el pobrecito pueblo en medio... ¡Pueblo crucificado!... Dígame: ¿el entierro zerá ezta tarde? Bonita ocazión para zalir y ezcabullirme... por donde ze pueda... Dizpénzeme que me alegre del entierro... La humanidá ez azí... Del llanto zale la alegría.„

Dicho esto, renegó de los que no acudieron al puesto de peligro, y tronó contra Narváez, contra Figueras, Fulgosio, Lersundi y demás instrumentos del Orden... El Orden por sí no es nada, y cuando se ejerce contra la voluntad del Pueblo, es el Desorden con insignias usurpadas... El Pueblo ama la Libertad... sólo que no le dejan manifestarlo... ¿Pues la tropa? ¿Qué es la tropa más que Pueblo con uniforme?...

Entró Sotero á decirme que los soldados de Lersundi ocupaban la plaza, y que los in-

surrectos huían por la calle de Toledo. Metíase aquel bestia con grosero desenfado en nuestra conversación, por lo cual hube de tenerle á raya; llevémele á un cuarto próximo, y después de prohibirle salir á la calle, ni aun con el razonable motivo de procurarse ropa de luto, le pedí su pistola, diómela con la polvorera, rezongando, y en mis manos el arma, le dije: "Como suban polizontes ó militares en pesquisa de algún paisano refugiado aquí, y tú pronuncies una sílaba sola delatando á este joven, te levanto la tapa de los sesos. De aquí no me sales hasta la hora del entierro; si nos permiten que sea esta tarde. Margarita alquilará la ropa de luto, la cual se pondrá Rivero, después de bien afeitado, figurando como esposo de la finada. Tú quedas relegado al puesto de *primo del cadáver*, y te vestirás con las ropas que te traerá Julián, el cordonero de la calle de Bordadores. Cuidado, Sotero, con lo que haces y dices mientras estés aquí. Ha de venir el celador del barrio para tomar nota del nombre de la difunta *etcétera*, de la hora y lugar del enterramiento: no salgas tú á recibirle; saldré yo, y diré lo que se ha de decir, lo que me dé la gana, y tú te callas, que aquí no eres nadie, ¿lo entiendes bien?... Si no nos permiten que la llevemos esta tarde, ya veré lo que se ha de hacer mañana. Y no se hable más, Sotero: silencio y obediencia, ó ten por seguro que te mato.„

Con gruñidos iba marcando á cada frase su bárbara sumisión á mis órdenes.

XXV

14 de Mayo.—Pasó la tormenta, dejando en mi alma gran destrozo, árboles caídos, caminos deshechos, ruínas y cambios lamentables. Termino las referencias del día 8, manifestando que todo lo presupuesto se hizo con arreglo al programa: en un nicho de la Sacramental de San Andrés guardamos los restos de la enamorada Antoñita, á quien debo en estas Memorias enaltecer singularmente por su devoción de amor y sus arrebatos afectivos, sin mentar sus pecados y errores, que de ellos no pudo verse libre quien tenía la pasión y la fragilidad por componentes del alma. Y el acto de conducirla á su última morada me sirvió para proporcionar fáciles medios de ocultarse al amigo Nicolás Rivero, que temía los rigores de la policía por haber metido sus narices en aquel fregado de la Plaza Mayor. Liquidé cuentas con Margarita, cuentas con Sotero, á quien dí cuanto me pidió á condición de que no volviera jamás á ponérseme delante, y abandoné la triste casa en que apurado había tantas amarguras.

Volví fatigado al mundo y á la vida corriente, instalándome en casa de Agustín, y mi primera visita fué para Andrade, á quien encontré muy mejorado de su heri-

da, de lo que recibí gran satisfacción. Dos amigos míos, Uhagón y Pepe Arana, en su compañía estaban, y poco después que yo entró el que con Rivero había sido su padrino, Sánchez Silva. Del ruidoso escándalo militar del día 7 hablamos los cinco, y allí me dieron exacto informe de su móvil inicial y de los pormenores que yo no había visto. Como apenas pongo atención en las cosas políticas, ignoraba el argumento del confuso drama cuya principal escena, si no la más trágica, fué representada tan cerca de mí. Había sido Ruiz de Arana testigo y actor muy principal en la marimorena, por parte del Gobierno. Él vió á los soldados de *España* bajar en desordenado tropel por la calle de la Montera; él corrió de una parte á otra con una sección de coraceros, llevando órdenes del Capitán General Fulgosio; él le vió caer miserablemente en la Puerta del Sol, á los tiros del paisanaje; él con tesón juvenil se halló en todos los sitios donde casi era milagroso no perder la vida. No reproduzco su prolija referencia, que ha venido á ser histórica, porque, la verdad, ni á mí me interesa grandemente la detallada relación de los movimientos de la tropa leal y de la tròpa rebelde, con tanto general que va y viene de calle en plaza, ó de uno á otro cuartel, ni creo que la remota posteridad que esto lea con ello se divierta ni se instruya. Porque, si bien se mira, por lo muy repetidos son estos movimientos sediciosos como los amanerados poemas de corta inspiración

y de frase pedestre, y sólo en el caso de que el triunfo los haga eficaces merecen la atención de las gentes. En los pronunciamientos fallidos veo yo la más tediosa sarta de aleluyas que nos ofrece nuestra historia. Mirémoslas de prisa, y pasemos á otro asunto.

Lo más triste de aquella jornada fué la muerte de Fulgosio, necio y bestial asesinato, sin gloria de él ni de sus inicuos matadores. Fué mártir antes que héroe. Y por mártires hemos de tener también á los infelices que en la misma tarde del 7 fueron fusilados á la salida de la Puerta de Alcalá... Eran de tropa, pueblo uniformado, según Rivero, y se habían batido contra el orden con locura patriótica y militar ceguera. ¿Qué se dirían Fulgosio y estos desventurados si en el primer paso dentro de la Eternidad se encontraron y se vieron?... No se dirían nada tal vez, porque del lado allá no habrá palabra con que expresar la inmensa estolidez de lo que acá llamamos política, orden y revolución...

Hablamos los cinco del suceso y sus consecuencias, y por mi gusto no me habría entretenido en puntualizar la psicología de aquel movimiento: todo era vanidad, interés de personas. Salamanca, Buceta, Lord Bullwer, Gándara, y luego una cáfila de nombres de progresistas, llenaban la histórica aleluya. Los cinco estábamos conformes en que una férrea dictadura de Narváez se nos venía encima. Pronto seríamos sometidos todos los españoles á un duro régimen peni-

tenciario. La tormenta que habíamos visto estallar aquí era no más que un leve desorden atmosférico, anuncio de mayores desastres; y en aquel motín ó pronunciamiento, tan pronto sofocado, no debíamos ver más que una centella perdida de la furibunda tempestad que corría por toda Europa. En Francia, gran diluvio que anegaba el trono; en Nápoles, truenos y rayos; en Roma, centellas y exhalaciones que aterraban al Papa, moviéndole á cambiar su política de liberal en despótica; en Hungría, viento huracanado; en Austria, formidable pedrisco que derribaba el árbol corpulento de Metternich, y en las demás naciones, azoramiento y terror por el hondo ruido subterráneo que se sentía, como anunciando terremotos. Es la voz pavorosa del Socialismo, la nueva idea que viene pujante contra la propiedad, contra el monopolio, contra los privilegios de la riqueza, más irritantes que los de los blasones. Tiembla la presente Oligarquía ante estos anuncios, y no sabiendo cómo defenderse, sólo pide que esta gran vindicación la coja confesada.

Fué mi segunda visita para Eufrasia, á quien encontré celebrando sesión de la *Sociedad de Socorros de Religiosas*, de que es Presidenta interina. Actuaba como Secretaria Rafaela Milagro, y como *informantas* ó *procuradoras* otras dos damas á quienes no conozco, y asistía como asesor un capellán de monjas, antiguo jesuita, que yo había visto antes en la casa de Socobio. Ya estaban

terminando cuando yo llegué, por lo cual pude acceder á no retirarme discretamente. Contáronme las damas el gran beneficio que hacían á la religión, socorriendo á las pobres monjitas expoliadas por Mendizábal, y abandonadas de estos infames gobiernos sin creencias. Rafaela, por lo que allí oí, es el alma de la Sociedad, á la que se consagra con tanta actividad como pasión. En el arte de allegar fondos, excitando la caridad vanidosa, es maestra consumada; al verla, sus amigas tiemblan. Madrid entero conoce su labor ratonil, las monjas comen y viven... Los elogios que de la Secretaria hizo el clérigo allí presente sonábanme á panegírico de santa. Y ella, serena y modestísima, insensible á los encomios, continuaba extendiendo recibos en el pupitre cercano al sillón presidencial que ocupaba Eufrasia. Por fin, con el desfile oportunísimo de las *procuradoras* y del cura, que no abandonó el campo sin hablar pesadamente de una rifa que se proyectaba, quedéme solo con mi amiga y Rafaela.

"Siéntese usted á mi lado—me dijo la moruna, que por lo visto, ó nada reservado quería decirme, ó no le estorbaba la presencia de la Secretaria.—Esta tarde recibirá usted una invitación de los Emparanes para comer mañana en su casa. Ya sabe usted que allí no han entrado por el uso nuevo de comidas á la francesa, y sirven los garbanzos á la una y media... No vuelva usted á dirigirme la palabra si no acude como un

doctrino al llamamiento de esa familia, Pepe. Se le disculpó á usted la otra vez por las razones que callo; pero si mañana se excusa ó hace rabona, ya sabe que no habrá perdón, sino azotes, y buena mano tiene Catalina para dárselos. No le digo más sino que ayer tarde dí yo á su señora hermana mi palabra de empujarle á usted hacia la Plazuela de Navalón, y la seguridad de que el simpático *dandy* no se quedará á mitad del camino. Con que ya lo sabe. Me parece que ya van resultando ridículos los papeles de galán melindroso y de caballero que adora los ideales. Déjese de andar por las nubes, y bájese á la realidad. ¿Quiere más sermón? Pues se continuará esta noche en casa de mi cuñado Serafín. No falte.„ Quise yo responderle; pero la Secretaria reclamó toda la atención de la Presidenta para el colosal proyecto de rifa, y me retiré teniendo buen cuidado de no preguntar por D. Saturno. Temía yo que mi fórmula de urbanidad fuese como evocación que le hiciese surgir por alguna de aquellas doradas puertas.

16 de Mayo.—¡Con qué ganas de solaz honesto, de desconocidas emociones entré esta noche en la sala de mi Sr. D. Serafín de Socobio! A mí acudieron gozosas Virginia y Valeria, con gorjeo de pajarillos, y no me abrazaron por respeto á sus papás. Yo sentí en mi alma una onda de frescura cuando las ví, y deploré que el respeto social no me permitiera cogerlas y sentarlas en mis rodillas, una á cada lado, y darles

besos inocentes. Empezaron por acribillarme con dicterios graciosos y con bromas que no carecían de malicia y picor. Dijéronme luego que cuando se corrió la voz de que en el desafío había yo perdido una pata, ambas habían llorado por el hombre y por la pata perdida, sintiendo que no pudieran ellas pegármela con cola, como la pata de una mesa. Se acordaban de mí, y sabían las cosas terribles que me pasaron por mi mala cabeza, sin que el castigo me enmendase; enteradas estaban también de que ya no tardaré en caer en la ratonera que me han armado... Contra esto hube de protestar, asegurándoles que yo no me caso con ningún bicho viviente más que con ellas, con ellas dos, Virginia y Valeria, mis dos novias hoy, mis dos mujeres mañana. Ví sus rostros pasando de la risa á la seriedad, y por igual impregnándose de no sé qué melancolía cavilosa. Callaban, y aun querían huir de mi presencia por no saber qué decirme, pues aquella broma del casorio con las dos, á entrambas lastimaba, como si fuera la única idea que cortase de raíz la membrana moral y física que las unía. Sentían quizás el desconsuelo de ser dos y no una sola... También yo me llenaba de gran confusión, no pudiendo destruir la dualidad sin matar á uno de aquellos ángeles. ¡Imposible el dualismo, imposible la unidad!

Ya muy tarde pude quedarme solo con Eufrasia en un rincón del gabinete donde Rafaela Milagro explicaba su magno plan de

benéficas rifas á dos señoras ancianas y al vetusto coronel Sureda, convenido de Vergara, hombre muy dado á la protección de monjas. "¿De modo que usted—dije á mi amiga en cuanto entramos en materia,—persiste en que yo no tenga dignidad y me venda á los Emparanes?

—Esto no es venderse, Pepe—respondió mirándome cariñosa.—No tome usted actitudes de teatro ni se nos ponga *fatídico*...

—Es una venta, señora mía. Yo doy una figura regular, un carácter ameno, instrucción, hábito social, buenas relaciones, y encima de todo ello mi libertad y mi felicidad. Ellos lo toman, quiero decir, lo compran, dándome dos clases de valores: su riqueza, que es efectiva, y su hija, que es una falsificación de mujer, un valor de engañifa, un papel mojado, como si dijéramos. ¿Para qué quiero yo á María Ignacia? De todas las personas que conozco podría yo esperar que me aconsejaran esa boda, menos de usted... y ésta es mi mayor pena, Eufrasia, porque ya no tengo duda: usted me detesta. Si en algo me estimara, no sería corredora de esa venta infame.

—Yo creí que era lo contrario—me dijo bajando los ojos.—Por su mejor amiga, por su amiga franca y leal me tenía y me tengo yo al agenciarle esa colocación... No se ofenda usted de la palabra, Pepe... *Colocación:* no hay otra manera de decirlo; y yo, que no reparo en soltarle á usted las verdades más amargas, le digo que está perdi-

do si no se coloca, y que no encontrará, créame á mí, mejor plaza que esa, porque no la hay, ni lugar más ancho y cómodo para el descanso de toda su vida... Dé gracias á Dios y á su hermana, que es para usted como un ángel bajado del Cielo.

—Mi hermana es, sí, el ángel del comercio matrimonial, y usted otro ángel que ha venido á volverme loco... porque si en efecto me estima, no puede usted aconsejarme la entrega vil de mi persona... porque, si yo sigo su consejo, usted debe despreciarme... ¿Y cómo compagino un sentimiento con otro, el desprecio con la estimación?

—No hay tal desprecio.

—Digo y repito que usted me ha hecho perder la cabeza. Diré con D. Matías: *Ho perso il boccino*... Contésteme: si yo rechazo lo que me propone, ¿qué seré para usted?

—Será usted un ingrato—replicó fijando en mí sus ojos con dulce tristeza,—porque no sabrá corresponder al grandísimo interés que por usted me tomo. Yo le aconsejo la boda porque sé que le conviene, que no hay otra salvación para usted, que no hay mejor remedio para salir del laberinto de sus deudas y reconstruir su vida sobre una base firme...

—¿Y llama base firme á un matrimonio en el cual no puede haber amor, por mi parte?

—No sigamos, Pepe—dijo la dama, viendo que en nuestra discusión, algo semejante al revolver de una madeja, se había for-

mado un nudo difícil de deshacer.—Si nos ponemos en lo *fatídico*, no hemos hecho nada... Me da usted, créalo, una pena muy grande rechazando mi consejo... consejo de amiga...

—¿Pero qué amiga es usted, Eufrasia?

—La mejor—afirmó sin disimular su emoción,—la mejor, la única que ha tenido usted en su vida. Si así no lo aprecia, déjeme, no vuelva á verme más, y siga, siga en esa vida absurda, que le llevará al precipicio... Yo quiero salvarle, y usted no se deja. Bueno: ya me dará la razón algún día... Ya me dirá: "¡Qué razón tuviste, mujer... á quien no comprendí...!„

Y recelando ser oída, varió de tono, puso freno á su emoción. La ví pestañear, fruncir la boca; mas pronto compuso admirablemente sus facciones, y sonriendo me dijo: "No hablemos más esta noche, Pepe. Dejémoslo para otro día...

—¿Para cuándo?

—Vuelvo á repetirlo: ¡ingrato, ingrato!... No digo más por hoy... Mañana...„

Hizo una larga pausa meditando. El *mañana* y la pausa fueron como un balancín en que se meció mi espíritu dulcemente.

"Pues mañana...

—Acabe usted, por la Virgen Santísima, —dije, mareándome un poco en el balancín.

—Déjeme usted: estoy haciendo cálculos de tiempo... Pues sí, á última hora de la tarde podremos vernos. ¿Dónde? Sorpresita tenemos... Pues al marido de *la Teresona*,

criada antigua de esta casa, le hemos dado la plaza de conserje del Casino. ¿Sabe lo que es el Casino? No vaya á confundirlo con esa maldita sociedad donde se pasa usted las noches jugando, y hablando mal de todo el mundo. Hablo del *Casino de la Reina*, un Sitio Real chiquito, al fin de la calle de Embajadores, con jardín muy hermoso y un poco de templete y un poco de palacio; recreo que fué de la Reina Gobernadora... Pues el otro día estuve á ver á *la Teresona*, y pasé un rato muy agradable. Adoro los jardines, y las flores me enloquecen...

—¿Y mañana...?

—Mañana volveré allá, sí señor...

—¿Irá usted sola?

—No puedo asegurar que vaya sola... Quizás tenga que llevar á Rafaela Milagro...

—Bueno: ¿y yo...? Descuide usted, que antes faltará el sol en el cielo que yo en ese Casino, venturoso rincón del paraíso terrenal.

—No vaya usted á creer que es un Versalles, ni un Pincio, ni un Aranjuez.

—Será más bello que todo eso; sólo con servir de fondo á la *belle jardinière*...

—¡Ay, ay, ay!... ¡qué florido!...„

XXVI

17 de Mayo.—No falté, no, á la comida en casa de los Emparanes, y debo decir que fué muy de mi gusto, y en todo, cosas y personas, hallé gratísimas impresiones, menos en la señorita de la casa, quien, por refinada crueldad de mi destino, hubo de acrecentar en mí la antipatía que me inspiraba. Sentáronse á la mesa conmigo, como invitados, el coronel Sureda y el Sr. de Roa, secretario que había sido del Infante D. Sebastián en la Corte de Oñate, y la siempre vistosa y guapísima Doña Genara Baraona, viuda de Navarro, de cabello blanco como la nieve, rostro fresco y sonriente boca. Los años no pasan por ella, ó le tributan los más ricos honores viéndose obligados á envejecerla. Es un monumento esta dama, cuya belleza va unida á medio siglo de nuestra historia, con adherencia y comunidad de sucesos interesantes así públicos como privados. Desde la batalla de Vitoria, el año 13, hasta la Regencia de Espartero, el 40, la católica Genara y la profana Clío han corrido juntas algunas parrandas, y ello se les conoce en la amistad que las une. Así, no hay historia más instructiva y amena que la que cuenta esta ilustre viuda cuando alguien incita su natural vanagloria de crónica viviente...

De las señoras mayores que dan lustre y dignidad á la casa, sólo dos estaban en la mesa, además de Doña Visitación, en todo el esplendor de su atavío morado, de amplitudes y magnificencia episcopales. Las otras vestían de negro, con cofias elegantes del año 30, y de pies á cabeza eran la corrección y la pulcritud más exquisitas. Gravemente amable, como perfecto caballero de antigua cepa, estuvo conmigo el Sr. D. Feliciano, y su esposa le imitaba en cuanto podía, sin llegar al punto y filo de la perfecta urbanidad castellana. Las señoras mayúsculas cotorreaban, Genara quería distinguir su elegancia flexible y modernizada, y los dos personajes carlistas, muy finos, aunque algo seco el uno, demasiado charlatán el otro, completaron el lucido y decoroso cuadro. Todo, como dije, contribuyó á mi solaz y contento, menos la desgraciada niña, que á mi lado tuve, y que en el largo curso de la comida no supo responder con el menor chispazo de gracia ó de ingenio á las excitaciones que por vía de tienta le hacía yo. Huraña y melancólica, ni una vez la ví reir, ni salieron de su siempre repulgada boca más que frases vulgarísimas, ó desabridas observaciones. Nunca ví cortedad semejante, ni mayor indigencia de ideas, ni criatura menos mujer. Por momentos parecíame un chico gordiflón y mal educado á quien no habían podido enseñar más arte que el del silencio.

La conversación, que al principio fué bas-

tante amena, porque Genara y los carlistas se enzarzaron en una controversia recreativa sobre el casamiento de D. Carlos con la de Beira, recayó luego en temas fastidiosos. Como estamos en plena romería de San Isidro, las señoras maduras sacaron á relucir la historia del santo, y después hubo grande palique sobre el hecho de que se conservase incorrupto el cuerpo del patrón de Madrid. Aseguró D. Feliciano que lo había visto, y podía dar fe de su perfecta conservación en estado de mojama, sin que ninguna parte le faltara, y nos ponderó su gigantesca estatura, como nueva demostración de la divinidad del bienaventurado labriego. Los carlistas, que me parecían algo escépticos en materias de milagrería y momias de santos, contaron anécdotas vascas muy graciosas, que no hay para qué reproducir aquí, pues de asunto más pertinente á mi persona debo ocuparme.

Ello fué que en el salón, después de la comida, cuyo suculento aliño á la española tengo que elogiar aunque sea de pasada, probé á sacar del pedernal duro de María Ignacia algunas chispas, hiriéndola por uno y otro lado de su entendimiento con el eslabón de estudiadas preguntas y proposiciones. Mas no me dió resultado la prueba, y fuera de alguno que otro rasgo de ingenuidad casi infantil, no daba lumbres la infeliz criatura con quien querían emparejarme para toda la vida. A posta me dejaron los padres con ella en un extremo de la estancia, para que

la señorita, sin tener sobre sí la vista y atención de las personas mayores, pudiera despabilarse; Doña Genara me miraba compasiva; los carlistas, hablando pestes del Gobierno, no nos hacían caso; y María Ignacia continuaba en el bloque ingente de su estolidez, como un grosero pedrusco diamantino en el cual no entraba la lima, ni aun el filo de otro ya bien tallado diamante. No hacía más que clavar en mi rostro, ó en las guirindolas de mi pechera, sus ojos fríos, vidriosos, con una expresión de arrobamiento que me confundía, y estar pendiente de mis palabras, como si yo fuese oráculo que debía ser oído religiosamente, mas no contestado.

Incitarla quise á la risa, y sus esfuerzos por no descubrir el feo panorama de las encías daban á su boca cierta semejanza con el hociquito de no sé qué animal. Díjele, por no dejar de ser galante, que estaba muy bien vestida (y era la verdad, aunque con la perfección del traje no lograba hermosear su cuerpo), y me respondió que soy un embustero... Vamos, esto me hizo alguna gracia. Luego tuvo más de un rasgo de suprema modestia, expresada con primitiva sencillez; pero al instante destruyó el buen efecto con unos solecismos imposibles, y me preguntó con mimo quejumbroso si iba yo á misa todos los días. "Ya lo creo—le respondí.—Mi misa de ocho todas las mañanas no hay quien me la quite.„ Decidióse á reir, y volvió á llamarme embustero, y después malo... De diferentes modos me dijo que yo soy muy

malo, añadiendo que si encuentro quien interceda por mí, Dios me perdonará... No hubo manera de sacarla de esto... Yo me aburría, lo confieso... Ví con júbilo llegar el momento del desfile, y salí renegando de mi hermana Catalina, sobre cuya cabeza vería con gusto caer un rayo del Cielo.

30 de Mayo.—El largo paréntesis entre la última y la presente confesión no sea mirado como efecto de la holganza, sino de las inquietudes, amarguras y sobresaltos que en el intermedio de las dos fechas han agitado mi alma y absorbido mi tiempo, no dejándome espacio para el recreo de estas Memorias. Con la atención prisionera y esclava de los acontecimientos, ni aun el descanso del cuerpo me ha sido posible, y no pocas noches pasé de claro en claro, abrasado el cerebro por las cavilaciones... Desembarazada ya mi atención de aquellas cadenas, quiero ganar el tiempo perdido, y llenar toda esa laguna con una confesión extensa y substanciosa.

Pues, señor, el 17 de Mayo (no olvidaré nunca la fecha) se me hacían siglos las horas, esperando la de la cita que me había dado Eufrasia en el apartado Casino de la Reina, y en mi loca impaciencia, incapaz de adelantar el tiempo, me adelanté yo, llamando á la puerta de aquella posesión á las cinco y media de la tarde. Entré: ví con sorpresa que la dama me había cogido la delantera, pues allí estaba ya. La ví entre la arboleda corriendo gozosa, y fuí en su segui-

miento: se me perdía en el ameno laberinto, pasando de la verde claridad á la verde sombra, y no encontraba yo la callejuela que me había de llevar á su lado. Llamé, y sus risas me respondieron detrás de los altos grupos de lilas. Se escondía, quería marearme. Corrí por el curvo caminillo que tenía delante, y luego sonaron las risas detrás de mí. Una voz que no era la de Eufrasia dijo: "Por aquí, D. José.„ Creí escuchar á Rafaela Milagro, y ello me dió mala espina, porque era un testigo sumamente importuno. Después reconocí el acento de la doncella de mi amiga. Esta fué, por fin, la ingeniosa Ariadna, que con el hilo de sus voces me fué guiándo hasta que pude verme en su presencia y rendirle mis cariñosos homenajes. ¡Qué hermosa estaba, encendido el rostro por la agitación de sus carreritas y el contento de la libertad! En su peinado advertí alguna incorrección, sin duda producida por las mismas causas. Vestía con sencillez deliciosa. Nunca la ví más interesante.

Del ramo de flores recién cogidas entresacó la morisca el más bonito capullo de rosa para ponérmelo en el ojal, y luego me dijo: "¿Verdad que es bonito este vergel? Aquí me pasaría yo todo el día si pudiera.„ Satisfecha de mi admiración, que por igual á ella y á la Naturaleza trioutaba yo, quiso enseñarme toda la finca, el *Sitio Real de juguete*. A cada instante se detenía para señalarme los grupos de rosas que con insolente fragancia y risotadas de colores nos daban

el quién vive. Por otro lado, me mostraba los cuajarones de lilas inclinando con su peso las ramas de que pendían, como millares de hijos colgados de los pechos de sus madres; luego vi el árbol del amor, con su infinita carga de flores entre las hojuelas incipientes, símbolo de la precocidad juvenil y de la desnuda belleza pagana; vi el árbol del Paraíso, de lánguidas ramas que huelen á incienso hebráico, y la acacia de mil flores olorosas... En los cuadros rastreros, los lirios de morada túnica eran los heraldos de las no lejanas fiestas del Señor, Ascensión, Corpus, y las blancas azucenas anunciaban la proximidad del simpático San Antonio.

Mil tonterías dijimos en alabanza de tan bello espectáculo. No sé si el encanto de éste era cualidad intrínseca del risueño jardín, ó estado mío de alborozo. Ambas cosas serían. Después de divagar solos por aquella ondulada amenidad, llevóme la dama á un templete, erigido entre verdosos estanquillos. Era de piedra y mármoles, semejante á los que hay en Aranjuez, pero de juguete, abierto por tres costados de su cuadrangular arquitectura, y decorado con bichas y quimeras al fresco, un poco deslucidas por la humedad, todo en el estilo neo-imperial de Fernando VII. Allí nos sentamos. Eufrasia dejó la carga de flores que traía, señalando un grupo muy grande para sí, un ramo para mí, y apartando después otro montón de lilas y rosas, acerca del cual

me dijo: "Ya sabrá usted luego para quién es esto.„ Entablé sin esfuerzo ni premeditación un coloquio dulce y cariñoso, que fácilmente afluía de mí sin más estímulo que la fragancia del ambiente y el aspecto de tanta flor sobre la verde arboleda. Hablé á la moruna del religioso fervor con que yo practico el culto de su amistad, haciendo de ésta la clave de mi vida; entoné otras estrofas, y en variados metros de amor canté mis quejas por el desdén que me mostraba y le rendí toda mi voluntad. Cuando callábamos, oíamos el zumbar de insectos y el vuelo de moscas ó moscones que en el templete requerían la sombra. Por fin, en premio de mis líricos arrebatos, permitióme Eufrasia besar su mano; y ya tenía yo en la boca y en el pensamiento intención y palabras para empezar á desmandarme, cuando sentimos pasos que por lo fuertes parecían de hombre. Levantóse mi amiga, dejándome todo lo suspenso que puede estar un enamorado, y saliendo á uno de los huecos del templete, dijo: "Teresona, aquí estamos.„

Salí yo también, á punto que una voz hombruna decía: "Yo pensé que estaba la señora cogiendo flores.„ En la gigantesca mujer que se acercaba, reconocí, más por los andares y por la facha de osa polar que por la voz, á la estantigua que en el baile de Villahermosa se apareció tocando á retirada. Ya me había dicho Eufrasia que la mascarita compañera era su doncella Rufina. El acento vizcaíno de Teresona la hizo

revivir en mi mente con el dominó negro guarnecido de picos verdes. Por segunda vez venía el odioso espantajo á cortar bruscamente mi recreo, mejor será decir mi felicidad. Y lo peor fué que no pareció Eufrasia disgustada de verla, y que antes bien acogía su presencia como se acoge á quien nos preserva de un peligro. En calidad de cancerbero teníala allí la dama, y sin duda le había encargado que ladrase con sus tres bocas en cuanto notara el menor riesgo de fragilidad. "Venga, venga la señora—dijo Teresona,—y verá la pollada que me sacó ayer la moñuda.„ Y Eufrasia (confúndanla Venus y Cupido), para contrariarme más y darme el quiebro, alegróse ó fingió alegrarse del recreo que la criada le propuso, porque al punto echó tras ella, llevándome á un corral próximo á la casa del guarda ó conserje. Malditas ganas sentía yo de ver pollitos; pero no tuve más remedio que acompañar á la dama y hacerle el dúo en la admiración de la gallina conduciendo y educando á sus graciosos hijuelos.

Volvimos luego á pasear, mas por sitios elegidos sin duda con astuta precaución, para que encontrásemos á cada paso, bien á la vizcainota, bien á su marido ó á la doncella, que charloteaba con un jardinero jovencito. Bien, señor... Adelante... "Sé apreciar, amigo mío, la lealtad de su afecto—me dijo Eufrasia respondiendo á las protestas apasionadas que de nuevo le hice,—y no le faltarán á usted ocasiones de conocer lo que vale su amiga.

—Esas ocasiones vengan pronto; pero no se me ordene lo que no puedo cumplir.

—¿Cómo que no? Hará usted todo lo que yo le mande, todo absolutamente, sin vacilar.

—Y por esa obediencia mía tan penosa, ¿tendré la recompensa que más anhelo?

—Déjese de recompensas y de bobadas. Está usted loco con la idea de que le quieren vender ó comprar, y ahora quiere comprarme á mí. Yo no me vendo ni por su obediencia, que es valor muy grande, ni por nada... Al aconsejarle yo que tome á Ignacia, lo hago porque sé cuánto le conviene ese cáliz, Pepito. Es un elíxir bien probado el matrimonio: con él tendrá usted la posición que merece, y la libertad que no puede esperar de esa vida falsa entre tantas esclavitudes, deudas, compromisos, el quiero y no puedo, que es el más grande suplicio de los tiempos que corren. Dese usted por convencido, y no hablemos más del asunto.

—Ni amo ni puedo amar á María Ignacia.„

Eufrasia no me contestó, y mascando un palito de rosa, miraba al suelo. "Vamos, no sea usted tonto, ni haga uso de un argumento en que no cree... No, no cree usted que eso del amor sea una razón... Fíjese usted en su situación social, y haga caso de lo que le aconsejamos las que conocemos el mundo, la vida: su hermana Catalina, que tiene la inspiración del Cielo, yo que tengo la inspiración de mi experiencia... quiero decir que mis desdichas me han enseñado la inmensa mentira de amor.

—Cierto—dije yo,—que debo tener muy en cuenta su opinión...

—Y la de otras. Consulte usted el caso con otras amigas... ¿Por ventura la de Torrefirme no le aconseja lo mismo?

—No, señora: me aconsejó lo contrario... Hoy no puede aconsejarme nada, porque hemos roto...

—Ya lo supe... Esa mujer no le amaba á usted, Pepe. Por no amarle ni pizca, le aconsejó tan disparatadamente. Quería su perdición, su ruína, su muerte en la sociedad y en la familia, que es lo que yo no quiero, no, Pepe, no lo quiero... Y como no deseo nada malo para usted, le aconsejo y le mando que se case... Su obediencia es una virtud que será pagada con mi amistad.

—¿Y cómo será esa amistad?

—Muy cariñosa: una amistad... tutelar,—declaró después de pensarlo un ratito.

—¿Y qué más?

—Una amistad entrañable...

—¿Y qué más?

—Eterna,—dijo volviéndome la espalda, para que no la viese llevarse la mano á los ojos.

—¿Eterna dice...?

—Sí, sí... Ponga usted todos los adjetivos que quiera, Pepe; siempre serán pocos... Y no hablemos más de eso, Pepe, por Dios, no hablemos más.„

XXVII

En efecto, no hablamos más del asunto; pero con sus ojos más negros que el alma de los condenados, con la lividez que los circundaba, y con el timbre opaco de su voz, picando en cosas comunes, me cantaba el poema más halagüeño para mi vanidad. Bien segura en su conciencia exterior por el amparo que le daba la guardia de sus cancerberos, y cuidando de que no la perdiesen de vista, no temía ya manifestarme su apasionada ternura por medios y signos que yo solo había de entender. Era mía; pero no sé qué voces del corazón me susurraban que mi victoria quedaría por algún tiempo circunscrita al terreno de los principios, como la entrega de una plaza psicológica.

“Volvamos al templete—me dijo con cierto donaire, en que ví algo de travesura.—Se me ha olvidado una cosa.„ Y adelantándose, antes de que yo llegara la vi salir con el gran manojo de flores que apartado había sin decirme para quién era. Mandó á la Teresona que armase un lucido ramo. Paseamos de nuevo, y á mis preguntas contestó así, maravillándose de mi torpeza: “¡Ingrato! ¡No adivinar para quién son estas flores!...„

Un rayo iluminó mi mente. “Ya... de ve-

ras he sido torpe... El ramo es para la pobre Antoñita...

—Que está bien cerca.

—Hermosa idea, y más hermosa si vamos los dos á llevárselo.

—Pepe—me dijo poniendo otra vez en la mirada toda su ternura,—permítame que le eche en cara su torpeza, su... ¿cómo decírselo? No ha sido usted muy delicado. La persona en quien menos debe usted pensar para que le acompañe al llevar esas flores soy yo.

—Pero de usted ha sido la idea de adornar con ellas el nicho.

—Mía fué la idea, creyendo que era idea suya... ¿me entiende?

—Sí... En todo tiene usted razón. Debo ir solo. Pero no ahora. Es un poquito lejos, y no me esperará usted hasta que vuelva.

—Le prometo que sí le esperaré, si no se entretiene mucho. Es cerca. Coge usted el Paseo de las Acacias...

—Lo cojo... sí... pero si con cogerlo bastara... Después de cogido tengo que andarlo todo.

—¿Y qué? Luego pasará el puente de San Isidro...

—Si tuviera usted aquí su coche...

—Vendrá á buscarme luego... Pero en mi coche no debe usted ir, criatura.

—Es verdad... Bueno, amiga del alma. Voy, y cuando vuelva encontraré aquí á su esposo que viene á buscarla.

—No vendrá, tontín; yo le aseguro que no vendrá.„

Díjome que su marido y ella andaban algo torcidos, por cuestiones caseras de poca monta... No era nada: genialidades de uno y otro. Y como yo le manifestase grande anhelo de conocer la causa de aquellos moños, me dijo: “Si usted es tan bueno y tan agradecido y tan caballero que le lleva las flores á la pobre Antoñita, y las pone con muchísimo respeto y cariño sobre su sepulcro, tenga por seguro que aquí le espero y que le contaré... vamos, eso, la gacetilla doméstica que desea conocer... Para usted no debo tener secretos.„

Francamente, esto de no tener secretos para mí, me entusiasmó, la verdad, me colmó de orgullo. Instándola á que reiterase su promesa, y cambiadas las generales fórmulas de contrato, salí con mi hermoso ramillete, deseando que en pujantes alas se me convirtiera. Tuve la suerte de encontrar coche de alquiler apenas andado un tercio del Paseo de las Acacias, y á los quince minutos ya daba yo fondo en el cementerio. Internéme de patio en patio; algunas personas enlutadas andaban tristes y lentas por allí, cumplidas ó por cumplir obligaciones semejantes á las que yo llevaba; otras se entretenían en leer doloridos ó rimbombantes epitafios, y en mirar las coronas ya mustias del último Noviembre.

Llegué á donde iba: un guarda, cuyo auxilio reclamé y tuve mediante propina, me

trajo dos búcaros que para el adorno de los nichos allí se facilitan; dividimos el ramo en dos, y puestos en su lugar, no tan alto que necesitáramos escalera, quedó muy bonito, descollando por su lucimiento en la descarnada tristeza del camposanto. La imagen de la muerta, que ya navegaba con veloz carrera por el piélago de un inmenso olvido, y casi traspasaba sus horizontes, revivió en mi mente: la ví como si con los carnales ojos la viese. ¡La pobrecita gustaba tanto de las flores! El cierre del nicho, sin letrero aún, no tenía más que un número, tres guarismos que no decían nada; para mí eran un triste nombre y un sentimiento no apagado todavía, pero ya muy débil y casi espirante, como las luces que absorben con ansia de vivir su último aceite. ¡Infeliz Antonia! ¡Tan joven, y ya reducida á un signo de cantidad pintorreado sobre un tabiquillo de yeso!... Mirando la cifra, pensé en la discordia conyugal de Eufrasia, y en volver pronto al Casino para que mi amiga me la refiriese... Pensé también que Antonia, si su espíritu no estaba lejos de aquel depósito de su descompuesta humanidad, se alegraría de ver las flores y el *gitano* que se las ponía.

El guarda ó sepulturero miraba mi obra con un guiño de ojos enteramente escéptico y casi casi burlón. "Cuidará usted de que los ramos no se caigan—le dije.—¿Cree usted que durarán mucho?„ Y él, guiñando el ojo no para el nicho, sino para mí: "Como du-

rar, no sé... Piense que son flores... Pero yo estaré al cuidado para que no las roben; que aquí... ya sabe... anochecen los ramitos en un nicho y amanecen en otro... Viénen algunos llorando, y el que no trae flores las toma de donde las hay... Pero yo estaré con mucho ojo... Si alguien las quitara, yo las volveré á poner en su sitio. Á cada uno lo suyo... Váyase tranquilo.„ Me retiré, y al atravesar el patio, volvíme más de una vez á mirar si alguna enlutada de las que por allí discurrían, me quitaba las flores, mejor dicho, se las quitaba á mi nicho, ó sea el nicho de Antonia, para ponerlas en cualquier enterramiento de muertos extraños... Pero cuando pasé al otro patio, mis reflexiones encamináronse por vía más generosa y alta, y pensé así: "Dejemos el egoísmo á las puertas de esta morada de la igualdad... y las flores, como toda ofrenda... sean para todos.„

En quince minutos, arreando de firme, me llevó el coche al Casino; aún era día claro cuando me ví de nuevo en presencia de Eufrasia, y dándole cuenta de mi comisión, oí de su boca plácemes sinceros por mi obediencia. Y yo: "Por mi parte cumplido está nuestro contrato; cumpla usted ahora; refiérame...„ Y ella, riendo: "¿Pero de veras le prometí...?„ "Prometió usted, con una fórmula agravante...„ "¿Cuál, pobre niño?...„ "La declaración de que no debe tener secretos conmigo...„ "¿Eso dije? ¿Está usted seguro?...„ "¡Eufrasia!

—Bueno, Sr. D. Pepe, mi amigo, mi protegido y mi criatura inocente: le contaré la gacetilla... Vámonos por aquí y demos la vuelta chica del jardín, por las lilas... Ha de saber usted que mi marido, desde que mataron bárbaramente las turbas al pobre Fulgosio, está con la bilis tan revuelta y con el genio tan amargado que no se le puede sufrir... Naturalmente, Fulgosio era un amigo muy querido: juntos sirvieron en la facción, el pobre D. José como general, Saturno como intendente... Pues está el hombre poseído de un furor tan grande contra las *masas*, y contra el Progresismo y contra Bullwer, que á ratos parece que pierde la razón... Su odio más vivo es contra el Socialismo, secta que dice ha salido del Infierno, ó es el Infierno mismo traído á la faz del mundo, y no hay, según él, penas ni castigos bastante fuertes para los que propagan tal doctrina. Yo, por no encalabrinarle más, le digo á todo que sí: por este lado no viene la discordia. Pero hay otra cuestión, no política sino particular, planteada entre nosotros antes del 7 de Mayo, en la cual no estamos conformes... Por mucho que usted cavile, Pepito, no encontrará la solución del acertijo. Oigala: Lorenzo Arrazola, Ministro de Gracia y Justicia, que es amigo de Saturno y le debe favores, le habló, allá por Abril, de la concesión de un título de Castilla. A nuestro amigo el Sr. Clonard le pareció de perlas esta idea, porque, lo que dice, la mejor recompensa para las personas que de otro

campo han venido á reconocer á Isabel II es-darles acceso hasta lo que llaman *gradas del Trono*, por medio de la investidura de nobleza y grandeza de España, y qué sé yo qué... El Rey D. Francisco, á quien hablaron de ello algunos de su tertulia, se mostró muy complacido, y dijo que se contara con él... A mi marido se le encendieron de tal modo las pajarillas de la vanidad, que andaba demente con el Marquesado, descrismándose para elegir el nombre de finca ó lugar que había de ser el apodo heráldico...

"En fin, todos perdidos de la cabeza, menos yo, que me conservo serena, y no quiero motes ni honores ni nada de eso... al menos por ahora... Veo que usted se asombra, Pepe: sin duda no me conoce bien. No soy vanidosa; me gustan las comodidades, la riqueza, que nos hacen alegre y fácil la vida; me gusta poseer los bienes positivos, vengan como vinieren; pero las apariencias chillonas no son de mi devoción... Además, yo no quiero lanzarme al mundo con un título rimbombante. Es muy pronto para mí. Parecería una provocación, un trágala... Están muy frescas en la memoria de la gente ciertas cosas que á mí me pasaron, y... no quiero, no quiero que la malicia me haga la autopsia, y empiece á sacar cosillas y á comparar, y á decir esto y esto y esto... Ya sé que otras se curarían poco de la murmuración, y corriendo ellas el velo, creerían que todo estaba bien tapadito. Yo no pienso así; sé que la sociedad es bastante desmemoria-

da; pero yo no lo soy... En principio, lo que se llama en principio, Pepe, no rechazo el Marquesado, y para más adelante, no digo que no lo admita, y me encasquete la corona y dé á muchas dentera, y á otras les refriegue los hocicos con mi escudo; pero ahora no... es muy pronto. Esperaremos cuatro ó cinco años. ¿No cree usted que soy razonable?„

Díjele que la tengo por la misma razón, y que cada día encuentro en ella nuevos motivos para admirarla y adorarla, amén de tenerla por eminente maestra del vivir. Y ella siguió: "Pues aquí verá usted el por qué de las desavenencias entre Saturno y yo de algún tiempo acá, y del horrible altercado que tuvimos ayer. Díjome cosas que en verdad me lastimaron... me rasguñó en lo más delicado de mi alma... Luego, por la noche, vino á mí tan manso y tan tiernecito, que me dió asco... Para usted no tengo secretos... Hoy no sabía qué hacerme, ni en qué altarito colocarme. Yo me mantuve en mis trece... Es un hombre de una vulgaridad que no se cuenta en un año... Esta tarde le dije que iba al Sacramento, y del Sacramento á las Comendadoras de Santiago, donde hay dos *señoras de piso*, amigas mías, y de allí á las Góngoras; y en vez de andar esas estaciones, me he venido aquí á rezar con mis rosas y mis lilas. Por allá andará buscándome con el señor de Clonard... Luego le diré que he venido á La Latina y á Santa Isabel... Tengo la buena costumbre

de variar el itinerario de mis devociones... Así se me hace mi cruz más ligerita...„

Encantado la oí, y mi vanidad ante aquel espiritual divorcio se infló hasta no caber dentro de mí. Entre las diversas expresiones enfáticas que le dije, lo más presente en mi memoria es que me tengo por el más feliz de los mortales, admirando el pórtico de la felicidad. "Es usted un niño—me contestó ella con adorable acento al despedirme. —Por más que presuma de hombre hecho, no es más que una criatura, criatura muy esbelta y llena de atractivos, pero que todavía necesita crecer un poquito y reforzarse del entendimiento, y endurecer las ideas...„ Indicóme, al fin, que partiese antes de que llegara su coche, que ya estaba al caer, y me empujó hacia la puerta con un desenfado gracioso... "De aquello no se habla ya—me dijo.—Obedecerá el niño á todo lo que se le mande. Adiós... En casa de Serafín nos veremos... Adiós, adiós.„

Salí, mas no me alejé de la calle de Embajadores hasta que la ví pasar. Ya sabía la muy pícara que yo rondaba. ¿Cómo no presumirlo? Y al pasar, ya obscurecido, ví su rostro en la portezuela, y una mano que hacía el gesto de azotar... Y sus ojos negros también los ví, ó me los figuré rivales de la noche y de toda la obscuridad del mundo.

XXVIII

Sigo con mi historia de estos días, y de los hechos gratos paso á los menos placenteros, de las flores á los abrojos, y de lo perfumado á lo pestilente. ¿Qué cosa existe más fea y desagradable para nuestros sentidos, tacto, vista, olfato, que el vernos privados de los precisos dineros para las atenciones de la vida, ora sean éstas de las elementales, ora de las artificiosas y superfluas que crea y fomenta nuestra estúpida vanidad? Y no era lo peor que yo careciese de aquella materia vivificante, sino que me apretasen los usureros para el pago de lo que les debía, estrechándome con tal rigor de cerco militar, que se creería que el cielo los desataba en mi persecución, como aquellos vándalos que del Norte vinieron sobre estos infelices pueblos mediterráneos. Mi insolvencia, más marcada cada día, les irritaba, trocándoles en fieras. Contra su persecución no me valían ya ni escondites, ni esquinazos, ni artes escurridizas de ningun género. Y para colmo de infortunio, mi amigo Aransis, de quien yo ampararme solía en estas guerras contra la cobranza, se hallaba en situación más angustiosa, requerido y deshonrado ante tribunales, sin apoyo material de su noble familia. ¿De la mía qué podía yo esperar?

Nada más que anatemas y malas caras. Mis hermanos no podían ó no querían hacer nada por mí. Sofía llegó á proponerme que huyera, que me embarcara, y no volviese á parecer más por la Corte. Ya no había manera de enmendar tantos yerros míos, ni de poner puertas al campo de mi disipación. Ya serían inútiles todas las precauciones y disimulos para mantener en mi madre la ignorancia de estos graves desórdenes. Si no lo sabía ya, sabríalo mañana ó la semana próxima. Esta era para mí la más penosa de las aprensiones, y el terror que mayormente me turbaba. Y no podía dudar que algún indiscreto, ó algún avieso amigo, le llevarían el cuento. Cuantos afanes y desazones pudiera traerme mi endiablada situación, parecíanme tolerables y llevaderas ante el conflicto inmenso de que mi buena madre despertara del engañoso ensueño en que vivía. La muerte sería su despertar...

Pasaron días en ansiedad terrible y en continuo bochorno. Yo no visitaba á nadie, no me presentaba de noche en ninguna casa conocida. Esperé salir de las apreturas con nuevos dogales; mas aunque volaba por Madrid en busca de un confiado judío que me atendiese, no pude encontrarle, y llegué á creer que á todos los logreros crédulos y candorosos se los había tragado la tierra. Y mientras esto ocurría, todo el mundo me abandonaba; nadie iba en mi busca; huían de mí los amigos; las amigas no me solicitaban. Sólo de Virginia y Valeria recibí,

por Ramón Navarrete, un recado afectuoso que me endulzó un poquito el alma sin aliviarme de mi desazón. Segismunda iba de vez en cuando á mi casa, y como si yo fuese San Esteban, que había de lograr la palma del martirio con pedradas en el cráneo y el machacar de sesos, me decía: "Así estás porque quieres, gran mentecato. Pronuncia una palabra... muy chiquita por cierto, la palabra más chica, sólo compuesta de dos letras, y tendrás todo el dinero que necesites...„ Pero no me convencía, y viendo cómo se enroscaban ante mí las serpientes de sus cabellos, y cómo sonaban con metálico timbre las voces que salían de su cuadrada boca de máscara griega, érame á cada instante más odiosa, y sus consejos me sonaban á horrible sugestión de los demonios.

Pero de pronto, hallándome en el culminante punto de mi desesperación, llegó á mí un consejo, un reclamo dulcísimo, una voz que me sacudió y volvió del revés... no puedo expresarlo de otro modo. Un rayo no me partiera como me partió y anonadó un billetito de Eufrasia, escrito en los términos más propios para destruirme y hacer de mis restos un hombre nuevo... El billete muy breve, trazado con trémula mano, no decía más que esto: "Niño mío, pobre náufrago, ¿te ahogas, y aún dudas?„ ¡Me tuteaba! El cariño encerrado en esta corta frase hizo explosión en mí... pudo más que mi conciencia y que todo lo del mundo... ¡Me tuteaba! Teníame por suyo... Salté de la silla, y em-

pecé á dar vueltas por la habitación, gritando: “No dudo, ya no dudo...„ Besé la carta, y me sometí como un pájaro atontado á la fascinación de los negros ojos, que en los trazos azules de la escritura me miraban... Movido de una valiente resolución salí á la puerta de mi cuarto, llamé á la criada para decirle que avisase á mi hermano, á quien yo tenía que comunicar algo muy urgente. Pero Agustín acababa de salir, y su mujer no había entrado aún... Sentíme muy solo, y desconsoladísimo de no poder comunicar á la familia mis transcendentales pensamientos.

Volví á encerrarme, y caí en profundas meditaciones. Me sentí filósofo, me sentí *pensador*, como ahora se dice, y me dió por descender con mirada sutil hacia el fondo de las cosas. Y lo primero que en la profundidad ví fué la pingüe fortuna de D. Feliciano de Emparán, que por una combinación social de las más sencillas vendría pronto á mis manos pecadoras, y si no venía para el libre dominio, vendría para el prudente usufructo en una medida proporcionada á mis necesidades, apetitos y larguezas. Según datos que han llegado á mí sin que yo los busque, el ilustre señor disfruta un caudal diez veces, quizás veinte veces mayor que lo heredado de sus padres, y éstos fueron ricos. Se cuenta que Emparán *retuvo*, el cómo no lo sé, una gran parte de los valores públicos que poseían las monjas, y que anduvieron de mano en mano en la

catástrofe de la desamortización. Con estos papeles, D. Feliciano y otros cuyos nombres suenan mucho, realizaron un negocio facilísimo, de esos que no exigen rudo trabajo ni quemazón de cejas... Bienes de frailes compró Emparán por mano ajena, y bienes de aristócratas, que en la continua liquidación del acervo histórico pasan, por pacto de retro, ó por venta al contado rabioso, de las manos que llevaron guantelete á las desnudas y puercas manos de la usura. Del amigo Emparán son las tierras del Condado de Tarfe, que ocupan casi media provincia; las dehesas de Somolinos y de Doña Sancha, en las faldas de la sierra de Gredos, y la vega de Santillán, bañada por el Tajo de arenas de oro.

Añádanse á esto las tierras patrimoniales en Azpeitia, y otras adquiridas en el valle del Oria, en Durango, en Oñate, y se formará la cabal cuenta... ¡No, no, qué tonto yo! Falta una brillante partida. ¡Diez y siete casas en Madrid! De éstas, cuatro son de corredor, para gente pobre, y como toda industria que explota la indigencia, producen renta lucida. Entre las demás, las hay antiguas sin reforma, antiguas pintorreadas que no logran rejuvenecerse, como los viejos que se tiñen, y modernas de nueva planta, bien repartidas en cuartos bonitos para empleados y pensionistas. ¡Y de todo esto voy yo á participar! Llueven sobre mí estos bienes sin que yo haya hecho nada para merecerlos... Me tranquilizo recordando la

idea que en la tarde del Casino, y antes de aquella dichosa tarde, expresó Eufrasia con la serenidad y aplomo que hacen de ella un oráculo infalible. Hela aquí: "Vivamos con todo el bienestar posible; rodeémonos de comodidades, vengan de donde vinieren; evitemos la penuria, las deudas; tengamos todo lo preciso para evitar afanes; y en el seno de la opulencia bien ordenada, seamos modestos, caritativos, religiosos y todo lo buenos que hay que ser..."

El examen de la gran riqueza que yo había de disfrutar, me llevó al intento de inquirir las razones de que fuese yo el elegido para Coburgo de la poderosa dinastía de Emparán. Habiendo tantos jóvenes de excelentes condiciones para cargar con María Ignacia, ¿por qué se pensó en mí, y en ello se puso tan tenaz empeño; en mí, que por mis ideas desentono bastante de la noble familia; en mí, pobre, de muy dudosa moralidad, paseante en corte, sin carrera ni oficio ni más patrimonio que mi figura, mis modales finos, mi labia, mi saber ameno, hoy más social que científico? Este es un misterio que yo quería desentrañar, y por Dios que lo he desentrañado, como verá el lector futuro, si tiene la paciencia de seguirme en estas meditaciones.

Mi hermana Catalina... lo diré con todo el respeto del mundo... Mi hermana Catalina es el Demonio... No quiere decir esto que sea mala, ni que en su privada conducta y en sus relaciones con la sociedad emplee infer-

nales artes, ni que haya hecho pacto con el *Tartáreo Querub*, como suelen llamar los poetas á Lucifer, ni que lleve consigo peste de azufre, ni nada de eso... *Demonio* quiere decir el arte sumo de la astucia, de la trastienda y de la diplomacia para lograr lo que nos proponemos; significa el empleo habilísimo de medios espirituales para nuestros materiales fines. Es indudable la comunicación, el visiteo y confraternidad de los Emparanes, señor y señoras mayores, con Sor Catalina de los Desposorios, y con otras monjas de La Latina que no conozco, y que son sin duda mujeres de grandísimo talento para establecer y afianzar el dominio de unas almas sobre otras, para someter, en suma, las voluntades seglares á las voluntades religiosas. Y aquí debe existir un factor desconocido, una fuerza poderosa, que entre las monjas y los Emparanes actúa como eficacísimo instrumento de captación, para que aquéllas cojan á éstos, y los tengan en la garra y se los coman vivos cuando les venga en deseo.

Ahondando, ahondando, llego á ver en la idea de mi boda un caso inicial de conciencia. Ha llegado á persuadirse D. Feliciano de que una gran parte de sus bienes no son adquiridos cristianamente: cierto que no le trajo á tal convencimiento la simple acción mujeril, y que en ello hay de fijo obra de varón docto y que sabe su oficio. Pero si el docto varón y las monjitas están en espiritual connivencia, como Dios manda, resulta

que, por la ley de predominio feminista, las franciscanas de la Concepción son las amas, y las que llevan y traen á mi futuro suegro y á las señoras mayores, cogido y cogidas por una oreja. Veo también muy claro que mi bendita hermana, unida en apretada piña con sus compañeras, obtuvieron del opulento Emparán dones valiosos para su casa y Orden, y entre las concesiones á que se ha visto obligado D. Feliciano, no ha sido la más floja la mano de la niña para persona por la comunidad designada. Sin duda Catalina se ha hecho lenguas de mí, marcando y enalteciendo mis cualidades, y haciendo ver quizás que el Cielo mismo me designa para perpetuar, en mi coyunda con María Ignacia, la noble raza y nombre de los Emparanes de Azpeitia. Fascinados éstos, míranme como el mejor modelo de caballeros y de maridos en lo espiritual, y en lo físico como el excelso tipo caballar para el cruzamiento y mejora de una casta que en su vástago último aparece un poco y un mucho degenerada... Esto he pensado, este lógico aparato he construído para penetrar en la sima profunda donde está la verdad, y creo haber dado con ella. ¿Lo que he sacado de la hondura es la verdad, y verdad respiran las páginas que acabo de escribir?... Tú me lo dirás, ¡oh tiempo! eterno hijo y padre de tí mismo, que en lo que nos enseñas eres siempre el revelador infalible.

XXIX

Entró mi hermano de la calle, y al punto que sentí sus pasos, le llamé y le dije: "Agustín, cuando quieras, puedes visitar á los señores de Emparán y pedirles para mí la mano de su hija María Ignacia. Mi determinación, claramente revelada por la firmeza con que la expresé, colmó de júbilo á mi hermano, que aturdido me dijo: "¡Ay, qué sorpresa tan grata me das...! Si te parece, voy ahora mismo. El llanto sobre el difunto, Pepe... ¡No vayas á arrepentirte!... Sí, sí, voy... Me pongo la levita nueva, el sombrero nuevo... Todo lo nuevo...„

Entraba en aquel punto Sofía, que de labios de su feliz consorte oyó la noticia en el obscuro pasillo, y vino á mí con los brazos en cruz, y antes que yo pudiera zafarme, me cogió y estrujó contra el colchón de su exuberante pecho... Sentí en mi cuello y rostro la fofa blandura, el crujir de ballenas, y alguna de éstas me hizo daño. "¡Ay, mírame: se me saltan las lágrimas, Pepillo! ¡Qué bueno eres! No podías menos de rendirte á la razón, al justo medio de las cosas, y al sentido práctico... Dispensa, hijo, que no te acompañe. Ahora mismo me vuelvo á la calle para llevar la noticia á los de la familia, á todos los amigos, todos, todos.

Quiero que lo sepan, y que rabien... Alguno rabiará... Ya andan diciendo que tal y qué sé yo... ¿Pero no sabes una cosa? Ahora te lo digo á boca llena, porque si no te lo digo reviento. Extendida está ya la Real cédula del título de Castilla que se concederá al Sr. de Emparán. Será regalo de boda del Gobierno á esa familia ilustre, firmísima columna del Trono y del Altar... Con que ya lo sabes: *Marqués de Beramendi*, y de no sé qué otra cosa muy sonada... Pues hasta luego: no quiero que nadie se me anticipe... Ese pelmazo de Agustín, que va á pedir la mano, no ha concluído de arreglarse... Voy á peinarle un poco las melenas, y á ponerle la levita bien ajustadita, para que no le haga pliegues en la espalda... ¡Ah! se me olvidaba lo mejor, chiquillo. El título no se le concede á D. Feliciano, sino á María Ignacia... Mira si la cosa es delicada... Adiós, Marquesito de Beramendi.„

Se fué, se fueron marido y mujer á espaciar en la calle su loco júbilo; quedéme solo, y las meditaciones tornaron á posesionarse de mi cerebro, presentándome las diversas fases del inmenso problema de mis nupcias. Volví á preguntarme qué había hecho yo para merecer participación tan lucida en aquella colosal riqueza. ¿Qué organismo social es éste, fundado en la desigualdad y en la injusticia, que ciegamente reparte de tan absurdo modo los bienes de la tierra? Retumba en mi mente, al pensar en esto, el fragor de las tempestades que pavorosas

estallan en toda Europa. Mis conocimientos de las teorías ó utopias socialistas reviven en mí, y reconozco y declaro la usurpación que efectúo casándome con Mariquita Ignacia. Yo, señorito holgazán inútil para todo; yo que no sé trabajar ni aporto la menor cantidad de bienes á la familia humana, ¿con qué derecho me apropio esa inmensa fortuna? Mas ahora entiendo que es también muy dudoso el derecho de mi señor D. Feliciano á poseer lo que posee. Por nacimiento se le dió lo que fué producto del trabajo de otra generación, y por combinaciones mercantiles, con algo de políticas, ha venido á sus manos lo que debe pertenecer á las clases indigentes, que dejarían de serlo si recibieran lo que les corresponde, en buena ley de Naturaleza... Recapacitando en ello, me siento *San-Simoniano*, y afirmo que el mundo es del pueblo, de todos, y que el derecho á los goces no es exclusivo de una clase privilegiada. La riqueza pertenece á los *trabajadores*, que la crean, la sostienen y aquilatan, y todo el que en sus manos ávidas la retenga, al amparo de un Estado despótico, detenta la propiedad, por no decir que la roba.

Comprendo el terror que causan estas ideas en la sociedad en que vivo. Yo, que antes no me curaba del Socialismo y sólo me servía de él para producir algun frívolo chiste en las conversaciones mundanas, ahora tiemblo ante el problema, monstruo cejijunto, de grosera voz y manos rapaces. Me pone

carne de gallina la idea de que una súbita y despiadada revolución venga á despojarme de todo esto que será mío, que ya casi en principio lo es. A más de poseer bienes raíces y valores públicos, tendré coches, caballos de silla (no me contento con menos de tres), casas de campo, cotos para mis cacerías... tendré para otros recreos mil y mil superfluidades, de las cuales seré despojado por el pueblo, por lo que Sofía con supremo desdén llama *las masas*. Pero bien podré yo, sigo discurriendo, prevenirme contra el desastre por medio de un feliz arbitrio, que mi riqueza me permitirá realizar.

El recuerdo de mis lecturas de Fourier y Considerant me sugiere la idea de hacer un ensayo de la grande y nueva asociación humana dividida en los elementales estamentos: capital, trabajo, inteligencia. Y sobre esta sólida base estableceré un falansterio modelo, construído para la existencia cómoda de los *trabajadores* que en él han de habitar por grupos ó *falanjes*, conforme á las aptitudes y gustos de cada uno. Por este medio me adelanto á la revolución, la inutilizo, le corto las uñas, y... ¡Qué tonterías digo! ¡Bonito es el genio de D. Feliciano y bonito corte de *fourieristas* el de las señoras mayores para permitirme tales extravagancias! Y aunque me dejaran, ¿pensaría yo en ello después de cabalgar tan á gusto en el machito del privilegio? ¡Qué delirios se me ocurren! De veras estoy loco. La revolución vendrá... La tormenta que vaga por Europa, de

pueblo en pueblo, descargando aquí centellas, allá granizo, en una parte y otra eléctrico fluido que todo lo trastorna, ha de ser, andando el tiempo, furioso torbellino que arrase el vano edificio de nuestra propiedad, sin que contra él nos valgan falanjes ni falansterios... ¿Tardará meses, años, lustros; tardará siglos?... Que á mí no me coja es lo que deseo, y que cuando estalle, ya estén leídas y dadas al olvido mis deslavazadas Confesiones... ¡Y con qué incongruencias nos sorprende nuestro juguetón Destino! ¡Yo que quizás habría sido revolucionario, y que sentí en mi alma vagos estímulos de rebeldía y protesta, ahora me coloco entre las víctimas de la revolución, y ya no seré pueblo justiciero, sino aristocracia justiciada, como enemigo del pobre y ladrón de propiedad! ¡Yo que había mirado con tan tiernos ojos al dulce clérigo Lamennais, viendo en él al apóstol del proletariado en nombre de Cristo, primer pobre; yo que como él llamaba *esclavitud moderna* al viejo pauperismo, y pedía la redención de los menesterosos, víctimas de un corto número de opresores y verdugos, ahora me paso con armas y bagajes á esta minoría cruel y egoísta, y sentado en la mesa de Epulón, arrojaré los huesos y piltrafas á la humanidad desheredada por inicuas leyes...!

De idea en idea, he venido á parar en que mi nueva familia querrá rehacer mi personalidad en los viejos hábitos de sus devociones y de su santurronería, así como en el

continuo trato con clérigos y monjas. Eso no: ya me defenderé hábilmente, y en último caso, mi externa flexibilidad me permitirá compaginar las ideas con las obligaciones, que si París valió una misa rezada, esta conquista mía vale misa cantada con tres curas. Venga lo que viniere, ya no me arredro... Me asalta el recuerdo de las teorías de Owen, que hoy, con las de Fourier y las de Saint-Simon, levantan en el mundo amenazadoras borrascas. Rechazo con Owen todas las religiones, y establezco como fundamento moral de la sociedad la Benevolencia. Mi riqueza me hace benévolo. Imitando al filósofo inglés, erigiré una gran fábrica ó manufactura á estilo de la *New Lanark*, y entre mis felices y bien alimentados obreros, practicaré todas las virtudes evangélicas... Seré apóstol, seré el Verbo de la Benevolencia universal, y daré un ejemplo á mis contemporáneos y á las generaciones futuras para que sin dogma religioso aguarden tranquilas las revoluciones que se avecinan, y las deshagan como la sal en el agua... Heme aquí, señores de la Posteridad, en la mayor crisis de mi espíritu. ¡Yo que tan donosamente me burlé de la llamada Economía Política, negándole títulos y honores de ciencia, ahora ved cómo me vuelvo economista, económico, ó como queráis llamarme! ¡Fatal evolución, radicales mudanzas del hombre dentro del curso de su propia existencia, tan sólo por las misteriosas transfusiones del oro de bolsillo á bolsillo!

... ¿Pero es verdad que yo soy rico, que lo seré dentro de algún tiempo? Así parece. Pues bien: el mal camino andarlo pronto. Con mi conciencia hecha jirones ante mí, inútil despojo que para nada me sirve ya, pienso que tendré coches, caballos de silla... tres por lo menos no hay quien me los quite... montes para mis cacerías de reses mayores, quintas para convidar á mis amigos; palacio en Madrid, algún otro en provincias... Compraré lindas estatuas y hermosas pinturas que sustituyan á los abominables cuadros milagreros y feísimos retratos de Pontífices, que adornan los salones de mi nueva familia... Y en cuanto á María Ignacia, la llevaré á París para que los más hábiles corseteros del mundo me le arreglen aquel cuerpo imposible, aunque tengan que amputar alguna parte de él y ponérsela postiza; las modistas más hábiles harán para ella seráficos trajes y sombreros olímpicos que la hermoseen, la corrijan, la... ¡Qué delirio! No puedo seguir.

XXX

6 de Junio.—Al reanudar hoy el cuento de mi vida, veo que la confesión última, con la cual debo empalmar la presente, es irrespetuosa y depresiva para mi futura compañera. Pero atento á que la sinceridad res-

plandezca siempre en cuanto escribo, no borraré aquellos conceptos, impresión fiel de lo que entonces pensaba y sentía. Distintas son hoy mis impresiones, y puedo manifestar que en estos días no me ha parecido mi novia tan desgraciada de figura como la describí en otra ocasión. Sea porque le han puesto algún milagroso corsé, sea porque la naturaleza, por influjo de amor, tiende á enmendar sus propias imperfecciones, ello es que viendo ayer á María Ignacia, antojóseme regularmente formada, y casi casi un poquito esbelta; y aún me dan tentaciones de creer que se le va corrigiendo la fealdad de la boca, ó que se le reduce á un simple defecto que fácilmente se disimula con la seriedad: no veo yo que sea la risa el mejor adorno del rostro humano, y antes bien entiendo que la mujer casada no tiene por qué enseñar los dientes.

Pues la causa de que la última confesión quedase interrumpida, fué que entraron como avalancha mis dos cuñadas, y Segismunda se precipitó á mí para abrazarme, diciendo que quedaban olvidadas nuestras querellas y que volvíamos á la cariñosa concordia entre hermanos, como mandan Dios, la Sociedad, la familia, y no sé quién más. A poco llegó Agustín, contándonos el buen acogimiento que habían dado los Emparanes á su mensaje matrimonial. La escena fué conmovedora: el regocijo bailaba en los ojos de D. Feliciano y de las señoras maduras. María Ignacia, cuando entendió que yo la

pedía, estuvo si cae ó no cae con el accidente. "En fin—dijo á su esposa,—para el domingo estamos todos convidados á comer... todos, y tú también, Segismunda... la familia en masa... No faltaremos... ¡Y qué casa, qué lujo, qué señorío á la antigua usanza! Vengo encantado...„ Como un pavo cuando endereza el moco y se hincha rastreando las alas, salió Agustín hacia su habitación, y en apostura semejante, inflada como un globo, le siguió Sofía, dejándome solo con Segismunda (cosa convenida entre las dos), que al punto me dijo: "Ya puedes disponer, querido Pepe, de cuanto dinero necesites para quitarte esa roña indecente de tus deudas... Si quieres evitarte la molestia de tratar con esos tíos marrulleros, mándales á casa, y Gregorio se encargará de despacharles, recogiendo todo tu papelorio. De buena has escapado, hijo. Ya ves cómo tenía yo razón cuando te decía que ibas al abismo. Felizmente has hecho caso de mis consejos, y ya estás salvo. Ahora, cuando te entreguemos tus pagarés, nos firmas tú una obligación por la cantidad que resulte, y en paz. Ya nos pagarás cuando gustes...„

Parecíame bien discurrido el plan, y le dí las gracias por su diligencia y el cuidado de mis asuntos. Y ella, sentándose junto á mí en el modesto canapé de Vitoria: "Pues ahora, ya que eres tú el grande, ó lo serás, y nosotros chiquitos, obligado estás á mirar por tus hermanos. Tu posición de millonario y de marqués todo te lo facilita... Oyeme con

atención un rato, querido Pepe. Ya ves que vamos subiendo, subiendo, no tanto como subirás tú; pero tampoco nos arrastraremos por la tierra. Agustín es el que no saldrá ya de la condición de empleado, y lo más á que podrá aspirar es á una plaza de director general en Hacienda... que es lo mismo que nada. Gregorio y yo... no digamos que somos ricos, pero vamos en camino de serlo, si la Providencia sigue ayudándonos como hasta aquí. La semana pasada hemos comprado un terreno muy grande más allá de la Era del Mico, pagándolo como fanegadas de pan llevar, y dentro de algunos años, si Madrid crece y crece, como dicen que crecerá cuando haya *ferros-carriles*, lo venderemos á tanto el pie... Fuera de esto, es posible que nos quedemos con una finca muy buena en la Vega de Añover... Nos sale por una bicoca, y es tal que, poniéndole riego, será, según dicen, el Potosí del espárrago y la California del melón... Bueno, Pepe: vete un día por casa y verás qué muebles antiguos y modernos tengo allí, y qué espejos con marco de ébano, y qué tapices de Santa Bárbara... Nos hemos quedado con todo ello por un pedazo de pan, como quien dice. Te enseñaré además un magnífico collar de diamantes gordos montados en plata, y un par de esmeraldas espléndidas, procedentes de la casa de Ceriñola... Pues bien: á mí también se me suben los humos á la cabeza, y aspiro ¿cómo no? á darme un poco de lustre, no digo que hoy, no digo que mañana, por-

que es demasiado pronto, sino dentro de un par de años, ó de tres... Eso lo dejo á tu buen juicio... No pretendo yo un título de Castilla, que eso me parece mucho para mis cortas ambiciones; pero un titulito de esos que da el Papa, y que cuestan poco dinero, sí que me convendrá, y tú, tú me lo vas á conseguir.„

La sorpresa no me dejó expresarle ni conformidad ni reprobación. Debí de estar un rato con los ojos muy abiertos, espantados, porque Segismunda, sin acobardarse, prosiguió así: "¡No es para tanto asombro, vaya! Pues qué, ¿no somos todos hijos de Dios? Tú, que pronto serás influyente y poderoso, podrás hacer lo que te digo; y no te nos endioses ahora, ni desprecies á los humildes. Cristeta me ha dicho que tú, con ponerle una carta á tu amigo Antonelli, el Ministro del Papa, tendrás cuantos títulos se te antoje pedirle, y aun es fácil que el mío te lo dé *libre de gastos*, lo que sería miel sobre hojuelas. La oportunidad de la petición es cosa tuya... Otra cosa: de esto no debe enterarse Gregorio: quiero darle una sorpresa.„

No tardé en volver sobre mí, respirando de lleno el ambiente social que tanto había contribuído á la evolución de mi conciencia y de mi carácter, y benévolo y sonriente le dije: "Sí, sí, querida Segismunda: lo que ambicionas paréceme muy razonable, y cuenta con que si de mí depende la concesión del título, ya puedes empezar á usarlo. ¿Y qué, piensas bautizar tu nobleza con el

nombre de esa gran finca que pronto será vuestra por pacto de retro, ó por embargo?... Sea por lo que fuere, ¿fundarás en ella tu ejecutoria de nobleza pontificia?

—En ello he pensado—respondió cavilosa;—pero el título de *Condes de Titulcia*, que es el nombre del lugar próximo, no me parece que suena bien... ¿A tí cómo te suena?

—¡Titulcia, Titulcia!... En efecto: como sonido es algo semejante al de la moneda falsa, ó que tiene hoja... Suena también á título de sainete.

—Eso digo yo... Pues verás: devanándome los sesos, he inventado este otro título: *Condes de la Vera de Tajo*.

—¡Oh! es admirable, como invención de tu caletre. Segismunda, tú pitarás, tú serás Condesa, y por mi parte, espero á que me señales el momento oportuno para escribir á Roma y empezar mis gestiones...

—Ya contaba yo contigo. Nadie como tú ha podido apreciar mis esfuerzos para engrandecer á la familia, y labrarnos una vida de comodidades: así lo hace todo el que sabe y puede... Gracias á mí, no es Gregorio un triste empleado, y mis hijos unos pobres lambiones... Ya ves qué flaca me estoy quedando de tanto como discurro para marcarle á Gregorio cada día lo que debe hacer... Y estas noches me ha quitado el sueño eso del maldito Socialismo, de que los periódicos hablan como si fuera el fin del mundo. Dice Gregorio que ese tremendo huracán que

anda retumbando por las naciones quedará en agua de cerrajas; pero yo que pienso, yo que examino las cosas, veo que ello trae miga, y muy mala intención, Pepe, muy mala intención. ¡Vaya con la tecla de que todo ha de ser para todos, y de que se deben repartir por igual los bienes de la tierra! Ello será justo, pero imposible. ¿No crees tú lo mismo? ¿Quién es el guapo que nos quite lo que hemos ganado con el sudor de nuestra frente para dárselo á tanto vagabundo y á tanto perdido piojoso? ¿Y habrá por esto una revolución muy grande, la sublevación de los pobres contra los ricos, de los muchos contra los pocos? Tú que lo has estudiado en los libros, me dirás si debo tener mucho miedo, ó tranquilizarme pensando que la catástrofe vendrá, sí, pero vendrá cuando los que hoy vivimos estemos ya gozando de Dios.

Díjele que por lo que he sacado de mis estudios y de la observación de lo presente, la revolución ha de venir; pero tardará un rato. Entre tanto, debemos vivir lo mejor que podamos, y criar á los hijos, el que los tenga, en la devoción de la buena vida, y enseñarles á que no humillen al pobre y á que le den cariñosamente las sobras de nuestras mesas, para que comiendo se curen de la manía de arrebatarnos lo que poseemos.

"Me parece muy bien—dijo Segismunda:—fomentemos también la religión, de la que nace la conformidad del pobre con la pobreza. ¿Para qué pagamos tanto clérigo, y

tanto obispo y tanto capellán, si no es para que enseñen á los míseros la resignación, y les hagan ver que mientras más sufran aquí, más fácilmente ganarán el Cielo?

—Justo; y entre tanto ganemos nosotros la tierra...

—Que es lo más próximo... y lo más seguro.„

Poco más hablamos, y se fué, dejándome en poder de Agustín y Sofía, que con el convite en la grandiosa casa de Emparán estaban como chiquillos con zapatos nuevos. Me consultaron si el frac de mi hermano sería bastante de moda para una solemnidad tan extraordinaria, y si Sofía haría mal papel llevando el vestido color de níspero con *frunces* y adorno de galones de seda. Respondíle que mis presuntos suegros y las señoras mayores saben conciliar la opulencia noble con la llaneza, y no reparan en cortes de fraques ni en colorines de vestidos, con lo que quedaron tan satisfechos.

8 de Junio.—He vuelto al mundo, he reanudado mis relaciones. En ningún semblante he visto el menor rasgo de irónica burla por mi casamiento. He oído muchos plácemes. Alguien me ha mirado con asombro, alguien con envidia. Sólo en las caras de Virginia y Valeria encuentro una sombra de lástima mezclada de tristeza. No me hablan de mi boda, y aun noto en ellas algo como supremo esfuerzo de discreción tocante á este súceso. No pronuncian palabra alguna que suene á casorio, noviazgo, ni cosa tal. Pero

su seriedad me causa pena; creería yo que me estiman menos, ó que me miran como una amistad perdida para siempre. Ya no revolotean junto á mí, ya no me marean dulcemente con risueñas chanzas; ya soy para ellas un viejo... Anoche, en sueños, las he visto huir de mí, enlazadas de la mano, sin volver atrás los ojos, dejándome en una especie de dorada sepultura, amortajado en hielo...!

Muchos días pasaron sin ver á Eufrasia, y la primera vez que á su lado me encontré después de la dulce entrevista del Casino, no pudo hablarme con confianza por estar presentes el Sr. de Roa, Cristeta y á ratos Don Saturno, que entraba y salía estorbándonos toda comunicación. Sólo pudo decirme que está contenta de mí, y que no me aparto de sus pensamientos. ¿Cuándo podré verla? Respondió á esto que al Casino no volvería... y que... ¡ay! que acelerase mi boda todo lo que pudiese. Retiréme sin comprender bien la intrincada psicología de aquella mujer, mas con esperanza de entenderla y desentrañarla pronto, algún día... Desde la sala próxima, volviéndome para mirarla, ví que en mí clavaba sus negros ojos, y en ellos se me reveló su soberano talento, su apasionado corazón... y su profunda inmoralidad...

Eran sus ojos el signo de los tiempos.

XXXI

12 de Junio.—Ayer empezó el día con un tremendo disgusto. Presentóseme muy de mañana una mujer desgreñada y con aspecto de loca; rodeábala un enjambre de chiquillos de diferente edad, rotos y sucios, mocosos y famélicos. Era la esposa del buen Cuadrado, y á contarme venía un infortunio que para ella es como si todo el firmamento con estrellas grandes y chicas, y el Sol y la Luna, se le hubiese caído encima. El pobre D. Faustino, que movido del hambre más que del furor político, tuvo platónica participación en la trifulca de Mayo, llevando recadillos y órdenes al cuartel del Hospicio, residencia del regimiento de España, había sido preso y llevado á San Francisco. Véase cómo: una mañanita se presentó la policía en la casa, y sin más que un *véngase usted con nosotros*, se le llevaron... Creyó la pobre mujer que pronto le soltarían, como á tantos otros, por no poder probales nada, y así se lo decía él cuando la infeliz mujer iba á llevarle la comida. "Pero ayer, ¡Cristo Padre! —prosiguió ella,—va una servidora al cuartel y le dicen: "¿Cuadrado? Ya está en camino para el embarque.„ ¡A Filipinas, Señor! Ya me le llevan, ya se fué, ya no volverá...„ Y al decir esto la madre, rompieron los pe-

queñuelos en tan aflictivo coro de llantos y chillidos, que yo me ví precisado á llorar también.

Les consolé y socorrí, les aseguré que yo cuidaría de mantenerlos hasta que el buen Cuadrado volviese, y corrí á Gobernación con ansia de impedir iniquidad tan grande. Pero ya era tarde: ya no había medio de tirar de la cuerda para detenerla y soltar de sus nudos un solo cuerpo de los que á la proscripción conducía. Narváez era inflexible, y acordadas las deportaciones, se tapaba el rostro la clemencia, pues en todos aquellos que el Estado maldecía, echándoles de casa, estaba bien manifiesta la culpabilidad revolucionaria. ¿Qué sería de un país sin *Orden Público?* ¿Y cómo se asegura el *Orden Público* sino desprendiendo y arrojando fuera todos los miembros ó partes corruptas de la enferma Nación?

¡Qué triste mañana, y qué atrevidos pensamientos en ella me asaltaron! Los escribiré otro día. Ahora doy la preferencia á la carta de mi madre, que encontré al volver á casa, y que fielmente, sin variar coma ni punto, traslado á mis Confesiones:

"Hijo queridísimo, ya lo sé; ya estoy enterada. ¡Alabanzas mil al Señor! Por lo que Catalina me dice, entiendo que de algún tiempo acá se le aparecían en sueños unos ángeles que de tí le hablaban, y juntamente le anunciaron maravillosas determinaciones del Cielo... Que el Señor lo ha dispuesto á su gusto y para sus altos fines, bien á la

vista está... Digo que aquellos ángeles, y ángeles fueron aunque Catalina por modestia no los nombre, le comunicaron la voluntad de Dios, y ella procedió con arreglo al divino mandato... Perdona que no vaya esto muy bien hilado, porque la sorpresa y el contento, hijo mío, me desconciertan todo el sentido, y tanto quiero escribir, que saltan las palabras unas por encima de otras, y no sé si escribo lo que pienso, ó si pienso escribir lo que no escribo... Pues sí, Catalina oyó á los ángeles, y aun creo que los vió en corporal figura cuando rezaba, y al punto se dió á combinar y resolver que de la soledad de tus estudios pasaras á los afanes y obligaciones de hombre casado... Las noticias que me da tu hermana de las virtudes de esa familia, que tiene en su sala las imágenes de todos los Pontífices, me han hecho llorar... ¡Ay qué familia, y qué señores y señoras tan santos! Ello ha sido que tú fuiste á esa casa movido del ansia de tus lecturas, y en son de consultar libros antiguos y cuadros de Papas, y allí os vísteis y os conocísteis tú y la virginal Ignacia, de quien tendré la honra de ser madre... ¡Oh delicias mías, oh alegría de mi vejez, oh inefable don del Espíritu Santo!... Pues os vísteis, y en uno y otro se encendió un amor casto, como el de los serafines. ¡Cuán grande será tu mérito, hijo mío, que sólo con mirarte entendieron el Sr. D. Feliciano y esas señoras graves que eras el niño enviado por Dios para hacer feliz coyunda con

la niña! ¡Y cuán altas y nobles serán las prendas de Ignacia cuando tú, sólo con verla una vez, la diputaste por esposa que el Cielo te designaba! ¡Ay! vuelvo á llorar de alegría. Mis lagrimones caen sobre el papel; pero sigo escribiéndote, y digo que no necesito que tú y Catalina me ponderéis la belleza de Ignacia para que yo la vea tal cual es realmente, la más hermosa criatura puesta por Dios en el mundo, con la inocencia pintada en su rostro angélico, los ojos como luceros, la boca como la misma pureza entre rosas y jazmines, y el cuerpo tan gallardo que no hay palmeras ni juncos que se le puedan comparar... ¡Ay, qué abrazos te doy con el pensamiento, y á ella también, á los dos, á los dos, para que juntos recibáis los cariños de vuestra amorosa madre!... Como el Señor no ha de querer, pienso yo, que seas tan sólo esposo putativo (que á sus fines no convendrá estado tan perfecto), ya estoy viendo la caterva de graciosos nietecillos... No, no puedo seguir: los extremos de alegría me han llevado á soltar la pluma y á dar por la estancia no sé cuántos paseos y aun algunos brincos. Me recojo por si alguien entra y cree que me he vuelto loca.

„Tu padre, de la sorpresa de este notición, se ha quedado como lelo, y tu hermano quiere ir á la boda. De los tantísimos millones que dicen vas á poseer, nada quiero saber yo, porque eso me importa un bledo. Ya sé que todo lo has de emplear en servicio de Dios, conforme al ejemplo que te dan los pa-

dres de la bendita Ignacia... Ya sé que como no tienes vicios, ni hábitos de lujo, ni gustas de vanidades, todos esos tesoros serán empleados en obras de religión, y ya estoy viendo el suntuoso convento que construirás para la *Concepción francisca* en Madrid. El pajarito que todo me lo cuenta y que jamás me engaña, me dice que harás otro convento de la misma Orden aquí, trayéndonos de priora á tu hermana, y otro en Atienza. Buena falta hace allí una casa religiosa de mucha santidad, que está el pueblo muy perdido... Y ya estoy viendo que con esos ríos de oro que entran en tu casa, se acabarán los pobres en Madrid, pues tu mujer y tú, mis queridos hijos, no daréis descanso á las manos en la limosna... y tanto tenéis, que os sobrará para los pobres de Atienza, donde por las malas cosechas están los labradores muertos de hambre y no saben á quién volverse... Pienso yo que por muchos pobres que salgan no habrá número bastante para dar abasto á vuestra caridad. ¿Verdad, hijo mío, que así es?... Ahora sí que podrá decir tu padre que se acabó el Socialismo; y por cierto que cada mañana y cada noche me ha de dar matraca con el Socialismo dichoso. Yo no le temo ya... Vivan mis hijos, á quienes Dios concede tanta riqueza para que alivien las miserias de la Humanidad, para que les quiten de la cabeza á los pobres esa mala idea de revolucionarse por el tuyo y mío.

„Cuento con que recibidas las bendiciones, os vendréis á pasar el verano en Atienza,

que es tierra de mucha frescura. Allá iré yo á prepararos la casa, y por de pronto voy á poneros unos juegos de sábanas de hilo que la misma Reina y el Rey no los tienen mejores en su Real cama. Casaos; venid pronto, hijos míos... No tardéis, por si me mata tanta alegría. Yo me pasaré el resto de mi vida dando gracias á Dios por el inmenso beneficio que te ha hecho; venid, venid. Véate yo, y muérame después, que para nada sirvo ya en el mundo... No sigo; no puedo más: los lagrimones han mojado todo el papel. Recibe con ellos para tí y para María Ignacia el amantísimo corazón de tu madre—*Librada*.„

FIN DE LAS TORMENTAS DEL 48

Madrid, Marzo-Abril de 1902.

B. PEREZ GALDÓS

ALMA Y VIDA

DRAMA EN CUATRO ACTOS

PRECEDIDO DE UN PRÓLOGO

Representóse en el Teatro Español la noche del 9 de Abril de 1902.

5.000



MADRID
OBRAS DE PÉREZ GALDÓS
132, Hortaleza
1902

EDICIONES

5	**Mayo**...........	**3.000**
27	**idem**..........	**2.000**

SUMARIO

DE LAS

MATERIAS TRATADAS EN EL PRÓLOGO

DE

ALMA Y VIDA

Tenacidad del autor y sus propósitos de sinceridad y de justicia, manifestando lo que siente, sin resquemor, y con fines puramente artísticos.

Crítica de críticos y exposición del vicioso sistema habitualmente empleado por la Prensa en el examen de las cosas literarias.

El Simbolismo: su importancia y valor artístico: mala fe ó ignorancia de los que menosprecian esta forma, común á todas las artes.

Cómo fué imaginado y compuesto el drama *Alma y Vida*. Efecto de esta obra en el público.

Propiedad de la voz *Sacerdocio* aplicada á los trabajos de la crítica teatral en España. Carácter eclesiástico, dogmático y episcopal de los juicios literarios en los estrenos de dramas y comedias. El *Cantón crítico* constituído en estrecho y cerrado tribunal, que rechaza la colaboración y ofrece un valladar infranqueable á las opiniones extrañas.

Pareceres de los diferentes críticos sobre *Alma y Vida*. Parcialidad de algunos censores y su empeño de sostener al público en la rutina, por no saber ó no querer dirigirlo y educarlo.

Monomanía de la rapidez en el desarrollo escénico. Cuando el público no se cansa, los críticos le inci-

tan al cansancio y á la nerviosa impaciencia. Incongruencia de que los paladares estragados sean jueces en materia de gusto literario.

Condiciones deplorables en que se efectúan los estrenos. El público *de derecho* y el público *de hecho.* La caterva de *invitados* difunde el mal humor en la sala y previene al público contra todas las obras, salvándose tan sólo las que traen en sí una fuerza extraordinaria.

El *coco* del melodrama. Fácil recurso aplicado por los críticos á toda situación de forma violenta ó en que aparece el misterio inherente á multitud de hechos y caracteres humanos. Juicios tan frívolos revelan el abandono de la Prensa y de sus patronos ó directores.

Diferente posición del público y del autor en los estrenos de obras. La confraternidad obliga á los críticos al apoyo de los autores. ***Ministerialismo teatral*** sistemático de algunos críticos, y tenaz *oposición* de otros. Bandos y camarillas que ahogan el arte teatral.

De la claridad en el arte. Nueva explicación del símbolo y de las formas vagas en que se contiene la idealidad. El pensamiento del ocaso nacional representado en ***Alma y Vida***. Este drama no peca de largo, sino de corto: le falta un acto para su cabal desarrollo.

Amaneramientos y rutinas del público. Iníciase la corrección de este defecto, y todos debemos procurar que dicha corrección persista. Conveniencia de que los críticos y ***periciales de estrenos*** ayuden á este progreso.

Diferentes causas que coadyuvan al decaimiento del teatro nacional, arte español por excelencia. El público aristocrático préstale su apoyo con menos efi-



cacia de la que debiera esperarse. Los abonos de lujo en días de moda sólo dan al Teatro una protección material.

Abandono del Estado. Ausencia de las personas más altas de la Nación en las funciones del teatro serio. Rendir el debido homenaje á las artes gloriosas del país es obligación moral del Jefe del Estado.

Mansedumbre excesiva de los españoles ante las desdichas de la patria. Paralisis progresiva.

Furibundas campañas contra el Teatro en las principales provincias. Prohibiciones absurdas formuladas por el clero. Cónclave de señoras respetables que hacen escrutinio de las obras dramáticas. Censura encubierta y forma solapada de los procedimientos inquisitoriales. No tienen la culpa las señoras, sino los padres ó maridos que, atacados de moral paralisis, consientan estas demasías.

Debilidad de la Prensa ante las campañas clericales por miedo á perder la suscripción y ver disminuída su parroquia.

La *Casa de Lope* y su deterioro. Continuas desavenencias de los actores; inseguridad de las compañías. Necesidad de una eficaz reforma y de una organización sólida del Teatro Español.

Artes auxiliares del Teatro. Dificultades que el autor de *Alma y Vida* hubo de vencer para concertar el artificio escénico de la *Pastorela* del segundo acto. Cómo fueron escritos los versos de la *Pastorela*. Documentos de la época.

El archivo de la Opera de Paris suministra los materiales necesarios para la indumentaria. Esmero exquisito con que la empresa del teatro Español ayudó al autor en la presentación decorosa de este acto. El autor asegura, sin temor de que nadie le contradiga, que jamás ha visto el público en Madrid

nada comparable en propiedad y belleza escénicas al acto segundo de *Alma y Vida*.

Los actores y actrices: índole penosa y mérito grande de su trabajo. Injusticia con que comunmente se les trata. Sus pasiones y defectos no son más reprobables en ellos que en las demás clases de la sociedad. La indisciplina es el mayor de sus defectos y el que verdaderamente causa daño al arte.

El autor manifiesta su gratitud á los intérpretes de *Alma y Vida*, dedicando á todos párrafos lisonjeros.

Termina el Prólogo anunciando el que pondrá el autor en su próxima edición de *La de San Quintín*, con ánimo de tratar otros interesantes puntos de arte y vida teatrales.

NARVAEZ

el próximo Octubre.



TRADUCCIONES DE «DOÑA PERFECTA»

En inglés:

1.ª *Doña Perfecta*, a tale of modern Spain. Traducción D. P. N. London, Samuel Tinsley, 1886.

2.ª *Idem*. Clara Bell. New-York, Gottsberger, 1883.

3.ª *Idem*. New-York, 1884.

En francés:

1.ª *Doña Perfecta*. Traducido por L. Lugol. París, Giraud, 1885.

2.ª *Idem* id. id. París, Hachette.

En alemán.—*Doña Perfecta*. Dos tomos, traducción de J. Reichell. Dresde y Leipsich, Pierson's Berlag, 1886.

En sueco.—*Doña Perfecta*. Traducido por K. A. Hagberg. Stockholm, Skoglunuds Förlag.

En holandés.—*Doña Perfecta*. Traducción de M. A. de Goeje. Leiden, Brill, 1883.

En dinamarqués.—*Fru Perfecta*. Traducción de Gigas. Copenhague, Priors, 1895.


Princeton University Library
32101 063972705



